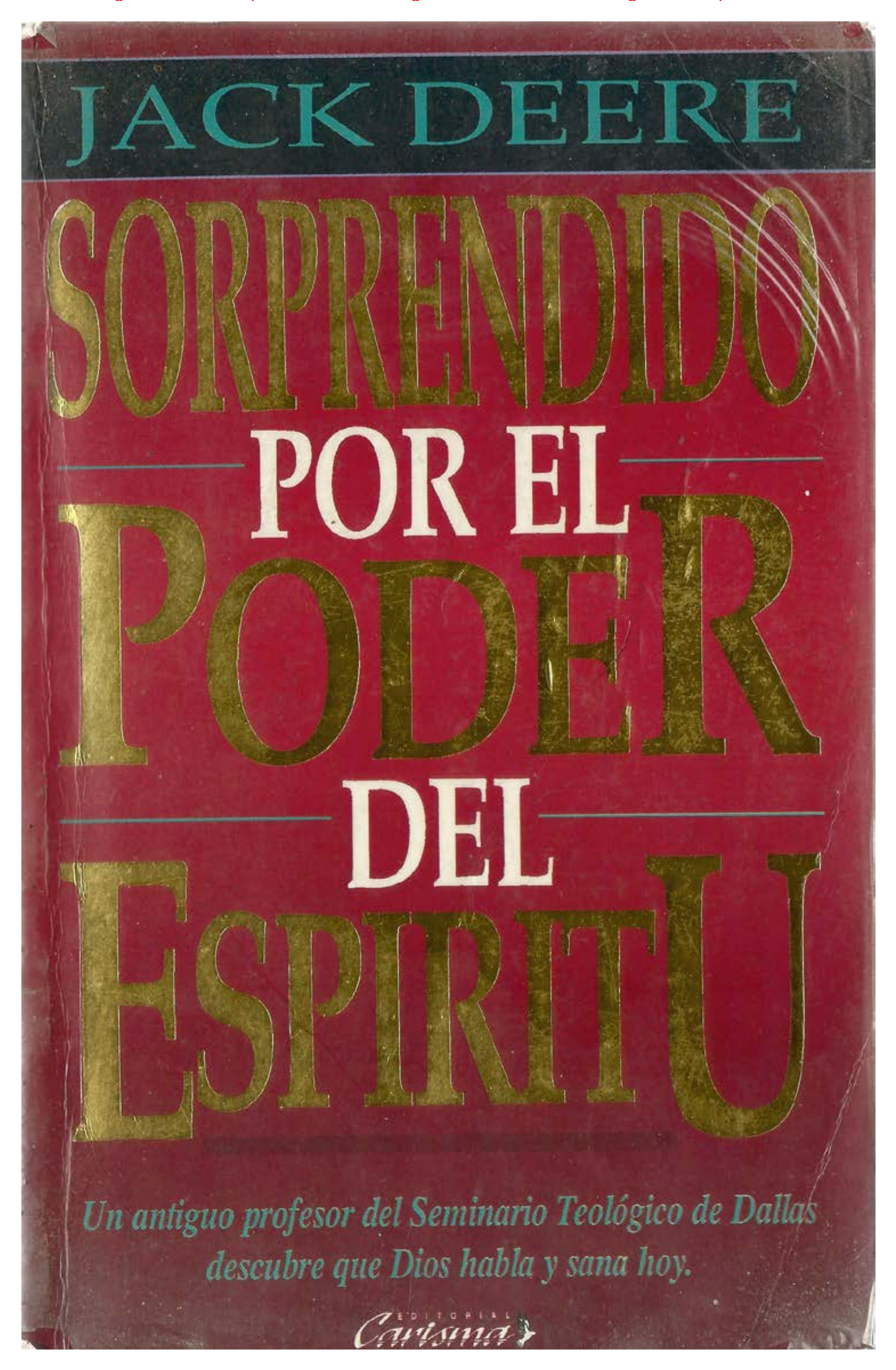

JACK DEERE
SORPRENDIDO
POR EL
PODER
DEL
ESPIRITU
Un antiguo profesor del Seminario Teológico de Dallas
descubre que Dios habla y sana hoy.
EDITORIAL
Carisma

SI USTED CREE QUE LOS DONES MILAGROSOS HAN CESADO, ¡VA A LLEVARSE UNA GRAN SORPRESA!

¿Qué llevó al antiguo profesor del Seminario Teológico de Dallas a creer que los dones de milagros del Espíritu Santo estaban vigentes hoy? ¿Qué covenció a uno que era escéptico, en cuanto a los milagros, de que Dios todavía habla y sana?

Un cambio dramático tuvo lugar en la vida de Jack Deere cuando él dio una nueva mirada a las Escrituras. Descubrió que sus atesorados argumentos en contra de los dones de milagros estaban basados más en prejuicios y falta de experiencia personal que en la Biblia. Tan pronto como Deere llegó a ser un investigador en vez de un escéptico, el Espíritu Santo se le reveló en maneras sorprendentes.

En *Sorprendido por el poder del Espíritu*, Jack Deere presenta una fuerte defensa bíblica de los ministerios de hablar y sanar del Espíritu Santo hoy. También expone algunos casos confiables de personas que fueron milagrosamente sanadas o que oyeron la voz de Dios de manera inconfundible. Finalmente, da sanos consejos en cuanto al uso de los dones espirituales en la iglesia.

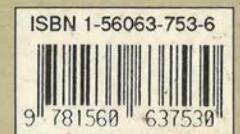
Las cuestiones exploradas en este libro incluyen:
•La verdadera razón de por qué los cristianos no creen en los dones de milagros.
•Respondiendo a los abusos carismáticos.
•¿Habían de ser temporales los milagros?
•Por qué Dios todavía sana.
•Procurando los dones de milagros hoy.

Escrito en estilo popular —con el esmero de un erudito pero la pasión de la experiencia personal—, es un recurso vital para personas de uno y otro lado del debate acerca de los dones milagrosos.

*Jack Deere (Th. D.), anteriormente un profesor asociado de Antiguo Testamento en el Seminario Teológico de Dallas, es un escritor y conferenciante que diserta a través del mundo acerca de los dones del Espíritu Santo. Es un contribuyente al **Bible Knowledge Commentary** y ha escrito artículos para **Bibliotheca Sacra**, **Charisma**, y **Equipping the Saints**.*

Producto 550073
Categoría: Vida cristiana
/Interés carismático

ISBN 1-56063-753-6



Sorprendido por el poder del Espíritu

Esta es la más persuasiva respuesta que jamás yo haya leído a las objeciones de la gente que dice que los dones milagrosos como la sanidad y la profecía no son para nuestros días. Esta obra está sólidamente fundamentada en la Biblia y escrita por un intérprete de las Escrituras muy capaz, quien conoce las objeciones al dedillo. Si ya usted cree en estas cosas, este libro renovará su fe y su amor por Jesús, y le ayudará a cuidarse de los ataques. Pero si usted no cree que estos dones sean para hoy, ¡prepárese a cambiar de idea... y puede que dé vida también!

Wayne Grudem,
Profesor de Teología Bíblica y Sistemática
Trinity Evangelical Divinity School

Como muchos de nosotros, el doctor Jack Deere salió gritando y alborotando de su posición ultraconservadora. Esta es la más clara presentación de la teología de los dones milagrosos que yo haya leído jamás. Me propongo exhortar a todo ultraconservador que conozco a que se enfrente con las brillantes presentaciones de Jack Deere. Este libro está entre los primeros del nuevo paradigma en la vida de la Iglesia.

Ralph Neighbour, Jr.,
Touch Equipping Stations, Singapur

He aquí un libro que llega muy a tiempo para causar un saludable grado de incomodidad tanto a los pentecostales como a los ultraconservadores, a fin de sacar a los primeros de su presunción y habladuría sobre el Espíritu que con demasiada frecuencia carece de realidad experimentada, y a los segundos para reconocer que su caso se basa casi por completo en su experiencia —o más bien su falta de ella— de la vida del Espíritu. Esto es teología narrativa en su mejor expresión: al mismo tiempo confesional, testimonial y bíblica. También al lector le espera una sorpresa.

Gordon D. Fee,
Profesor de Nuevo Testamento, Regent College

Uno de los mayores obstáculos históricos para la plena manifestación del reino de Dios en los Estados Unidos fue el libro de Benjamín Warfield, Counterfeit Miracles, (Milagros Fraudulentos) publicado hace setenta y cinco años. El nuevo libro de Jack Deere, más que cualquier otra cosa que yo he visto, tiene el potencial de neutralizar a Warfield y sus seguidores, y de mostrar al cuerpo de Cristo todo el poder del Espíritu de Dios. Este libro será ciertamente un estandarte en la historia de la iglesia cristiana.

C. Peter Wagner,
Fuller Theological Seminary

.JACK DEERE

Un antiguo profesor del Seminario Teológico de Dallas descubre que Dios habla y sana hoy.

Publicado por
Editorial Carisma
Miami, FL. 33172

Primera edición 1996

Publicado en ingles con el título de:
Surprised by the Power of the Spirit
Por Zondervan Publishing House
Grand Rapids, Michigan 49530

Traducido al español por: Alicia Valdés Dapena

Producto 550073
ISBN-1-56063-753-6
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

A Leesa,
¿Quién es ésta que se muestra como el alba,
Hermosa como la luna,
Esclarecida como el sol,
Imponente como ejércitos en orden?
(Cantares 6:10)

Contenido

Reconocimientos

Yo no sé de otro autor que haya tenido una mejor relación con un editor que la mía con la gente de Zondervan. En cada nivel su habilidad y bondad han sido abrumadoras.

En particular deseo agradecerle al doctor Stan Gundry, el haber supervisado este proyecto de principio a fin con notable grado de paciencia y pericia, y también a mi editor, Jack Kuhatschek, cuyos considerables dones han mejorado significativamente este libro. Estoy también muy agradecido a Joyce Smeltzer, al doctor Samuel Storms, y al profesor Wayne Grudem, todos los cuales leyeron el manuscrito en toda su integridad e hicieron muchas valiosas sugerencias. También doy gracias a Lara Gangloff, que mecanografió el manuscrito y cuyas inmejorables habilidades secretariales y administrativas ayudaron a llevar a término este libro.

También hago extensiva mi gratitud a Editorial Carisma, y Unilit por hacer posible la publicación de este libro al castellano.
Estoy en deuda con mi esposa, Leesa, quien no sólo me hizo valiosas sugerencias y correcciones en el libro, sino también sirvió como fuente inagotable de estímulo y aliento para mí durante todo el tiempo que demoré en escribirlo. Finalmente, deseo agradecerle a tres maravillosos adolescentes: Craig, Scott y Alese, quienes con excepcional paciencia y comprensión soportaron la ausencia de su padre durante las etapas finales de esta obra.

CONMOCIONADO Y SORPRENDIDO

1
La llamada telefónica que cambió mi vida

Ni en mis más locas fantasías hubiera soñado jamás que una sola llamada telefónica pudiera alterar el curso de mi vida; y no sólo la mía sino muchas otras a mí alrededor.

Antes de esa llamada yo sabía adónde me dirigía. Mi vida era no sólo cómoda sino segura. Tenía completo control de todo y me gustaban las cosas a mi manera. La mayor parte del tiempo pensaba que sabía lo que Dios estaba haciendo. Pero para cuando colgué el teléfono aquel frío día de enero de 1986, todo había cambiado bruscamente. Ya no estaba seguro de hacia dónde iba, y empezaba a preguntarme si realmente sabía lo que Dios estaba haciendo.

Tal como resultó, mi vida nunca sería la misma después de aquella conversación telefónica. Nunca más sentiría la comodidad y seguridad que viene de pensar que uno controla su vida. Concedido: esa es una seguridad falsa —ahora lo sé— pero uno se siente bien bajo el encanto de esa ilusión. Si hubiese sabido el dolor y el trauma que me esperaban, es posible que nunca hubiera levantado el teléfono. Pero entonces, como dice una popular melodía campesina, "me hubiese perdido el baile", y ése hubiera sido el mayor de todos los dolores.

Yo era el más improbable candidato del mundo para la "broma" que Dios estaba a punto de hacerme. Terminaba mi décimo año como profesor en el departamento de Antiguo Testamento del Seminario Teológico de Dallas. Estaba empezando mi séptimo año como uno de los pastores de una

iglesia de la Biblia en Fort Worth que yo había ayudado a iniciar. El año anterior acababa de regresar con mi familia de una licencia de estudio por un año en Alemania. Había sido un año maravilloso y estaba entusiasmado por regresar a mis deberes docentes y pastorales.

Mi verdadera pasión era enseñar y predicar la Palabra de Dios. Creía que lo más importante en la vida era estudiar la Palabra de Dios y que la mayoría de nuestras necesidades —o al menos nuestras más importantes necesidades— podían resolverse mediante el estudio de las Escrituras. Si no podían resolverse así, entonces teníamos problemas graves, porque me había aferrado a un sistema teológico que no le dejaba a Dios mucho espacio para ayudarnos de otros modos. El Dios en quien creía y que enseñaba, no se inmiscuía en nuestras vidas como lo había hecho en las de los creyentes del Nuevo Testamento. En aquel entonces eso no me molestaba mucho pues creía que Él quería que fuera así. Yo pensaba que Él había hecho los cambios. Pensaba que Dios contestaba las oraciones, pero sólo cierta clase de oraciones.

Por ejemplo, sabía que Dios ya no concedía los dones milagrosos del Espíritu. No había necesidad de ellos; ya teníamos la Biblia completa. Por supuesto, a veces Dios hacía milagros. Después de todo, es Dios, y puede hacer lo que desee. Sólo que no los hacía muy a menudo. De hecho, los hacía tan raramente que en todos mis años como cristiano me era imposible señalar una sanidad milagrosa que yo tuviera la seguridad de que era el resultado del poder de Dios. ¡Ni siquiera había oído hablar de semejante milagro! Ni podía señalar alguno en la historia que estuviera adecuadamente documentado después de la muerte de los apóstoles. La única excepción eran las conversiones, las cuales creía entonces —y todavía creo hoy— son el mayor de todos los milagros. Aparte de las conversiones, lo más parecido a un milagro de que tenía noticia eran las respuestas a oraciones, especialmente aquéllas por necesidades económicas, las cuales parecían demasiado específicas para considerarlas meras coincidencias.

Esta ausencia de milagros del Nuevo Testamento no me molestaba, sin embargo, porque pensaba que era Dios quien había hecho este cambio. Tenía confianza en que podía probar por la Escritura, por la teología y por el testimonio de la historia de la Iglesia que Dios había retirado los dones sobrenaturales del Espíritu Santo.

También estaba seguro de que ya no nos hablaba sino a través de Su Palabra escrita. Los sueños, las visiones, las impresiones internas y cosas

por el estilo, exhalaban una subjetividad y ambigüedad que me daba náuseas. Me encogía cuando uno de mis alumnos se me acercaba y me decía: "Dios me habló y me dijo..." No había cosa que pudiera provocar un rechazo más enérgico y rápido en mí que la afirmación: "Dios me habló". Para mí esas palabras implicaban que cualquier comunicación que las siguiera tenía la misma autoridad que la Palabra de Dios escrita. ¡Eso no sólo era presunción, sino blasfemia! Me encantaba cubrir de ridículo a la gente que decía que Dios le había hablado.

Como pueden adivinar por lo que he dicho hasta ahora, no era la clase de creyente que estaba buscando "algo más". No me hacían falta milagros de sanidad de Dios. Mi familia v yo habíamos disfrutado siempre de salud, y en aquellas raras ocasiones en que necesitamos algunas puntadas o un poco de medicina, los médicos de la familia eran más que suficientes. Nuestra congregación también era joven y fuerte, y habíamos tenido muy pocas muertes en los siete años que llevaba de fundada. La sanidad divina no estaba en nuestras primeras prioridades.

Por cierto que no necesitaba que Dios me hablara con algunos de estos métodos subjetivos que empleaba con la gente de la Biblia. Después de todo, ya yo tenía la Biblia ahora, y era una de esas pocas personas que también tienen una teología excepcionalmente buena. No, ni yo ni el círculo de mis amigos estábamos buscando "algo más" de Dios.

Podía decirse que si tenía un problema, era el imaginar cómo podía darle a Dios más de mí.

Mi esposa tenía una visión diferente de las cosas. De hecho, si hubiese alguna razón humana por la que yo debía haber recibido esa llamada, la atribuiría a las oraciones de mi esposa por mí. Leesa es una de esas raras personas que viven la vida cristiana en vez de hablar de eso. Ella prefiere pasarse una hora orando por ti, que dos minutos reprendiéndote por algún pecado visible. Aunque ella no lo decía entonces, sí sentía que yo necesitaba algo más de Dios.

Durante el año que vivimos en Alemania (1984-1985), salía a dar paseos de dos horas por las colinas de la Selva Negra. Cuando le pregunté el porqué de esos paseos, me dijo que estaba orando. Yo nunca le pregunté por qué oraba, y ella jamás me lo dijo, pero oraba por mí. Al pasar los años había visto cómo mi pasión por Dios se iba secando como los manantiales de Baja California durante una sequía. Yo no estaba consciente de estar perdiendo ningún fuego. Creía que simplemente estaba madurando. Pero a ella le preocupaba que me había Vuelto complacido y satisfecho de mí

mismo. Y consideraba estas actitudes mías como un enemigo del llamado de Dios en nuestras vidas. Humanamente hablando, siempre pensaré que fueron las oraciones de Leesa las que movieron a Dios para hacer que un hombre que estaba en el otro lado del país tomara un teléfono y marcara mi número.

Al final del otoño de 1985, los líderes de mi iglesia decidieron celebrar una conferencia bíblica en la primavera. Después de una reunión de ancianos, mientras caminábamos hacia nuestros autos, el presidente del consejo de ancianos me preguntó a quién me gustaría invitar como conferencista. Sin vacilar le repliqué que me encantaría que fuera el psiquiatra británico y autor cristiano, doctor John White. En aquel momento había escrito ya quince libros, todos los cuales habíamos leído mi esposa y yo.

Era mi autor popular favorito. Estaba absolutamente seguro de que haría un maravilloso trabajo como conferenciante. Yo sabía que era inteligente, que era inmensamente útil en las áreas prácticas de la vida cristiana, y pensaba que había hallado pistas que me hacían pensar que él también era dispensacionista. (De hecho, resultó que tenía antecedentes de Hermanos de Plymouth.) Habíamos estado usando sus libros durante años en nuestras clases de escuela dominical. El presidente de nuestro consejo de ancianos estuvo de acuerdo inmediatamente con mi sugerencia.

Al día siguiente llamé al editor del doctor White para averiguar cómo podíamos convencerlo a fin de que viniera a nuestra iglesia. Él nos dijo que lo más probable era que el doctor White no aceptará nuestra invitación porque su agenda ya estaba repleta durante los siguientes dieciocho meses. Dijo que la única oportunidad que teníamos de conseguir que viniera era pidiéndole que hablara sobre un tópico acerca del cual estuviera escribiendo o investigando, puesto que a él no le gustaba hablar sobre cosas de las que ya hubiera escrito. El editor nos dio otros datos para dirigirnos al doctor White, pero no mucho ánimo. Nuestro presidente del consejo le envió una invitación a través del editor, pero un poco después recibimos la cortés respuesta del doctor White declinando nuestra invitación.

Por alguna razón yo no estaba dispuesto a darme por vencido todavía. Le escribí al doctor White una carta personal pidiéndole que viniera. Justo muy pocos días después de haber escrito aquella carta, recibí la llamada telefónica que cambió todo el curso de mi vida y mi ministerio.

La llamada fue del doctor White. Me conmocionó que me hubiese llamado, y todavía más que lo hubiera hecho tan rápido después de recibir mi carta.

Dijo: —Hola Jack, soy John White. Quiero agradecerte el invitarme a hablar en vuestra conferencia bíblica de primavera. Pienso que quizás pueda arreglar las cosas para ir. ¿De qué te gustaría que hablase?

Aprovechando la información del editor, repliqué: —Oh, no sé, ¿qué te parece algo acerca de lo que estés escribiendo o investigando?

—Bueno, estoy trabajando ahora en un libro sobre el reino de Dios. ¿Te parece bien?

— ¡Maravilloso! Por aquí amamos el reino de Dios—. Pensé para mí: Fenomenal, tendremos una conferencia sobre profecía. Consideraremos los diferentes aspectos del milenio; o quizás distintos conceptos del reino y diversos campos teológicos.

—Cuando pienso en el reino de Dios —replicó—, pienso sobre todo en la autoridad de Cristo. Si quieren que dé cuatro conferencias, creo que pudieran ser más o menos así: la primera, acerca de la autoridad de Cristo sobre la tentación.

—Correcto —respondí.

—La segunda, acerca de la autoridad de Cristo sobre el pecado.

—Bien.

—La tercera, sería de la autoridad de Cristo sobre los demonios.

—Uhm —pensé para mí—. ¿Demonios? Bueno, me imagino que debe haberlos por alguna parte. Ciertamente había muchos de ellos durante el siglo primero. (¿Adónde iban a irse de todas formas?) Y estoy seguro de que si todavía hay demonios por ahí, Cristo tiene que tener autoridad sobre ellos. Será una conferencia muy interesante, incluso aunque no tenga mucha importancia práctica.

Dije: —Bueno... seguro... está bien.

—La cuarta conferencia debería ser acerca de la autoridad de Cristo sobre la enfermedad.

— ¡La enfermedad! —exclamé, tratando de refrenar la tensión en mi voz. Era obvio que yo no había oído bien.

—Seguro que usted no dijo enfermedad, ¿verdad?

—Sí, eso dije.

—Usted no está hablando acerca de sanidad, ¿verdad? —Casi escupí la palabra "sanidad". ¡Sentía tal desprecio por todo lo que tuviera que ver con sanidad!

—Bueno, sí, eso es.

No podía creer lo que estaba oyendo. Hasta hacía un momento, estaba seguro de que el doctor White era la persona más cuerda, más bíblica y más inteligente, ¡y ahora me hablaba de sanidad!

Razoné para mi capote: Es un psiquiatra. Quizás está usando el término "sanidad" para referirse a alguna clase de psicoterapia. Así que le pregunté: — ¿No se refiere a sanidad física, verdad?

—Bueno, yo no lo limitaría a la sanidad física —contestó muy tranquilo—, pero la sanidad física está incluida.

— ¡Está bromeando! Usted seguramente sabe que ya Dios no está sanando más y que todos los dones milagrosos del Espíritu terminaron cuando murió el último de los apóstoles. Seguro que sabe eso, ¿no? —Yo nunca había conocido a alguien a quien considerara inteligente, que no supiera esas cosas.

En este punto el doctor White no respondió.

Pensé para mí: Bueno, quizás él tenga cierta laguna en esta parte; después de todo, no es un teólogo experimentado, sino sólo un psiquiatra. Estimé que su silencio significaba que él estaba esperando que yo le probara con la Biblia que estas cosas ya no existían. Así que le dije:

—Sabemos que el don de sanidad ya se acabó porque cuando examinamos el ministerio de sanidad de los apóstoles, vemos que ellos sanaban instantánea, completa e irreversiblemente, y por todos los que oraban se sanaban. No vemos esa clase de sanidades hoy en día en los movimientos o grupos que reclaman tener poderes de sanidad. En vez de eso vemos que en esos grupos las sanidades son graduales, parciales, y algunas veces tienen efectos regresivos...y muchos que no se sanan en absoluto. Por lo tanto sabemos que la clase de sanidad que está sucediendo hoy no es la misma clase de sanidad que tuvo lugar en la Biblia.

— ¿Crees que en la Biblia se relata toda ocasión en que los apóstoles oraron por alguien? —preguntó el doctor White.

Pensé un momento y contesté: —Por supuesto que no. En el Nuevo Testamento sólo está registrada una pequeña fracción de su ministerio y del de Jesús.

—Entonces, ¿no podría haber un caso donde ellos oraran por alguien que no llegara a curarse, y que sencillamente no estuviera registrado en la Biblia?

Tuve que conceder que estaba en lo cierto, porque la Biblia no registra todas las oportunidades en que los discípulos oraron por la gente. Pudiera haber habido veces en que oraran por la gente, y no se sanaron.

Comprendí que el doctor White me había atrapado en un error interpretativo. Había utilizado el silencio de la Biblia (la falta de información) como argumento. Eso era algo que yo tenía mucho cuidado en enseñarles a mis alumnos que no debían hacer. Cuando se presentaba el tema de los dones del Espíritu, por ejemplo, un estudiante podía decir: "Uno para ser espiritual no necesita hablar en lenguas, porque Cristo no hablaba en lenguas." Entonces yo le preguntaba: "¿Cómo tú sabes que Cristo no hablaba en lenguas?" El alumno replicaba: "Porque las Escrituras en ninguna parte dicen que Él hablase en lenguas." Ahí yo lo corregía inmediatamente, recordándole que no se usa lo que las Escrituras no dicen para probar nuestro punto de vista. Por ejemplo, la Biblia no dice que Pedro tenía hijos, pero eso no nos justifica para llegar a la conclusión de que no los tenía, porque la Biblia guarde silencio en ese aspecto. Eso es lo que significa tomar el silencio como argumento.

Y sin embargo yo acababa de usar el silencio de la Biblia como argumento con el doctor White, y me sentí turbado.

No obstante, todavía estaba seguro de que tenía la razón. Tenía cuatro argumentos bíblicos más alineados y listos para disparar, pero pensé que debía ser más cauteloso esta vez. No quería que me hiciera caer en otro error.

Mi siguiente argumento iba a ser que al final de la vida de Pablo no había podido sanar a Epafrodito (Filipenses. 2:25-27), ni a Trófimo (2 Timoteo 4:20), ni los frecuentes padecimientos de Timoteo (1 Timoteo 5:23). Yo pensaba que esto probaba que el don de sanidad había dejado al apóstol Pablo, o de que estaba en el proceso de dejarlo. Pero entonces pensé: ¿Qué contestaría a ese argumento si estuviera en el lugar del doctor White? ¡Respondería que esos incidentes probaban que no todos aquéllos por quienes oraban los apóstoles sanaban! Aquello me golpeó como una bala 44 de una magnum. ¡Mi segunda prueba no existía!

Mientras pasaba revista rápidamente a los siguientes tres argumentos que estaba a punto de usar, me percaté de que cada uno de ellos tenía algún punto flaco. En la mayor parte de los debates teológicos, yo me ponía en el lugar de mi oponente y examinaba muy críticamente cada uno de mis argumentos desde el punto de vista de mi adversario para encontrar debilidades y huecos. Pero nunca antes alguien había retado mi creencia

de que los dones milagrosos habían cesado. Nunca había tenido que examinar en detalle esos argumentos porque todos los que me rodeaban los aceptaban como ciertos.

Todavía estaba convencido de que estaba en lo cierto, pero me exasperaba comprobar que en cada uno de mis argumentos había un fallo. Así que le espeté al doctor White: —Bueno, ¿usted ha visto sanarse a alguien?

—Oh, sí —replicó una voz calmada y tranquila. No estaba en disposición de discutir conmigo. No tenía que venderme nada. De hecho, yo era el que estaba tratando de lograr que él diera conferencias en nuestra iglesia. Se limitó a decir: "Oh, sí", sin dar ejemplos.

Hablando a la ofensiva otra vez, dije: —Cuénteme de su más reciente sanidad espectacular.

—No sé lo que tú considerarás espectacular, pero te contaré de dos sanidades recientes que me han impresionado de veras.

Entonces me relató el caso de un niño en Malasia que estaba cubierto de pies a cabeza de eczema. El eczema estaba irritado en algunos lugares y rezumaba. El niño sentía tal malestar que había mantenido despiertos a sus padres durante las últimas treinta y seis horas. Se agitaba tan salvajemente que fue preciso agarrarlo con fuerza para orar por él.

Tan pronto como el doctor White y su esposa, Lorrie, impusieron sus manos sobre el niño, éste se quedó dormido.

En alrededor de veinte minutos el eczema dejó de rezumar y el enrojecimiento empezó a desaparecer. A la mañana siguiente la piel del niño había recuperado su estado normal y estaba completamente sano. El doctor White también me contó una segunda curación espectacular, en que un hueso en realidad cambió de forma bajo sus manos mientras oraba por alguien con una deformidad.

Después de oír esas cosas, pensé: Hay sólo dos opciones: O el doctor White me está diciendo la verdad, o me está mintiendo. Pero él no está engañado. Es médico. De hecho ha sido profesor adjunto de psiquiatría durante trece años. Ha escrito acerca de alucinaciones. Sabe la diferencia entre enfermedades orgánicas y psicosomáticas. No está engañado. O me está diciendo la verdad o está engañándome a propósito.

Pensé en eso por un momento. ¿Qué tenía que ganar engañándome? No estaba solicitando venir a mi iglesia; era yo quien se lo pedía. Más aún, toda su forma de ser reflejaba el Espíritu del Señor Jesucristo. Me convencí de que estaba diciéndome la verdad. Me convencí de que Dios había

sanado a las dos personas de que me había hablado. Pero también estaba seguro de que Dios no seguía concediendo Sus dones del Espíritu y de que debía haber otra explicación para las sanidades.
Así que le dije: —Bueno, doctor White, creo que me está diciendo la verdad, y me gustaría que viniera a mi iglesia e impartiera esas cuatro conferencias, incluida la de sanidad.
—Hay otra cosa que es preciso que conversemos, Jack. Si voy a tu iglesia, no desearía limitarme a hablar de sanidades, sino que quisiera orar por los enfermos.
— ¡Orar por los enfermos! ¿Quiere decir en la iglesia? —Estaba estupefacto. Por la mente me pasaban mil alternativas a gran velocidad. —¿Podríamos conseguir un cojo o un ciego y llevarlo a la habitación de atrás donde nadie lo sabría, y orar por ellos? —Estaba seguro de que si orábamos por algún enfermo, no se sanaría, y eso destruiría la fe de todos.
—Bueno, podemos elaborar los detalles cuando yo llegue replicó—, pero no me gustaría limitarme a hablar de sanidad sin ser capaz de orar por algunos de los enfermos de la iglesia.
Lo dijo muy amablemente, pero comprendí que si no le dejábamos que orara por los enfermos en la iglesia, no vendría.
Respiré hondo y dije: —Bien, doctor White yo realmente quiero que usted venga y ofrezca esas cuatro conferencias, y estoy de acuerdo en que ore por los enfermos en la iglesia, pero no puedo decidir yo sólo. Los otros pastores y ancianos deben estar de acuerdo con esto antes de que podamos hacer oficial la invitación. Yo no estoy seguro de cómo ellos responderán a esta sugerencia.
—Comprendo, Jack, no te preocupes. Comprendo tus temores y comprendo los de ellos. Si después de esto deciden entre todos retirar la invitación, no me ofenderé en lo absoluto. Entenderé que ha sido la voluntad del Señor.
Nos despedimos y me fui inmediatamente de allí a la reunión de ancianos.
Al iniciarse la reunión les anuncié a los ancianos y a los otros pastores que tenía una buena noticia y una mala. La buena era que el doctor John White había reconsiderado nuestra invitación a pronunciar las conferencias en nuestro seminario de primavera y había decidido aceptarla. Todo el mundo se regocijó con la noticia. Entonces preguntaron:
— ¿Cuál es la mala?
—La mala noticia es que él desea dar algunas conferencias acerca de la sanidad y orar por los enfermos en nuestra iglesia.

— ¡Estás bromeando!

—Eso fue lo que le dije.

Durante las siguientes dos horas examinamos exhaustivamente la conveniencia de que el doctor White dictara esa conferencia en nuestra iglesia. Al final de nuestra conversación, cuando cada uno de nosotros dio su opinión, un hombre se levantó y dijo:

—Esta conferencia pudiera dividir nuestra iglesia.

Mis últimas palabras acerca del tema fueron: —Pienso que debemos dar la conferencia, aun cuando pudiera dividir nuestra iglesia. Mírenlo de esta forma: Empezamos esta iglesia con un puñado de personas. Si la iglesia se dividiera, creo que podríamos comenzar otra con sólo el puñado de gente que necesitamos.

Tal como resultaron las cosas, Dios utilizó incluso esa clase de arrogante insensibilidad de mi parte para llevar a cabo Sus propósitos en muchas de nuestras vidas.

La conversación con el doctor White y la subsecuente reunión de ancianos tuvo lugar en enero de 1986. Decidimos por unanimidad invitar al doctor White y celebrar la conferencia en abril, aunque estábamos seguros de que los dones milagrosos del Espíritu habían cesado.

Dediqué muchísimo tiempo de enero a abril a estudiar las Escrituras para descubrir lo que decían acerca de la sanidad y los dones del Espíritu. La primera vez que yo había estudiado las Escrituras por este tema, no lo había hecho con una mente abierta. Brillantes y santos hombres de Dios me habían enseñado que los dones del Espíritu habían pasado a mejor vida con la muerte del último apóstol, y que Dios sólo hablaba hoy a través de Su Palabra escrita. No me dijeron explícitamente que Dios ya no sanaba, pero me llevaron a creer que la sanidad era una rareza y no una parte significativa del ministerio de la iglesia hoy.

Por lo tanto, cuando yo había estudiado las Escrituras, no lo hice para encontrar lo que ellas enseñaban acerca de los dones del Espíritu o de la sanidad, sino para allegar razones por las que Dios no estaba haciendo esas cosas hoy. Pero desde enero a abril de 1986, cuestioné todos mis argumentos cesacionistas a la luz de la enseñanza bíblica. Esta vez traté de ser lo más objetivo que pude.

Para cuando tuvo lugar nuestra conferencia en abril, mis convicciones habían experimentado un cambio radical. Mi estudio de las Escrituras me convencieron de que Dios sanaría y de que la sanidad debía ser una parte importante del ministerio de la Iglesia. También estaba convencido de que

la Biblia no enseñaba que los dones del Espíritu habían desaparecido. Ninguno de los argumentos cesacionistas me convencía ya. Todavía no sabía si los dones del Espíritu eran para el presente o no, pero tenía confianza en que no podían utilizarse las Escrituras para probar que habían desaparecido. También había empezado a creer que Dios podía hablar de otra forma que en las Escrituras, aunque jamás contradiciendo la Biblia.
Estos fueron cambios cataclísmicos en mis conceptos. Pero no había cambiado de opinión por haber visto un milagro u oído a Dios hablarme de alguna forma sobrenatural. No había experimentado nada de eso. No había tenido sueños, ni visiones, ni trances, ni algo que pudiera identificar como sobrenatural más allá de mi conversión. Este cambio de idea no había sido el resultado de experimentar alguna clase de fenómenos sobrenaturales. Era el resultado de un paciente e intenso estudio de las Escrituras.
Casi contra mi voluntad, había llegado a creer que Dios estaba sanando hoy. Todavía sentía una repulsión violenta contra el don de lenguas. Incluso si ese don fuera para hoy, ¡yo no quería tener parte en eso! Ni tampoco quería tener parte alguna en lo que pensaba eran los abusos comunes de los movimientos carismáticos o pentecostales.
Así que me vi creyendo una cosa con mi mente, pero con mi corazón no estaba seguro de que quisiera aquellas cosas para mi vida o la de mi iglesia. No obstante, sabía que si la Biblia enseñaba que el sanar y hablar debían ser importantes en la vida de la iglesia, teníamos que procurarlos aunque no los deseáramos. Estas eran las conclusiones a que yo había llegado para cuando llegó abril y empezaron nuestras conferencias.

2
Sorprendido por el Espíritu Santo

Mientras iba al aeropuerto en mi automóvil para recibir al doctor White, me sentía tenso de expectación. Mis meses de estudio de la Biblia me habían dado una nueva disposición abierta al poder de Dios, y yo sentía que estaba a punto de iniciar una nueva etapa en mi vida cristiana.
Debido a una equivocación en cuanto al horario de llegada del doctor White, me tomó casi hora y media dar con él. Al fin lo vi de pie en el contenedor frente a una de las terminales.
Después del corto recorrido y una grata conversación, llegamos a la iglesia. El santuario estaba colmado de público. Me complació la gran acogida,

pero también sentí un poco de aprensión. Sabía que la gente recibiría bien casi todas las conferencias del doctor White, pero me preocupaba la próxima conferencia y "demostración" de sanidad.

Las primeras tres sesiones salieron como yo había esperado. Pero en la tarde del sábado el doctor White dictó la última conferencia, la que trataba acerca de la autoridad de Cristo sobre la enfermedad. Habría aproximadamente trescientas personas en la audiencia aquel día. Después de un tiempo destinado a preguntas al final de su conferencia, invitó al público a acercarse al frente a fin de orar por necesidades espirituales o físicas.

Pensé que podrían responder una o dos personas. Por el contrario, aproximadamente un tercio de las personas en la habitación literalmente corrieron hasta el frente de la iglesia. Algunos de los pastores y los ancianos también se vinieron al frente para ayudar a Dr. White a orar por estas personas.

No podía creer lo que estaba viendo. Gente que conocía muy bien, que parecía tan en control de sus vidas, estaba de rodillas llorando y pidiendo oración. Recuerdo una mujer muy rica confesando que ella no se sentía amada por nadie excepto por su marido. Pidió oración para que el Señor pudiera eliminar los obstáculos que sentía a su alrededor. Recuerdo a otro hombre muy fuerte de rodillas confesando que él fue devorado por los celos sobre algunos de los éxitos de sus amigos y su falta de éxito. Parecía que la gente estaba lastima a mi alrededor. Estaba perplejo y rechazado suavemente.

Mi primera reacción fue etiquetar esto como emocionalismo. Pero el emocionalismo significa que alguien ha azotado nuestras emociones a través de algún tipo de manipulación. En este caso, habíamos sólo escuchamos una conferencia muy carente de emociones en la sanación, seguida por una sesión de preguntas y respuestas algo amarga en el que algunos de mis amigos habían dicho algunas cosas muy crueles al Dr. White (quien, por cierto, nunca perdió su temperamento o dio una respuesta poco amable a cambio). Y luego, al final de ese tiempo de pregunta y respuesta, Dr. White había dado una invitación muy práctica, sin música ni alegato emocional, a quien querían oración. ¿Cómo fue que dar cuenta de las lágrimas, las confesiones y la honestidad casi chocante que pasaba ahora?

Hubiera sido un mejor estudiante de la historia del avivamiento en el tiempo, habrían entendido que este lo había sucedido en numerosas

ocasiones durante los períodos del Renacimiento, cuando el Espíritu Santo había caído en una iglesia o una ciudad. No lo sé, pero el Espíritu Santo sólo había caído en mi iglesia. Era como si Dios mismo sacaron el corcho de la botella y dieron a las personas permiso para expresar todo el dolor que había sido embotellado para arriba dentro de ellos para tan de largo. La honestidad y el coraje que tuvo para confesar sus pecados y su dolor era realmente una indicación de la presencia del espíritu entre nosotros ese día.
No estaba seguro de cuánto me ha gustado de todo esto, pero lo peor estaba aún por venir.
Una señora muy articulada e inteligente que había conocido durante mucho tiempo se me acercó mientras yo estaba parado en el frente de la iglesia. Pregunta me y otro anciano orar por ella. Esta mujer estaba muy bien educada, muy no carismática, y ella hubiera salido del mismo fondo religioso como yo. Ella tenía un increíble corazón de Dios, pasó largas horas en oración y fue una talentosa maestra de la Biblia. Sin embargo durante muchos años ella había sufrido de depresión y miedos.
En la raíz de su problema fue un deseo fuerte para la aprobación de los demás. Casi se podría llamar "la lujuria después de la aprobación del hombre".
No era que ella deseo después de los hombres, pero que su deseo para la aprobación de la gente fue realmente controlar su vida.
"¿Rogaría por mí?" preguntó.
El otro viejo y yo comenzamos a orar por ella, y no pasó absolutamente nada. La conocíamos y ella lo sabía. Ella nos dio las gracias y se alejó. Me volví a pedir a algunas personas más con sobre la misma tasa de éxito.
Unos minutos más tarde, noté que ella estaba de pie en línea para hablar con el Dr. White. Caminé le sobre el tiempo, empezó a contar el Dr. White su historia. Ya que no parece tener mucho éxito en orar por la gente, pensé que escucharía el Dr. White orar por ella ver si podía aprender algo.
"OK, vamos a orar por ti," le dijo a mi amiga.
Cuando ella inclinó su cabeza, era más como ella colgó su cabeza en la vergüenza. Desesperación parecía que todo su entorno, alimentando su dolor. Como un padre gentil, John White puso su mano bajo su mentón y levantó su cabeza, diciéndole: —Levántala, ya no tienes que hacer eso más. Tú eres una hija del Rey.
Aquello me hipnotizó, y pensé: ¡Qué bien está eso! Tengo que recordarlo: "Levanta la cabeza, tú eres un hijo del Rey. " Hasta ese momento yo

seguía pensando que la técnica y las fórmulas eran las claves de la sanidad. Misericordiosamente quedé libre de esas creencias muy pronto.
Entonces él colocó suavemente su mano sobre el hombro de ella y dijo: "Señor, ahora traigo a tu sierva Linda (no es su nombre verdadero) a Tu presencia ahora en el nombre de Jesucristo. Ella no percibe el amor que el Señor Jesucristo le tiene. Permite que ella sienta en su corazón cuánto la ama y estima Jesús".
Cuando escuché al doctor White decir esto, se encendió una luz en mi interior y pensé: Por supuesto, eso es lo que la impulsa a buscar la aprobación de otros. No siente en su corazón el amor que Jesús le tiene. Si en realidad sintiera que Dios la ama, la aprobación de los demás no sería tan importante para ella.
Entonces el doctor White oró: "Y Señor, si hubiera aquí alguna oscuridad manipulando ese dolor, te pido que la hagas irse ahora."
Cuando él pronunció esas palabras, la cabeza de ella empezó a subir y bajar y ella empezó a gemir. Y no podía parar de mover la cabeza o de gemir. ¡Yo jamás había visto antes algo como aquello! Era como si aquellos sonidos hubiesen tenido una fuerza física dentro de ella. Cuando la miré, era como si hubiera perdido el conocimiento, o por lo menos el control de su cuerpo. Percibí una presencia atormentadora alrededor de ella.
Casi todo el mundo en el salón se sobresaltó por lo que sucedía. Yo nunca antes había visto un espíritu diabólico, pero estaba convencido de que en ese instante estaba presenciando la obra de un demonio.
—En el nombre de Jesús te ordeno que te apacigües ahora —dijo el doctor White con sencillez.

Y cuando dijo eso, todo cesó inmediatamente. Él no iba a permitir que un espíritu diabólico la humillara ante toda aquella gente. Más tarde se oró por mi amiga en privado para echar fuera al espíritu diabólico. Hoy en día ella ministra poderosamente en la oración de sanidad y la enseñanza.
Mientras observaba todo lo que le sucedía a ella, ¿por qué yo estaba seguro de que era la obra de un demonio? Porque esa mujer jamás hubiera actuado en público de esa forma ni hubiese hecho algo tan embarazoso. Ella no tenía ningún antecedente carismático. No había posibilidad de que se tratara de una conducta aprendida. Más tarde me contó que una fuerza había "surgido" y se había apoderado de ella, que se

quedó sin fuerzas para oponérsele. Únicamente el nombre de Jesús lo había dominado.

Mientras observaba cómo era atormentada, pensé en todos los años que ella había perdido en asesoramiento cristiano sin haber experimentado mejoría apreciable. Había seguido las orientaciones de sus pastores y a veces incluso había sido juzgada por ellos. Aun cuando había orado y leído su Biblia fielmente, no había mejorado mucho, y ahí estaba la sencilla razón: había habido un poder diabólico detrás de su depresión y sus temores.

Sentí que me corrían lágrimas por las mejillas en tanto me percataba de todo el daño que los pastores arrogantes como yo podían infligir a los hijos del Señor. Algunas veces estamos demasiado seguros de que conocemos las causas del dolor o depresión de una persona; si ellos siguen nuestras recetitas espirituales, se mejorarán. Cuando ellos tratan de seguir nuestros consejos y no mejoran, nos enojamos con ellos. Pensé en todos los consejos equivocados que yo le había dado a aquella querida mujer, y todos los años de asesoría profesional y pastoral que ella había soportado. Comprendí cuán tontos habíamos sido los pastores y consejeros. Tú no puedes "aconsejar" a un demonio que salga de la gente. Ni los demonios salen de una persona cuando ésta sigue los consejos y se vuelve más disciplinada. Los demonios salen únicamente por el poder de la sangre de Cristo.

Hasta que John White llegó, ninguno de sus pastores o consejeros habían tenido el discernimiento de comprender cuál era la raíz de las aflicciones de mi amiga, así que "ella había sufrido mucho en las manos de sus médicos."

En ese mismo momento, por primera vez, el Señor me habló. Escuché estas palabras no audiblemente, pero tan claras como palabras audibles: "Eres un engañador y un manipulador, y no haces otra cosa que jugar en la iglesia".

El sólo mirar estas palabras impresas las hace parecer muy duras, pero no fueron ásperas aquel día. Lo que yo escuché no fue una condena, sino una invitación. De alguna manera supe que me encontraba en una encrucijada de mi vida, y que la forma en que yo reaccionara a aquella voz trazaría una dirección completamente nueva a mi vida. Me encaminaría a acercarme a Dios o me alejaría de Él. Me limité a decir: "Sí, Señor".

Aquel sencillo "Sí" fue para mí el principio de aprender de nuevo lo que significa volverse un niño en el reino de Dios. No sólo tenemos que volvernos como niños para entrar en el reino del cielo (Mateo 18:3), sino que tenemos que continuar con la humildad de un niñito si deseamos progresar en el reino (Mateo 18:4). Cuando dije "Sí" estaba dándole la razón a Dios en su valoración de mi carácter y ministerio. Acababa de cruzar el umbral de un arrepentimiento que sería tan profundo que finalmente llegaría a romper las cadenas de algunos de mis más arrogantes prejuicios acerca de la vida y ministerio cristianos. Sin embargo, no sentí caer cadenas pesadas en aquel momento. En vez de eso, me sentí como un niñito cuyo Padre está a punto de mostrarle un camino mejor.

Al día siguiente era domingo. Desperté en un estado de shock. ¡Nuestra iglesia había sido visitada por un demonio! Me pregunté qué efecto tendría eso en la asistencia del domingo. Pero más que eso, me preguntaba qué clase de conflictos y divisiones pudieran surgir a causa de eso. Mientras más me preguntaba, más atemorizado me sentía. No estaba seguro de que deseara este nuevo ministerio de orar por los enfermos en nuestra iglesia si eso significaba que la gente se pondría sentimental y los demonios se manifestarían.

Entonces hice algo que se supone no debe hacer un teólogo experimentado: me senté en el butacón, abrí la Biblia al azar, y empecé a leer. Yo sabía que eso no se debía hacer. Me había burlado de la gente que esperaban que Dios les hablara en un pasaje abierto al azar, una especie de "ruleta bíblica". Yo debía haber tomado una concordancia y revisado todos los pasajes referentes al temor, pero no lo hice. Abrí mi Biblia y le pedí a Dios que me hablara.

El pasaje que abrí era Lucas capítulo ocho, y mis ojos cayeron inmediatamente en el versículo veintiséis. Por supuesto, ese es el pasaje que habla del endemoniado gadareno. Leí toda la maravillosa historia de cómo Jesús echó fuera de un hombre a una legión de demonios y de cómo el hombre recuperó la razón. Entonces llegué al versículo treinta y siete: "Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadarenos le rogó que se marchase de ellos, pues tenían gran temor. Y Jesús, entrando en la barca, se volvió". Yo estaba a punto de hacer exactamente lo mismo que los gadarenos habían hecho.

La gran misericordia del Señor Jesucristo había visitado nuestra iglesia. Él había enviado al Espíritu Santo para compeler las confesiones y para

descubrir los poderes satánicos escondidos a fin de fortalecernos y sanarnos. Y yo estaba a punto de pedirle que se fuera porque tenía miedo de cómo algunas personas podían reaccionar a aquéllos. Me arrepentí inmediatamente y le pedí al Señor que me perdonara. Le dije que cuando Él deseara tratar con un demonio en nuestra iglesia, sería bienvenido por mí.

Después que terminó el seminario, todos los ancianos y pastores estuvimos de acuerdo en que debíamos comenzar a orar regularmente por los enfermos de nuestra iglesia. Al terminar nuestros servicios sencillamente invitábamos a cualquiera que quisiera venir al frente para recibir a Cristo como su Salvador o que deseara oración por necesidades espirituales, físicas o económicas. No teníamos en absoluto intenciones de volvernos carismáticos. Se trataba sólo de que deseábamos cumplimentar el mandamiento bíblico de Santiago 5:14-16:

¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometidos pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.

Le comunicamos a nuestra congregación que a partir de ese momento aplicaríamos este pasaje en nuestros servicios y también en nuestras citas privadas de asesoramiento. De ese momento en adelante los ancianos y pastores de la iglesia estarían dispuestos a ir a las casas de los feligreses cuando quiera fueren llamados y orarían por los enfermos en su hogar. Por supuesto, siempre habíamos estado dispuestos a hacerlo, pero ahora estábamos en realidad alentando a las personas a obedecer este texto. También les comunicamos que cuando acudieran a buscar asesoramiento, nos daría mucha satisfacción no solamente aconsejarlos, sino también imponerles las manos y orar por ellos de acuerdo con el modelo del Nuevo Testamento.

Poco después de empezar a orar por las personas en público durante nuestros servicios, me llamó una dama de nuestra iglesia, llamada Ruth Gay. Me contó que tenía un aneurisma, y que el miércoles iría al hospital para sufrir una segunda angiografía. (Un aneurisma es la inflamación de un vaso sanguíneo, de forma que las paredes del vaso se estiran y adelgazan. El peligro consiste en que las paredes del vaso sanguíneo pueden explotar, causando la muerte de la persona.) El jueves estaba programada la

operación en que se repararía el aneurisma. Me pidió que fuera a su hogar el lunes por la noche y orara por ella. El lunes por la noche, Leesa, Joyce Smeltzer (la esposa de John Smeltzer, uno de nuestros pastores), y yo fuimos a la casa de Ruth Gay para orar por ella. Ruth vivía sola y estaba alejada de su familia. Se sentía sola, deprimida y asustada por la inminente operación.

Cuando nosotros tres entramos en su casa aquella noche, pudimos realmente palpar el abatimiento y el desaliento que la rodeaba. Conversamos con ella un poco, y después le impusimos nuestras manos sobre la cabeza y le pedimos al Señor que hiciera desaparecer su aneurisma. Oramos con mucha calma, pidiéndole específicamente a Dios una sanidad sobrenatural para ella. No reprendimos demonios, ni gritamos, ni nos excitamos. No le oramos al Señor que guiara las manos de los doctores. Le pedimos al Señor que empleara Sus propias manos para tocar este vaso sanguíneo y que desapareciera el aneurisma.

Ninguno de nosotros escuchó hablar al Señor directamente aquella noche, ni vimos manifestaciones sobrenaturales evidentes. Sin embargo, cuando salimos de la casa, todos teníamos la sensación de que el Señor había sanado a Ruth. No se lo dijimos a ella, pero de todas formas, pensamos que habíamos sentido Su presencia allí. En la mañana del miércoles recibimos una llamada de Ruth. Acababa de salir de su segunda angiografía. Su voz era tan débil que apenas podía escucharla cuando dijo:

—Jack, ¡estoy sana!

— ¿Cómo?

— ¡Estoy sana!

— ¡No juegues!

—No, es verdad. El aneurisma ha desaparecido.

— ¿Qué dijo tu médico?

—Dijo que he sido sanada. Una enfermera entró en mi habitación esta mañana y me dijo que era un milagro.

— ¿Le preguntaste a tu médico cómo podía explicarlo?

—Dijo que no podía explicarlo. Que los aneurismas jamás desaparecen. Hay que extirparlos con cirugía. Le pregunté si había visto antes algo como esto, y me contestó: "Nunca. No puedo explicar cómo has sido sanada".

Esta fue la primera sanidad médicamente documentada que sucedió en nuestra iglesia. Dios había mostrado su misericordia con una de sus hijas que estaba sola, deprimida y asustada. Seguimos orando por los enfermos en nuestra congregación, y vimos otras sanidades; algunas físicas y otras

emocionales. También vimos algunas manifestaciones demoníacas, aunque no en un servicio público.
Durante mi nueva aventura con el Señor, primero me había sorprendido la Escritura, y después, el Espíritu. Pero eso fue sólo el principio.

3
Señales: Un hombre llamado Wimber

Cuando establecí contacto con el doctor White por primera vez, no sabía que durante los siete meses anteriores había estado viviendo en Anaheim, California, y asistiendo a la iglesia de John Wimber. Este es el pastor de la Vineyard Christian Fellowship en Anaheim, y es el líder del Vineyard movement (Movimiento del viñedo).". El doctor White me contó todo esto después de nuestra conversación inicial.
Aquello nada significó para mí en ese momento, pues jamás había oído hablar de Wimber o del Vineyard. Durante muchos años no había leído ninguna de las revistas cristianas populares, todas las cuales habían hecho reportajes acerca de Wimber y el Vineyard, ni tampoco había conversado alguien acerca de ello en mi presencia.
El doctor White me habló de Wimber y parecía tener de él una opinión muy positiva. Me dijo que si alguna vez tenía la oportunidad, debía tratar de conocer a Wimber y de hablar con él acerca de la sanidad. El doctor White dijo que él había podido verificar una cantidad significativa de sanidades que habían ocurrido en el ministerio de Wimber. Después que el doctor White se fue de nuestra iglesia, supe que Wimber visitaría Fort Worth a las dos semanas. Hablaría en la iglesia Bautista de Lake Country, al extremo oeste de Fort Worth.
Decidí ir a escucharlo un jueves por la noche, pero no me gustaba visitar una iglesia bautista que se había lanzado a nadar en este nuevo movimiento llamado The Third Wave (La tercera ola). Algunos de mis amigos también me habían puesto en guardia contra él. Habían oído que en sus reuniones sucedían algunas cosas muy extrañas. Para andar por terreno seguro busqué que me acompañaran unas diez personas de mi iglesia. De esa forma, si las cosas se ponían muy malas, tendría conmigo testigos que podrían confirmar que yo solamente había ido a evaluar, no a participar.

Llegamos tarde y nos sentamos en la última fila, justo al lado de la puerta (para estar a salvo). La gente ya había empezado a adorar. Estaban cantando y algunos alzaban las manos, pero nada extraño estaba sucediendo. Al cabo de unos treinta minutos de cantar, el pastor, Jim Hylton, un muy respetado y solicitado predicador entre los bautistas del sur, presentó a John Wimber. Éste anunció que hablaría del reino de Dios. Y yo dije para mí: Y yo seguiré ¡cada palabra que digas; y la evaluaré con la Escritura!

Después de veinte minutos de su mensaje, me encontré asintiendo a todo lo que dijo del reino. En realidad yo mismo podía haber dictado esa conferencia en mis clases del seminario y nadie hubiera siquiera levantado una ceja. Lo que es más, me di cuenta de que me estaba simpatizando de veras este hombre. Lo que estaba diciendo era verdad, y lo decía de una forma muy entretenida. También era muy franco acerca de sus faltas. Parecía que había muy poca autosuficiencia en él. Después de aproximadamente una hora, terminó su conferencia y anunció que había llegado la "hora de la clínica".

Pensé: ¿Hora de la clínica? Oh, aquí es donde se pone extraña la cosa. Wimber anunció que le pediría a Dios que le mostrara lo que el Espíritu Santo deseaba que él hiciera en lo que quedaba de la reunión.

—En este momento no tengo idea de lo que haremos, pero creo que el Señor nos mostrará lo que Él desea hacer esta noche. Le pediré al Espíritu Santo que venga ahora —dijo.

— ¿Pedirle al Espíritu Santo que venga? ¿Dónde está esa oración en la Biblia? —me pregunté.

Me inquieté cuando Wimber anunció que emplearía una oración que no estaba en la Biblia. A mí no me preocupaba decir yo oraciones que no estaban en la Biblia, pero por alguna razón me parecía que estaba mal que Wimber lo hiciera. Quizás pensaba que él no tenía por qué hablarle al Espíritu Santo. Él debía hablarle al Padre a través de Jesucristo por el Espíritu Santo. Al menos mucha gente piensa que esa es la única fórmula bíblica de orar.

O tal vez me preguntaba cómo él le pediría al omnipresente Espíritu que "viniera". Sin embargo, quienes escribieron los Salmos por lo regular le pedían al Señor que "viniera". No sé realmente por qué; pero me inquietaba. O a lo mejor Alguien me estaba inquietando... ¡un pensamiento escalofriante! Traté de desechar esa idea diciéndome que el Espíritu Santo

era un caballero que no iba por ahí asustando a los hijos del Padre, especialmente a los que tenían una teología impecable.
Todavía me inquietaba.
Aparentemente otros se sintieron inquietos por la sencilla oracioncita de "ven Espíritu Santo", porque incluso John Wimber se percató de la intranquilidad general en la audiencia: Interrumpió su "hora de la clínica" para advertir al público:
—Oigan, voy a pedirle al Espíritu Santo que venga. No hay por qué temer a los demonios o al diablo ahora. Cuando uno le pide el Espíritu Santo al Padre celestial, Él no le da a uno serpientes y escorpiones.
Todo el mundo pareció más tranquilo y seguro después de estas palabras.
Entonces Wimber añadió:
—Los únicos demonios que se manifestarán ahora serán los que cada uno de ustedes hayan traído consigo.
Con ese último chistecito todo el mundo pareció inquietarse de nuevo, incluso los que tenían una teología impecable. Finalmente le pidió al Espíritu Santo que viniera y se quedó callado. Y también la audiencia.
Cerca de un minuto después, miró hacia arriba y dijo:
—Está bien, creo que ya sé lo que el Señor desea que yo haga esta noche. Me ha dado algunas palabras de conocimiento para sanidad.
Presumiblemente eso significaba que Dios le había comunicado a Wimber que Él sanaría a ciertas personas de la audiencia esa noche. Yo jamás había estado en un servicio como ése, y no sabía qué pensar de eso.
Wimber dijo que Dios deseaba sanar a personas con dolor de espalda. Muy pocas personas se acercaron al frente de la iglesia para que oraran por ellas los equipos de miembros de la iglesia más bien que Wimber mismo. A los pocos minutos dijo:
—Aquí hay una mujer que tiene un grave dolor de espalda, pero no ha venido al frente todavía. Ven; que creo que el Señor te sanará ahora mismo.
Cuando escuché estas palabras pensé: ¡Esto es increíble! Para entonces mi estudio de la Escritura me había conducido a creer que Dios nos hablaría para darnos advertencias, orientaciones y guiarnos, pero nunca había visto a alguien fuera de las Escrituras que consiguiera algo tan específico de Dios.
Ahora sé que Wimber meramente estaba ilustrando 1 Corintios 14:24-26:
Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace

manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros. ¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación.

Dios le había dado a Wimber una revelación acerca de alguien en la audiencia que Él deseaba sanar, no sólo para tocar a aquella persona, sino para edificar a toda la congregación. Pensé: ¡Esto es increíble! ¡Es exactamente como que Pablo dijo que debía ser la iglesia!

Pero nadie se adelantó.

Yo pensé: ¡Pobre John Wimber! Le iba tan bien cuando se limitó a hablar del reino. ¡Si no hubiese tratado este asunto de la clínica, esta reunión hubiera sido un éxito esta noche! Me sentí turbado por él y también desencantado.

Wimber no parecía compartir mi turbación ni mi desencanto. Anunció un segundo dato acerca de esta mujer y dijo:

—Fuiste al médico hace días; has tenido este dolor durante años. Por favor, ven.

Esta era una de las cosas más increíbles que yo había oído en mi vida. Era como una de las narraciones proféticas del Antiguo Testamento.

Pero ninguna mujer se levantó y vino al frente. La tensión aumentaba considerablemente en el salón.

Wimber pareció estar orando durante unos segundos. Después levantó la vista hacia la audiencia y dijo:

—Tu nombre es Margarita —entonces, con la sonrisa de un abuelo, añadió—: Ahora Margarita, levántate y ven aquí al frente enseguida.

Más o menos por el centro del salón, junto al pasillo, Margarita se levantó y comenzó a avanzar avergonzada hacia el frente.

Yo pensé que esa era la cosa más asombrosa que había visto nunca. Así justamente era como el apóstol Pablo dijo que debía ser. Había asombro y convicción en el salón. Más antes de que Margarita llegara al frente de la iglesia, me invadió una ola de escepticismo y disgusto. Me dije: ¿Y si él le pagó a ella para que hiciera esto? ¿Y si ella es Margarita el jueves por la noche aquí en Fort Worth, Texas, y el sábado por la noche en otra ciudad es Mabel MacClutchbut, avanzando hacia el frente de la iglesia con un sobre que contiene dos tumores malignos que acaba de expulsar tosiendo? Y dije para mis adentros: No creo que esto sea verdad.

Al mismo tiempo que yo había empezado a dudar de todo este proceso, el hombre que se sentaba junto a mí, a quien yo había conocido durante

quince años y que pertenecía a mi iglesia, exclamó: "¡Es Margarita mi cuñada!"
Margarita Pinkston, la cuñada de Mike Pinkston, fue hacia el frente de la iglesia aquella noche, después de haber sido llamada por su nombre por John Wimber. Y cuando varios adultos oraron por ella, quedó sanada de una dolencia que había padecido durante años. Yo conocía a aquella familia, y supe que no hubo nada falso en aquella sanidad. Esto fue realmente una ilustración gráfica de la vida de la iglesia del Nuevo Testamento como está revelada por el apóstol Pablo en 1 Corintios 14.
¡Adivinen quién fue el primero en esperar su turno para hablar con John Wimber cuando terminó la reunión! Leesa y yo teníamos muchas preguntas que deseábamos hacerle acerca de los sucesos de aquella noche; acerca de sanidades y de revelaciones de Dios. John fue tan amable con nosotros, respondiendo nuestras preguntas con paciencia e incluso dándonos algunas instrucciones aplicadas a casos, mientras lo observábamos a él y a otros orar por las personas aquella noche. Yo tenía conocimiento bíblico teórico respecto a la sanidad y el ministerio revelador del Espíritu Santo, pero Wimber tenía conocimiento y experiencia prácticos de cómo estas cosas funcionan en realidad.
Fue una velada fascinante que jamás olvidaré. Fue la noche en que comenzó nuestra amistad con John y Carol Wimber, una amistad que al final conduciría a que trabajáramos juntos por cuatro años.
Durante lo que restaba de 1986 y 1987, John Wimber y yo nos hicimos íntimos amigos. Leesa y yo fuimos muchas veces a las conferencias del Vineyard en aquella época. Seguimos aprendiendo más acerca de la sanidad y el ministerio actual del Espíritu Santo, tanto en las Escrituras como en la experiencia práctica. Mi amistad con Wimber y mí creciente interés en el ministerio sobrenatural del Espíritu Santo al final me condujo a renunciar a mi iglesia y dio por resultado mi despido de mi cátedra en el Seminario de Dallas. Sin embargo, antes de abandonar el Seminario de Dallas conocí a otro hombre que Dios utilizó para alterar el curso de mi vida. Su nombre es Paul Cain.
En el otoño de 1987, durante mi último semestre en el Seminario de Dallas, ayudé a George Mallone a comenzar el Grace Vineyard (Viñedo de la Gracia) en Arlington, Texas. En septiembre, cuando George y yo estábamos en Kansas City para una conferencia, Mike Bickle, pastor de la entonces Kansas City Fellowship (una gran iglesia de alrededor de tres mil personas), nos había hablado del ministerio de Paul Cain. Siendo joven, en

las décadas del cuarenta y del cincuenta, él había desempeñado un importante papel en el avivamiento de aquella época. Mike nos contó muchas historias fascinantes acerca de acontecimientos supuestamente sobrenaturales que rodearon su nacimiento, su vida y muchos milagros como los del Nuevo Testamento que sucedieron en su ministerio.

En 1958 se disgustó tanto con la corrupción y los abusos que se habían vuelto comunes en el movimiento de sanidad al cual pertenecía, que se fue de ese movimiento. Durante los siguientes veinticinco años se había hundido voluntariamente en una relativa oscuridad, pastoreando un par de iglesias durante un corto tiempo y después haciendo evangelismo itinerante. Ocasionalmente predicaba en una reunión numerosa, pero con mucha menos frecuencia que en su primera etapa de ministerio.

Mike dijo que Paul era un museo de información histórica acerca de todos aquellos que habían sido conocidos por su gran poder sanador en la década del cincuenta. Conocía prácticamente a todos los que se destacaron en ese movimiento. Fue testigo del lado bueno y del malo de aquel movimiento. Vio cómo hombres ungidos de Dios habían empezado bien y terminado mal, y pudo ver pocos —muy pocos— permanecer incorruptos a través de todo el tiempo.

Cuando George y yo regresamos de Kansas City, llamamos a Paul y lo invitamos a almorzar con nosotros. Era verdad; Paul en realidad era un museo de conocimientos acerca de todas aquellas personalidades y los sucesos que tuvieron lugar en aquel tiempo. Le estuvimos haciendo preguntas por casi dos horas. Durante el año siguiente Paul y yo nos hicimos íntimos amigos. Comimos juntos muchas veces y hablamos por teléfono con frecuencia. Durante este lapso nunca había escuchado predicar o enseñar a Paul, ni lo vi emplear su don de revelación, por el cual se hizo famoso en sus primeros días.

Entonces, en septiembre de 1988, mi familia y yo estábamos preparándonos para dejar Fort Worth, Texas, e irnos a Anaheim, California, para unirnos a John Wimber en el ministerio de la Vineyard Christian Fellowship en Anaheim. En aquella época Paul Cain y yo compartimos nuestra primera reunión juntos.

Predicaríamos en la Emmaus Road Ministry School (Escuela Ministerio del Camino de Emaús). Esta es una escuela en Eules, Texas, para entrenar en la práctica del ministerio. La dirige T.D. Hall y forman parte del claustro Dudley Hall, Doug White, Jack Taylor, Jim Hylton y James Robinson, entre otros. La mayoría de estos hombres eran bautistas del sur o lo habían sido,

que habían comenzado a creer en los dones del Espíritu Santo. Paul y yo compartiríamos las responsabilidades de enseñar por las mañanas durante la primera semana de septiembre.
En los primeros dos días Paul asistió a las reuniones, pero no se sintió suficientemente bien para hablar. Esto era un poco irónico, puesto que yo estaba hablando de sanidad y se suponía que Paul tenía una reputación de ser usado por el Señor en sanidad. Pero al tercer día vi algo en lo referente a ministrar que cambió para siempre mi concepto del ministerio del Espíritu Santo.
Paul acababa de dar un maravilloso mensaje Y estaba empezando a orar por las personas presentes. Habría unas 250 personas aquella mañana le pidió a los diabéticos que se pusieran en pie. Cuando comenzó a orar por los diabéticos, miró a una dama de cabello gris a su derecha. Se le quedó mirando sin haberla conocido antes (ni a nadie de la audiencia, por otra parte), y le dijo: —Usted no tiene diabetes; usted tiene hipoglicemia (bajo nivel de azúcar en la sangre). El Señor la sana de esa hipoglicemia, ahora. Tengo una visión de usted sentada en un asiento amarillo. Usted está diciendo: "Si pudiera llegar hasta la mañana. Si sólo pudiese llegar hasta la mañana". Sus alergias la atormentan tanto que a veces no puede dormir en toda la noche. El Señor la sana de esas alergias, ahora. Ese problema con la válvula en su corazón... se va ahora en el nombre de Jesús. Y también esa excrecencia en su páncreas.
Para ese entonces había un fuerte sentimiento de temor del Señor en el salón. La gente había empezado a llorar abiertamente al ver el poder del Señor desplegarse y la preocupación del Señor por una de sus hijas. Paul continuó mirando a la mujer y siguió diciendo:
—El diablo te ha preparado un colapso nervioso.
Cuando dijo eso, el hombre que estaba sentado junto a ella, que resultó ser su esposo, empezó a llorar. Él sabía que su esposa estaba al borde de un colapso nervioso. Paul dijo:
—El Señor desbarata ese plan ahora. No tendrás el colapso nervioso.
Y entonces, tan súbitamente como había empezado a hablar acerca de la mujer, Paul se detuvo y dijo:
—Creo que eso es todo lo que el Señor deseaba que yo hiciera ahora. Y se sentó en la primera fila.
El resto de nosotros quedamos pasmados. Jamás habíamos visto algo como eso. Yo había visto sanidades durante los últimos dos años, y algunas de ellas maravillosas, pero nunca había visto a alguien —

desconocido para el orador— destacado de entre una audiencia en esa forma, para escuchar que cuatro diferentes dolencias en su cuerpo no sólo eran identificadas, sino declaradas sanas.
Esto me recordó el poder revelador de Elías, quien fue capaz de descubrir al rey israelita los planes que el comandante sirio había trazado en su propio dormitorio. Era algo como las sanidades apostólicas del Nuevo Testamento, donde los apóstoles ordenaban o declaraban sanidades en vez de orar por la sanidad. Estábamos totalmente estupefactos. Nadie sabía cómo despedir el culto. El temor del Señor era tan fuerte en el salón que nadie deseaba actuar presuntuosamente. Finalmente, Jack Taylor se puso en pie con lágrimas en los ojos y nos dirigió en un himno.
La mujer a quien Paul declaró sana ese día se llama Linda Tidwell. He conversado con ella y su esposo Jim muchas veces desde aquel día de septiembre de 1988.
He aquí lo que sucedió a continuación de que Paul la ministrara: Fue a su médico esa semana y la sometieron a pruebas. Su nivel de azúcar en la sangre ya era normal, y sus alergias desaparecieron. (Habían sido tan severas como Paul había dicho.) Un soplo en el corazón que había padecido desde niña estaba curado, y su problema en el páncreas desapareció. Su depresión y nerviosismo también se fueron y en los meses siguientes bajó treinta y cinco libras de peso que había aumentado a causa de la preocupación y la ansiedad. Pablo había acertado exactamente no sólo al mencionar cada uno de los padecimientos, sino al declararlo sanado.
Un año después ella me contó que una cosa que Pablo había dicho no le había parecido cierta. Cuando dijo: "La veo sentada en un asiento amarillo." Eso la dejó confundida y preguntándose durante largo tiempo cómo podía ser eso, puesto que no tenían ningún asiento amarillo. Entonces recordó que antes de mudarse para Fort Worth, había pintado de negro su mecedora, que antes era amarilla. Al poco tiempo había olvidado que antes había sido amarilla. Paul había tenido una visión de ella antes de que se mudaran a Fort Worth, cuando sus alergias estaban en su peor momento. Desde entonces Linda ha visitado muchas iglesias en la zona de Dallas-Fort Worth, dando testimonio de las maravillosas sanidades que Dios hizo en ella.
Desde septiembre de 1988 he visto cómo el Señor usa a Paul en esta forma literalmente por todo el mundo. No estoy diciendo esto para exaltar a un hombre. Creo que Dios está usando a muchas personas como él en

muchas diferentes partes del mundo hoy en día. Creo que esta clase de ministerio sobrenatural está al alcance de la iglesia de hoy. Creo que el Señor nos ha dado modos de cultivar este ministerio. También creo que la iglesia puede cometer errores que pueden obstaculizar este ministerio hoy.
En las siguientes páginas deseo hacerles saber a ustedes algunas de las cosas que he aprendido a lo largo de los últimos años, tanto en las Escrituras como por experiencia propia, que pudiera ayudarles a aprender cómo procurar y experimentar la realidad de los dones del Espíritu sin los estímulos artificiales que han plagado a otros que han intentado ministrar en el poder del Espíritu. También deseo contarles de las objeciones bíblicas y teológicas que yo tenía contra el ministerio sobrenatural del Espíritu Santo hoy en día, y las respuestas que borraron esas objeciones.
Y finalmente deseo conversar de los temores y obstáculos que experimenté al tratar de ministrar en el poder del Espíritu Santo, y cómo han ido y siguen desapareciendo.

CONCEPTOS ERRÓNEOS HECHOS AÑICOS

4
El mito de la pura objetividad bíblica

Una vez un psiquiatra tuvo un paciente que pensaba que estaba muerto. No había argumento capaz de convencerlo de lo contrario. Al final, en un arranque de desesperación, el psiquiatra ideó un plan brillante. Decidió probarle al paciente que los muertos no sangran. Le entregó varios libros de texto de medicina para que los leyera y fijó una cita con él para la semana siguiente.
El paciente hizo su tarea y llegó a la consulta del psiquíatra a la hora señalada.
—Bien, ¿qué descubrió en su lectura? —dijo el psiquiatra.
—Descubrí que la evidencia médica prueba que los muertos no sangran —contestó el paciente.
—Así que si la persona sangrara, ¿usted sabría con certeza que no estaba muerta? —preguntó el psiquiatra.
—Exactamente —respondió el paciente.

Ese era el momento que el psiquiatra había estado esperando. Sacó un alfiler y le pinchó un dedo al paciente. Inmediatamente apareció una gota de sangre.

El paciente se miró el dedo con horror y exclamó: — ¡Oh, Dios mío, los muertos sí sangran!

A todos nos gusta pensar que somos muy razonables y objetivos. Pero la verdad es, como alguien dijo, que a menudo remolcamos nuestros cerebros detrás de nosotros por ahí, para justificar lo que ya creemos.

Yo era uno de esos cristianos a quienes les encanta decir que no viven por su propia experiencia sino por la Palabra de Dios. Mis actos y creencias estaban determinados por la enseñanza de las Sagradas Escrituras... o eso pensaba. Sólo en los últimos años he comprendido la arrogancia de esa clase de expresión.

Tal parece que yo creía que era una excepción a la enseñanza de Jeremías 17:9: ¡Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso!; ¿quién lo conocerá?; ¿Qué me hizo pensar que mi corazón era tan puro que yo comprendía perfectamente mis motivos para creer y hacer las cosas que hacía? La verdad es que todos tenemos muchas razones por las que creemos y hacemos las cosas, y la Escritura es sólo una de ellas. Algunas veces, la Biblia no es siquiera la razón primordial de nuestras creencias y actos, no importa cuánto argumentemos para afirmarlo.

La idea de que la humanidad caída —incluso la humanidad caída redimida—, puede llegar a la pura objetividad bíblica al determinar todas sus acciones y creencias, es una ilusión. Todos estamos sumamente influidos por nuestras circunstancias: la cultura en que vivimos, la familia en que crecimos, la iglesia a que asistimos, nuestros maestros, deseos, metas, desengaños, tragedias y traumas. Nuestra experiencia determina mucho de lo que creemos y hacemos, y con frecuencia determina mucho más de lo que nos damos cuenta o estamos dispuestos a admitir.

Permítanme ilustrarles esto: Es común que los profesores de teología afirmen que la Escritura, no su experiencia, determina su doctrina. Si le preguntamos a un profesor del Seminario de Dallas su opinión acerca del milenio (el reino de Cristo durante mil años descrito en Apocalipsis 20:4-6), nos contestará que él es premileniarista. Eso significa que cuando Cristo vuelva a la tierra, establecerá un reino en la tierra y reinará aquí mil años antes de la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra. Si le preguntamos por qué lo cree, declarará que está muy claramente expuesto en la Biblia.

Si le hacemos la misma pregunta a un profesor del Seminario de Westminster, probablemente conteste que él es amileniarista. (A diferencia del Seminario de Dallas, el Seminario de Westminster no exige que su claustro mantenga una cierta opinión acerca del milenio, pero la mayoría de su claustro es amileniarista.) Esto significa que el reino de Cristo en la tierra no será literalmente de mil años entre Su Segunda Venida y la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra. Si le preguntamos por qué lo cree, contestará que está muy claramente expuesto en la Biblia.

No es posible que ambos estén en lo cierto. De hecho, puede que ninguno lo esté. La verdad es que tanto el Seminario de Westminster como el de Dallas tienen hábiles intérpretes de la Escritura, inteligentes y devotos, que discrepan en una gran parte de las doctrinas de la Biblia. ¡Más ambas partes reclamarán que la razón por la que mantienen sus posiciones es porque está muy claro en la Biblia! Sospecho que esta no es toda la verdad.

La verdad es que si uno toma un estudiante que no tiene opinión acerca del milenio y lo envía al Seminario de Westminster, probablemente se graduará como amileniarista. Si toma ese mismo estudiante y lo envía al Seminario de Dallas, mucho más probablemente saldrá de él como premileniarista. Habrá unas pocas excepciones a esta regla. Nuestro medio, nuestras tradiciones teológicas y nuestros maestros tienen mucho más que ver con lo que creemos de lo que nos damos cuenta. En algunos casos tienen mucha más influencia sobre lo que creemos que la misma Biblia.

Examinemos el anterior ejemplo: definitivamente uno u otro está errado. Si el premileniarista está equivocado, no importa cuánto argumente, su doctrina no puede haberse derivado de las enseñanzas de la Escritura porque la Biblia no puede haber enseñado eso, suponiendo que la doctrina del premileniarismo sea un error.

A lo largo de los años he observado que la mayor parte de lo que creen los cristianos no se deriva de su propio paciente y cuidadoso estudio de las Escrituras. La mayoría de los cristianos creen lo que creen porque maestros respetados y devotos les dijeron que estaba correcto. He visto repetirse esto en cientos de formas, pero la que sigue es una que jamás olvidaré.

A los graduados de seminario que desean entrar en un programa doctoral, se les exige que pasen tanto exámenes orales como escritos antes de ser

admitidos. Como profesor, una de mis obligaciones era ayudar a hacer estos exámenes junto con algunos de mis colegas.
Cierto día estábamos examinando a tres jóvenes estudiantes, aspirantes a futuros doctores. Hacían su examen oral, la parte de las exigencias de admisión que más pone a prueba los nervios. En este examen, de cuatro a cinco profesores hacen preguntas a los presuntos estudiantes acerca del idioma hebreo, arqueología, otras materias técnicas de estudio relacionadas con el Antiguo Testamento y acerca de sus propias opiniones personales en Teología. La razón para esta última era que no deseábamos dar un grado de doctor a un estudiante que mantuviera una teología con la que el seminario no estuviera de acuerdo.
El primer estudiante examinado ese día tenía un expediente de casi todas Aes en su anterior aprendizaje en el seminario y había enseñado durante un año en otro seminario. Pasó rápidamente todas las preguntas técnicas que se le hicieron relativas al Antiguo Testamento. Sólo quedaba por examinar lo referente a sus opiniones teológicas. Aquel día mis colegas y yo habíamos acordado que fuera yo quien lo interrogara acerca de eso.
Mi primera pregunta fue: — ¿Qué crees acerca de la deidad de Jesucristo? —Su respuesta fue reírse de mí... ¡no precisamente algo que está bien hacer durante sus exámenes de admisión al doctorado! Es mejor esperar a haber obtenido el grado de doctor y después burlarse de los profesores. Le dije que le hablaba en serio y que me interesaba de veras saber lo que él creía de la deidad de Jesús.
—Bueno, creo en la plena deidad del Señor Jesucristo —contestó.
Le respondí que era bueno que creyera en la deidad del Señor Jesucristo; también nosotros creíamos en Su deidad. Entonces le pregunté: — ¿Por qué creía en la deidad de Cristo?
—Porque la Escritura enseña que Jesús es Dios —replicó.
—Bien, eso es lo que nosotros creemos también. Ahora dinos un texto específico del Antiguo o el Nuevo Testamento que no deje lugar a dudas de que Jesús es Dios.
Por primera vez durante todo aquel examen se borró de su rostro la mirada de confianza. Vaciló un momento y entonces afirmó:
—La deidad de Jesús está por todas partes en el Nuevo Testamento.
— ¿Pudieras ser un poco más específico? Cítanos un texto que enseñe Su deidad sin sombra de duda.
Después de vacilar por lo que pareció todo un minuto, finalmente balbuceó:
—Yo y el Padre uno somos.

Le contesté que era cierto que Juan 10:30 decía eso, pero ¿quería eso decir que Jesús era realmente Dios? Yo podría decir, por ejemplo, que él y yo éramos uno, pero que eso no probaría que fuéramos lo mismo, para no hablar siquiera de la misma familia. Jesús podía haber querido decir que Él y el Padre tenían un mismo propósito.

En ese momento dejó de intentar usar a Juan 10:30. No conocía lo suficiente para citar los siguientes pocos versículos que demostraban claramente que los judíos entendían que éste era un reclamo de deidad. Si él los hubiese citado, yo hubiera concedido que este pasaje enseña la deidad de Jesús sin ambigüedades. Al final no pudo darnos un solo pasaje de la Biblia que confirmara claramente la deidad del Señor Jesucristo. Ahí teníamos un hombre que había terminado cuatro años de escuela bíblica y cuatro años de seminario bíblico. Tenía un doctorado en teología, y había enseñado durante un año en un seminario bíblico conservador. ¡Sin embargo no podía citar y defender una referencia clara de la Biblia a la deidad de Jesús!

Mi siguiente pregunta se refería a cómo uno llega al cielo. Lo que yo quería que él hiciera era darnos una clara referencia a la doctrina de la justificación por fe únicamente en el Señor Jesucristo. La conversación se desarrolló exactamente igual que la primera. No pudo darme ni defender una sola referencia clara a la justificación por fe sólo en Cristo.

Cuando le hice la tercera pregunta, a saber, qué creía él acerca de los dones milagrosos del Espíritu Santo, pareció recuperar su confianza. Sin amilanarse replicó que ya no se otorgaban. Una vez más, su razón para esto era que ésa era la clara enseñanza de la Biblia. Le pregunté cuál él creía que era la evidencia más contundente en la Biblia que respaldara la suspensión de los dones milagrosos del Espíritu.

—La Biblia enseña que hay sólo tres períodos donde los milagros eran comunes en la historia de los tratos de Dios con su pueblo. Eran comunes durante la época de Moisés y Josué, Elías y Eliseo, y Cristo y los apóstoles; tres períodos de dos generaciones cada una. La próxima vez que los milagros serán comunes será durante el reinado del anticristo y la Gran Tribulación —contestó sin vacilar.

— ¿Llegaste a esa opinión después de un cuidadoso estudio inductivo de las Escrituras? —le pregunté.

—Exactamente.

Al llegar aquí yo sabía que no estaba diciendo la verdad. Él no había llegado a esa opinión después de un cuidadoso estudio de las Escrituras.

El teólogo de Princeton, Benjamín Breckenridge Warfield, había popularizado esa opinión a principios del siglo veinte, y como resultado, los teólogos reformados y dispensacionales habían venido usándola desde entonces. Uno o más de nosotros les habían transmitido esta enseñanza a los estudiantes, y ahora él estaba tratando de hacernos creer que él había llegado a esa conclusión después de un cuidadoso estudio de la Biblia.

Su deshonestidad era un poco más de lo que yo estaba dispuesto a tolerar, así que le dije:

—Veamos si puedes defender esa posición ahora. Empecemos con el capítulo uno de Génesis y meditemos nuestro trayecto a través de cada capítulo del Antiguo Testamento para ver si la evidencia bíblica respalda tu teoría. Recuerda, tendremos que encontrar solamente tres períodos en que los milagros sean comunes. ¿Qué sucedió en el primer capítulo de la Biblia?

—Ahí es donde Dios crea el mundo.

— ¿Y en el capítulo dos?

—Es la historia de la creación del mundo con el hombre como centro.

— ¿El capítulo tres?

—Es donde el diablo se acerca a Adán y Eva y los tienta a pecar, y Dios tiene que expulsarlos del Edén.

— ¿Son estas cosas milagrosas?

—Bueno, sí, pero hay que empezar en alguna parte.

—Muy bien. ¿El capítulo cuatro?

—El primer asesinato.

—El capítulo cinco es una genealogía. ¿Qué sucede en los capítulos del seis al nueve?

—Es donde Dios arrasa toda la tierra con el diluvio y salva a ocho personas en un arca, en la cual han sido milagrosamente introducidas una pareja de cada especie animal.

— ¿En el capítulo diez?

—Otra genealogía.

— ¿En el capítulo once?

—La torre de Babel, donde Dios baja y confunde las lenguas de todas las familias de la tierra.

—Así que los primeros once capítulos del Génesis no encajan en tu teoría, ¿no es así?

—Sí, pero eso es historia primitiva; quiero decir, uno espera cosas así al principio.

—Muy bien, sólo por prolongar la controversia, descartemos los primeros once capítulos de la Biblia. En el capítulo doce y por el resto del Génesis encontramos una simple narración biográfica. ¿Qué sucede en el capítulo doce?

—Soberanamente Dios llama a Abraham a abandonar Ur de los caldeos e irse a una tierra donde iniciará un plan para redimir al mundo entero.

— ¿Hay alguna otra cosa que te parezca sobrenatural o milagroso en alguna parte de la vida de Abraham?

—Bueno, en el capítulo quince hubo aquel horno humeante y la antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos del sacrificio (Génesis 15:17). Además, la conversación divina en el capítulo 17, el Señor y los seres angélicos que se aparecieron a Abraham y comieron con él en el capítulo 18. Después fue la destrucción de Sodoma y Gomorra, cuando de los cielos llovió fuego y azufre sobre esas ciudades (Génesis 19). Entonces vino el nacimiento sobrenatural de Isaac en el capítulo veintiuno y el encuentro con el ángel del Señor cuando él ofreció a Isaac sobre el altar en el capítulo veintidós.

—Así que la vida de Abraham no encaja realmente en tu teoría de que los milagros o lo sobrenatural no son comunes hasta la época de Moisés y Josué, ¿verdad?

—No.

— ¿Y qué me dices de Isaac, Jacob o José? ¿Alguna cosa ahí te parece sobrenatural o milagrosa?

—El capítulo veintiocho: la visión profética mesiánica de los ángeles subiendo y bajando por la escalera mientras Jacob dormía.

— ¿Qué otra cosa en la vida de Jacob?

—El capítulo veintidós, donde él lucha en realidad con Dios o el Cristo preencarnado, durante toda la noche. Después con José están todos esos sueños y visiones e interpretaciones.

Así que le dije: —Hasta donde llega la evidencia, el libro de Génesis no encaja en tu teoría, ¿verdad?

—No.

—Ahora estamos en el libro de Éxodo, y ya hemos dicho que la vida de Moisés y Josué contienen milagros y sucesos sobrenaturales, así que saltemos el libro de Éxodo y el de Josué y lleguemos al libro de los Jueces. ¿Hay algo en ese libro que te parezca milagroso?

Él contestó: —Bueno, el ángel del Señor se aparece en realidad a Gedeón, y ahí está todo ese asunto del vellón.

Después el ángel del Señor se aparece a los padres de Sansón y está el poder milagroso de Sansón.

—Así que el libro de los Jueces no encaja realmente en esta teoría, ¿no es así?

—No.

— ¿Qué tienes en el libro 1 de Samuel?

—Un profeta cuyas palabras no caen a tierra (1 Samuel 3:19-21).

Y así prosiguió la conversación. Capítulo tras capítulo el estudiante se vio forzado a enumerar los sucesos milagrosos y sobrenaturales que contradecían su afirmación de que los milagros sólo tenían lugar en tres períodos de la historia de Israel. Lo forcé a admitir que no sólo no podía defender su posición, sino que en realidad las Escrituras la contradecían.

Después que el estudiante se fue, examinamos dos jóvenes candidatos más. Ambos pasaron muy satisfactoriamente las preguntas técnicas relativas al Antiguo Testamento, pero su desempeño fue casi tan pobre como el del primer aspirante cuando les hice las mismas tres preguntas sobre la deidad de Jesucristo, la justificación por la fe, y los dones milagrosos del Espíritu Santo. Cuando el último candidato se fue aquella tarde, les recalqué a mis colegas cuán desilusionante había sido toda la experiencia. Afirmé:

—Esos muchachos no creen lo que creen porque la Biblia lo enseñe; ellos creen lo que creen porque personas con autoridad en sus vidas les dijeron que esas doctrinas eran ciertas. No adquirieron sus creencias de un estudio cuidadoso de las Escrituras. No pueden siquiera defender sus creencias usando la Biblia.

Uno de los profesores mayores apuntó: —Es cierto, pero yo diría que la experiencia de hoy es más una regla que la excepción durante estos exámenes.

Todos esos estudiantes entraron al examen confiados en que creían lo que creían sencillamente porque la Biblia lo enseñaba, pero estaban muy engañados. Si es así en el marco de un seminario, ¿cuánto más cierto piensas que sea en un ambiente no académico? La experiencia y la tradición determinan la mayor parte de lo que creen los asistentes a una iglesia, en vez de un estudio personal, cuidadoso, paciente de las Escrituras.

J. I. Packer escribe: "Nadie puede decir que no está atado por las tradiciones. De hecho, la forma más segura de que se lo trague a uno el tradicionalismo es pensar que uno es inmune a él (...) La cuestión,

entonces, es no si tenemos tradiciones, sino si nuestras tradiciones están en conflicto con la única norma absoluta en estos asuntos: La Santa Biblia."
Ni Packer ni yo estamos diciendo que todas las tradiciones sean malas. Estoy de acuerdo con la afirmación de Packer de que:
"Todos los cristianos son a la vez beneficiarios y víctimas de la tradición; beneficiarios que reciben la nutritiva verdad y sabiduría de las pasadas generaciones fieles a Dios; víctimas que ahora dan por sentado cosas que necesitan ser investigadas, teniendo como modelos divinos y absolutos de creencia y conducta lo que debiera verse como humano, provisional y relativo. Todos somos beneficiarios de las buenas tradiciones sabias y sanas, y víctimas de las pobres tradiciones necias y perjudiciales."
Hay muchos cristianos, por ejemplo, que creen en la deidad de Jesús, pero que no pueden defender Su deidad basándose en las Escrituras. Aunque creen que la Biblia enseña que Jesús es Dios, no llegan a esta creencia mediante un cuidadoso estudio de las Escrituras. Es parte de la tradición que les han traspasado sus maestros. En este caso, se benefician de la tradición porque esta tradición en particular se asienta firme en la enseñanza de la Biblia.
Sin embargo, cuando nuestro sistema de creencia va más allá de los fundamentos básicos de la fe (la deidad de Jesús, la justificación por la fe, el sacrificio vicario de Jesús, y otros más) hacia cosas que no son tan básicas (la forma de bautismo, la manera de tomar la comunión, y un concepto particular acerca del milenio) dependemos de la tradición mucho más de lo que pensamos. En estos casos, Packer ofrece un consejo sano:
"En vez de eso, debemos reconocer que estamos llenos de tradiciones, buenas o malas, mucho más de lo que nos percatamos, y tenemos que aprender a buscar, a la luz de las Escrituras, la respuesta a las preguntas críticas acerca de lo que hasta entonces hemos dado por sentado."
Sin embargo, algunos dejan de reconocer la importancia de la tradición y otros factores en nuestro medio para determinar o conformar nuestras opiniones. Edward Gross pregunta por qué hay tantas interpretaciones, y su respuesta es que:
Hay dos razones simples para que haya tantas interpretaciones: la falta de estudio general y amplio, y el no seguir las reglas sencillas de la hermenéutica (la ciencia de la interpretación bíblica).
A continuación cita tres reglas hermenéuticas resumidas por Charles Hodge en el sentido de que la Escritura debe interpretarse en su significado histórico gramatical, la Biblia tiene que interpretar la Biblia y no

puede contradecirse a sí misma, y es preciso buscar la guianza del Espíritu Santo para interpretar la Escritura. Gross concluye que:
El emplear estas reglas nos ayudará a determinar el verdadero sentido de la Escritura. Si los cristianos unieran constantemente una investigación prolija a estas reglas sencillas, las diferencias de interpretación desaparecerían prácticamente.
Estoy seguro de que hay otros que sinceramente creen con Gross que la falta de estudio y las diferencias hermenéuticas pueden explicar la diversidad teológica contemporánea. Sin embargo, no pienso que haya muchos teólogos expertos ni intérpretes bien informados de la Escritura que estén de acuerdo con Gross.
Cuando yo estaba en el Seminario de Dallas, todos los que yo conocía en la facultad estaban de acuerdo con las tres reglas hermenéuticas resumidas por Hodge, y todos creíamos en el amplio estudio general de la Palabra. A pesar de todo, diferíamos mucho de la posición teológica reformada que Gross cita a lo largo de su libro. ¿Era que nosotros los dispensacionalistas no estudiábamos las Escrituras tan ampliamente como los teólogos reformados con quienes estábamos en desacuerdo? ¿Sería que éramos inconsecuentes en nuestra aplicación de los tres principios hermenéuticos? La verdad evidente es que una falta de estudio general de las Escrituras y los diferentes principios hermenéuticos no pueden explicar la gran mayoría de las modernas diferencias teológicas.

La tradición y los dones del Espíritu

Si se encerrara en una habitación a un cristiano recién convertido con una Biblia, y se le dijera que estudiara lo que la Escritura dice acerca de la sanidad y los milagros, nunca saldría de la habitación como cesacionista. Lo sé por experiencia propia. Antes de mi conversión a los diecisiete años, yo nada sabía de teología, ni de las Escrituras ni de historia de la Cristiandad. Inmediatamente después de que el Señor me salvó, empecé a devorar la Biblia. La leía día y noche y la memorizaba. Cuando empecé a preguntarles a mis nuevos maestros cristianos acerca de los milagros de la Escritura, se me enseñó que Dios ya no hacía esas cosas por medio de agentes humanos. Se me enseñó que el verdadero milagro, el único que en realidad contaba, era la conversión de los perdidos. Puesto que las personas devotas a quienes yo res-petaba me dijeron eso, y puesto que no vi milagros que pudieran contradecir esta enseñanza, la acepté como

verdadera. Me entregué al evangelismo y pronto me olvidé de orar por milagros o sanidades.
Esta no es la doctrina a que yo hubiera llegado por mí mismo. Me tuvieron que enseñar que los dones del Espíritu habían pasado de época. Ahora, veintisiete años después, a la edad de cuarenta y cuatro, he tenido el privilegio de estar en los dos lados de este debate teológico. Estoy absolutamente convencido de que la Biblia no enseña que los dones del Espíritu cesaron con la muerte de los apóstoles. No es la enseñanza de la Escritura la que provoca la incredulidad de la gente en el actual ministerio de los milagros.
Hay una razón básica para que los cristianos que creen en la Biblia no crean en los dones milagrosos del Espíritu hoy en día. Es sencillamente ésta: no los han visto. Su tradición, por supuesto, respalda su falta de fe, pero su tradición no hubiera podido tener éxito si no estuviera acompañada a su falta de experiencia de lo milagroso. Permítame repetirlo: A los cristianos no les falta la fe en los dones milagrosos del Espíritu porque las Escrituras enseñen que esos dones ya cesaron. Más bien no creen en los dones milagrosos del Espíritu porque no los han experimentado.
Ningún escritor cesacionista que yo conozca trata de exponer su caso con la Biblia solamente. Todos estos escritores apelan tanto a la Biblia como a la historia presente o pasada para respaldar su caso. ‘‘Con frecuencia pasa inadvertido que al recurrir a la historia pasada o presente están en realidad usando como argumento la experiencia, o mejor, la falta de experiencia.
Una vez yo estaba discutiendo con un conocido teólogo acerca del tema de los dones del Espíritu. Comenté que no había ni una pizca de evidencia en la Biblia de que los dones del Espíritu hubiesen pasado a mejor vida. Él dijo: "Yo no iría tan lejos, pero yo sé que no se puede probar la cesación de los dones por la Escritura. Sin embargo, no se ven con claridad en la historia reciente de la iglesia, y no son parte de nuestra propia tradición teológica."
Este hombre enseñaba en un seminario que era dogmáticamente cesacionista en su enfoque de los dones milagrosos, pero en conversación privada admitía libremente que esa doctrina no podía probarse por la Biblia.
En realidad mencionó la segunda razón más importante para que la gente no creyera en los dones del Espíritu, o sea, que no puede encontrar milagros de la clase de los del Nuevo Testamento en la historia reciente de la iglesia. La tercera razón para no creer en los dones del Espíritu es la

repulsión causada por el mal uso, o lo que parece ser mal uso, de los dones en las iglesias y movimientos de sanidad contemporáneos.
En última instancia ninguna de estas razones se encuentran en la Biblia. Se basan en la experiencia personal. En realidad, en el caso de las primeras dos razones, se basan en una falta de experiencia personal.
Es común que se acuse a los carismáticos de que edifican su teología sobre la experiencia. Sin embargo, en última instancia, todos los cesacionistas edifican su teología de los dones milagrosos sobre su falta de experiencia. Incluso el apelar al actual abuso es un argumento basado en experiencia negativa con los dones.
Lo que estoy diciendo, por consiguiente, es que las razones reales para no creer hoy en los dones del Espíritu no están basadas en la Biblia en lo absoluto; están basadas en la experiencia. En los capítulos siguientes, deseo examinar más detenidamente esas tres razones.

5

La verdadera razón por la que los cristianos no creen en los dones milagrosos

Al finalizar el anterior capítulo dije que la verdadera razón por la que los cristianos no creían en los dones milagrosos era sencilla: porque no habían visto milagros en su vida. Pero nadie admite abiertamente que ésa sea la causa de su incredulidad. He mantenido numerosas conversaciones con teólogos y laicos por todo el mundo. Cuando les pregunto por qué rechazan hoy los dones milagrosos del Espíritu, usualmente dicen que los "ministerios de sanidad" contemporáneos son muy diferentes del ministerio de los apóstoles. Yo también acostumbraba a pensar así.
Cuando yo examinaba los ministerios de sanidad de Jesús y sus apóstoles, veía sanidades instantáneas, irreversibles y totales. También los veía sanar las más difíciles enfermedades orgánicas que podía imaginarse. La gente nacida ciega veía al instante, los cojos andaban y aun saltaban de gozo. Los leprosos recibían una suave piel nueva. Los miembros tullidos y mutilados se volvían sanos y fuertes. Los muertos volvían a la vida. Y tormentas furiosas se calmaban al ordenárseles que lo hicieran. Parecía que Jesús y sus apóstoles podían sanar a voluntad bajo cualquier circunstancia.

Yo jamás había conocido a nadie que hubiese experimentado o aún visto sanidades como ésas. Todos los relatos de sanidades que yo había escuchado sonaban como si fueran psicosomáticas: algún dolor de cabeza o de estómago que desaparecía porque la tensión mental se aliviaba. Cuando escuchaba el informe de una verdadera sanidad orgánica, no podía verificarse. O era un relato de tercera o cuarta mano. Puesto que ni yo ni aquéllos en quienes yo confiaba podían verificar una verdadera sanidad instantánea, completa e irreversible, como las de los apóstoles, llegué a la conclusión de que esas cosas ya no sucedían en la actualidad. Las sanidades graduales, parciales y algunas veces reversibles que podían verificarse, no me parecían comparables con lo que suponía que había sido el don de sanidad del Nuevo Testamento.

A primera vista, esta razón para rechazar los dones del Espíritu parece un argumento bíblico, pero en última instancia no lo es. Cuanto más es una confesión de falta de experiencia. El argumento sencillamente dice que yo no he visto ni oído de un ministerio contemporáneo que tenga los milagros de la clase de los del Nuevo Testamento. Pero mi limitada experiencia no puede usarse como prueba de que en la actualidad no exista un ministerio semejante.

Creo que Dios está haciendo milagros de la clase de los del Nuevo Testamento hoy en día, y creo que los ha hecho a lo largo de la historia de la iglesia. Pero para examinarlo todo mejor, supongamos que actualmente no existe un ministerio semejante. Eso todavía no prueba que Dios haya dejado sin efecto el de los milagros como en el Nuevo Testamento. Tendríamos que conocer la razón por la que este ministerio no existiera hoy. En verdad, una de las razones podría ser que Dios intencionalmente ha retirado este ministerio. No obstante, en última instancia, la razón de que este ministerio no existiera podía deberse a la respuesta de la iglesia. Pudiera deberse a que ha surgido un liderazgo burocrático que al fin ha tenido éxito en ganarles a los individuos "ungidos" dentro de la iglesia. O su ausencia pudiera deberse a la difundida incredulidad en la iglesia, o a muchos otros factores.

¿Cómo habremos de decidirlo? No apelando a lo que vemos o no vemos, sino más bien apelando a la clara y específica enseñanza de la misma Escritura. Y esto debemos hacerlo cuanto antes, pero por ahora sólo quiero dejar sentado que la ausencia real o aparente de los dones milagrosos no es un argumento sacado de la Biblia, sino de la experiencia.

También ya esbocé algunos problemas bíblicos con el punto de vista de la sanidad. Se basa en dos falsas premisas acerca de la sanidad en el Nuevo Testamento.

Premisa falsa # 1:
La sanidad era "automática"

La primera premisa es que los dones de sanidad de Jesús y los apóstoles eran "automáticos". Por "automático" se entiende la idea de que podían curar a cualquiera, dónde y cuándo quisieran, y a voluntad. Yo consideraba que este don era una posesión personal que ellos ejercían a discreción. Pensaba que sencillamente podían sanar o hacer milagros o profetizar a voluntad.

Si esa es su opinión del don de sanidad, le garantizo que jamás encontrará a nadie que tenga el don de sanidad. Y cuando examinamos la Escritura, tenemos que llegar a la conclusión de que ¡ni Jesús ni los apóstoles tenían el don de sanidad! Aun Jesús y Sus apóstoles no podían sanar a voluntad... si por "a voluntad" se entiende dónde y cuándo quisieran, en cualquier circunstancia.

Tres incidentes en la vida de Jesús demuestran que no podía sanar por su libre voluntad en cualquier condición. Al principio del relato de la sanidad del paralítico de Capernaun, Lucas escribe: "Aconteció un día, que Él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la Ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con Él para sanar" (Lucas 5:17, cursivas del autor).

¿Por qué habría de decir Lucas que "el poder del Señor estaba con Él para sanar" si Jesús pudiera sanar cuando quisiera, bajo cualquier condición y únicamente a Su propia discreción? Esta afirmación sólo tiene sentido si consideramos la sanidad como la soberana prerrogativa de Dios Padre, quien a veces otorga Su poder para sanar y otras veces lo retiene.

Un segundo incidente es igual de instructivo. Juan capítulo 5 contiene la historia de la sanidad de un hombre que había estado paralizado treinta y ocho años. Yacía junto al estanque de Betesda cuando Jesús se lo encontró. Había muchos otros enfermos junto al estanque, debido a la tradición de que una vez al año un ángel del Señor bajaba y agitaba las aguas del estanque, y el primero que se sumergía en las aguas después que el ángel las hubiese agitado quedaba sano. Así que el estanque de

Betesda era como un hospital de la antigüedad, donde la gente traía a sus amigos, parientes y seres queridos, en la esperanza de que pudieran ser el primero en llegar al agua para quedar sanos. El asunto es que cuando Jesús encontró al hombre enfermo aquel día, había una multitud de enfermos yaciendo alrededor del estanque (Juan 5:3).

Jesús le hizo al paralítico una pregunta que ha sido difícil de entender para algunos: "¿Quieres ser sano?" (Juan 5:6). Yo nunca entendí el significado de esa pregunta hasta que empecé a orar por los enfermos. Yo había presumido que todos los enfermos desean sanar, especialmente aquellos que padecen enfermedades crónicas, como los paralíticos o los ciegos. Pero ahora, después de orar por miles de personas alrededor del mundo durante los últimos siete años, he descubierto que muchos de los enfermos no desean restablecerse en absoluto. De hecho, toda su identidad está ligada a estar enfermos, y literalmente tienen miedo de los cambios que tendrían lugar en sus vidas si se sanaran. Si uno sospecha de que ese sea el caso de alguien que uno desea ver sano, es importante asesorarlo e identificar el problema antes de intentar orar por él. De cualquier forma, el hombre de este relato no dijo que él deseaba sanar, pero Jesús lo sanó instantánea y completamente.

Ahora bien, habiendo hecho esto, uno puede suponer que Jesús procedería a sanar a todos los otros enfermos que estaban alrededor del estanque de Betesda. En muchas ocasiones en los Evangelios, Él sana enormes multitudes. Muchas veces encontramos la afirmación "y sanaba a todos" (Mateo 8:16; 12:15; Lucas 6:19). Pero este día sanó sólo una persona en el estanque.

¿Por qué ignoró a todos los otros enfermos? Inmediatamente después de la sanidad, Jesús se enfrasca en una disputa teológica con líderes religiosos. En el medio de esta disputa Jesús responde la pregunta de por qué no sana a los otros enfermos que estaban en el estanque, y nos da el principio que dirige todo Su ministerio:

Juan 5:19 dice: Respondió entonces Jesús, y les dijo: "De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente." Jesús sanó sólo una persona aquel día en el estanque porque Su Padre solamente sanaría un enfermo. Si el Padre no sanaba, entonces Jesús no podía sanar. Jesús obedecía absolutamente la voluntad de Su Padre celestial en todo Su ministerio. Jesús no podía sanar por Su propia voluntad porque estaba comprometido a no hacer o desear cosa alguna

independientemente de la voluntad de Su Padre. Él siempre hizo lo que complacía a Su Padre. Esta no es una enseñanza aislada en el libro de Juan; es el tema principal del Evangelio de Juan. Muchas veces Jesús dice que El sólo hace lo que Su Padre hace, únicamente dice las palabras que Su Padre le da para que hable, y que Su enseñanza no es Suya, sino la de Aquél que lo envió a Él (Juan 3:34; 5:30; 7:16; 8:28; 12:49-50; 14:10, 24,31).
Incidentalmente, este principio responde a una pregunta que me hacen todo el tiempo: "Si usted cree en la sanidad y cree que tiene un don o ministerio de sanidad, ¿por qué no va a los hospitales o por qué no va a los barrios pobres de lugares como Calcuta donde en realidad puede hacer mucho bien?" La respuesta a esta pregunta es que el don de sanidad no es automático; no puede ejercerse a discreción nuestra. El mismo Señor Jesús estaba en un "hospital" de la antigüedad, y sólo sanó a un enfermo allí. La única forma de que alguien con un don de sanidad pueda tener un ministerio efectivo en un hospital o en los barrios pobres de Calcuta, sería si el Señor Jesucristo enviara y guiara en realidad a esa persona dotada a sanar allí.
Este principio también es una respuesta válida a la misma pregunta cuando se hace en otra forma. A veces la gente pregunta por qué en algunas reuniones donde se ora por los enfermos no se sanan los padecimientos más graves en tanto que los "triviales" sí. ¿Por qué en ocasiones se dan palabras de sabiduría para orar por quienes tienen migraña y no paralíticos? Los escépticos de la sanidad divina llaman a esto una tragedia y expresan su "preocupación" por todos los que están en sillas de ruedas que no sanaron. Se burlan de la sanidad de las enfermedades "triviales" calificándolas de psicosomáticas.
Si los que dirigen la reunión no son fraudes, sino sinceros siervos que verdaderamente están tratando de seguir la guianza del Señor, no tienen en realidad nada que decir con respecto a la clase de sanidades que tienen lugar o la clase de palabras de sabiduría que se dan para las sanidades. De acuerdo con los principios de Juan 5: 19, Dios decide quién se sana y guía a sus siervos de acuerdo con eso. Nuestra responsabilidad es escuchar esas instrucciones y seguirlas, en vez de determinar quién se sana.
Las personas que se burlan cuando Dios decide sanar los casos "triviales" en vez de los "duros", pueden estarse burlando en realidad de la sabiduría y la voluntad de nuestro Padre. Por otra parte, si los "sanadores" anuncian

sus reuniones prometiendo que Dios sacará de las sillas de ruedas a las personas, dará vista a los ciegos, y cosas así, y no suceden, entonces hay lugar para la crítica. En este último caso, el discernimiento, ya que no la integridad, de quienes dirigen esas reuniones puede ponerse en entredicho con razón.
Un tercer incidente en la vida de Jesús demuestra de forma concluyente que Él no podía sanar a voluntad en cualquier circunstancia y condición. Sucedió cuando regresó a Su hogar en Nazaret. La gente de Su pueblo se ofendió con Él, y resultó que "no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos" (Marcos 6:5-6). Mateo escribe de este mismo incidente que Jesús "no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos" (Mateo 13:58). En otras palabras, Dios permitió que el ministerio de sanidad de Su Hijo quedara limitado, al menos en algunas ocasiones, por la incredulidad de la gente. Por lo tanto el mismo Jesús no pudo sanar independientemente del Padre, a Su propia voluntad, y en cualquier condición.
Si sucedía esto con el Hijo de Dios, ¿cuánto más no lo sería con los apóstoles? Cuando examinamos el ministerio de éstos, encontramos exactamente lo mismo. En Juan 15:5 Jesús dijo a Sus apóstoles: ¿separados de mí, nada podéis hacer? Jesús había dicho eso mismo de sí mismo: "No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan 5:30). Del mismo modo, los apóstoles nada divinamente poderoso podían hacer apartados de la soberana voluntad del Señor Jesús y Su Padre celestial. Encontramos numerosas ilustraciones de este principio en las vidas de los apóstoles.
Por ejemplo, cuando el Señor utiliza a Pedro para sanar al cojo en la puerta llamada la Hermosa (Hechos 3:1ss), la gente observa a Pedro asombrada. Pedro se horroriza de pensar que la gente pueda de algún modo acreditarle el mérito de esta sanidad. Por lo tanto, Pedro grita a la gente: "Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿O por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a Su Hijo Jesús" (Hechos 3:12-13, cursivas del autor). Pedro dejó claro que esta sanidad no era el resultado de su propio poder o piedad apostólicos. Era el resultado de la voluntad soberana de su Padre celestial.

¿Quién puede creer en realidad que Pedro podía entrar en el templo cualquier día que quisiera y sanar a cualquiera que deseara? Es cierto que hubo un derramamiento extraordinario de poder sanador y gracia en la vida de Pedro y los otros apóstoles; habían sido iniciados por la voluntad soberana de su Padre celestial. Su parte era reconocer la iniciativa del Padre y obedecerla, pero no originar ningún ministerio fuera de Su dirección.
Este mismo principio queda ilustrado por un milagro en la vida de Pablo. Mientras Pablo predicaba en Listra, un hombre que había nacido tullido estaba escuchándolo. Lucas dice que Pablo "fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran voz: 'Levántate derecho sobre tus pies.' Y él saltó, y anduvo" (Hechos 14:9-10). Una vez más, esta sanidad no fue algo que Pablo inició. Él vio que el hombre tenía fe para ser sanado y entonces lo proclamó sano.
Esto no era algo que Pablo podía hacer a voluntad. Podía hacerlas únicamente cuando las circunstancias eran favorables a la sanidad. Si Dios no le hubiera concedido a aquel hombre la fe para ser sanado, Pablo nunca hubiese podido pronunciarlo sano. Por otra parte, hay tres ejemplos negativos en la vida de Pablo, cuando no pudo sanar a sus amigos. Pablo no pudo sanar a Epafrodito (Filipenses 2:25-27); tuvo que dejar a Trófimo enfermo en Mileto (2 Timoteo 4:20); e incluso tuvo que exhortar a su hijo en la fe, Timoteo, a que tomara un poco de vino a causa de su estómago y sus frecuentes enfermedades (1 Timoteo 5:23).
Algunos suponen que Pablo no pudo sanar a estas tres personas porque no tenía libertad de emplear su don de sanidad en los cristianos. Suponen que el don de sanidad era sólo para ser empleado en los incrédulos o en la presencia de éstos para convencerlos de la verdad del Evangelio. Si ése fuera el caso, ¿por qué pudo sanar a Eutico, un creyente, levantándolo de los muertos en presencia únicamente de creyentes (Hechos 20:7-12)? Además, el don de sanidad mencionado en 1 Corintios 12:9 se dice que es para el bien común [de los creyentes] (1 Corintios 12:7 B.d.l.A).
Otros han deducido que el fracaso de Pablo en sanar a Epafrodito, Trófimo y Timoteo se debía a que Dios había retirado el don de sanidad de Pablo a estas alturas de su vida. Esta es la explicación más increíble. Con ella tendríamos que admitir que los milagros habían cesado incluso antes de la muerte de los apóstoles. No existe en el texto un argumento que respalde semejante sugerencia.

A la luz de los textos mencionados antes, es mucho más fácil creer que los apóstoles no podían sanar a voluntad. Dependían de la voluntad del Señor Jesús.
Un ejemplo final de la incapacidad de los apóstoles para sanar a voluntad aparece en el caso del muchacho epiléptico. Este es especialmente significativo porque sucede después que Jesús les ha dado poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades (Mateo 10:1; Lucas 9:1). Pero ellos no pudieron sanar a un muchacho endemoniado que era suicida y sufría de epilepsia (Mateo 17:16). Después que Jesús lo sana, los discípulos le preguntan por qué ellos no pudieron echar fuera el demonio, y Jesús les contesta: "Por vuestra poca fe" (Mateo 17:20).
El presumir que cualquiera puede sanar a voluntad es sencillamente una interpretación equivocada de la Escritura. La relación de los apóstoles con el Señor y nuestra relación con Él es demasiado personal para semejante explicación mecánica del don de sanidad. Por lo tanto, en nuestro intento de comprender el don de sanidad hoy en día, no debemos buscar o esperar encontrar gente que pueda sanar a voluntad.
Pero incluso con estas reservas, todavía me parecía que había una distancia abismal entre el ministerio de sanidad de los apóstoles y los ministerios contemporáneos para aceptar que estos últimos fueran bíblicos. La calidad y el número de las sanidades de los apóstoles eran muy superiores a lo que yo pensaba que estaba sucediendo hoy en día. Fue en este punto que comprendí la segunda premisa falsa acerca del ministerio de sanidad y milagros del Nuevo Testamento.

Premisa falsa # 2: El ministerio de sanidad de los apóstoles era lo mismo que el don de sanidad

Una vez, mientras conducía mi auto de regreso a casa después de impartir clases durante todo el día, se me ocurrió que tenía que haber una diferencia entre el ministerio apostólico de sanidad y el don de sanidad concedido a otros en el cuerpo de Cristo.
He aquí cómo llegué a esa conclusión: Primero me percaté de que en 1 Corintios 12:8-10 Pablo describe los dones milagrosos que se conceden a todo el cuerpo de Cristo, no sólo a los apóstoles. Hay abundante evidencia de esta amplia distribución de los dones. El de profecía, por ejemplo, se encuentra en la iglesia de Tesalónica (1 Tesalonicenses 5:20), en Roma

(Romanos 12:6), en Éfeso (Efesios 4:11) y en otros lugares a lo largo del libro de Hechos (11:27; 13:1; 15:32, 19:6; 21:9). Del mismo modo, el don de lenguas se encuentra en Jerusalén (Hechos 2), Samaria (Hechos 8:5ss.), Cesarea (Hechos 10:46), Éfeso (Hechos 19:6), así como en Corinto. Los milagros se hacían en las iglesias de Galacia (Gálatas 3:5).

Esta amplia distribución de los dones a través del cuerpo de Cristo es lo que Joel profetizó cuando vio la venida del Espíritu Santo sobre todo el pueblo en los últimos días (Joel 2:28-29). Pedro empleó la profecía de Joel para argumentar que el don de lenguas dado en el día de Pentecostés era una de las señales del cumplimiento de la profecía de Joel (Hechos 2:16). Con el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, vinieron dones a todo el cuerpo de Cristo. De hecho, Pedro dice que cada cristiano ha recibido un don de ministerio, un carisma (1 Pedro 4:10). Esta es exactamente la misma palabra que Pablo usa en 1 Corintios 12 (vv. 4, 9, 28,30-31) para los dones espirituales, y Pablo mantiene que todos los dones operaban en la iglesia de Corinto (1 Corintios 1:7). La evidencia del Nuevo Testamento, por lo tanto, nos hace llegar a la conclusión de que los dones milagrosos no están confinados únicamente a los apóstoles, sino que estaban ampliamente distribuidos a través de todo el cuerpo de Cristo.

La segunda cosa que comprendí es que los dones espirituales varían en su intensidad y fuerza. Pablo admite esto con respecto al don de profecía. En Romanos 12:6 dice: "De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe." Hay diferentes medidas de la gracia y la fe dadas, con las cuales ejercer los diversos dones. Pablo mismo tenía un mayor don de lenguas que ningún otro en Corinto (1 Corintios 14:18). Timoteo había dejado que uno de sus dones espirituales decayese en fuerza, por lo que Pablo tuvo que alentarlo "te aconsejo que avives el fuego del don" [carisma] de Dios que está en ti por la imposición de mis manos" (2 Timoteo 1:6). Todos estos textos demuestran que los dones espirituales se presentan en diferentes grados de intensidad o fuerza.

Todo el mundo reconoce que los dones espirituales que por lo regular no se consideran milagrosos, varían en su intensidad. Algunos maestros tienen un don de enseñanza mayor que otros. Lucas, por ejemplo, describe a Apolo como un predicador y maestro "poderoso [griego: dunatos] en las Escrituras" (Hechos 18:24). Algunos evangelistas tienen un don mayor que otros evangelistas, y así. Por analogía, debemos esperar lo mismo con los dones milagrosos del Espíritu.

Este parece ser el caso incluso entre los apóstoles en el libro de Hechos. De los apóstoles, Pedro y Pablo son considerados como los más dotados en sanidades y milagros. El ministerio de Pedro es tan extraordinario que aparentemente ¡Dios usaba hasta su sombra para sanar! (Hechos 5:15). Por medio de todos los apóstoles Dios hacía señales y milagros (Hechos 5:12), pero Lucas parece singularizar a Pedro como el más prominente entre ellos. Cuando Pablo aparece en la escena, Lucas también lo describe como portador de extraordinarios poderes sanadores, "de tal manera que aún se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían" (Hechos 19:12). Pablo y Pedro eran los únicos apóstoles de quienes Lucas dice que levantaban a los muertos. Por lo tanto, el Nuevo Testamento parece indicar que incluso entre los dones otorgados a los apóstoles, había diversos grados de potencia.

La tercera cosa que descubrí es que, tomados en conjunto, el Nuevo Testamento presenta a los apóstoles como los individuos más dotados dentro de la Iglesia. Aunque estoy seguro de que los apóstoles recibieron charismata, igual que otros en el cuerpo de Cristo, el Nuevo Testamento nunca describe sus ministerios de sanidad con el término carisma. El ministerio milagroso de los apóstoles se describe con la frase señales y prodigios.

¿Qué son señales y prodigios? En el Antiguo Testamento la frase se emplea con más frecuencia para describir las grandes plagas que Dios envió sobre Egipto y la subsecuente liberación de Su pueblo de la esclavitud en esa nación (Deuteronomio 4:34; 6:22; 7:19; 23:9; 26:8; 34:11; Nehemías 9:10; Salmo 135:9; etc.). En el Nuevo Testamento "señales y prodigios" describen los ministerios de Jesús (Hechos 2:22), los apóstoles (Hechos 2:43; 5:12; 14:3; 15:12; Romanos 15:18-19; 2 Corintios 12:12), y los ministerios de Esteban (Hechos 6:8) y Felipe (Hechos 8:6).'"

La frase "señales y prodigios" se emplea para describir un inusitado derramamiento del Espíritu Santo para los milagros. No se usa en contextos donde tienen lugar uno o dos milagros o sanidades, sino en donde sucede una abundancia de milagros (por ejemplo, en Hechos 5:12; 8:7), y aquellos que los presencian quedan estupefactos. Incluso una persona como Simón, muy hábil en artes ocultas, se asombra ante las señales del ministerio de Felipe (Hechos 8:13). Las señales y prodigios tienen lugar en medio de un avivamiento vinculado a la proclamación del

Evangelio, y las únicas personas de quienes se dice que hacen señales y prodigios, aparte del Señor Jesús y los apóstoles, son Esteban y Felipe.

He aquí las conclusiones que saqué de estas observaciones: Primero, hay una diferencia entre las señales y prodigios y el don de sanidad. Las señales y prodigios son un derramamiento de milagros específicamente vinculados con un avivamiento y la proclamación del Evangelio. El don de sanidad se otorga a la Iglesia para su edificación (1 Corintios 12:7) y no está necesariamente relacionado con un avivamiento o una abundancia de milagros.

Segundo, es un error insistir en que el ministerio apostólico de señales y prodigios es la norma para los dones de sanidad otorgados al cristiano promedio del Nuevo Testamento. Tenemos descripciones vividas del ministerio de los apóstoles en señales y prodigios, pero aparte del ministerio de los apóstoles hay pocas, si acaso hay alguna, descripciones del cristiano promedio que tenía dones de sanidad, o ejemplos de cómo operaban los dones milagrosos en la iglesia local.

Sencillamente no es razonable insistir en que todos los dones espirituales milagrosos igualen a los de los apóstoles en su poder o intensidad, a fin de considerarlos como legítimos dones del Espíritu Santo. Nadie insistiría en eso con respecto a los dones no milagrosos como la enseñanza o el evangelismo. Por ejemplo: ¿qué persona en la historia de la iglesia desde Pablo ha sido un maestro tan dotado como lo fue él en el cuerpo de Cristo? ¿Lutero? ¿Calvino? ¿Quién hoy en día alegaría ser igual que Pablo como maestro? No conozco a nadie que fuera capaz de afirmar tal cosa en el pasado o el presente. Puesto que nadie ha surgido con un don de enseñanza igual al del apóstol Pablo, ¿tendríamos que llegar a la conclusión de que el don de la enseñanza desapareció de la Iglesia? Del mismo modo, ¿tendríamos que suponer que cualquiera que tenga un don de evangelismo, evangelizará igual que el apóstol Pablo?, ¿quién ha plantado tantas iglesias o iniciado tantas nuevas obras con la profundidad y la autoridad que él lo hizo? Podemos admitir diversos grados de intensidad y calidad en dones de evangelismo, de enseñanza y otros. ¿Por qué no podemos hacerlo con el don de sanidad? ¿O con el don de milagros? ¿O el de profecía?

Deberíamos, por supuesto, esperar que el ministerio de sanidad de los apóstoles fuera mayor que el de otros en el cuerpo de Cristo. Ellos fueron especialmente escogidos por el Señor para ser sus representantes elegidos, y se les dio autoridad y poder sobre todos los demonios y sobre

toda enfermedad (Mateo 10:1; Marcos 3:13-15; Lucas 9:1). Recibieron la promesa especial de estar "investidos de poder desde lo alto" (Lucas 24:49, Hechos 1:8). Poseían una autoridad que nadie más en el cuerpo de Cristo poseyó. Pablo, por ejemplo, en realidad tenía autoridad de entregar a alguien a Satanás para la destrucción de su carne (1 Corintios 5:1-5).
Si hemos de decir que el ministerio apostólico fija la norma por la cual debemos juzgar los dones citados en Romanos 12 y 1 Corintios 12, ¡tendremos que llegar a la conclusión de que desde el tiempo de los apóstoles no se ha dado don alguno, ni milagroso ni no milagroso! Porque ¿quién ha llegado a la altura de los apóstoles en algún aspecto?
Tercero, no debemos sacar la conclusión de que las señales y prodigios tienen que haber cesado con la muerte de los apóstoles. Esteban y Felipe no eran apóstoles, pero se les dio un ministerio de señales y prodigios similar al de los apóstoles. Y puede haber otros además de Esteban y Felipe.
Nada hay en el Nuevo Testamento que pudiera excluir futuros desbordamientos de avivamientos, acompañados por señales y prodigios. De hecho, es muy bíblico anhelar y orar por esos avivamientos. Examinemos la oración de Hechos 4:29-30: "Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen Tu Palabra, mientras extiendes Tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de Tu santo Hijo Jesús". Si la Iglesia tomara esta oración en serio, ¿quién sabe qué clase de desbordamiento de señales y prodigios en avivamiento Dios se complacería en otorgarnos?
Cuando miro a través del cuerpo de Cristo, no veo a alguien que tenga la calidad y cantidad de milagros que tuvieron lugar en el ministerio de los apóstoles. Pero eso ya no me conduce a deducir que hoy Dios no esté usando a Su pueblo para hacer milagros y sanidades.
De hecho, he tenido el privilegio de hacer amistad con mucha gente como John Wimber, quien está muy dotado en sanidad y milagros. Paul Cain, a quien mencioné antes, es la persona más dotada en el ministerio de los milagros que yo haya conocido. En muchas ocasiones he visto a Paul visitar lo que yo llamo el plano del poder apostólico. Con eso quiero decir que lo he observado ordenar o declarar sanidades, en vez de orar por ella. Lo he visto ordenar a espíritus que se callen o que salgan, y con una sola orden, lo han obedecido.

En marzo de 1990 estábamos juntos en una reunión en Melbourne, Australia, en Waverly Christian Fellowship, donde el pastor es Kevin Connor. Al final de la reunión, Paul oró por algunas de las personas presentes. Él señaló a un hombre en la parte posterior del salón y dijo: "Tu hombro derecho está suelto." Paul jamás había visto antes a aquel hombre, y nada indicaba a simple vista que tuviera suelto el hombro. De hecho, sólo ese hombre —que resultó ser un atleta— y su madre, sabían que tenía suelto el hombro. Paul dijo: "Extiende tu mano adelante al Señor Jesús, y tu hombro quedará sanado". Instantáneamente, mientras el hombre extendía hacia adelante su mano, su hombro quedó sanado. Y él comenzó a agitar ambos brazos y a dar gracias al Señor.

En junio de 1992, Edward y Jewell Levsen, de Tustin, California, asistían a una conferencia en Kansas City, Missouri, donde Paul Cain era uno de los predicadores. Los Levsen se estaban retirando y preparándose para regresar a Iowa. Sentían que su utilidad para Dios había terminado o disminuiría mucho durante sus años de retiro. Ambos tenían graves problemas físicos. Edward padecía artritis severa en los hombros y Jewell sufría del cuello y la espalda.

Los Levsen habían asistido a otras conferencias donde Paul Cain había predicado, así que estaban familiarizados con la forma en que el Señor usa los dones proféticos y sanadores de Paul. Pero ninguno de ellos esperaba en realidad que Paul les ministrara directa y públicamente.

Una tarde, cerca de una semana antes de la conferencia, Jewell oró de esta manera: "Padre, sé que Paul Cain llama a los líderes a la plataforma en las reuniones, pero ¿alguna vez has usado a Paul para llamar a gente común? No espero ser llamada nunca, pero si lo soy, ¿podrías llamarme como Jewell Floyd? (Floyd era el apellido de soltera de Jewell).

«Si me hablas a través de Paul Cain, quisiera preguntarte algo. He oído lo que mucha gente dice de las mujeres con un ministerio, pero deseo que Tú me digas a mí lo que Tú piensas acerca de eso. Sé que ya estoy muy vieja para tener un ministerio, pero de todos modos deseo saber lo que Tú piensas del asunto".

Una semana después, durante la conferencia, el Señor le dio a Paul una visión de Jewell y su esposo mientras Paul estaba orando en su habitación del hotel antes de la reunión. Después del mensaje aquella tarde, Paul miró a la audiencia y dijo: "Hay alguien aquí llamado Edward. Ustedes son del oeste y el nombre de tu esposa es Jewell". Inmediatamente Edward y Jewell se pusieron de pie y Paul miró a Jewell y le dijo: "¿El nombre de

Jewell Floyd significa algo para ti?" Entonces Jewell empezó a llorar, abrumada por la tierna omnisciencia del Señor.
Entonces Paul habló para su desaliento y le dijo:
El Señor dijo que Él te ha llamado, y eso fue hace mucho en Iowa. Él Señor te llamó y tenía Su mano sobre ti. ¡No ha terminado hasta que haya terminado! Y algo le está pasando a Lisa [su hija]. ¡Algo le está pasando a toda tu familia! Tus oraciones han sido escuchadas y Lisa ya ha tenido un encuentro con el Señor por esto que viene sobre ella y cambiará su vida.
Déjenme decirles: Ustedes son dos personas de las que yo hablé esta noche, que pueden tener sueños después de los sesenta. Ustedes son dos personas que vencerán obstáculos y verán la gloria de Dios mientras están vivos todavía. Y quiero que sepan que todo no ha terminado para ti, Edward, ni para ti, Jewell.

Mientras miraba a Jewell, Paul dijo:

—Tienes dolor desde el cuello hacia abajo por toda la espina dorsal y en tus pies y piernas —Jewell reconoció que era verdad. Paul le dijo que el Señor la sanaría esa noche. Entonces Paul miró a Edward y dijo:
—Ahora mismo tengo una visión de tu dolor. Tienes el hombro casi gastado, y tienes artritis ahí por conducir algo grande; casi te ha matado. El Señor te sanará esa artritis —entonces miró a Jewell y dijo—: Entiendo que tu cumpleaños es en julio. El Señor acaba de sanar a tu esposo como regalo de cumpleaños.
Unas seis semanas después recibí una carta de Jewell que decía: "A continuación de la reunión del viernes por la noche con Paul Cain me palpé el cuello ¡y comprendí que se había hecho un milagro creativo en él, puesto que toda la estructura muscular de mi cuello había cambiado! Después me sentí totalmente bien y sanada del problema desde la nuca hacia abajo hasta el final de la columna vertebral. Se llevaría varias páginas contarte lo que el médico diagnosticó".
Vi a Edward y Jewell en el otoño de 1992. Se habían enrolado en Emmaus Road Ministry School (Escuela del Ministerio del Camino de Emaús) en Eules, Texas. Ambos estaban completamente sanados de los padecimientos que Paul había mencionado, y llenos de una nueva pasión por Dios en sus corazones. Estaban asombrados por la sanidad que Dios les había dado, pero Jewell se sentía profundamente agradecida por las respuestas específicas que Dios había dado a su oración de una semana

antes de la conferencia. Dios demostró Su tierno amor por Jewell llamándola por su apellido de soltera, Floyd, haciéndole saber a ella que Dios sí usa a las mujeres, y a los dos que no estaban demasiado viejos para que Él los usara de forma importante en un ministerio.
Estos dos ejemplos llegan cerca del nivel de las sanidades apostólicas. Primero, el Señor reveló sobrenaturalmente el padecimiento a Paul, y segundo, el Señor reveló que Él sanaría esas dolencias. Paul no oró por su sanidad; sencillamente lo declaró. Este tipo de sanidad caracterizaba con frecuencia los ministerios del Señor Jesús y los apóstoles.
Me gustaría decir que Paul Cain vive en esta dimensión pero eso no es verdad, hay ocasiones en que Paul ora por algún enfermo como lo hacemos todos nosotros, pero hay un número de ocasiones —y estas parecen ser más frecuentes ahora— donde él se sitúa en esta dimensión de sanidad apostólica y hay similitudes significativas entre su ministerio y el de los apóstoles.
¿Por qué hemos de tener dificultades en creer que el Señor usa a las personas así hoy en día? ¿Por qué tiene que sernos difícil creer que algunas personas sencillamente están más dotadas que otras para orar por sanidades? No tenemos problemas en creer que algunas personas están más dotadas para enseñar, otras para evangelizar, otras para administrar, y así. ¿Por qué resistirnos a creer que lo mismo puede suceder con las sanidades y milagros?
Esta explicación me resolvió el problema de la inconsecuencia entre el modelo apostólico de sanidades y lo que yo estaba viendo y oyendo hoy en día en la iglesia. Si no vemos sanidades apostólicas en la iglesia hoy, la única conclusión cierta que podemos sacar es que no estamos viendo sanidades apostólicas. Eso no significa que Dios no esté haciendo sanidades apostólicas o que Él haya retirado los dones de sanidad del cuerpo de Cristo.
Siempre es posible que podamos ser como Jacob, quien tuvo que confesar: "Ciertamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía" (Génesis 28:16, B.d.l.A).

Los dones milagrosos en la historia de la Iglesia

Si la razón principal de que los cristianos no crean en los dones milagrosos es porque no han visto milagros, la segunda razón más poderosa es que algunos piensan que no hay evidencia de dones milagrosos desde la

muerte de los apóstoles hasta nuestros días. Si estos dones hubieran de ser permanentes, ¿cómo podrían perderse a lo largo de la historia de la iglesia, o al menos durante largos períodos de tiempo?
Supongamos por un momento que los dones se perdieron en realidad. No sería la primera vez que el pueblo de Dios pierde dones otorgados divinamente. Un tiempo después de la muerte de Moisés, se perdió o todo el Pentateuco o el libro de Deuteronomio. No se descubrió otra vez hasta alrededor del año 622 A.C. durante el reinado de Josías (2 Reyes 22:8). Piensen en eso, ¡el pueblo de Dios perdió sus Escrituras!
A todos los efectos prácticos, esto sucedió una segunda vez en la historia de la Iglesia cuando el pueblo no pudo leer el Antiguo Testamento hebreo original, el Nuevo Testamento griego, o su traducción latina de la Biblia. No fue hasta la época de la Reforma que las Escrituras volvieron a ser accesibles al pueblo otra vez en su propio idioma. No se trataba por cierto de que Dios hubiera escondido la Escritura de Su pueblo, sino más bien que la Iglesia desatendió la Escritura.
Hay otros ejemplos de esto. Una de las más preciosas enseñanzas jamás dadas a la Iglesia es la doctrina de la justificación por la fe únicamente en Cristo. No obstante, poco después de la muerte de los apóstoles, los escritos de algunos de los Padres de la Iglesia empiezan a mostrar que la doctrina de la justificación por fe ya había sido pervertida (la epístola de Bernabé y el Pastor de Hennas). Finalmente esta doctrina se perdió y no se recuperó ampliamente hasta la Reforma de los siglos quince y dieciséis. ¿Explicaremos esta ausencia suponiendo que durante mil quinientos años Dios había retirado el ministerio de la enseñanza del Espíritu Santo o que la justificación por fe no tenía ya importancia para Él?
Esta clase de ejemplos puede multiplicarse. Por ejemplo, los dispensacionalistas afirman que la iglesia primitiva creía en el premilenialismo y en un rapto pretribulacional. Pero tienen que admitir que ambas doctrinas al parecer se perdieron en la historia de la Iglesia y no se recuperaron hasta la época de Darby en el siglo diecinueve. ¿Cómo pudo perder la Iglesia algo que estaba destinado a ser permanente? La Iglesia parece no tener inconveniente alguno en extraviar las Santas Escrituras y las doctrinas fundamentales. ¿Por qué tenemos que dudar que la Iglesia haya extraviado los dones espirituales?
También es preciso señalar que este argumento de la ausencia de los dones en la historia de la Iglesia no es bíblico. Es un argumento basado en la experiencia. Si los dones se perdieron en la historia, la pregunta más

importante no es si se perdieron, sino por qué se perdieron. Por supuesto, pudo deberse a un plan divino para que cayeran en desuso, como algunos han argumentado. (Sin embargo, cuando estudiamos los propósitos de los milagros y los dones del Espíritu, tenemos que llegar a la conclusión de que no podemos emplear esta explicación.) Por otra parte, es posible que Dios nunca planeara que estos dones cesaran, sino que más bien ha sido la Iglesia la que ha rechazado estos dones. La pérdida de estos dones puede haberse debido a la aparición de un liderazgo burocrático, huérfano de toda unción, que sacaron a todos los dotados. Visto desde este punto, cuando la gente dejó de buscar los dones espirituales (en directa desobediencia a las ordenanzas de Dios: 1 Corintios 12:31; 14:1, 39) y dejó de procurar que se ejercieran dentro de sus iglesias, dejaron de recibir los dones. O quizás su pérdida se debió al juicio de Dios por la incredulidad, apostasía o legalismo en la Iglesia. Muchas otras razones pudieran alegarse para la supuesta ausencia de los dones en la historia de la Iglesia. Además, nuestra decisión tiene que basarse en afirmaciones claras y específicas de las Escrituras concernientes a la naturaleza y propósito de los dones milagrosos. En última instancia es únicamente la Biblia, y no la investigación histórica, la que zanjará esta cuestión.

La investigación histórica es una ciencia imperfecta. ¿Quién conoce tan bien la historia en realidad? Sólo tenemos una fracción de la literatura del período transcurrido desde la muerte del último de los apóstoles hasta el comienzo de la Reforma. O sea, que durante mil cuatrocientos años hemos tenido muy escasas fuentes históricas sobre las cuales basar nuestro estudio. ¿Es ésta suficiente evidencia sobre la cual basar la convicción de que los dones del Espíritu Santo se perdieron para la Iglesia a lo largo de su historia?

Pero ¿estaban realmente perdidos los dones? De hecho, hay amplia evidencia a lo largo de la historia de la Iglesia, del uso de estos dones en ella. Después de estudiar la documentación histórica acerca de los dones milagrosos del Espíritu, D. A. Carson, un muy respetado erudito del Nuevo Testamento, concluyó:

Hay tanta evidencia de que alguna forma de dones “carismáticos” continuó esporádicamente a través de los siglos de historia de la Iglesia, que resulta fútil insistir sobre base doctrinal en que todo informe es espúreo o el fruto de actividad demoníaca o una aberración psicológica.

Sin embargo, esta evidencia no siempre ha sido tratada de modo imparcial. Con frecuencia se han desacreditado los informes de milagros, con el

pretexto de que los testigos eran crédulos, o de que tenían una teología incorrecta.
Agustín, por ejemplo, empezó creyendo que los dones milagrosos habían sido retirados de la Iglesia. Hacia el final de su vida, sin embargo, escribió una sucesión de retractaciones, y esta es una de las afirmaciones de las que se retractó. En La ciudad de Dios (Libro 22:8) dijo que en menos de dos años él había sabido de más de setenta casos registrados y verificados de milagros en su ciudad de Hipona. Nada menos que una personalidad como Agustín, escribiendo en el siglo quinto, ¡dijo que él pudo verificar más de setenta milagros en su ciudad en un período de dos años!
Warfield, quien normalmente acepta a Agustín como un testigo confiable y que considera que hizo una gran contribución a la historia de la doctrina, no acepta su testimonio en esto. Una de las razones por la que Warfield rechaza el testimonio de Agustín se debe al hecho de que éste informa que algunas de las sanidades las obraron reliquias, específicamente los huesos de Esteban. Aparentemente para Warfield esta es base suficiente para demostrar que Agustín no es un testigo confiable. Warfield no se molesta en probar que estas sanidades atribuidas a los huesos de Esteban no tuvieron lugar o no pudieron haber tenido lugar. Nunca discute el hecho de que los huesos de Eliseo resucitaron realmente a un hombre (2 Reyes 13:21) y la importancia que tiene este texto para los milagros citados por Agustín.
De hecho, Warfield reconoce que desde el siglo cuarto en adelante hay numerosos informes de testigos acerca de milagros y que esos testigos no eran neuróticos oscuros sino más bien “eruditos sobresalientes, teólogos, predicadores, organizadores de la época”. En relación con esto Warfield menciona a Jerónimo, el principal erudito bíblico de su época; Gregorio de Nisa; Atanasio; Crisóstomo, el mayor predicador de sus tiempos; Ambrosio, el más grande siervo de su época; así como Agustín, quien Warfield considera como el mayor pensador de ese entonces. Warfield descarta a todos esos líderes como testigos no confiables de milagros. Warfield ha sido objeto de severas críticas por el modo prejuiciado con que trató la evidencia histórica.
Puede que sea bueno señalar aquí que la rareza no es un criterio para determinar la verdad, Ni es un criterio que desearíamos emplear a fin de decidir si algo es bíblico o no lo es. Hay mucho en la Escritura que es sobradamente extraño. Por ejemplo, el profeta Isaías anduvo desnudo y descalzo durante tres años como señal contra Egipto y Etiopía (Isaías

20:3). Al profeta Oseas se le ordenó que se casara con una prostituta (Oseas 1:2). Los huesos muertos de Eliseo en verdad resucitaron a un cadáver (2 Reyes 13:21). La sombra de Pedro sanaba a los enfermos sobre los cuales caía (Hechos 5:15). Los pañuelos y paños que tocaban el cuerpo de Pablo sanaban a los enfermos y echaban fuera demonios (Hechos 19:12). Y cosas mucho más extrañas pueden encontrarse en la Santa Escritura.

Supongamos que yo dijera que he tenido una visión en la cual vi el trono de Dios. En mi visión había cuatro criaturas vivientes parecidas a un león, un becerro, un hombre y un águila, cada uno de los cuales tenía seis alas y estaban llenos de ojos alrededor y por dentro, y que no cesaban de decir: “Santo, santo, santo” mientras volaban alrededor del trono de Dios día y noche. ¿Quién creería que esta visión era legítima si no constara ya descrita en Apocalipsis 4:6-8? No estoy diciendo que debemos creer toda cosa extraña que se nos diga. Sin embargo, digo que nada debe descartarse como incierto o no bíblico simplemente porque sea extraño.

Las investigaciones recientes tienden a considerar los informes de sucesos milagrosos a lo largo de la historia de la Iglesia bajo una luz mucho más positiva.

Cuando comprendí que yo había equiparado falsamente el ministerio de señales y prodigios de los apóstoles con los dones de sanidad dados a los cristianos promedio, mi mayor objeción teológica al ministerio contemporáneo de dones milagrosos se desvaneció. También me ayudó el comprender que el ministerio de sanidad de Jesús y los apóstoles no operaban automáticamente. Era un prejuicio teológico combinado con una lectura superficial del Nuevo Testamento lo que me condujo a creer que ellos podían sanar a voluntad. Por primera vez yo estaba en una posición que me permitía investigar con una mente abierta lo que las Escrituras decían acerca de la sanidad y los milagros.

También empecé a leer la historia de la Iglesia con criterio abierto, buscando en realidad evidencia de los dones del Espíritu. Encontré que había mucha más evidencia histórica de la presencia de los dones milagrosos a lo largo de la historia de la Iglesia de lo que me habían llevado a creer.

No obstante, tuve que vencer dos obstáculos grandes todavía, antes de poder estudiar las Escrituras con una verdadera amplitud de criterio acerca de este asunto. Si el creer en los dones del Espíritu significaba que yo tendría que compartir los abusos del movimiento carismático, no estaba

seguro de que deseara creer en ellos. Pero aparte de cualquiera de los abusos de los dones, sentía repulsión hacia los dones de revelación, especialmente el don de lenguas... me parecían demasiado subjetivos. También me parecía que denigraban la importancia de la Biblia y ponían en peligro su autoridad. Pero la enseñanza de la Biblia me estaba empujando hacia los dones en contra de mi voluntad.

6
La reacción a los excesos Espirituales

Casi todo el mundo ha experimentado u oído hablar de excesos dentro de los movimientos pentecostales y carismáticos, y dentro de otros grupos que creen en los dones del Espíritu. Algunos de estos excesos pueden ser realmente atemorizantes. Antes de asistir a mi primera reunión del Vineyard, sólo había estado en una que podía haberse llamado carismática o pentecostal. Fue durante mi primer año en la universidad. Un grupo de nosotros, que trabajábamos en un ministerio cristiano, decidimos ir a oír a un joven evangelista pentecostal que estaba teniendo un avivamiento en una muy conocida iglesia pentecostal de nuestra ciudad. Fuimos a aquel culto expresamente a burlamos y a entretenernos. No salimos frustrados.

El joven evangelista salió a la plataforma vestido con la última moda de atuendo “hippy” (era el año 1970). En vez de hablar de la Escritura, contó la historia de su propia conversión. Al parecer se había convertido mientras estaba en la cárcel acusado por drogas. Sentado en el suelo en una esquina de su celda experimentando los síntomas de la abstinencia, vio al Señor Jesús y a dos ángeles que flotaban a su alrededor. Jesús se detuvo para mirar hacia abajo al joven, pero uno de los ángeles tomó del brazo a Jesús y dijo: “Vamos, Jesús; vámonos. Él no es digno; no es más que basura”. Jesús le dijo al ángel que se detuviera, porque Él tenía planes poderosos para este joven. Nada de lo que el joven evangelista dijo aquella tarde sonaba a verdad. Tampoco su estilo extravagante aumentaba su credibilidad, en opinión nuestra.

La invitación que se hizo al final de su mensaje no fue para la salvación de los pecadores. En vez de eso, se invitó a quienes desearan recibir el bautismo del Espíritu Santo y el don de lenguas. Cuando se invitó a los presentes, algunos de mis amigos se acercaron al frente para mirar de

cerca. Vieron a dos hombres orando por un tercero. Los dos hombres le dijeron al otro que abriera la boca y produjera sonidos. El hombre lo hizo, e inmediatamente se anunció que había recibido el don de lenguas.

Nuestra experiencia aquella tarde confirmó lo que ya sabíamos: los dones del Espíritu Santo no se estaban otorgando, y todas las afirmaciones de tenerlos hoy en día no eran más que pretensiones de gente crédula y engañada. O peor aún, estaban fingiendo deliberadamente.

Después de asistir a una reunión donde hubo excesos o falsedades en los dones del Espíritu, llegué a la conclusión de que todas las reuniones donde se ejercieran los dones del Espíritu eran como aquélla. No es sorprendente que Dios no me permitiera ver la realidad. Cuando uno va con criterio cerrado, es raro que Dios viole nuestros prejuicios. En aquellos días yo no buscaba sinceramente. Por lo tanto, no puede ser sorprendente que Dios no quisiera arrojar sus perlas a los cerdos.

Es innegable que hay importantes excesos dentro de algunos grupos que creen en los dones del Espíritu y los practican. He presenciado sensiblerías, exageraciones, elitismo, profecía utilizada para controlar y manipular, y una falta de fundamento bíblico en varias reuniones y movimientos. No obstante, yo no diría que sea así en la mayoría de los grupos que practican los dones del Espíritu. Y encuentro que los líderes que conozco personalmente en estos movimientos, se apresuran a corregir estos excesos.

El significado de los excesos

¿Qué significación debemos atribuir a esos excesos? Debemos verlos igual que se estiman en la Biblia. Sorprendentemente, la Biblia enseña que Dios obra milagros entre aquellos que comenten excesos espirituales, errores doctrinales e incluso inmoralidades.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento ilustran ampliamente este punto. Sansón no adquirió su enorme fuerza después de largos y arduos entrenamientos en el gimnasio local. Su fuerza era sobrenatural, pues la Biblia no deja lugar a dudas de que se debía a poderes dados por el Espíritu Santo (Jueces 14:6, 19; 15:14). En una ocasión, en la ciudad de Gaza, Sansón pasó la noche con una prostituta (Jueces 16:1). Con seguridad debíamos esperar que una inmoralidad sexual como ésa provocaría que él perdiera el poder del Espíritu Santo. Pero cuando sus enemigos rodearon la ciudad para capturarlo, Dios le concedió fuerza para

que arrancara las puertas de la ciudad con sus pilares y las llevara hasta la cima de una montaña para burlarse de los filisteos (Jueces 16:2-3).
El Nuevo Testamento también tiene sus ejemplos. La iglesia de Corinto eran tan rica en dones espirituales, que Pablo pudo decir de ella que no les faltaba ningún don (1 Corintios 1:7). Pero mostraron un espíritu de sectarismo tal, que Pablo los llamó "carnales" (1 Corintios 3:1 ss). Además, entre ellos habían prácticas sexuales tan inmorales que eran peores que las de los paganos... y la toleraban (1 Corintios 5:1 -2). ¡Llegaron hasta a emborracharse en la Santa Cena! Algunos de los corintios abrazaron una de los peores errores doctrinales mencionados en el Nuevo Testamento: afirmaron que no había resurrección de los muertos (1 Corintios 15:12). He aquí una iglesia con grandes excesos inmorales y error doctrinal, y sin embargo, es una de las más ricamente dotadas del Nuevo Testamento.
Cuando Pablo escribió a la iglesia de Galacia (probablemente en el año 49 D.C.), la herejía doctrinal había arraigado de tal forma en las iglesias, que Pablo pudo decirles: "Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente" (Gálatas 1:6). La gravedad de su condición se revela en otro pasaje donde Pablo les pregunta: "¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?" (3:1).
Las iglesias gálatas estaban a punto de desertar del mismo Evangelio que las había salvado, y no obstante, en el mismo momento en que Pablo les estaba escribiendo su carta, Dios estaba haciendo milagros entre ellos: "Aquel pues, que os suministra el Espíritu y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?" (Gálatas 3:5). En la frase: "hace maravillas entre vosotros", el verbo hacer está en tiempo presente. Esto significa que Pablo afirmaba que en ese mismo momento en que él escribía, estaban sucediendo milagros entre los gálatas.
Este breve examen nos conduce a tres conclusiones ineludibles: Primera, la presencia de excesos e incluso de impurezas en los grupos cristianos donde suceden milagros, no prueba que esos milagros no sean de Dios, igual que ocurrió en Corinto. Segunda, la presencia de errores doctrinales en los grupos cristianos donde tienen lugar milagros no prueba que sus milagros no sean válidos, como sucedió en las iglesias gálatas. Tercera, los milagros ni confirman ni respaldan las doctrinas o prácticas distintivas de iglesias individuales o grupos cristianos. Los milagros de Galacia no

respaldaban las enseñanzas heréticas allí, como tampoco el don de milagros de Corinto respaldaba sus excesos en la Santa Cena. De acuerdo con la Escritura, hay solamente un mensaje que el Nuevo Testamento respalda o confirma, y ese es el mensaje del Evangelio con respecto a la persona y la obra de Jesucristo.
Mucha de la literatura cesacionista a lo largo de este siglo ha fracasado en llegar a estas tres conclusiones. Cada vez que los dones milagrosos aparecen en la historia, los cesacionistas buscan excesos o errores doctrinales dentro del grupo donde aparecen esos dones. Cuando encuentran errores doctrinales o excesos, en seguida llegan a la conclusión de que esos dones no pueden haber sido reales. ¡Igual podían haber concluido que los dones en Corinto y Galacia no eran reales tampoco!

Excesos no carismáticos dentro de la Iglesia de hoy

Con frecuencia la gente utiliza los excesos carismáticos para probar que hoy en día no se otorgan los dones del Espíritu. Pero esa espada tiene dos filos. Hay excesos en todas las expresiones de la cristiandad. Se trata de que nos acostumbramos a nuestros propios excesos y no nos parecen tan malos como los de otros grupos. Pero ¿es así?
Mientras todavía era profesor en el Seminario de Dallas, estaba almorzando un día con un grupo de estudiantes y uno de ellos mencionó a John Wimber y a Peter Wagner. Otro terció: —Yo tengo un grave problema con esos dos hombres.
— ¿Por qué? —le pregunté.
—Porque enseñan en el Seminario Fuller.
Le pregunté qué era tan malo del Seminario Fuller. Me contestó que como facultad y consejo de seminario ya no afirmaban unánimemente la doctrina de la infalibilidad de la Biblia, y por lo tanto, nadie que enseñara allí podía ser confiable. Mientras la discusión proseguía, se puso de manifiesto que el asunto lo apasionaba al punto de montar en cólera.
Más tarde ese día, el mismo estudiante vino a mi oficina en privado y confesó que él había estado luchando durante quince años contra una adicción a la pornografía. También me confesó que durante el tiempo en que había asistido al seminario había visitado prostitutas tres veces.

Este joven era casado, tenía hijos y también era pastor en una iglesia local. Lo que me asombró fue que él no consideraba que las visitas a las prostitutas fuera adulterio. Lo que más me asombró fue descubrir que él mostraba una reacción mucho más enérgica contra el punto de vista del Seminario Fuller hacia la infalibilidad bíblica, que la que tenía con su propio adulterio. Sentía con mucha más fuerza la doctrina de la infalibilidad que el hecho de que había estado atado por la lujuria durante quince años y había vivido mintiéndoles a su familia y a su iglesia.

Más tarde, cuando algunos hombres de una iglesia carismática local oraron por él (a petición suya) y le pidieron a Dios que rompiera el poder de la lujuria sobre su vida, se incomodó porque uno de los hombres oró muy bajito en lenguas. Una vez más, demostró más preocupación por el hecho de que alguien orara en lenguas que porque él fuera un adúltero esclavizado por la lujuria.

Durante el tiempo en que estuve tratando de ayudar a aquel joven, con frecuencia evalué su situación. El aspecto más perturbador no era que hubiese caído en un pecado sexual deplorable y estuviera en poder de la lujuria; yo había visto sucederle esto a cristianos en cada rama de la iglesia hoy. Lo que más me perturbaba de este joven pastor era el hecho obvio de que él valoraba más la doctrina que su vida moral. Esta prioridad no es propia de un corazón regenerado. Esta prioridad era algo que sus maestros habían involuntariamente instilado en él. Él aprendió este énfasis de algunas autoridades religiosas en su vida, quienes le dieron mayor valor a la autoridad doctrinal. Este énfasis no se encuentra en las enseñanzas del Nuevo Testamento.

De hecho, este énfasis pervierte la doctrina del Nuevo Testamento, porque considera la mente más importante que el corazón (o sea, los afectos) y afirma que creer las cosas correctas es más importante que hacer las cosas correctas. Este pastor convirtió el conocimiento en el valor supremo de su vida. Había puesto su búsqueda de la pureza en la doctrina, por encima de su búsqueda de la pureza en su propia vida.

Ahora tenía delante de mí el fruto de esa clase de doctrina. Un joven pastor que había perdido la capacidad de llorar por sus pecados, pero todavía ponía fuego en defender la autoridad de la Biblia. Esta búsqueda intelectual de la pureza de la doctrina a expensas de nuestra propia santidad personal es un exceso tan grande como cualquier otro en un movimiento carismático.

Permítanme darles otro ejemplo. Conozco a un hombre que es graduado de un seminario. Durante el tiempo que estudió en el seminario y los años posteriores a su graduación, era un homosexual activo. Era tan hábil en vivir una doble vida que ninguno de sus amigos cristianos, ni nadie de la iglesia a la que asistía, sospecharon jamás de él, mientras estaba inmerso en algunas de las peores perversiones homosexuales.

Su modo de vida siguió así durante muchos años. Entonces fue sacudido por un problema que amenazaba su vida, y se encontró amarrado a una camilla de un hospital y conducido al salón de operaciones. El cirujano le advirtió que con toda probabilidad no saldría vivo de la mesa de operaciones.

Cuando el hombre escuchó esto, clamó a Dios por misericordia. Le pidió perdón a Dios por la doble vida que había llevado, por serle infiel, y por engañar a sus amigos. Se arrepintió de su homosexualidad y prometió nunca jamás caer en ella de nuevo. Entonces le pidió a Dios que lo sanara y le diera otra oportunidad. ¿Cómo creen que Dios contestó a una oración semejante, dadas las circunstancias?

Dios le perdonó la vida. No sólo eso, sino que su recuperación de la cirugía y la subsecuente convalecencia fueron mucho más rápidos de lo que ninguno de los médicos podía esperar.

Yo no llamaría milagro a su rápida recuperación, pero en él se obró un milagro. Cuando salió de la operación, todo el deseo homosexual lo abandonó. El cruel amo al que había servido durante tantos años había desaparecido. Era libre. El poder de la sangre de la cruz había hecho un milagro mayor que ninguna sanidad física que yo conozca.

Después de abandonar el hospital, este hombre decidió cumplir su voto a Dios. Pensó que el mejor lugar para comenzar sería volver a su iglesia y hacer una confesión completa de su pecado y engaño. Para entonces él había contraído el SIDA, y también deseaba que los ancianos de la iglesia lo ungieran con aceite y oraran por él de acuerdo con Santiago 5:14-16.

Uno hubiera pensado que los ancianos de la iglesia se hubiesen regocijado de ver este hijo pródigo regresando a casa. Pero no fue así. Primero, algunos dudaron de que fuera un creyente. Segundo, le pidieron que abandonara la iglesia. Tercero, se negaron incluso a orar por él y su sanidad, y mientras abandonaba la iglesia rechazado, ¡algunos no le dieron la mano por temor a contraer el SIDA!

Yo no sé usted, pero si yo tuviera que escoger entre tener la peor y más escandalosa forma de sensacionalismo en mi iglesia o vivir con la clase de

fariseísmo frío que este hombre experimentó después de su arrepentimiento, ¡yo escogería el escándalo!

Pudiera pensarse que éstas son historias aisladas, pero no lo son. Esta clase de incidentes no son en absoluto aislados en esa rama de la iglesia que es anticarismática y le da mucha importancia, quizás la mayor, a la enseñanza de la doctrina bíblica. Yo viví en esa rama de la iglesia por más de veinte años, y he acumulado suficientes de estos abusos para llenar muchos libros.

Esta rama particular de la iglesia es tan culpable de abusar de la Palabra de Dios como cualquiera que yo haya visto nunca en la rama carismática. Lo que pasa es que lo hacen de diferente forma. No creen en la profecía, así que no la pueden usar como medio para manipular y controlar a la gente. Pero usan la Palabra de Dios y su interpretación de ella para controlar y manipular a los que están en sus iglesias.

J. I. Parker describió a este grupo cuando escribió:

A pesar de su desdén por “las tradiciones del hombre”, no es sensata la insistencia de muchos cristianos conservadores quienes demandan que los adultos acepten las tradiciones de la fe y la práctica como si fuesen niños a quienes se les dice que cierren los ojos, abran la boca y traguen lo que sea que se les introduzca en ella; cuando más eso conduce a discriminación, cuando menos conduce al cultismo.

La parte de la iglesia que Packer describía sin duda se burlaría de la idea de la infalibilidad papal. Pero consideran su propia tradición interpretativa y expositora como infalible. Y deshonran todavía más las Escrituras dándole a los pasajes controversiales la interpretación más absurda cuando quiera que esos pasajes no concuerdan con sus propias prácticas o interpretaciones.

Cuando el fundamentalismo se vuelve abusivo

No quiero que interpreten mal los anteriores ejemplos. No estoy criticando a mi seminario. Tengo una deuda con el Seminario Teológico de Dallas que jamás podré pagar. Mis maestros me transmitieron un amor y un sagrado respeto por la Palabra de Dios que ha sido uno de mis más preciados tesoros.

Mis profesores me mostraron bondad, amor y confianza. No cambiaría por nada mi educación o mis años de trabajo en el Seminario de Dallas.

No estoy criticando a mi seminario ni a otras ramas no carismáticas de la Iglesia. Lo que estoy criticando es el fundamentalismo cuando se vuelve abusivo. Ya he dicho que los excesos y abusos de la iglesia carismática son reales y serios. No me he preocupado de ilustrar prolijamente esos excesos en este capítulo. Una reciente erupción de libros anticarismáticos ya lo ha hecho hasta llegar a la náusea. Lo que no han hecho, sin embargo, es admitir que sus propios abusos son igualmente serios. Las clases de abusos que he mencionado antes son comunes en las iglesias fundamentalistas u otras iglesias cuyo más importante valor es la ortodoxia doctrinal.

Todas las iglesias tienen sus propios abusos distintivos. Algunas son más proclives al emocionalismo, mientras otras se inclinan más a un frío fariseísmo legalista santurrón. Ambos están gravemente equivocados. Con frecuencia estamos ciegos a nuestros propios abusos porque la mayoría de los excesos provienen de un énfasis equivocado y aplicación errónea de algo bueno. No abusamos de nuestras debilidades; abusamos de nuestras fuerzas. Por eso es tan difícil ver nuestros propios excesos: son el mal uso de una fortaleza, de algo que nos ha bendecido a nosotros y a otros.

Nuestra actitud hacia los abusos espirituales

El propósito de este capítulo no es excusar los abusos carismáticos o pentecostales, o condenar los abusos de algunas iglesias tradicionales. Más bien necesitamos cultivar una actitud bíblica y santa hacia los excesos y abusos espirituales... sin importar dónde tengan lugar.

Hay dos diferentes actitudes hacia abusos espirituales dentro de la iglesia. Podemos tratar de controlarlos eliminando el objeto del abuso. Por ejemplo, podríamos eliminar el abuso del don de lenguas prohibiéndole a la gente que hable en lenguas. También podemos eliminar el abuso de varias libertades prohibiendo esas libertades. Aun cuando el Espíritu prohíbe este enfoque del problema, ha sido muy común desde el principio de la historia de la iglesia y sigue hasta nuestros días.

Pero ¿cómo puede hacer esto un grupo que dice creer en la Biblia? Es muy sencillo: ellos buscan una explicación racional al mandamiento bíblico en cuestión. Cuando Pablo dice que no se debe prohibir hablar en lenguas (1 Corintios 14:39), alguien dice simplemente que eso no se aplica a nuestros días.

El problema con este método, además de ser deshonesto con la Escritura, es que esta clase de control autoritario asfixia la espontaneidad y drena la vida misma de la iglesia hasta secarla. Empuja al pecado y el abuso hasta esconderlos donde es mucho más difícil lidiar con él. He visto mucha más maldad y pecados secretos entre las iglesia fundamentalistas autoritarias que en ninguna otra parte del espectro de iglesias cristianas contemporáneas.

El mejor enfoque, en mi opinión, es considerar los abusos y errores doctrinales como inevitables en este lado del cielo. En vez de sentimos escandalizados cuando los encontramos, debemos corregirlos amable y pacientemente. En algunos casos, veremos que lo que pensábamos era un exceso no lo era en absoluto, sino un paso adelante.

Por ejemplo, los ministerios de la época de George Whitefield (1714-1770), consideraban que el predicar por las calles era deshonroso para el Evangelio de Jesucristo. Pero finalmente la Iglesia llegó a ver que quienes se oponían a Whitefield estaban deshonrando al Evangelio, y aceptaron el predicar por las calles como un medio valioso de ganar almas para Cristo.

También requerimos una saludable dosis de humildad. Precisamos reconocer que nuestros corazones pueden engañarnos y están muy enfermos (Jeremías 17:9). Necesitamos darnos cuenta de que ni nuestras interpretaciones ni nuestras prácticas son infalibles. Como ha dicho J. I. Packer, somos “víctimas y beneficiarios de nuestras propias tradiciones”.

Únicamente cuando creemos de verdad que somos susceptibles de engañarnos es que podemos empezar a ver con claridad. Sólo cuando apelamos a Dios para que nos revele nuestras faltas podremos ser liberados de muchas cegueras que nos acosan a lo largo de nuestras vidas cristianas. David confesaba su inexorable ceguera cuando oró:

Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón;
Pruébame y conoce mis pensamientos;
Y ve si hay en mí camino de perversidad,
Y guíame en el camino eterno.
(Salmo 139:23-24).

Si “el varón conforme al corazón del Señor”, quien tuvo el privilegio de escribir una gran parte de los Salmos, vio su necesidad de que Dios le revelara sus faltas y pecados, ¿cuánto más debemos buscar nosotros ese ministerio revelador?

He observado que Dios normalmente no viola estos prejuicios de orgullo religioso. Muchos fariseos murieron absolutamente convencidos de la validez de sus propias tradiciones y prejuicios. Su orgullo religioso le cerró el paso a la corrección que Dios gustoso les hubiera proporcionado, porque “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 Pedro 5:5).

La tragedia es que muchas de sus doctrinas eran bíblicas y verdaderas. Pero yo preferiría tener una doctrina no tan perfecta y humildad, que tener una perfecta ortodoxia desde cualquier punto de vista y no tener humildad. Una persona que tiene una doctrina equivocada y humildad puede corregirse. Una persona con doctrinas casi correctas sin humildad será rechazada por el Señor al que afirma servir.

7

Aterrorizado por el Espíritu Santo

El 18 de abril de 1906, el periódico Los Ángeles Times informó un raro nuevo avivamiento que estaba teniendo lugar en la ciudad. Bajo un titular que anunciaba: “Extraña Babel de lenguas”, un reportero afirmaba que las reuniones se celebran en una choza ruinosa en la calle Azusa, cerca de la calle San Pedro, y los devotos de la extraña doctrina practican los más fantásticos ritos, predicando las más locas teorías y se entregan a un estado de excitación anormal con un celo peculiar. Personas de color y algunos blancos componen la congregación, y en la vecindad la noche se convierte en algo terrorífico que destroza los nervios por los aullidos de los adoradores, que durante horas oscilan hacia delante y hacia atrás en actitud de oración y súplica. Ellos afirman tener el “don de lenguas” y ser capaces de comprender esa babel.

Ese mismo día tuvo lugar el gran terremoto de San Francisco, destruyendo la mayor parte de esa ciudad. Mientras los temblores del terremoto se sentían en la calle Azusa, un “terremoto espiritual” sacudía la reunión, que aumentó hasta alcanzar casi el nivel de la histeria.

Aunque las sacudidas del terremoto de San Francisco se sintieron a todo lo largo de la costa de California, los temblores del terremoto espiritual se expandieron por todo el país. El avivamiento continuó día y noche durante tres años y así nació el moderno Pentecostalismo. Pero desde el mismo principio, el fenómeno físico que tuvo lugar en el avivamiento fue ridiculizado como un “frenesí de celo religioso” y de aquellos que hablaban en lenguas se dijo que “gorgoteaban jerga sin sentido”.

Las manifestaciones físicas inusuales han sido comunes a lo largo de la historia de la Iglesia, especialmente durante las épocas de avivamiento. Algunas veces estas manifestaciones han tenido lugar en los lugares menos esperados.

Durante el "Avivamiento Evangélico de Inglaterra" a finales de la década de 1730 y principios de la de 1740, John Wesley presenció numerosas "señales externas" durante sus prédicas. El 17 de junio de 1739, por ejemplo, mientras Wesley estaba predicando en los campos e "instaba a todos los pecadores a 'entrar en el lugar santísimo' por este 'nuevo camino vivo'", muchos de aquellos que lo escuchaban empezaron a clamar a Dios con fuertes gritos y lágrimas. Algunos cayeron abatidos, y allí permanecieron sin fuerzas; otros temblaban y se estremecían: Algunos sufrieron una especie de movimiento convulsivo por todo el cuerpo, y fue tan violento, que con frecuencia cuatro o cinco personas no podía sujetar a uno solo de ellos.

Cuando su amigo y compañero predicador, George Whitefield, oyó de esas señales por primera vez, las desaprobó vigorosamente. Pero el 7 de julio de 1739 Wesley escribió en su diario:

Tuve una oportunidad de hablar con él de esas señales externas que con tanta frecuencia acompañan la obra interna de Dios. Encontré que sus objeciones estaban basadas sobre todo en groseras tergiversaciones de los hechos. Pero al siguiente día él mismo tuvo oportunidad de informarse mejor, porque en cuanto empezó (al aplicar su sermón) a invitar a los pecadores a que creyesen en Cristo, cuatro personas cayeron abatidas junto a él al mismo tiempo. Una de ellas yacía sin sentido ni movimiento. Una segunda temblaba como una hoja. La tercera tenía fuertes convulsiones por todo el cuerpo, y no emitía más sonidos que algunos quejidos. La cuarta, igualmente convulsa, clamaba a Dios con fuertes gritos y lágrimas.

Wesley concluye el relato de su diario ese día con la afirmación: "A partir de ahora, confío, todos aceptaremos de Dios que lleve a cabo Su propia obra en la forma que le plazca".

Durante ese mismo período ¿quién hubiera pensado que podían presentarse esas clases de "señales" en el medio sobrio de Nueva Inglaterra en lo que ahora se considera uno de los mayores avivamientos de la historia americana, el Gran Despertar? Sin embargo, eso es exactamente lo que sucedía regularmente en las reuniones de Jonathan

Edwards, quien es considerado por muchos como el más grande teólogo norteamericano.

Al describir una de las reuniones de su iglesia, Edwards escribe lo siguiente:

La afección se propagó con rapidez por todo el salón; muchos de los jóvenes y niños (...) parecían abrumados por la sensación de la grandeza y gloria de las cosas divinas, y con admiración, amor, gozo y alabanza, y compasión hacia otros que se miraban como en un estado natural [inconverso]; y muchos otros al mismo tiempo estaban abrumados de angustia por su pecaminoso y miserable estado y condición; así que todo el salón estaba lleno de nada más que quejidos, desmayos y cosas por el estilo (cursivas del autor).

Durante aquel otoño, Edwards escribe que era muy frecuente ver una casa llena de gritos, desmayos, convulsiones y cosas así, tanto de angustia como de admiración y gozo (...) Muy a menudo algunos estaban tan afectados, y sus cuerpos tan abrumados, que no podían volver a casa, sino que se veían obligados a quedarse toda la noche donde estaban (cursivas del autor).

En otra ocasión Edwards describe el ministerio del señor Buell, quien continuaba aquí dos o tres semanas después que regresé: todavía concurrían gran número de personas a sus trabajos; muchas elevadas en sus inclinaciones religiosas bastante más allá de lo que habían estado nunca antes; y había casos de personas que yacían en una especie de trance, permaneciendo así quizás por veinticuatro horas inmóviles, y sin sentido; pero mientras tanto tenían grandes visiones, como si hubiesen ido al cielo y tenido allí una visión de objetos gloriosos y deliciosos. Pero cuando la gente era elevada a estas alturas, Satanás se aprovechaba y muchas veces era evidente que se interponía; y había que tener mucho cuidado y daba trabajo cuidar de que la gente —muchos de ellos— no perdieran la cordura (cursivas del autor).

Esta clase de manifestaciones causa preocupación en dos aspectos diferentes. Como Edwards sugiere en el último párrafo, aun cuando las manifestaciones fueran reacciones legítimas de una genuina obra del Espíritu, cabía la posibilidad de que Satanás las pervirtiera, descarriando a la gente.

En otro aspecto, esta clase de manifestaciones eran la causa de que muchos ministros cristianos conservadores criticaran a Jonathan Edwards y sus reuniones, como obras de la carne o del diablo. En esa época

algunos estaban seguros de que esa clase de manifestaciones probaban que la obra en cuestión no era de Dios.
Edward Gross es un ejemplo de uno que hoy hubiera estado de parte de los opositores de Edwards y desaprobado el concepto que Edwards tenía de las manifestaciones físicas. Gross cita a Charles Hodge, quien concluye no hay nada en la Biblia que nos conduzca a considerar esas afectaciones corporales como efectos legítimos de sentimientos religiosos. Ninguno de esos resultados siguió a la predicación de Cristo o sus apóstoles. No oímos de clamor general, desmayos, convulsiones o delirios en las reuniones que ellos presidieron.
Contrario a la afirmación de Hodge, hay mucho en la Biblia que indica que las “afectaciones corporales” son efectos legítimos del Espíritu Santo. Estas manifestaciones físicas suceden tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Manifestaciones físicas en la Escritura

De acuerdo con la Escritura, el ministerio del Espíritu Santo a veces producirá reacciones físicas en la gente. Estas reacciones pueden variar desde temblar, sacudirse y caer en trance, hasta llegar a las enfermedades y el colapso físico.
La obra divina que produce estas reacciones puede dividirse en dos categorías. Por una parte, estas respuestas las causan fenómenos espectaculares y visibles asociados con la obra del Espíritu Santo. Las manifestaciones físicas mencionadas antes pueden ser causadas por teofanías (Éxodo 19:16- 25), apariciones angélicas (Mateo 28:4), la voz audible de Dios (Mateo 17:6-7), visiones (Daniel 8:27; 10:1-11; Hechos 10:10-23), Reacciones a Jesús durante Su ministerio terrenal (Juan 18:6), y la aparición del Cristo glorificado (Hechos 9:1-9). Todos estos fenómenos que acabamos de relacionar son experiencias más o menos tangibles y visibles.
La Escritura también registra manifestaciones físicas a obras menos visibles de Dios. La gente tiembla en la presencia de Dios cuando no hay otro fenómeno tangible o visible asociado con Su presencia (ni teofanías, ni apariciones angélicas, ni voces audibles ni otras cosas). Algunas veces los salmistas temblaron cuando sintieron la presencia de Dios como el “temor del Señor”. El autor del Salmo 119 escribe: “Mi carne se ha estremecido por temor de Ti, y de Tus juicios tengo miedo” (v. 120).

No era en modo alguno desacostumbrado que el pueblo de Dios temblara en Su presencia. De hecho, el Señor espera esa reacción de Su pueblo. Él dijo a través de su profeta Jeremías: “¿No me teméis?” —declara el Señor. “¿No tembláis delante de mí?” (Jeremías 5:22, B.d.I.A).

Lo más importante que debemos observar es que la intangible presencia del Señor entre aquellos que le temen da lugar al temblor (ver también Isaías 66: y Esdras 9:4). Quienes no temen al Señor puede que no reaccionen de esa manera.

El llanto es otra manifestación en respuesta a la intangible presencia del Señor. Cuando Esdras estaba leyendo el libro de la Ley al pueblo, todos empezaron a llorar espontáneamente al escuchar las palabras de la Ley (Nehemías 8:9). Su llanto no era consecuencia de la histeria o la manipulación psicológica, porque los líderes de la reunión no querían que el pueblo llorara y trataron de reprimirlo (Nehemías 8:9).

Hoy en día deberíamos cultivar y desear la capacidad de llorar por las palabras de la Escritura y por nuestro fracaso en guardar la Palabra de Dios. No es un signo de debilidad o de inestabilidad emocional. Más bien es señal de sensibilidad a la Palabra de Dios y de nuestro repudio al pecado. También es signo de salud espiritual y emocional. Por otra parte, la incapacidad de llorar por estas cosas es un síntoma de un corazón traumatizado o endurecido.

También un trance puede ser una reacción a la presencia del Señor. Por ejemplo, Pablo cayó en un trance durante una cotidiana sesión de oración. Él explica su experiencia del modo siguiente: “Y me aconteció, vuelto a Jerusalén, que orando en el templo me sobrevino un éxtasis. Y le vi que me decía: Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí”. (Hechos 22:17-18). El objetivo del trance de Pablo no era darle alguna nueva revelación acerca de la Persona o la obra del Señor Jesucristo, sino salvarle la vida y cambiar el curso de su ministerio (ver también Hechos 22:19-21).

Algunas veces los creyentes pueden caer en un estado que se parezca a la embriaguez en respuesta a la presencia del Señor. Esto sucedió a Ana durante la oración (1 Samuel 1:12-17). Y Saúl, aunque el texto no emplea el término borracho, ciertamente lo parecía cuando el Espíritu cayó sobre él, y se despojó de todas sus ropas y estuvo desnudo todo aquel día y toda la noche" (1 Samuel 19:23-24).

El día de Pentecostés algunos de los observadores supusieron que quienes estaban llenos del Espíritu estaban borrachos. Su apariencia de

ebriedad no se debía al hecho de que estuvieran hablando en lenguas extranjeras. Eso en sí mismo era una señal de inteligencia, no de borrachera. Más bien, su reacción al Espíritu evidentemente produjo algunas características que normalmente se asocian a la ebriedad.

Por último, hay otra categoría de la obra del Espíritu que con frecuencia, aunque no siempre, produce una amplia gama de manifestaciones físicas. Me refiero al echar fuera demonios, lo cual puede producir chillidos, convulsiones e inconsciencia, entre otras cosas (ver Marcos 1:23-28; 9:14-29).

Todas estas reacciones tienen sentido cuando nos percatamos de que un ser humano es más que una mente y una voluntad, y que Dios puede tocar nuestras emociones y nuestros cuerpos al igual que nuestras mentes. Sin embargo, en este punto quiero sacar una sola conclusión de la evidencia anterior: la Biblia respalda el hecho de que la obra del Espíritu puede producir reacciones físicas de una amplia variedad de formas.

El Espíritu hace brotar orden del caos

En la época de Jonathan Edwards alguna personas no pudieron ver el “Gran Despertar” como una obra del Espíritu de Dios porque dijeron que Dios es un Dios de orden, no de confusión (1 Corintios 14:33, 40). Pensaron que Dios no podía ser el responsable de las manifestaciones físicas de aquellas reuniones porque las mismas provocaban confusión. Todavía se acusa de lo mismo a reuniones similares hoy en día. Edward Gross cita de nuevo a Charles Hodge:

El testimonio de las Escrituras no es meramente negativo en este tema. Su autoridad está directamente opuesta a semejantes desórdenes. Ellas orientan que todas las cosas deben hacerse decentemente y con orden. Nos enseñan que Dios no es el autor de la confusión, sino de la paz, en todas las iglesias de los santos (1 Corintios 14:33, 40). Estos pasajes tienen que ver en particular con la manera de conducir la adoración pública. Prohíben todo lo que sea inconsecuente con el orden, la solemnidad y la atención devota.

Es evidente que esos gritos destemplados y convulsiones son inconsecuentes con estas cosas, y por lo tanto, tienen que ser desalentados. No pueden venir de Dios, porque Él no es el autor de la confusión.

La respuesta que Edwards dio a las acusaciones de sus críticos se aplica a los críticos de hoy en día también:

Pero si Dios se complace en convencer la conciencia de las personas, para que ellas no puedan evitar grandes manifestaciones externas, incluso interrumpiendo y quebrantando aquellos medios públicos a los cuales están asistiendo, no pienso que esto sea confusión o interrupciones desdichadas, igual que cuando un grupo se reúne en medio de un campo para orar pidiendo lluvia, y tiene que desbandarse, interrumpidos en su quehacer por un chaparrón abundante.

¡Ojalá Dios quisiera que todas las asambleas públicas en la tierra fueran interrumpidas en su quehacer público por una confusión como ésta el próximo día de reposo! Es preciso que no nos lamentemos porque se altere el orden de los medios, al obtener el fin hacia el cual se dirigía ese orden. Quien se dirige a arrebatar un tesoro, no debe lamentarse de tener que detenerse por encontrar el tesoro en el medio de su viaje.

En otras palabras, Edwards está diciendo que Dios puede emplear medios caóticos para traer orden. El mirar cómo una persona se retuerce en el suelo mientras se le está liberando de un demonio puede no parecer muy ordenado a un público. Pero si la persona queda verdaderamente liberada de ese demonio, el resultado traerá el orden de Dios a la vida de esa persona.

Entonces sería un gran error usar la admonición de Pablo de que todas las cosas deben ser hechas decentemente y en orden hasta tal grado que en realidad apaguemos el fuego del Espíritu.

Las pruebas que revelan una genuina obra de Dios

Algunas veces lo que interpretamos como excesos espirituales no lo son en absoluto, sino una genuina obra del Espíritu Santo. ¿Pero cómo podemos discernir lo que es genuino de lo que no lo es?

Las críticas que recibió Jonathan Edwards durante el "Gran Despertar" lo alentaron a escribir su ensayo clásico "Las marcas distintivas de una obra del Espíritu de Dios". En ese ensayo Edwards plantea los criterios para determinar lo que sea una genuina obra del Espíritu Santo. Su primer problema fue determinar la significación de las manifestaciones corporales que estaban ocurriendo durante sus reuniones. Él escribe que una obra no puede juzgarse por la forma en que afecta los cuerpos de las personas, como lágrimas, temblores, quejidos, gritos, paroxismos de los cuerpos o el

desmadejamiento del cuerpo. La influencia bajo la cual está la persona no puede juzgarse de una forma u otra por tales efectos en el cuerpo; y la razón es que la Biblia no nos da reglas para eso.
En otras palabras, las manifestaciones por sí solas nada prueban. Y nada prueban porque la Escritura no nos da una regla universal por medio de la cual juzgar estas manifestaciones. La Biblia ciertamente concede que estas manifestaciones puedan ser reacciones legítimas a una obra legítima de Dios. Pero la Biblia no nos enseña que sean genuinos siempre. En algunos casos las manifestaciones físicas pueden no ser debidas a la obra del Espíritu en lo absoluto, sino sencillamente a algún aspecto de la naturaleza humana o incluso a causas demoníacas. También es verdad que el Espíritu Santo puede hacer una obra poderosa donde no se presentan manifestaciones. Las personas pueden ser sanadas o salvadas sin quejidos, temblores u otros fenómenos físicos perceptibles. Aún es posible que los demonios sean echados fuera sin el acompañamiento de esos fenómenos.
La primera y más importante prueba de cualquier ministerio, obra o enseñanza es si está de acuerdo con lo que enseña la Santa Biblia. Sin embargo, tenemos que estar seguros, en estos casos, de que la Escritura sea la norma y no nuestra interpretación particular de ella.
En una época era común entre ciertos grupos fundamentalistas afirmar que las mujeres actuaban sin modestia y violaban las instrucciones de Pablo en 1 Timoteo 2:9 si usaban cosméticos. Hoy en día sería difícil encontrar a alguien que estuviera de acuerdo con esa interpretación del versículo en cuestión. Las mujeres que usaban maquillaje en la primera parte del siglo veinte no desobedecían la Escritura, sino una interpretación fundamentalista de la Biblia. Antes de declarar que una práctica no es bíblica, debemos estar muy seguros de que realmente viola una clara e indudable enseñanza de la Escritura.
Edward concluye que cuando la Biblia no habla directamente de un asunto en particular, la única prueba para determinar si una obra es genuinamente de Dios, es si esa obra manifiesta los frutos del Espíritu Santo. Esa es precisamente la prueba que Jesús nos dio para discernir entre un ministerio profético verdadero y uno falso:
Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol

malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis (Mateo 7:16-20).

En los casos en que la Escritura no especifica, es absolutamente esencial probar los frutos de una obra. Esta prueba también se aplica a los casos en que las personan exponen una doctrina correcta, pero el fruto de su vida y ministerio demuestra que no se están sometiendo a esa doctrina. Puede que estén intentando conscientemente engañar, o puede ser que ellos mismos se estén engañando. En cualquier caso el fruto de su ministerio los delatará.

Una vez más, no debemos evaluar algo por lo extraño o grotesco que pueda parecernos. La rareza no es una regla bíblica para determinar si un acto o ministerio es de Dios.

Supongamos que viéramos a un hombre —que era un alcohólico, que golpeaba a su esposa y odiaba a Dios— aullar a gritos y caer abatido durante un servicio religioso, para quedar inmóvil por veinticuatro horas. ¿Qué pensarían si ese hombre se levantara para no beber nunca más, ni pegarle a su esposa sino amarla como Cristo ama a Su Iglesia y amar a Dios y Su Palabra? Por extraño que pudiera parecernos, tendríamos que llegar a la conclusión de que el Espíritu Santo había obrado en su vida. Ni el diablo ni la carne producen amor a Dios, amor por la propia familia, ni liberan de la adicción. Tal como esta clase de cosas sucedían durante los grandes avivamientos del pasado, así están sucediendo hoy donde las personas se niegan a apagar el fuego del Espíritu.

Respondiendo a las manifestaciones físicas hoy

Cuando Dios se complace en dar manifestaciones físicas hoy, debemos aceptarlas de Su mano, pero no debemos cometer el error de glorificarlas. Cuando les asignamos gran importancia a las manifestaciones y gastamos demasiado tiempo hablando de ellas, invariablemente conduciremos a las personas a falsas creencias y énfasis erróneos. Después de todo, no es la manifestación la que tiene significación definitiva, sino la obra del Espíritu. Deseamos honrar la obra del Espíritu en condenar, perdonar, salvar, sanar y liberar —no la reacción física a Su obra.

Si les atribuimos gran significación a las manifestaciones, la gente las equiparará con la obra del Espíritu y aun las verá como un símbolo de espiritualidad. Cuando eso ocurre, las personas inseguras con frecuencia

imitan estas manifestaciones para llamar la atención hacia sí mismas y parecer “espirituales”.
Un error de igual categoría sería tratar de suprimir las manifestaciones. Imaginemos a una persona a quien el Espíritu Santo haya dado semejante convicción intensa de pecado que tiene una aguda sensación de los tormentos del infierno y está temblando como resultado de esa convicción. Ahora imaginemos la inmensa estupidez de acercarse a esa persona ¡y decirle que se deje de tonterías! Si intentamos suprimir una manifestación física real de la obra del Espíritu Santo, estamos en peligro de apagar el fuego del Espíritu.
Tampoco debemos temer a las manifestaciones físicas genuinas. Con frecuencia encuentro cristianos que no tienen dificultades en creer que los demonios pueden hablar con voz audible, incitar pensamientos, producir sensaciones físicas y otros efectos corporales, pero no creen que Dios pueda o llegue a hacer eso hoy en día. Por lo tanto, cada vez que ven alguna de estas manifestaciones físicas, automáticamente suponen que es una obra del diablo.
Todo temor al diablo es irracional. Ningún cristiano debe temerle a Satanás o a cualquier demonio. El Nuevo Testamento nos enseña que la única persona a quien un cristiano debe temer es a Dios mismo. Si Dios es la causa de esas manifestaciones, las empleará para bien. Si el diablo es la causa de una manifestación en particular, ésta puede ser suprimida mediante el poder de la sangre de Cristo. En cualquiera de los casos, no tenemos base bíblica para temer a las manifestaciones físicas.
Por último, no debemos sentirnos decepcionados cuando Dios no da manifestaciones físicas que acompañen a una genuina obra del Espíritu, ni debemos tratar de producirlas mediante la sugestión u otros medios naturales. Dios no necesita las manifestaciones para llevar a cabo Sus propósitos. Si tratamos de fabricar esas respuestas, podemos contaminar una obra pura del Espíritu y acabar con ella.
Deseo ofrecer un último consejo acerca de este tema. Antes me molestaba cuando veía a gente “fingiendo” manifestaciones físicas en las reuniones. Eso sucedía en la época de Edwards, y sucede hoy. De hecho, sucederá dondequiera que haya manifestaciones físicas genuinas en respuesta a una poderosa obra del Espíritu Santo. Siempre se imitará lo genuino con falsificaciones. Algunas veces lo falsificado es fácil de detectar, y otras veces no es tan fácil. Mi experiencia con estas falsas manifestaciones me

ha llevado a creer que no son ni con mucho tan serias como al principio me imaginaba.
La clase de gente que llegan a voluntariamente sacudir sus manos o temblar al principio del servicio de adoración no son normalmente gente “peligrosa”. Con frecuencia no son más que creyentes inseguros y solitarios, ansiosos de compañía. A lo largo de toda la semana casi nadie les presta atención. A menudo el único momento en que alguien les muestra amor o afecto es en la reunión en la iglesia, cuando alguien se les acerca a imponerles una mano y orar por ellos. Con frecuencia utilizan el temblor o las sacudidas u otra señal física como un medio de atraer atención hacia sí mismos para que les ministre algún otro miembro del cuerpo de Cristo. He prestado cuidadosa atención a este fenómeno durante los últimos años, y he encontrado que causa muy pocas dificultades serias a nadie. Escasamente engañan a alguien, y las únicas personas que realmente se desconciertan con eso son los visitantes que están observando el servicio con poca o ninguna comprensión de estos asuntos. Si los visitantes son sinceros y no han venido a criticar, siempre pueden preguntarle a alguien que entienda la dinámica de estas “falsas respuestas” y recibir una explicación adecuada para lo que les está preocupando.
En los pocos casos en que el comportamiento de una persona es verdaderamente grotesco y exhibicionista, los líderes pastorales deben acercarse a esa persona, y amable pero firmemente, parar esa conducta. He encontrado que cuando hablamos acerca del significado bíblico de las manifestaciones físicas y conversamos de ellas abiertamente, hay muy pocos excesos en ese terreno.

8

¿Estaban destinados los milagros a ser pasajeros?

Nadie jamás tomó la Biblia, empezó a leer y llegó a la conclusión de que Dios ya no estaba haciendo señales ni milagros, y de que los dones del Espíritu Santo ya se habían extinguido. La doctrina del cesacionismo no se originó en un cuidadoso estudio de las Escrituras, sino en la experiencia.
La frustración de no presenciar o sentir milagros y situarlos por eso en la historia pasada, requiere una explicación. ¿Cómo podría explicarse que uno no experimente milagros cuando el Nuevo Testamento está lleno de ellos? En esencia hay tres posibilidades: Primera, algo anda mal en

nuestras vivencias. Segunda, Dios ha retirado los milagros porque Él sólo tenía intención de usarlos para servir propósitos temporales. Tercera, la respuesta está encerrada en el misterio divino, como el misterio de la elección o predestinación. La primera respuesta nos conduciría a esperar los milagros cuando rectifiquemos algo en nuestra experiencia. La segunda, no nos conduciría a esperar milagros en lo absoluto. La tercera, deja la cuestión abierta, pendiente.

Hasta donde yo sé, nadie ha intentado jamás discutir para contestar la tercera. Desde los días de la Reforma, muchos teólogos protestantes han discutido para contestar la segunda: que los dones eran sólo de naturaleza temporal. Los reformistas tenían dos razones principales para formular y sistematizar los argumentos teológicos contra los milagros contemporáneos. Primera: sus enemigos, los católicos, apelan a los milagros católicos para respaldar la doctrina católica. Para eso dicen: “Nosotros tenemos milagros que demuestran que Dios aprueba nuestra doctrina. Además, tenemos una larga historia de milagros que parte desde los tiempos del Nuevo Testamento hasta nuestros días. ¿Qué milagros pueden mostrar ustedes que demuestren que Dios aprueba vuestra doctrina?” Este ataque condujo a los reformistas no sólo a negar la validez de los milagros católicos, pasados y presentes, sino a formular argumentos teológicos contra los milagros contemporáneos.

Pero yo creo que esa no fue la razón primordial por la que los reformistas intentaron emplear la Biblia para argumentar contra los milagros contemporáneos. Creo que la razón principal fue su falta de experiencia en lo milagroso. Si ellos hubiesen presenciado milagros dignos de señalar, nunca hubieran intentado argumentar que los milagros estaban destinados a ser temporales.

Así, los reformistas se enfrentaron a una disyuntiva: ¿se debía su falta de milagros a faltas propias de ellos o a los planes de Dios de dejar de hacer milagros? Y decidieron escoger lo último. Ahora tenían por delante la monumental tarea de explicar por qué Dios había sido tan liberal otorgando milagros en el siglo primero y tan mezquino en los siguientes. El secreto estaba en probar que los milagros los había planeado Dios únicamente con propósitos temporales en el siglo primero. Pero ¿cómo podían probarlo?

En esencia tenían tres modos de probarlo. El primero —y con mucho el mejor— era encontrar afirmaciones bíblicas específicas de que Dios planeó que los milagros fueran temporales. El segundo era la deducción teológica. Este modo no es tan fuerte como las afirmaciones bíblicas específicas,

pero es una forma válida de probar doctrinas. El tercer modo era la experiencia. Podían sacar conclusiones de su propia experiencia o de la de otros a lo largo de la historia. Aquí podían examinar los anteriores 1.300 años de historia de la Iglesia para ver si allí había una evidencia firme de los dones del Espíritu entre los cristianos de los siglos anteriores.

El de la experiencia es, sin duda, el más débil de los tres tipos de argumentos. Cuando examinamos los acontecimientos históricos, con frecuencia no podemos estar seguros de los hechos o de la interpretación de ellos. Más aún, cuando examinamos nuestra propia experiencia, podemos saber los hechos, pero no la razón para los mismos. Por ejemplo, podemos saber que estamos deprimidos, pero no saber por qué lo estamos. ¿Hicimos algo que provocó la depresión? ¿Es el resultado de circunstancias que están fuera de nuestro alcance? Por eso, aun cuando estemos ciertos de la exactitud de los hechos, no podemos comprender la razón para que sucedan.

Los reformistas no dejaron dudas de cuál de las tres clases de argumentos valoraban por encima de los otros. Sola Scritura ("sólo la Biblia") fue uno de los grandes gritos de batalla de los reformistas. Pero aquí se enfrentaron a un obstáculo no formidable, sino insuperable, porque no pudieron presentar un solo texto de la Escritura que específicamente enseñara que los milagros o los dones espirituales estuvieran limitados al período del Nuevo Testamento. Como tampoco nadie más desde entonces ha sido capaz de hacerlo.

Privados del arma más poderosa de su arsenal —la afirmación específica de la Escritura—, los reformistas se vieron forzados a apelar a las deducciones teológicas. Pero ¿cómo podrían deducir que los milagros estaban destinados a ser temporales de un libro que empieza con milagros, sigue con milagros y termina con milagros?

EL PRINCIPAL ARGUMENTO CESACIONISTA

He aquí cómo lo hicieron. Los reformistas argumentaron que el propósito principal de los milagros del Nuevo Testamento había sido el de autenticar a los apóstoles como autores confiables de las Sagradas Escrituras. ¿Cómo podría probar este argumento de que los milagros serían temporales? Porque después de que los apóstoles hubieron escrito el Nuevo Testamento, los milagros hubiesen cumplido su propósito y ya no serían necesarios, pues entonces la Iglesia poseería para siempre la

Palabra de Dios como testigo de los milagros. Este sigue siendo el principal argumento entre los cesacionistas contemporáneos.

Para los cesacionista sería inútil probar que el primer propósito de los milagros era autenticar a Jesús. Si eso fuera verdad, no habría explicación para que los apóstoles hicieran milagros. Si el propósito principal de los milagros hubiera sido autenticar al Señor Jesús como el Hijo de Dios, ¿por qué tenían que hacer milagros los apóstoles? ¿Por qué no podían ellos limitarse a hablar de los milagros que Jesús había hecho, como hacen muchos predicadores hoy?

Tampoco pueden decir los cesacionistas que el propósito primordial de los milagros fue el de autenticar el mensaje acerca de Jesús. Si eso fuera así, ellos no tendrían explicación de por qué los milagros no serían necesarios todavía para autenticar el mensaje acerca de Jesús. En otras palabras, si la generación de los nuevos convertidos del siglo primero necesitaron los milagros que autenticaran el mensaje del Evangelio, ¿por qué las sucesivas generaciones de posibles convertidos no habrían de necesitar la misma milagrosa autenticación del mensaje?

La única posición defendible es mantener que los milagros autenticaban a los apóstoles. Si alguien pregunta por qué únicamente los apóstoles necesitaban autenticación de su testimonio para que les creyeran y no las sucesivas generaciones de testigos, los cesacionistas tienen una respuesta lista a la mano: los apóstoles no fueron unos testigos comunes; fueron únicos en que escribieron el Nuevo Testamento. Por lo tanto, necesitaban más respaldo que ningún otro testigo en la historia. Así que el propósito de los milagros fue no sencillamente autenticar a los apóstoles como testigos confiables de Jesús, sino que los milagros demostraron que ellos eran maestros de la doctrina dignos de confianza y en última instancia los autenticaban como autores humanos de la Escritura acreditados por Dios. En términos prácticos esto significa que el propósito real de los milagros era autenticar o confirmar las Escrituras. Una vez que ellos habían escrito el Nuevo Testamento, ya no eran necesarios los milagros, porque ya la Iglesia poseería la Palabra de Dios escrita.

A fin de sustancial su caso, los cesacionista deben probar dos cosas: Primera, tienen que demostrar que los milagros autenticaron a los apóstoles. Segundo, tienen que demostrar que ése fue el propósito principal de los milagros. Si pudiese demostrarse que los milagros no autenticaron a los apóstoles o que había otros propósitos igualmente

importantes tras los milagros o los dones milagrosos del Espíritu, todo su caso se derrumbaría.

Como la mayoría de las personas en mis círculos teológicos, yo había aceptado la explicación de los cesacionistas acerca del propósito de los milagros, especialmente cuando quedó formulado en Milagros Fraudulentos de Benjamín Breckenridge. Como otros fundamentalistas, yo estaba seguro de que creía esto porque la Biblia lo enseñaba.

Cuando examino ese período de mi vida, sé que no lo creía porque lo enseñe la Escritura; lo creía porque yo no había visto ningún milagro, y necesitaba una justificación bíblica para mi falta de experiencia. Aquella llamada telefónica de veinte minutos con el doctor White me condujo a examinar el argumento cesacionista con una mente mucho más abierta. Esta vez pensé que el argumento tenía tanta fuerza como un gorrión en medio de un huracán. Lo que yo había pensado era mi más fuerte argumento contra el ministerio contemporáneo de dones milagrosos, se convirtió en mi "más fuerte debilidad".

Después de mi primera conversación con el doctor White, me determiné a examinar cada referencia a sanidades y milagros en el Nuevo Testamento para ver exactamente lo que decía acerca del propósito de los milagros. ¡Nunca antes lo había hecho! Lo que descubrí me convenció de que las sanidades y milagros no estaban destinadas a ser temporales.

LOS MILAGROS EXAMINADOS DE CERCA

Lo primero que observé fue que había muy pocas alusiones directas en el Nuevo Testamento respecto a los propósitos de los milagros. Nunca encontré una afirmación que dijera: "Dios hizo milagros a fin de..." Descubrí que a veces se indica el propósito de los milagros con palabras que los acompañan describiendo su "función". Por ejemplo, Marcos dice que los milagros "confirman" (Marcos 16:20). Juan dice que "testifican" (Juan 5:36). Pedro dice que Jesús estaba "aprobado por Dios" con milagros (Hechos 2:22). En otros momentos el propósito de un milagro con frecuencia tiene que inferirse del contexto o de los resultados del milagro.

Un claro propósito de los milagros fue autenticar el carácter de Jesús y sus relaciones con Su Padre celestial. Con respecto a esto, los milagros demuestran lo siguiente: Dios está con Jesús (Juan 3:2); Jesús viene de Dios (Juan 3:2; 9:32-33); Dios ha enviado a Jesús (Juan 5:36); Jesús tiene autorización en la tierra para perdonar pecados (Marcos 2:10- 11; Mateo

9:6-7; Lucas 5:24-25); Jesús está aprobado por Dios (Hechos 2:22); el Padre está en Jesús y Jesús está en el Padre (Juan 10:37-38; 14:11); en Jesús el reino de Dios ha llegado (Mateo 12:28; Lucas 11:20); y Jesús es el Mesías (Mateo 11:1-6; Lucas 7:18-23) y el Hijo de Dios (Mateo 14:25-33).
El segundo propósito de los milagros fue autenticar el mensaje de Jesús. Esta fue la más importante función de los milagros en lo que se refiere al ministerio de los apóstoles. Marcos dice que el Señor "confirmaba la palabra [que los apóstoles predicaban] con las señales que la seguían" (Marcos 16:20). Cuando Lucas estaba describiendo el ministerio de Pablo y Bernabé en Iconio, afirmó que el Señor "daba testimonio de la Palabra de Su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios" (Hechos 14:3). Observe que en ambos textos el Señor no confirma a los apóstoles mismos sino "Su Palabra" o "el mensaje" que los apóstoles estaban predicando. Las señales y prodigios no testifican de los apóstoles, sino del mensaje de salvación predicado por ellos. Así que las dos principales cosas que los milagros autenticaban, eran el Señor Jesús y el mensaje acerca del Señor Jesús.
Cuando revisé todas estas referencias, me asombró descubrir que no existiera ni una referencia a que los milagros daban testimonio de los apóstoles, los confirmaban, o certificaban por ellos. En resumen, ¡los milagros no autenticaban a los apóstoles! Y si pensamos en la teología del Nuevo Testamento, esto tiene sentido perfectamente. Con la venida de Jesucristo, Dios desea que toda la atención se concentre en Su Hijo. La primera tarea del Espíritu Santo es exaltar a Jesucristo. A Dios no le interesa dar testimonio de sus siervos, sino más bien de Su Hijo y del mensaje acerca de Él.

El argumento sacado de 2 Corintios 12:12

Algunas veces la gente apela a 2 Corintios 12:12 como un texto que parece decir que las señales y prodigios autentican a los apóstoles: "las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros".
En este pasaje Pablo emplea "señales" (semeion) en dos sentidos distintos. El primer uso de "señales" en la frase "señales de un apóstol" no puede referirse a milagros, porque entonces Pablo hubiese estado diciendo que "los milagros de un apóstol fueron hechos entre vosotros con señales y prodigios y milagros". ¿Qué sentido tiene hacer semejante afirmación?

Pablo no está diciendo que “las señales de un apóstol” son milagros, sino más bien que “las marcas de un apóstol” están acompañadas por señales, prodigios y milagros. Si Pablo hubiera querido decir que los signos de su apostolado eran señales, prodigios y milagros, hubiese empleado una construcción diferente en el idioma griego.
Entonces, ¿cuáles eran las marcas del apostolado de Pablo? A diferencia de los falsos apóstoles (2 Corintios 11:13- 15), Pablo apela a sus sufrimientos para reivindicar su apostolado (2 Corintios 11:16-33, también Gálatas 6:17; 1 Corintios 4:9-13; 2 Corintios 6:3-10). Hughes sugiere que la vida intachable de Pablo era una señal de su apostolado. Plummer sugiere que la efectividad de la prédica de Pablo, o sea, las muchas conversiones entre aquéllos a quienes le predicaba, también era una prueba de su apostolado. Además de estos signos, Martin añade el llamado de Dios (1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1: l). De acuerdo con Martin, puesto que los milagros pueden ser falsificados por los falsos apóstoles, en 12:12a Pablo insiste en que esas señales no son el criterio primordial para decidir si uno es o no es un apóstol. En vez de eso, sugiere que las verdaderas marcas del apostolado —su vida y su ministerio— son las señales que más importan (...) Decir que “señales y prodigios y obras poderosas” son las señales principales del apostolado va en contra de las enseñanzas de Pablo en los capítulos 11-13 (así como en los capítulos 1-9).
Estoy de acuerdo con la conclusión de Martin de que “las obras de Pablo (en 12:12b) son los resultados, y no la prueba, de su auténtico apostolado”.
Cuando empecé realmente a sopesar la idea de que los milagros habían sido dados para autenticar a los apóstoles y su ministerio, vi que eso no sólo era antibíblico, sino ilógico. Si el propósito principal de las señales y prodigios y milagros era confirmar a los apóstoles, ¿por qué entonces Esteban y Felipe hicieron señales y prodigios? Si alguien dice que porque los apóstoles les impusieron las manos, eso en realidad no contesta la pregunta. Si el propósito principal de los milagros era autenticar a los apóstoles, ¿por qué dar a alguien más un ministerio de señales y prodigios o milagros? ¿Por qué Dios otorgó dones de sanidad y milagros a la Iglesia? (1 Corintios 12:7-10; Gálatas 3; 5). Jamás he leído o escuchado una respuesta adecuada a esta pregunta.
Hay todavía otro problema serio con todo este argumento. Revisemos una premisa expuesta antes: Si los milagros de Jesús eran suficientes para autenticarlo como el Hijo de Dios y para autenticar Su mensaje, ¿para qué tenían que hacer milagros los apóstoles? La respuesta acostumbrada es

que los apóstoles tenían que hacerlos para demostrar que ellos eran testigos dignos de confianza de Jesucristo y maestros confiables de Su doctrina. Pero ¿por qué no podían ellos limitarse a predicar acerca de los milagros tal como hace la Iglesia hoy en día? ¿No podemos ser considerados testigos dignos hoy sin hacer milagros? Si podemos, ¿para qué necesitaban hacer milagros los apóstoles? Los reformistas replicaban que los apóstoles eran más que simples testigos, que eran escribientes inspirados de las Escrituras infalibles. Los milagros eran necesarios para confirmar sus escritos como Escrituras legítimas. Esta es la suposición en la que se basa todo el argumento, pero ¿es bíblica ésa suposición? ¿Eran necesarios los milagros para confirmar la Escritura?

¿Descansa en milagros la autoridad de la Escritura?

Ninguno de los escribientes de la Biblia apelaron jamás a milagros para respaldar su afirmación de que lo que escribían era Palabra de Dios. Ciertamente sabían que estaban escribiendo Escrituras sagradas. Por ejemplo, Pablo dice: “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor” (1 Corintios 14:37, ver 1 Tesalonicenses 4:15). Sin embargo, Pablo no apela a los milagros en su ministerio para respaldar el hecho de que estaba escribiendo Escritura sagrada. Tampoco lo dice Pedro, cuando se refirió a las epístolas de Pablo como Escritura (2 Pedro. 3:16).

¡Ningún texto de la Biblia dice que la autoridad de la Escritura descansa en los milagros! En realidad, es todo lo contrario. La Escritura somete a prueba los milagros, pero los milagros no son una prueba para la Biblia. Moisés dejó esto en claro hace mucho tiempo. Él advirtió al pueblo que si un profeta o un soñador de sueños les daba alguna señal o prodigio, y sucedía lo predicho, debían ignorar ese milagro si contradecía lo que ya les había sido revelado a ellos (Deuteronomio 13:1-5). Si la primera función de los milagros era confirmar la Escritura, ¿cómo podría alguien juzgar los milagros de los falsos profetas (Mateo 7:15-23), los falsos cristos y sus profetas (Mateo 24:24), o del anticristo (2 Tesalonicenses 2:9)?

Esta teoría tampoco es consecuente con el carácter real del canon de la Biblia. ¡Tenemos escribientes de las Escrituras que no fueron apóstoles y quienes nunca hicieron milagros! Estos incluyen a Marcos, Lucas y Judas (el hermano del Señor que escribió la epístola de Judas). ¡Incluso el libro de Hebreos es anónimo! Todos estos escribientes no fueron apóstoles, y

ninguno de ellos tiene historial de milagros. ¿Tienen estos libros menos autoridad que las epístolas de Pablo? Si la autoridad de la Biblia se basa en los milagros hechos por sus escribientes, por necesidad estos escritos tendrían entonces menos autoridad.

Si quienes mantienen esta teoría contestan que Lucas era un amigo o compañero de Pablo en su ministerio, y que por eso sus escritos se consideran como inspirados, entonces ellos tendrían que abandonar la idea de que hacían falta los milagros para confirmar la Escritura. Tendrían que añadir un nuevo criterio para la canonización: la amistad o la confraternidad con los apóstoles. Este criterio para la canonización también carece de un respaldo bíblico directo. Si argumentan que Pedro comisionó a Marcos para escribir el evangelio de Marcos, se están apoyando en la tradición en vez de en la misma Biblia. Eso los coloca en una posición embarazosa, por hacer que la tradición establezca la autoridad de la Escritura, en vez de que la Biblia sea la máxima autoridad.

En cualquier caso, tenemos cinco obras que constituyen una gran porción de la Escritura —el Evangelio de Marcos, el de Lucas, el libro de los Hechos, la carta de Judas y el libro de Hebreos— que no pueden ser explicados por la teoría de que los milagros hacían falta para autenticar la Biblia.

La teología ortodoxa desde hace mucho ha sostenido que la autoridad de las Escrituras no descansa en los milagros. La autoridad de la Biblia se basa en su Autor. Aunque pueda haber muchos factores que ayudan a convencernos de la autoridad de la Escritura, lo que en última instancia nos persuade de su autoridad es el testimonio interno del Espíritu Santo.

¿Hacían falta los milagros para impulsar la Iglesia?

Algunos enseñan que los milagros eran necesarios para que el mensaje del Evangelio fuera escuchado en el siglo primero. Esas personas consideran los milagros y sanidades de Jesús y los apóstoles como una especie de cohete impulsor que lograra “botar” la Iglesia y conseguir audiencia para el mensaje del Evangelio. Más tarde, después que la Iglesia estuvo establecida y el mensaje del Evangelio tenía un lugar entre las otras religiones mundiales, el cohete impulsor podía ser descartado sin una pérdida sensible para la Iglesia. Thomas Edgar expresa este punto de vista cuando escribe:

La Iglesia primitiva estaba en una situación diferente de la que tuvo la Iglesia después del siglo primero. Para fines de la primera centuria, la Iglesia y la cristiandad estaban establecidas en los centros más importantes del mundo conocido (...) Sin embargo, las etapas iniciales de la cristiandad no tenían respaldo desde el punto de vista humano. El mensaje era insólito y asombroso. Un hombre ejecutado en un país muy pequeño era presentado como el Hijo de Dios, quien vino a morir por todos los hombres; a aquéllos que confiaran en Él, Dios les perdonaría los pecados por gracia. Poca gente fuera de Israel había oído nunca hablar de Jesús. Él murió antes de que la Iglesia se estableciera. Fue ejecutado después de una breve carrera. Tales hechos al menos mostraban la dificultad que enfrentaron los primeros evangelistas. ¿Quién aceptaría semejante mensaje?

Sin embargo, los milagrosos dones y señales dieron a todo este mensaje una perspectiva diferente, puesto que los milagros eran evidencia de que el mensaje venía de Dios. Desde el siglo primero hasta acá, la situación nunca ha sido igual. Los misioneros que van a las junglas se están refiriendo a un individuo con una reputación mundial, a una religión reconocida y un Personaje religioso, en lo que concierne al mundo. Estos misioneros vienen de grupos de creyentes en países donde esta religión prevalece. Es posible que muchos consideren útil tener confirmación milagrosa al evangelio en estos días. Puede ser que eso sea verdad o no, puesto que ya Cristo y los apóstoles dieron una confirmación completa y bien atestiguada, aunque todavía sea ignorada por quienes viven en países donde es bien conocida. No obstante, quedan pocas dudas de que al principio la necesidad de confirmación era mayor que en la actualidad.

En otras palabras, que la Iglesia incipiente necesitaba milagros para ayudarla a crecer, pero la Iglesia madura ya no los necesita. Este argumento tiene una contradicción en sí, que Edgar no trata de resolver. Si la Iglesia del siglo primero necesitaba milagros para crecer y extenderse, ¿por qué no habría de necesitarlos en el siglo veinte? Si los milagros beneficiaron la Iglesia entonces, ¿por qué no ahora? Hace tiempo que Warfield dictaminó que esta explicación no era bíblica. En realidad, durante toda su discusión Edgar no cita un versículo de la Biblia para respaldar esta teoría. Warfield también señala que esta línea de razonamiento era ilógica y la ridiculizó llamándola “inerme”.

La explicación de Edgar también es falsa porque sustituye el poder de Dios con el reconocimiento mundano. Edgar sostiene que después que la

cristiandad "se había convertido en un grupo reconocido con gran reputación (cursivas mías), ya no necesitan el poder de los milagros. ¿Quién desearía cambiar los poderes milagrosos de Dios por reputación mundana? Warfield contestó a una forma ligeramente diferente de esta teoría cuando escribió: ''Cuando se consiguió la protección del mayor poder de la tierra [o sea, el imperio romano] parece que la idea era que ya no se necesitaba el poder de Dios". ¿Dónde pudiera alguien encontrar respaldo en la Biblia para semejante idea?

Finalmente, hay algo más en este argumento que me molesta. Ya he declarado que una de las funciones legítimas de los milagros del Señor y los apóstoles, era autenticar a Jesús o testificar de Él y Su mensaje. Pero, ¿alguna vez fueron necesarios los milagros a fin de que la gente creyera en el Evangelio? Edgar escribe como si lo fuera, al menos al principio de la Iglesia. ¿Por qué? Según él, la oscuridad histórica y la novedad del mensaje del Evangelio parecían requerir milagros para probarlo. Edgar pregunta: "¿Quién aceptaría semejante mensaje?"

Esto se acerca peligrosamente a degradar el poder inherente al mensaje del Evangelio. Con seguridad el Evangelio —que "es el poder de Dios para la salvación"— era suficiente, aparte de los milagros. Seguramente Dios no tuvo que hacer milagros a fin de conseguir Sus fines.

El mayor milagro del mundo es que Dios nos ama y Su Hijo murió por nosotros. Su amor por nosotros es, y seguirá siendo, un misterio inexplicable. El suceso sobrenatural más asombroso que haya tenido lugar nunca, fue la encarnación y después la muerte del eterno Hijo en lugar de la humanidad pecadora, seguida por Su resurrección corporal. Ciertamente, la mayor maravilla es que sólo por fe en Jesucristo recibimos el don de la vida eterna. Seguro que el mayor poder que cualquier ser humano conocerá nunca es el poder de la cruz de Jesucristo. A través de la cruz no sólo tenemos perdón, sino también acceso a la gloriosa presencia de Dios.

El poder de la muerte de Cristo es tan grande que el cristiano no tiene que vivir sometido a ninguna atadura moral. Ningún cristiano tiene que estar a merced de la lujuria, la ira, el pecado, el miedo, la muerte o Satanás. Ciertamente esta buena noticia es la más grandiosa que se haya dado jamás.

Con seguridad este mensaje es mayor que ningún milagro que lo acompañe. ¡Seguro que el Evangelio es capaz de captar los corazones de la gente sin requerir ningún milagro que lo acompañe!

Cuando yo tenía diecisiete años y era un rebelde empecinado, Jesús cautivó por completo mi corazón en el momento que escuché a un amigo contarme acerca de la inexplicable benevolencia del Evangelio. Yo no sabía nada en absoluto del resto del Nuevo Testamento, nada de los otros milagros, y sin embargo aquella noche del 18 de diciembre de 1965, a las 2:00 a.m., tan sólo por fe en el Señor Jesucristo me convertí en una nueva criatura. Eso es exactamente lo que el apóstol Pablo dijo que haría el mensaje del Evangelio, cuando escribió:

Porque no me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el Evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: “Mas el justo por la fe vivirá” (Romanos 1:16-17).

Pablo tenía una confianza suprema en el grande y glorioso Evangelio de Jesucristo. Él no puso su confianza en los milagros, ni en la habilidad humana, ni siquiera en la santidad humana. Este mensaje es el más glorioso mensaje que jamás escucharan oídos humanos. Es la única respuesta al dilema del hombre.

Edgar decía: “¿Quién aceptaría semejante mensaje?” Por lo pronto, Lidia y su familia no tuvieron problema alguno en aceptar este mensaje cuando escucharon a Pablo predicarlo sin acompañarlo con milagros (Hechos 16:14-15). En el siglo primero el Espíritu Santo era perfectamente capaz de producir convicción y fe sin milagros (Juan 16:8). El ministerio de Juan el Bautista también provocó convicción de pecado y arrepentimiento, pero Juan no hizo milagros (Juan 10:41). Incluso las religiones y cultos del mundo han nacido y florecido sin el poder de los milagros. ¿Queremos seriamente declarar que el poder del Evangelio de Jesucristo es menos que eso?

Creo que los milagros tienen una función de autenticación, y después discutiré que ellos puedan abrir de par en par las puertas para predicar el Evangelio y aun traer a la gente al arrepentimiento. Sin embargo, la sencilla prédica del Evangelio puede hacer todo esto sin milagros en cualquier tiempo de la historia y todavía puede hacerlo hoy. Cuando Dios da los milagros para autenticar la prédica del Evangelio, lo da basado en la gracia, no por una necesidad divina de compensar una deficiencia en el mensaje del Evangelio. Los milagros son dones benevolentes de Dios que pueden servir para muchas funciones, pero no debemos jamás aislar una función y verla como el propósito necesario y extremo de los milagros, a menos que tengamos una clara evidencia bíblica para hacerlo.

Empleando los Evangelios y Hechos para respaldar los milagros hoy

Se ha dicho que no podemos emplear los Evangelios y Hechos como evidencia de que Dios sana u obra milagros hoy, porque son libros de "transición". El libro de Hechos nos relata la transición de la era del Antiguo Testamento a la época del Nuevo Testamento. Hechos muestra a la Iglesia en su infancia, su inmadurez. Por lo tanto, no podemos determinar qué se suponía fuera normal en la vida de la Iglesia basados en el libro de Hechos. Todo lo que podemos determinar es lo que era normal cuando la Iglesia empezaba. Por sobre todo, no podemos obtener doctrina del libro de Hechos; y así siguen argumentando. La doctrina de la Iglesia hay que sacarla de las epístolas de Pablo.

Si este argumento fuese válido, significaría en realidad que los Evangelios y Hechos nada nos dicen acerca de la actitud de Jesús con respecto a la sanidad y los milagros hoy en día. Sólo reflejaría Su actitud al principio del nacimiento de la Iglesia. Este argumento es falso por muchas razones.

Primero, los teólogos siempre han usado los Evangelios y Hechos para doctrina. Por ejemplo, desde la época de Calvino, los teólogos reformistas se han deleitado empleando Juan 6:44 y Hechos 13:48 para probar la doctrina de la elección incondicional. De la misma forma, los dispensacionistas apelan a los Evangelios y a Hechos para respaldar su dispensacionismo. Los dispensacionistas usan Juan 1:17 para probar que hay una clara distinción entre las dispensaciones de la Ley y la Gracia. Los profesores de misiones y evangelistas acostumbran emplear los Evangelios y Hechos para enseñar doctrinas de misiones y evangelismo. Los Evangelios y Hechos son las fuentes principales de nuestra doctrina cristológica. Son las fuentes primordiales para el estudio de cómo el Nuevo Testamento utiliza al Antiguo Testamento. El libro de Hechos es también crucial en determinar qué creemos acerca del gobierno de la Iglesia (ver Hechos 20:17ss). Sencillamente, no es verdad que no podamos emplear los Evangelios y Hechos para doctrina. Todo el mundo lo hace.

Lo que este argumento en realidad quiere decir es que podemos no usar los Evangelios y Hechos para determinar doctrina acerca de los sucesos sobrenaturales en la vida de la Iglesia hoy. En otras palabras, la gente que usa este argumento están en realidad empleando una hermenéutica antisobrenatural cuando leen el libro de Hechos.

Permítaseme explicar lo que quiero decir con esto y después ilustrarlo.
La hermenéutica es la ciencia de la interpretación. Trata con las reglas de la interpretación, o sea, cómo debemos interpretar las Escrituras (o cualquier texto escrito, si viene al caso). Una hermenéutica antisobrenatural es un sistema de interpretación que elimina los elementos sobrenaturales de la Biblia. Los teólogos liberales alemanes como Bultmann hicieron eso al "desmitificar" los milagros del Nuevo Testamento. Afirmaron que los milagros no sucedieron en lo absoluto; que eran historias inventadas para dar expresión a mitos que habían sido muy conocidos en el antiguo Cercano Oriente. Los escritores conservadores que jamás soñaron con tratar las Escrituras de esta manera arrogante, tienen otro modo de emplear una hermenéutica antisobrenatural. Tienen un sistema de leer la Biblia que dice que todos los milagros tuvieron lugar entonces, pero que no estaban destinados a suceder ahora.
Por ejemplo, si uno de mis alumnos me decía que él deseaba convertirse en misionero y plantar iglesias porque se había sentido inspirado a hacer eso al leer el relato de Pablo en el libro de Hechos, yo le hubiera dado mi bendición. No hubiese tenido dificultad en creer que Dios podía usar la historia de Pablo en Hechos para inspirar a un estudiante a convertirse en misionero y plantar iglesias. Yo pensaba que esto era una forma válida de usar la Escritura. Pero si ese mismo alumno me hubiera dicho que después de leer el libro de Hechos él deseaba que Dios lo usara en un ministerio de sanidad, inmediatamente lo hubiese corregido. Le hubiera dicho que ése era un uso falso de la Escritura. En otras palabras, yo empleaba un sistema de interpretación que prescribía: "Tienes libertad para copiar los elementos no milagrosos de los Evangelios y Hechos, pero no eres libre de copiar los elementos milagrosos".
Yo estaba leyendo los Evangelios y Hechos a través del lente de una hermenéutica antisobrenatural. Cada vez que tropezaba con la historia de un milagro, esos lentes estaban de acuerdo con que la historia era cierta y había sucedido, pero filtraban y desechaban cualquier aplicación milagrosa de ese pasaje a la actualidad.
¿Cómo uno justifica esta hermenéutica antisobrenatural? ¿Dónde dice en la Escritura que leamos la Biblia así? ¿Dónde nos da la Escritura una hermenéutica que dice que podemos copiar las cosas no milagrosas, pero no podemos copiar o esperar los hechos milagrosos hoy?
Este argumento es falso por una segunda razón. En el mundo antiguo, especialmente en el mundo del antiguo Cercano Oriente, del cual es parte

la Biblia, la forma más común de comunicar teología era contar una historia. Los relatos se escribían para comunicar la doctrina teológica.
Algunos escritores modernos tratan los Evangelios y Hechos como si no fueran más que relatos “periodísticos” de lo que sucedía. Definitivamente son más que eso; son en sí mismos teologías. Cuando Lucas escribió su Evangelio y el libro de Hechos, seleccionó todo su material muy cuidadosamente para enseñar verdades teológicas definidas a su audiencia.
Esto es todavía común en el Oriente. Acabo de regresar de una enorme conferencia en Singapur, y uno de los pastores allí me contó que era muy común que uno de los padres chinos cristianos contestara una pregunta teológica de su hijo con una historia. Cuando pensamos hasta qué punto tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento consisten en literatura narrativa, nos vemos forzados a llegar a la conclusión que a Dios también le gustaba este método de enseñar teología.
En mi copia del Nuevo Testamento de King James, los Evangelios y Hechos se extienden 205 páginas; las epístolas paulinas, 87 páginas; otras epístolas, 34; y Apocalipsis, 22 páginas. Los Evangelios y Hechos constituyen 59 por ciento del Nuevo Testamento. Todas las epístolas juntas hacen 35 por ciento. Si fuera cierto que no podemos usar los Evangelios y Hechos como fuentes de doctrina, eso significaría que tendríamos que descartar virtualmente 59 por ciento del Nuevo Testamento como faltos de valor doctrinal. ¡Eso nos dejaría sólo 35 por ciento del Nuevo Testamento para extraer nuestras doctrinas!
Por supuesto, nadie cree esto en realidad. Ello sólo significa que uno no puede emplear los Evangelios y Hechos para determinar la importancia de los milagros para el ministerio de la Iglesia hoy en día, y esa es una decisión por completo arbitraria. No está basada en las enseñanzas de la Biblia, sino más bien en un prejuicio personal.
Este argumento es falso por una tercera razón: porque contradice la Biblia. El apóstol Pablo dijo que “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar [doctrina] (!), para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16). Pablo dijo toda Escritura —no únicamente las epístolas, sino los Evangelios y Hechos— es útil para enseñar.
Este argumento contradice la Escritura en otra forma. Al menos seis veces en sus escritos Pablo ordena a los cristianos seguir su ejemplo como él sigue el ejemplo de Cristo, o aprueba a quienes siguen su ejemplo (1 Corintios 4:16-17; 11:1; Filipenses 3:17; 4:9; 1 Tesalonicenses 1:6; 2

Tesalonicenses 3:9). Pablo no hizo una distinción entre aquellos elementos en su vida que eran milagrosos y aquellos que no se consideraban milagrosos. Pablo copiaba a Cristo. Cristo tenía elementos milagrosos en Su vida, y también Pablo. ¿Imitaremos únicamente los elementos no milagrosos en las vidas de Jesús y de Pablo? ¿Serán ellos simplemente ejemplos de vidas morales pero no de ministerios milagrosos? Pablo no hace semejante distinción cuando nos exhorta a imitarlo.

Tenemos que recordar que el único registro inspirado que tenemos o tendremos nunca de la historia de la Iglesia ¡es el libro de Hechos! Este es el único período de la historia de la Iglesia donde podemos estar absolutamente seguros de que nuestro registro es exacto un ciento por ciento. Es el único período de la historia de la Iglesia donde podemos estar absolutamente ciertos de la opinión de Dios sobre la vida y ministerio de la Iglesia.

El libro de Hechos es la mejor fuente que podemos tener para demostrar cómo se supone que debe ser la vida normal de la Iglesia cuando el Espíritu Santo está presente y obrando en la Iglesia. Aquí encontramos una Iglesia que tiene pasión por Dios, que está dispuesta a sacrificarse —hasta el punto del martirio— y que obra milagros. ¿Por qué hemos de pensar que Dios desea que la Iglesia sea algo diferente hoy en día? ¿Preferiría alguien en serio tener mejor la Iglesia en los días de Calvino o la Iglesia americana del siglo veinte como modelo de vida de iglesia normal?

Recuerden algo mencionado antes: si se toma a un recién convertido, quien antes de su conversión nada sabía de la historia de la cristiandad o del Nuevo Testamento, y lo encierra en una habitación con una Biblia durante una semana, saldrá de allí creyendo que es miembro de un cuerpo que ama apasionadamente al Señor Jesucristo, y un cuerpo que continuamente experimenta milagros y que hace milagros. Le costará trabajo a un teólogo muy inteligente —que nunca haya visto un milagro— convencer a este recién convertido de otra cosa.

Cualquiera que sea el propósito que le asignemos a los milagros del período del Nuevo Testamento, no podemos decir que Dios los hizo por necesidad para compensar las deficiencias que rodeaban a la prédica inicial del Evangelio. Las sanidades y milagros fueron enteramente un don benevolente de Dios. El Evangelio podía ser y hubiese sido creído sin necesidad de milagros. Como tampoco podemos decir que Dios hizo milagros para autenticar a los apóstoles o para probar la autoridad de la Biblia.

No obstante todo el Nuevo Testamento —incluidos los Evangelios y Hechos— revela que Dios sí hizo milagros, Él sí sanó a la gente, y tuvo importantes propósitos para ello. Analizaremos esos propósitos más detalladamente en los próximos dos capítulos.

9
¿Por qué Dios sana?

Hace más de dieciocho años, descubrimos un viernes por la tarde que mi esposa estaba embarazada de un bebecito que sería nuestro primogénito. Hicimos una gran fiesta aquel viernes por la noche con nuestra familia, pero el sábado por la mañana tuve que llevar a Leesa a toda prisa al hospital porque tenía síntomas de aborto. El médico, que también era un buen amigo, dijo: “Tengo que ser honesto con ustedes. Yo sé cuánto desean este hijo, pero lo más probable es que este embarazo termine en aborto. Le prescribiré la medicina adecuada, y te mandaré a la casa a reposar, pero no creo que nada de eso sea efectivo. No quiero que se hagan esperanzas”.

Más tarde aquel día nos sentamos en el sofá de nuestro apartamentito y lloramos. Pasamos por todas las emociones conocidas de esa tragedia. Pero en medio de mi aflicción pensé: —Espera un minuto. Yo no me conformo con la opinión de un hombre en teología; ¿por qué conformarme con la opinión de un hombre en medicina?

Teníamos otro amigo médico que vivía en otro estado. Era el autor de un libro de ginecología. Lo llamé y dije: —Acabo de venir del médico y él dice que Leesa puede abortar. Quiero tu opinión.

— ¿Qué síntomas tiene? —me preguntó.

Le expliqué todos los síntomas.

—El diagnóstico es correcto. Hay ochenta por ciento de probabilidades de que, incluso si llegara a nacer la criatura, sería tan deforme físicamente, o deficiente mental, que ustedes emplearían el resto de sus vidas y todo su dinero tratando de cuidarla. Lo más probable es que Leesa aborte, y en última instancia, podría ser una bendición del Señor. Los dos son jóvenes, y pueden tener otros hijos. Si no fueran cristianos, les diría que esa es la forma en que la naturaleza se deshace de algo que no es lo bastante fuerte para sobrevivir. Pero puesto que son cristianos, les digo que pienso que Dios les está evitando una gran cantidad de sufrimiento y gastos, permitiendo el aborto de este bebé.

Hace dieciocho años me consolé con esas palabras y me resigné a perder el hijo. Hoy, con lo que sé de la naturaleza, propósitos y poder de Dios, nunca me consolarían esas palabras, ni me resignaría a perder un hijo. Pero en aquellos días yo era una persona diferente, con una teología más pequeña y muchas más restricciones para Dios.

Colgué el teléfono y regresé a la sala donde se encontraba Leesa. Deseaba consolarla con aquellas palabras. Todavía lloraba sentada en el sofá. Tenía la cara roja e hinchada, empapada en lágrimas, y los ojos casi cerrados de tan hinchados. Le dije: —Leesa, todo saldrá bien. Acabo de hablar con otro médico —y le conté todo lo que nuestro amigo acababa de decirme por teléfono. Pero fue como si no hubiera oído una palabra de lo que le dije.

Pensé que estaba demasiado alterada para escucharme. Así que me acerqué a ella y le repetí todo más alto. Pero todavía se negaba a hacerme caso. En ese punto empecé a enojarme, porque simplemente se negaba a entrar en razón.

Pero su enojo frenó el mío. Aunque tenía los ojos tan hinchados que estaban casi cerrados, la furia que había en ellos me fulminó como un rayo. Leesa dijo: —No me importa lo que digas. No hay forma de que yo entienda que perder este bebito pueda ser una bendición. Yo lo amo con toda mi alma. Lo peor que pudiera sucederme en este mundo es perder a mi hijo. No me importa lo defectuoso que sea o cómo nace. Me pasaré el resto de mi vida cuidándolo si Dios me permite tenerlo.

Me quedé sin habla. También tenía la sensación de que pisaba suelo sagrado. Decidí que sería mejor no decir una palabra más, aun cuando yo no pudiera compartir —ni siquiera comprender— los sentimientos de mi esposa por el bebito.

¿Cómo podía sentir de ese modo por aquel hijo no nato? Había sabido que estaba embarazada apenas veinticuatro horas antes. En el espacio de aquellas veinticuatro horas, todo lo que aquel hijo había hecho por ella era enfermarla y amenazar su vida. ¿Y ahora ella decía que lo peor que podía sucederle en el mundo sería perder aquel hijo? ¿De dónde había sacado semejante amor? ¿De dónde venía esa clase de compasión? Mientras estaba sentado allí estupefacto, sopesando esas preguntas, la palabra raham explotó en mi cerebro como un disparo de un francotirador angelical.

En el Antiguo Testamento, la forma más elocuente para expresar la compasión de Dios era usando la palabra hebrea raham, “matriz”. ¿Cómo fue que los hebreos escogieron la palabra “matriz” para expresar la

compasión de Dios? Lo más probable sería que un esposo hebreo observó los intensos sentimientos de su esposa embarazada hacia el hijo no nato que llevaba en su útero. Supo que ella tenía por el hijo unos sentimientos y un amor que él no podía todavía experimentar.

En mi espíritu alcé mis ojos al cielo y dije: “Dios mío, no se trata de cómo mi esposa siente hacia su hijo no nato, sino de cómo Tú sientes por nosotros, ¿no es así?”

Verá usted, somos iguales a aquel infante en la matriz. Somos moralmente indefensos y dependemos para todo de Dios en nuestras propias vidas. El hijo que Leesa llevaba en su seno le había causado dolor y amenazado su vida. Nosotros, también, le hemos causado dolor a Dios. No sólo amenazamos la vida de Su Hijo, sino que llegamos a quitársela. No obstante, nuestro Padre celestial todavía puede dolerse de nuestro sufrimiento. Él detesta la pérdida de siquiera uno de sus “pequeñines” (Mateo 18:6). Como Dios es compasivo, siente un intenso anhelo por Su pueblo y desea ayudarlo en todas sus dificultades.

Cuando alguna persona trata de decirme que Dios ya no sana, o que sólo sana en raras ocasiones, siento deseos de preguntarle: — ¿A dónde ha ido la compasión del Señor? ¿Es que Jesucristo ya no anda por nuestras iglesias? ¿Es que ya no percibe nuestro dolor? ¿Ya no se preocupa por las familias que tienen seres queridos en hospitales mentales, o cuyos bebés nacen con cuerpos retorcidos? Yo no creo que Su compasión haya cambiado en absoluto. Pienso que Él está tan dispuesto como en el siglo primero a tocar tanto nuestros espíritus como nuestros cuerpos. Pienso que es la Iglesia la que ha cambiado, no Dios.

En este capítulo exploraremos no solamente la compasión de Dios, sino también algunas de las otras razones por las que Él sanaba en el pasado y continúa sanando hoy.

Dios sana por compasión y misericordia

El ministerio de sanidad de Jesús estaba motivado por la compasión. En Mateo 14:13-14 se relata un incidente típico:

Oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado; y cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades. Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos.

La compasión motivó a Jesús a sanar a los leprosos (Marcos 1:41-42), al joven endemoniado (Marcos 9:22), al ciego (Mateo 20:34), e incluso a resucitar muertos (Lucas 7:11-17). En Mateo la alimentación de los cuatro mil no está motivada por un deseo de Jesús de demostrar que Él es el pan de vida, sino más bien por Su compasión por la multitud (Mateo 15:32). De igual manera Jesús sanó ciegos (Mateo 9:27-31; 20:29-34), endemoniados (Mateo 15:22-28; 17:14- 21) y leprosos (Lucas 17:13-14) en respuesta a sus clamores por misericordia. Aun la sanidad de la persona más llena de demonios del Nuevo Testamento se atribuye en última instancia a la misericordia de Dios (Marcos 5:19).

Basta con la cantidad de textos acabados de mencionar para demostrar que la compasión y misericordia de Dios fueron factores importantes en las sanidades del Nuevo Testamento. Mientras Jesús transitaba por los polvorientos caminos de Palestina, lo conmovían los dolores y enfermedades del pueblo que lo rodeaba. No retrocedió asqueado al ver aquellos cuerpos llenos de lepra, sino que puso Sus manos sobre sus cuerpos infectados y los sanó. Sintió Su espíritu conmovido al ver pasar el desfile de un funeral donde llevaban a enterrar al único hijo de una viuda. Cuando le traían a los ciegos, cojos y lisiados, no fue indiferente a su dolor. No les dio charlas teológicas, sino que los sanó.

El comprender la compasión de Cristo por los enfermos y dolientes tiene grandes ramificaciones prácticas. Con frecuencia encuentro personas muy entusiasmadas para orar por los enfermos. Dedican una parte importante de su tiempo cada semana a orar por los que sufren. Pero algunos de ellos ven muy pocas sanidades como resultado. Después de conversar un poco con ellos, no es difícil ver por qué tienen tan poco éxito. Con frecuencia su motivo principal para orar por los enfermos es ver algo excitante, algo sobrenatural, o probarle a sus opositores teológicos que después de todo, Dios sana.

Estos no son motivos bíblicos para las sanidades. Dios no se dedica a complacer nuestros deseos de excitación ni a ayudar a algunos de sus hijos a ganar discusiones con otros. Él se dedica a la compasión. Según el grado en que podamos compenetrarnos con Su compasión por los enfermos y los que sufren, podremos convertimos en vasos a través de los cuales puede fluir el poder de sanidad de Jesús. Si verdaderamente deseas ser usado en un ministerio de sanidad, pídele al Padre celestial que te permita sentir Su compasión por los que sufren.

Argüir que Jesús ha retirado Su ministerio de sanidad de la Iglesia hoy en día, es decir que también ha retirado Su compasión de la Iglesia. Pero si creemos en un Salvador compasivo, tenemos que confiar en Su deseo de sanar en la Iglesia de hoy.

Dios sana para glorificarse Él mismo y a su Hijo

En ocasiones se ha afirmado que el propósito para sanar es dar gloria a Dios. Ese fue uno de los propósitos principales para levantar a Lázaro de la muerte. Jesús dijo a Sus discípulos: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Juan 11:4). Y entonces le dijo a Marta: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Juan 11:40). Por supuesto, este milagro también demostró que Jesús es la resurrección y la vida, pero el propósito declarado es que Dios pudiera ser glorificado. En realidad, estos dos propósitos no se contradicen. Cuando Jesús levantó a Lázaro de la muerte, demostró que Él era la resurrección y la vida, y esta demostración dio gran gloria a Dios y al Hijo de Dios.

El mismo propósito puede verse también en las sanidades apostólicas. Pedro explicó la sanidad del cojo en la puerta del Templo llamada la Hermosa de esta forma:

Viendo esto Pedro, [el asombro del pueblo por el milagro que se acababa de hacer] respondió al pueblo: “Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto?

¿O por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a Su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad (Hechos 3:12-13, cursivas del autor).

Esta sanidad consiguió el efecto, pues Lucas más tarde dice que “todos glorificaban a Dios por lo que se había hecho” (Hechos 4:21).

Esta fue una respuesta normal entre el pueblo que observaba el ministerio milagroso de Jesús. Con frecuencia respondían alabando y glorificando al Dios de Israel. Por ejemplo, Mateo nos dice:

Y se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y a otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó; de manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos

hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel (Mateo 15:30-31, cursivas del autor).
Este es un tema importante en el evangelio de Lucas. El pueblo glorificaba a Dios cuando veía como Jesús sanaba al paralítico que habían bajado desde el techo (Lucas 5:24-26), cuando levantó de los muertos al hijo de la viuda de Naín (Lucas 7:16), cuando sanó a la mujer encorvada por un espíritu de enfermedad (Lucas 13:13, 17) y cuando sanó al ciego (Lucas 18:42-43). Lucas lleva este asunto a una conclusión apropiada en la entrada triunfal del Señor Jesús al escribir: "Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto" (Lucas 19:37).
En realidad Jesús esperaba que quienes recibieran el poder sanador de Dios, lo glorificaran. Después de sanar a los diez leprosos y ver que uno solo regresó a dar gracias, Jesús dijo: "¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?" (Lucas 17:17-18).
Los milagros de la naturaleza que hizo el Señor Jesús también sirvieron para glorificar a Dios. Cuando convirtió el agua en vino, Juan dice que esto "manifestó Su gloria" (Juan 2:11).3 Todos estos textos demuestran que los milagros se hicieron no sólo para autenticar a Jesús y Su mensaje, sino también para proporcionar gloria a Dios el Padre y al Hijo de Dios.
Al igual que la compasión de Dios, este propósito no tiene sus raíces en alguna circunstancia histórica temporal. Dios siempre se ha preocupado de procurar gloria para Sí mismo y para Su Hijo. Las sanidades de hoy tienen la misma función. He observado en muchas ocasiones que cuando Dios sana a alguien, igual en público que en privado, en una habitación de hospital o en su casa, las personas reaccionan glorificando y alabando a Dios.
Esto de glorificar al Señor mediante sanidades y milagros fue importante en el ministerio de William Duma. Este fue un famoso predicador negro sudafricano, que era usado en muchos milagros y sanidades notables hasta su muerte en 1977. La reputación de Duma era tan grande que los blancos visitaban su iglesia buscando ser sanados por Jesucristo. Esto sucedía en una época y lugar en que estaba prohibido que los blancos visitaran las iglesias de negros.
Duma era un hombre muy santo que hacía un ayuno anual de veintiún días en completa soledad para que el Señor dirigiera su ministerio en cada

nuevo año. Sin embargo, él no consideraba que el secreto de su ministerio de sanidad se debiera a su santidad. El título de su biografía, Take Your Glory, Lord (Toma tu gloria, Señor), revela el verdadero secreto. Cuando imponía sus manos sobre los enfermos para orar por su sanidad, sólo pensaba en que el Señor fuera glorificado. El Señor correspondía a aquel deseo con muchos milagros notables, incluso la resurrección de una niña.
Esto me lleva a uno de los más comunes obstáculos para la sanidad en la iglesia de hoy. Veo mucha gente que desea tener un ministerio de sanidad en su iglesia. Con frecuencia me dicen que cuando imponen sus manos sobre los enfermos para orar por ellos, les preocupa pensar que van a hacer el ridículo si el Señor no sana al enfermo. Esto sucede sobre todo cuando las personas comienzan a orar por los enfermos.
El preocuparse por el papel que haremos cuando oramos por los enfermos no es un modo muy efectivo de lograr respuesta a nuestras oraciones. Y es que Dios no está preocupado en primer lugar por el papel que hagamos. Él toleró que Su Hijo quedara en ridículo ante el mundo cuando murió en la cruz (1 Corintios 1:18-25). También consintió que Sus apóstoles fueran humillados y vejados ante todos (1 Corintios 4:9-13). ¿Cómo pudiera preocuparle nuestra reputación si permitió que los apóstoles parecieran “insensatos por amor de Cristo?” (1 Corintios 4:10) No sanará a alguien para evitar que hagamos el ridículo. Pero sí lo sanará para darle gloria a su Hijo. La Biblia demuestra esto, y también la experiencia de los hombres y mujeres que han sido usados para sanar de forma milagrosa.
Yo pasé por ese miedo cuando empecé a orar por los enfermos. Me preguntaba qué podrían pensar de mí mis colegas del seminario. También me preocupaba lo que mis amigos de la iglesia pensarían de mí. Durante muchos años yo les había enseñado que en nuestros días Dios sanaba muy raramente por medios sobrenaturales, si es que lo hacía. ¿Qué podrían pensar de mí si yo empezaba a orar por los enfermos y no se sanaban?
En aquel tiempo el Señor “hizo un trato” conmigo. Era como si me dijera: “Si no te atribuyes el mérito cuando alguien queda sano, no tendrás la culpa cuando no se sanen”. En otras palabras, si tenemos cuidado de darle la gloria al Señor por cada sanidad, cada milagro y por toda respuesta a una oración, Él está dispuesto a cargar con la culpa de que algunos no se sanen.
En realidad, una de las claves para las dificultades que actualmente afrontan algunos de los ministerios de sanidad de nuestros días, es que a

quienes han sido usados para sanidades notables, se les ha atribuido una fama que éstos han aceptado. Con frecuencia, los cristianos cándidos y desorientados muestran gran deferencia hacia quienes han sido usados en un ministerio de sanidad —o quienes gozan de una reputación de tener un ministerio de sanidad—. Algunos ministros y evangelistas alientan esta práctica contando historias espectaculares en las cuales ellos son el centro de la atención, en vez del Señor Jesús. Este dar y recibir gloria entre sí puede dañar o incluso destruir a quienes están envueltos en este proceso (ver cómo el Señor reprende a los fariseos en Juan 5:44).

Creo que alguna gente que anuncia grandes ministerios de sanidad son fraudes. Creo que el Señor usó a otros, al principio de sus ministerios, de manera significativa para sanidades y milagros. Pero a lo largo del camino se dejaron engañar, y ahora se anuncian a sí mismos más que al Hijo de Dios. Esta clase de promoción puede atraer grandes multitudes y proporcionar importantes cantidades de dinero, pero eso no le agrada al Señor. Al final aquellos que se anuncian a sí mismos perderán sus ministerios y su intimidad con el Señor.

Si desea que el Señor lo use de forma importante cuando ora por los enfermos, cultive el deseo de ver glorificado al Hijo de Dios. Desear únicamente la gloria del Hijo es el modo más efectivo que yo conozco de guardarse de ser engañado y conducido a error.

Dios sana en respuesta a la fe

Una mujer que había sufrido una hemorragia durante doce años, se arrastró detrás de Jesús, tocó el borde de Su manto y quedó sana al instante. Jesús, que sintió salir poder de Él, se volvió para buscar a la mujer. Cuando la encontró, le dijo: “Ten ánimo, hija. Tu fe te ha salvado” (Mateo 9:22). Fue la fe de una mujer cananea la que movió a Jesús para sanar a su hija endemoniada diciendo: “Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres” (Mateo 15:28). ¿Qué motivó al Señor Jesús para curar al paralítico que bajaron a través del techo en Capernaum? La Biblia dice que “al ver Jesús la fe de ellos” (Mateo 9:2), sanó al paralítico.

Este mismo principio de que Dios sana en respuesta a la fe se encuentra en el ministerio de los apóstoles. Lucas escribe que:

Y cierto hombre de Listra estaba sentado, imposibilitado de los pies, cojo de nacimiento, que jamás había andado. Éste oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran

voz: “Levántate derecho sobre tus pies.” Y él saltó, y anduvo (Hechos 14:8-10).

El Nuevo Testamento enseña claramente que Dios corresponde a la fe en la sanidad.

Tres relatos de sanidades en el ministerio de Jesús tienen una importancia especial para el ministerio de sanidad del Señor hoy en día. El primer relato describe a dos ciegos que vinieron a Jesús pidiendo sanidad. Jesús les preguntó: “¿Creéis que puedo hacer esto?” (Mateo 9:28). La pregunta de Jesús no sólo subraya la importancia de la fe para la sanidad, sino también nos dice algo acerca de la naturaleza de la fe. La fe en Dios para sanidad significa creer que Él tiene la capacidad de sanar. Aunque he encontrado algunos cristianos que dicen que no creen que Dios los pueda sanar a ellos hoy, la gran mayoría de los cristianos afirman que Él puede. Dicen que Dios puede hacer cualquier cosa. Eso es lo que dicen con la boca y con sus mentes, pero con sus corazones dicen algo muy diferente.

Una vez yo estaba sentado alrededor de una mesa conversando con un grupo de teólogos profesionales. La conversación derivó hacia la sanidad, y ellos empezaron a hacer chistes. Comenzaron a enumerar las cosas que no le pedirían a Dios que sanara. Algunos dijeron que no le pedirían a Dios que sanara la ceguera o la sordera. Otros, que no le pedirían que corrigiera una deformidad o hiciera crecer de nuevo un miembro amputado. Cuando terminaron de enumerar todas las cosas que no le pedirían a Dios que sanara, no quedaba mucho por qué orar, como no fuera catarros o dolores de cabeza. Antes de que la conversación terminara, todos los profesores del grupo habían negado virtualmente la posibilidad de que hoy en día sucedieran algunos de los milagros del Nuevo Testamento. Cada uno de ellos hubiese dicho que Dios podía sanar a un ciego o resucitar a un muerto. Con sus bocas hubieran incluso afirmado que Dios sí sana hoy. Pero el hecho de que no hubiesen orado por ninguna de estas cosas significaba que, en la práctica, realmente negaban la capacidad de Dios para hacer hoy esas cosas. Otorgaban su asentimiento intelectual al planteamiento de que Dios puede sanar, pero en sus corazones no tenían en realidad confianza en que la Persona de Dios pudiera sanar algo verdaderamente “difícil”. Como ven, la cuestión no es si Dios puede sanar, sino si Dios sana. Nunca le pedirían a Dios algo que no creen que Él hace hoy.

En el segundo relato un leproso viene a Jesús y le dice: “Señor, si quieres puedes limpiarme” (Mateo 8:2, cursivas del autor). Ese hombre ciertamente

creía en la capacidad de Jesús para sanar una enfermedad terminal. Reconoció libremente: “puedes limpiarme”. Pero también comprendía algo más acerca de la fe. No presumió que quedaría automáticamente limpio sencillamente porque él creía en el poder de Jesús para sanar, pues dijo: “si quieres”. La fe que Dios requiere para sanar no es una certeza psicológica de que Él nos sanará a nosotros o a aquéllos por quienes oramos. Es fe en Su poder para sanar y en Su buena voluntad para hacerlo. Es confianza en que Dios ama a Sus hijos y normalmente los sana.

En algunas partes de la Iglesia hay una doctrina de sanidad hoy en día que bordea la presunción. Da por sentado que la voluntad de Dios es sanar todas las enfermedades en esta vida. De acuerdo con esta enseñanza, todo lo que tenemos que hacer es confesar y reclamar nuestra sanidad, y Dios está obligado a sanar. El leproso no abordó el asunto así. Él sabía que Jesús podía sanarlo, pero también añadió: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”. Jesús correspondió a su fe diciendo: “Quiero, sé limpio” (Mateo 8:3). El leproso no presumió que Jesús tenía que sanarlo en correspondencia a su fe.

Una vez escuché un informe sobre una mujer que había sido sanada después de confesar “Estoy sana” 184 veces. El hombre que relataba el suceso decía: “¿Qué hubiera sucedido si ella se hubiese detenido en la vez 183?” No se trata de que yo niegue que la sanidad se llevara a cabo. No niego que Dios sanara a esa mujer después que confesó 184 veces que estaba sana. Dios no pide que tengamos una teología o una práctica perfectas para actuar en nuestras vidas. Sin embargo, creo que esta clase de enseñanza puede ser destructiva. Pone la carga sobre la persona que desea ser sanada, en vez de poner la confianza en la bondad y el poder de Dios. Fuerza a la persona a “aguijonearse” hasta una certeza psicológica de sanidad, una certeza que Dios puede no estar dando en lo absoluto. Y añade una condición para la sanidad —la condición de certeza psicológica— que Dios no requiere.

Sé que hay ocasiones en que Dios sí da una certeza psicológica de una sanidad. Ha habido muchas oportunidades en mi vida durante los últimos años en que he orado por la sanidad de alguien y no he tenido duda alguna de que Dios sanaría.

Hace unos dos años me llamó una joven madre de mi iglesia, Karen Hersom. Estaba tan alterada y lloraba de una manera tal, que a duras penas pude entenderla. Tenía seis meses de embarazo y había ido a ver a

su médico. El sonograma había arrojado el resultado de que tenía una niña y que uno de los riñones de la bebita se había secado y dejado de crecer. El doctor le había dicho a Karen que el riñón se había "muerto" y no funcionaría. Le aseguró, no obstante, que el otro riñón era normal y que la bebita podría vivir normalmente con un riñón. Pero esas noticias no consolaban a Karen en absoluto, y estaba agobiadísima por su bebé.

Mientras ella me contaba todo aquello por teléfono, sentí una paz divina, y me escuché diciéndole: —No te preocupes, Karen. Oraremos por ti y Dios sanará a tu bebé.

— ¿De veras lo crees así? —preguntó.

—Sí —contesté—. Ven por aquí y todo saldrá bien.

Cuando colgué el teléfono empecé a darme cuenta de lo que acababa de decir. Había hecho algo que muy rara vez hago cuando oro por los enfermos. Había prometido la sanidad.

Cuando Karen vino a mi oficina al día siguiente, mi amigo Steve Zarit y yo oramos por ella. Hubo realmente manifestaciones físicas del poder de Dios sobre Karen mientras orábamos. Aproximadamente diez días después volvió al doctor, se hizo un segundo sonograma y ambos riñones de la bebita estaban exactamente del mismo tamaño, ambos ya saludables y normales. La bebita nació tres meses después perfectamente saludable.

Antes y después de eso he orado por bebés que fueron abortados y otros recién nacidos que murieron. No puedo producir una certeza psicológica de sanidad en casos individuales. Cuando la tengo, es un don de Dios que sólo puede recibirse, no fabricarse. Sin embargo, si no se cree de verdad en el poder y la voluntad de Dios para sanar, probablemente jamás se tendrá la clase de fe que logra sanidades.

El tercer relato, que describe el muchacho epiléptico endemoniado en el noveno capítulo de Marcos, enseña otro importante principio de la fe para sanar. El padre había traído a su hijo a los discípulos, pero éstos no pudieron echar fuera el demonio (v. 18). Si el padre tenía alguna fe al principio, el fracaso de los discípulos la hizo disminuir si no desaparecer del todo. El padre dijo a Jesús: "Pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos" (v. 22). Jesús replicó que "al que cree todo le es posible" (v. 23, cursivas del autor). Este es un principio que Jesús enseñó todo el tiempo (ver Mateo 21:21 -22). Jesús no puso limitación alguna en lo que podemos pedir a Dios que haga. ¿Por qué hemos de limitar a Dios?

Los profesores del seminario que mencioné antes no le pedirían a Dios que sanara ojos ciegos o miembros amputados, pero sí orarían por dolores de

cabeza, guiar las manos de un cirujano, y ayudar a la medicina a surtir efecto. ¿Por qué limitar a Dios a sanar dolores de cabeza o a guiar las manos de un cirujano? Los líderes de la Iglesia están ciertamente limitando el poder de Dios cuando rehúsan enseñar acerca de la sanidad y no alientan a orar por los enfermos.

Quizás nunca uno haya visto al Señor sanar un ojo ciego o un miembro amputado, pero ¿por qué permitir que nuestra experiencia ponga límites a Dios? Si se cree que Él puede actuar de forma sobrenatural en otras cosas, ¿por qué no creer que pueda sanar el cuerpo de una persona sobrenaturalmente?

Durante la época en que yo fui estudiante y maestro en el seminario, era común escuchar a los estudiantes dar testimonios con respecto a la forma en que Dios había suplido sobrenaturalmente sus necesidades. Era muy común que un estudiante dijera que a él le hacían falta $139.12 para pagar su cuenta de electricidad, y sin decírselo a nadie, había recibido por correo un cheque justo a tiempo de pagar su cuenta. He escuchado muchas historias como esa. La mayoría de los cristianos no tienen dificultades en creer que Dios actúa sobrenaturalmente en situaciones financieras como ésas. ¿Por qué les resulta tan difícil creer que pueda enderezar una espina dorsal, o regular el equilibrio químico del cuerpo de una persona para que desaparezca su diabetes?

¿Es que a Dios puede resultarle más difícil enderezar una columna vertebral torcida que suplir necesidades financieras? Por supuesto que no. Se trata de que con frecuencia oramos por nuestras necesidades económicas con fe. Si Dios sanaba en respuesta a la fe en el Nuevo Testamento, ¿por qué no habría de sanar hoy en respuesta a la fe? Donde haya una falta de sanidades hoy, no creo que el problema radique en la capacidad o la voluntad de Dios, sino más bien en la capacidad de la iglesia para creer que Dios sana.

Recordemos estas tres características de la fe:

1. La fe en el poder de Jesús para sanar es también fe en que Él sí sana.
2. La fe en el deseo de Jesús para sanar no debe equipararse con la certeza psicológica. Él sanará aunque no tengamos certeza psicológica.
3. La fe no pone restricciones al poder de Dios para actuar en beneficio de sus hijos porque “al que cree todo le es posible”.

Dios sana en respuesta a Su propia promesa

Hay todavía otra razón irrefutable para creer que la sanidad debería ser un ministerio primordial de la Iglesia hoy. En Santiago 5:14-16, Dios comisionó a toda la Iglesia para sanar:
¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.
Ahora pregúntese usted: ¿para qué había de ordenar Dios a la Iglesia que orara por los enfermos y prometerle sanidad si oraba, a menos que tuviese intención de que la sanidad fuera la norma en la vida de la Iglesia? Muchas iglesias que creen en la infalibilidad de sus Biblias, apenas conocen que Santiago 5:14-16 está en sus Biblias. Yo impartí clases en el seminario durante diez años antes de alentar alguna vez a los estudiantes a poner en práctica Santiago 5:14-16. Aquellos que me enseñaron a mí jamás me dijeron que era responsabilidad de la iglesia ungir a los enfermos y orar por ellos.
Los miembros de la iglesia nunca pedirán a sus ancianos que oren por ellos a menos que se les enseñe a hacerlo, y jamás tendrán confianza en Dios para que los sane, a menos que se les enseñe que Dios sí sana y las razones por las cuales lo hace. Tan pronto empezamos a enseñar y poner en práctica Santiago 5:14-16 con un poco de entusiasmo, Dios empezó a sanar en nuestra iglesia. Ruth Gay, la dama que mencioné en el capítulo 2 que fue sanada de un aneurisma, fue una de las primeras por las que oramos.
Observe que no son sólo los ancianos quienes oran por los enfermos. En el versículo 16 Santiago ordena a todos los cristianos orar “unos por otros para ser sanados”. Si toda la Iglesia tomara en serio la orden de Dios, veríamos muchas más sanidades de las que vemos ahora.

En este capítulo hemos visto que el ministerio de sanidad de Dios tiene sus raíces en Su eterno deseo de glorificarse a Sí mismo y a su Hijo, en Su profunda compasión por aquéllos que sufren, y en Su constante disposición a corresponder a quienes tienen fe. También sana como respuesta a Su propia orden y promesa a la Iglesia. Estas cuatro razones solas deben

convencernos de que los propósitos de Dios para sanar están enraizados en Su naturaleza inmutable, no en circunstancias históricas temporales.

Pero las Escrituras dan otras razones para que Dios sane. Aunque estas se discuten ampliamente en el apéndice A, las mencionaré brevemente aquí. Él sana para conducir a la gente al arrepentimiento y abrir puertas al Evangelio. Sana para quitar obstáculos al ministerio y al servicio. Sana para que aprendamos a conocerlo a Él y a Su reino. Sana para demostrar la presencia de Su reino. Sana sencillamente porque las personas se lo piden. Y sana a causa de propósitos soberanos que sólo Él conoce.

Ninguna de estas razones está basada en las circunstancias históricas cambiantes de la Iglesia primitiva. Sus raíces están en el carácter y propósitos eternos de Dios. Si el Señor sanaba en el siglo primero movido por Su compasión y misericordia hacia los que sufrían, ¿por qué hemos de pensar que ha dejado de sentir esa compasión después de la muerte de los apóstoles? ¿Por qué hemos de pensar que ya Él no siente compasión cuando ve a los leprosos o los que mueren de SIDA? ¿Por qué hemos de pensar que Él ahora se contenta con demostrar esa compasión sólo derramando gracia para soportar el sufrimiento, en vez de dar gracia para sanar el problema? Si Jesús y los apóstoles sanaban en el siglo primero para dar gloria a Dios, ¿por qué hemos de pensar que Él ha descartado un instrumento primordial en el Nuevo Testamento para dar gloria a Sí mismo y a su Hijo?

De hecho, todos y cada uno de los propósitos bíblicos para sanar están vigentes todavía. Hasta el punto de que cualquier individuo o iglesia que se alinee con estos propósitos cuando oren por los enfermos o ministren a los que sufren, verán cómo tienen lugar sanidades en sus ministerios.

10
Por qué Dios da dones milagrosos

En el otoño de 1987 yo colaboraba para impartir un estudio bíblico semanal. La noche de ese miércoles en particular asistían unas cien personas. Al final de la reunión les dimos a los asistentes una oportunidad de expresar públicamente cualquier idea que ellos consideraran que el Señor les hubiera revelado y que pudiera ser edificante para los presentes. Una joven llamada Karen Fortson (ahora casada con Tom Davis) estaba sentada en la primera fila. Se levantó enseguida y dijo suavemente:

—El Señor me ha mostrado que un joven que asiste esta noche por primera vez a esta reunión, tiene una atadura de pornografía. El Señor quiere ayudarlo y no avergonzarlo. Por eso debe ver más tarde a alguno de los líderes para que ellos puedan orar por él.

Karen me contó después que estaba tan segura de que el Señor le había hablado, que tenía miedo de volverse, porque pensaba que el Señor le mostraría quién era el joven, ¡y ella no quería saberlo!

Cuando terminó la reunión, se me acercó un joven, temblando y sudando, con el rostro ceniciento, y me dijo:

—Yo soy ése del que hablaba la joven.

Había estado atado por la pornografía desde el principio de su adolescencia. Aunque ya era un alumno de seminario con esposa e hijos, todavía estaba atado por la pornografía; de hecho, más que nunca. Pero antes de que terminara la noche, nos lo confesaba todo a mí y a otro pastor, y orábamos por él.

En 1 Corintios 14:24-25 Pablo describe lo que sucedió en nuestro estudio bíblico aquella noche:

Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros.

Aquel estudiante de seminario no creía que en la actualidad se concedieran los dones del Espíritu, y sentía cierta hostilidad hacia el don de lenguas. Con toda seguridad llenaba los requisitos para ser descrito como “indocto”. Nunca antes había asistido a nuestro estudio bíblico semanal. De hecho, aquella noche fue para evaluarlo. ¡Pero Dios había decidido evaluarlo a él!

Historias como esta son muy comunes. Más a pesar de los informes de que Dios está usando los dones milagrosos en la Iglesia de hoy, muchas personas insisten en que estos dones cesaron con la muerte de los apóstoles. Esta cuestión debe quedar zanjada por declaraciones específicas de la Escritura, no por vagas deducciones teológicas o simples aseveraciones. En 1 de Corintios 12-14 se ofrecen seis razones por las que los dones milagrosos se mantendrán en la Iglesia hasta que regrese el Señor. La más importante de ellas es el propósito declarado de esos dones.

Dios dio los dones espirituales para fortalecer a la Iglesia

Pablo no deja lugar a dudas con respecto al propósito de todos los dones espirituales. Cada don es concedido para fortalecer y edificar a la Iglesia. En 1 Corintios 12:7 Pablo escribe: “Pero a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común" (B.l.d.A., cursivas del autor)

¿Qué clase de dones tiene Pablo en mente cuando afirma esto? En los siguientes cuatro versículos prosigue:

Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como Él quiere.

Pablo reafirma el propósito de los dones espirituales en 1 Corintios 14:26. Observemos de nuevo los dones específicos que él menciona: “¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación (cursivas del autor).

Puesto que Dios dio dones espirituales para fortalecer la Iglesia, las sanidades, milagros, lenguas y profecías no se circunscribieron a los apóstoles o a unas pocas personas del siglo primero. Se distribuyeron ampliamente a través de la Iglesia en Roma (Romanos 12:6), en la iglesia de Corinto (1 Corintios 12:10), en la iglesia de Éfeso (Efesios 4:11), en la iglesia de Tesalónica (1 Tesalónica 5:20) y en la iglesia de Antioquía (Hechos 13:1). El Nuevo Testamento también menciona a muchos individuos que no eran apóstoles, sino a quienes se llamaban profetas o ejercían dones de revelación. Estaba el profeta Agabo (Hechos 11:28; 21:10-11), los profetas Judas y Silas (Hechos 15:32), las cuatro hijas vírgenes de Felipe que eran profetisas (Hechos 21:9), y Ananías (Hechos 9:10-19). El don de milagros operaba en Corinto (1 Corintios 12:10) y en las iglesia de Galacia (Gálatas 3:5). El don de lenguas se encontraba en Jerusalén (Hechos 2:1-13), en Cesarea entre los gentiles convertidos (Hechos 10:44-48), en Éfeso (Hechos 19:1-7); en Samaria (Hechos 8:14-25), y en Corinto (1 Corintios 12-14).

El valor de los dones espirituales para fortalecer a la Iglesia se aprecia de verdad en el don de profecía. Pablo mantiene que “el que profetiza habla a

los hombres para edificación, exhortación y consolación" (1 Corintios 14:3). Y agrega que "el que profetiza, edifica a la iglesia" (1 Corintios 14:4).
Puesto que la edificación es el propósito primordial de los dones espirituales, ¿cómo se puede sacar la conclusión de que han sido retirados de la Iglesia? Si edificaban la Iglesia en el siglo primero, ¿por qué no habrían de edificarla en el siglo veinte? Las propias afirmaciones de la Biblia acerca del propósito de los dones espirituales nos conducen a la conclusión de que estaban destinados a continuar hasta que el Señor regrese. Sólo entonces no habrá necesidad de los dones espirituales.

Dios nos manda a anhelar los dones espirituales

Puesto que los dones espirituales edifican el cuerpo de Cristo, no es sorprendente que Pablo mande tres veces a los corintios que "procuren" los dones espirituales (1 Corintios 12:31; 14:1, 39). No les exhorta a aceptar simplemente o tolerar los dones, sino a "desear ardientemente" (B.d.l.A.).
Pablo no deseaba que los corintios, o cualquiera de los cristianos del Nuevo Testamento, adoptaran una actitud pasiva ante los dones espirituales. Eso es mucho más significativo tomando en consideración la situación en Corinto, donde el mal uso de los dones espirituales habían provocado serios problemas. En la iglesia de Corinto los dones espirituales "se habían ido de la mano". Sin embargo, la solución de Pablo para ese problema no fue abandonar los dones o adoptar una actitud pasiva ante ellos, sino procurarlos y usarlos de acuerdo con las reglas que él establece del capítulo 12 al 14.
En la actualidad, la mayor parte de la Iglesia está desobedeciendo la orden de Dios de procurar los dones espirituales. Una parte de la Iglesia no sólo se mantiene pasiva ante ellos, sino que en realidad le es hostil. Persiguen a quienes procuran los dones y desalientan a otros para que no los deseen. Esto es una flagrante desobediencia a la Palabra de Dios escrita.
La mayoría de quienes creen que los dones espirituales milagrosos han cesado, afirman que cesaron o al terminar el Nuevo Testamento o a la muerte del último apóstol. El último libro del Nuevo Testamento que se escribió fue el de Apocalipsis, fechado por la mayoría de los eruditos en aproximadamente el año 95 D.C., aunque algunos lo han situado tan atrás como el 69 de nuestra era. Lo más probable es que el último apóstol en morir haya sido Juan, hecho ocurrido posiblemente poco después del año

95 D.C. Pablo escribió 1 Corintios alrededor del 55 D.C. Eso significa que la orden de Pablo de procurar los dones espirituales, especialmente el don de profecía, sólo tendría valor para la Iglesia durante cuarenta años más. Según este punto de vista, con la muerte del último apóstol y la terminación del Apocalipsis, habría que desechar 1 Corintios 12:31; 14:1 y 14:39. Yo no puedo creer que Pablo ordenara a los cristianos que procuraran algo que sólo sería válido durante cuarenta años después de dada la orden. No conozco un caso análogo a esa clase de interpretación en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. ¿Por qué habría de ordenar Pablo a los cristianos que "desearan ardientemente" los dones espirituales milagrosos? Porque tenían un valor incalculable para edificar la Iglesia. Valían mucho entonces y son valiosos ahora.

Dios nos manda a no prohibir el hablar en lenguas

El don de lenguas es con mucho el más controversial de todos los dones de la Iglesia hoy. También fue así en la iglesia de Corinto en el siglo primero. Hay muchas razones para ello, pero la principal es la actitud de algunas personas que han recibido el don de lenguas. Ellas dan por sentado que el don de lenguas es el más importante de todos, y creen que son más espirituales que otros cristianos porque lo han recibido.

Una de las razones por las que Dios quiere que consideremos que los otros son más importantes que nosotros (Filipenses 2:3) es porque cuando empezamos a pensar que somos espiritualmente superiores, indefectiblemente provocamos rivalidades y conflictos en la iglesia. Los conflictos relacionados con el mal uso del don de lenguas ha llevado a muchos pastores a decirme que aunque el don de lenguas se conceda hoy, ellos no lo quieren en sus iglesias.

Comprendo perfectamente sus sentimientos. Durante mucho tiempo después que empecé a creer que los dones del Espíritu se recibían hoy, todavía sentía aversión hacia el don de lenguas. No me gustaba y no lo deseaba. A la luz de los problemas que el mal uso de este don puede causar, ésta es una reacción natural. Sin embargo, esa no es la reacción que tuvo el apóstol Pablo ni la que él quería que sintiera la Iglesia.

Debido a que él don de lenguas era tan controversial y potencialmente explosivo, uno pensaría que Pablo le hubiese dicho a los corintios: "No sigáis hablando en lenguas". Pero en realidad les dijo lo contrario: "no impidáis el hablar lenguas" (1 Corintios 14:39). Nos guste o no, la infalible

Palabra de Dios nos ordena no prohibir el hablar en lenguas. Si las lenguas hubieran sido un don temporal que sería retirado en treinta y cinco o cuarenta años, la orden de Pablo no hubiese tenido sentido alguno. ¿Para qué soportar algo tan controversial durante los siguientes cuarenta años? ¿Por qué no prohibirlo y terminar de una vez?

Una vez, en una conversación con un profesor de seminario, puse en tela de juicio la regla de su institución académica, que no admitía en la escuela a los estudiantes que hablaban en lenguas. Le recordé que Pablo había dicho: "No impidáis el hablar lenguas". Él me replicó: —Esa no es la Palabra de Dios para hoy—. Cuando lo desafié a probar bíblicamente aquello, no pudo. Pero siguió afirmando que 1 Corintios 14:39 ya no formaba parte de la Palabra de Dios.

¿Qué dirían los teólogos conservadores si yo aplicara ese mismo procedimiento a otros textos de Pablo? Supongamos que dijese que el mandamiento de Pablo "hágase todo decentemente y con orden" (1 Corintios 14:40) no forma parte de la Palabra de Dios hoy en día. No puedo probarlo bíblicamente, pero estoy seguro de que no era más que el resultado del entorno cultural de Pablo. O que quizás era sólo un problema local de la iglesia de Corinto. O ¿qué sucedería si dijera que el mandamiento de Pablo "a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido" (1 Corintios 7:10), no es parte de la Palabra de Dios en la actualidad? No puedo probarlo con textos específicos de la Biblia, pero tengo algunas razones teológicas e históricas por las que pienso que no se aplica hoy. Si escribiese cualquiera de estas cosas en un artículo, o incluso se los dijera en alguna conferencia en algún lugar, puedo garantizarles que en pocos meses se habrían distribuido a toda la Iglesia multitud de artículos y grabaciones para demostrar que yo me había convertido en un teólogo liberal que ya no daba valor a la Palabra de Dios.

No obstante, los teólogos ortodoxos y maestros bíblicos han hecho eso mismo con 1 Corintios 14:39. ¡Han desechado una parte de la Palabra de Dios considerándola anulada! Y lo han hecho sin una prueba bíblica específica. Si yo fuera a desechar una parte del Nuevo Testamento considerando que ya no es válida hoy en día, no podría hacerlo basándome en deducciones teológicas o en la experiencia histórica posterior. Es preciso tener un texto específico en el Nuevo Testamento que me dijera que un mandamiento en particular estaba anulado ahora.

El apóstol Pablo valoró el don de lenguas

Aun en la época en que estaba convencido de que los dones del Espíritu no eran para nuestros días, había dos pasajes en 1 Corintios 14 en los que no me gustaba pensar. No comprendía por qué el Apóstol los había incluido. El primero era su afirmación: “quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas” (1 Corintios 14:5). ¿Cómo podía querer decir eso? Era tan perturbador como saber que también había añadido “pero más que profetizaseis”.

Yo no creía que Pablo quisiera decir que todos los cristianos debían hablar en lenguas. Por ejemplo, él consideraba su celibato como un don espiritual y deseaba que todos los cristianos pudieran ser célibes (1 Corintios 7:7 habla de “don de Dios” refiriéndose al celibato de Pablo). Pero por supuesto él no estaba diciendo que se suponía que todos los cristianos fueran célibes. Era simplemente que le daba gran valor a su celibato. ¡Mi problema era que él parecía colocar el don de lenguas en el mismo alto nivel que daba a su celibato! ¿Qué gran importancia podía tener el don de lenguas para impulsar a Pablo a desear que todo el mundo lo tuviera?

La segunda frase que me causaba desasosiego era su afirmación “Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros” (1 Corintios 14:18). Es posible que Pablo quisiera decir tres cosas con esta expresión. Primera, que se pasaba más tiempo hablando en lenguas que ningún otro en Corinto. Segunda, que su don de lenguas tenía más intensidad que el de otro cualquiera en Corinto. Tercero, es muy posible que Pablo se refiriera a su vida devocional de oración, porque matiza el versículo 18 agregando “pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida” (1 Corintios 14:19).

¿Cómo es posible que este hombre, cargado con una responsabilidad tan grande, dedicara más tiempo que ningún otro a hablar en lenguas? Podía hacerlo sólo si consideraba que el don de lenguas tenía un valor inmenso para cultivar su vida e intimidad espiritual con Dios. A todas luces es eso precisamente lo que Pablo afirmaba del don de lenguas cuando decía: “El que habla en lengua extraña a sí mismo se edifica” (1 Corintios 14:4). Por eso deseaba que todos los cristianos tuvieran ese don. ¿Es esa la actitud de alguien que considera las lenguas como un valor temporal de la Iglesia? Y debo recordarles que aquí tenemos más que la mera actitud de Pablo, porque él está escribiendo bajo la inspiración del Espíritu Santo. No nos

está dando aquí su propia opinión sino la de Dios con respecto al don de lenguas.

No he podido encontrar otro ejemplo en los escritos de Pablo donde él otorgue un tan alto valor a algo que se suponía estuviera limitado al siglo primero. Tengo que confesar que también me preocupaba que Pablo diera tanto valor a algo que me repugnaba.

Los dones espirituales son necesarios para la salud del cuerpo de Cristo

En 1 Corintios 12:4-11 Pablo hace hincapié en que hay diferentes clases de dones dados al cuerpo, pero que todos los otorga el Espíritu Santo. Después en los versículos del 12 al 27 Pablo compara la variedad de los dones dentro de la Iglesia con un cuerpo físico. Alega que todos los dones son necesarios para la salud de la Iglesia, tal como todas las partes del cuerpo son necesarias para la salud del cuerpo. Dice, por ejemplo: “Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato?” (v. 17). Y de nuevo escribe: “Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros” (v. 21). Termina esta porción diciendo: “De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él” (v. 26).

Pablo emplea la metáfora del cuerpo para argumentar que todos los dones espirituales son necesarios al cuerpo de Cristo a fin de mantenerse saludable. Cuando la gente argumenta que los dones milagrosos de los versículos del 8 al 10 cesaron con la muerte de los apóstoles, están pasando por alto la analogía del cuerpo humano que hace Pablo. Al mismo tiempo afirman lo contrario que Pablo: “Todas las partes del cuerpo no son necesarias”. ¿Quién pudo alguna vez haber sacado esa conclusión de la afirmación específica de Pablo en 1 Corintios 12-14?

Los dones espirituales no cesarán hasta que Cristo vuelva

Pablo le dijo a los corintios: “nada os falta en ningún don [carisma], esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1:7). Aquí Pablo vincula los dones espirituales al regreso del Señor Jesús. Esto parece sugerir que estos dones serán muy valiosos para los corintios —y en realidad todos los cristianos— hasta que Cristo vuelva. Pero en 1 Corintios 13:8-12 Pablo va mucho más allá de las meras sugerencias y

afirma llanamente que los dones del Espíritu no desaparecerán hasta que Cristo regrese. Expresa:
El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; más cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.
Pablo admite que llegará un momento en que las profecías, las lenguas y la ciencia acabarán. De hecho, llegará el momento en que todos los dones espirituales cesarán: cuando regrese nuestro Señor Jesucristo. En este pasaje hay tres frases que nos llevan a esa conclusión: Pablo dice que los dones espirituales cesarán (1) “cuando venga lo perfecto”, (2) cuando “veremos cara a cara”, y (3) cuando “conoceré como fui conocido” (vv. 10,12). Examinemos brevemente el significado de cada frase.
Algunos intentan decir que el término “perfecto” (v. 10) se refiere a la madurez de la Iglesia. Si estuviera cerca la plena madurez de la Iglesia, ésta sería una interpretación aceptable. El término traducido como “perfecto” puede referirse a la madurez, y el versículo 11 tiene una analogía que implica madurez. Los dones espirituales han sido otorgados para conducir a la Iglesia a la madurez completa y total, y cuando ésta se logre, los dones del espíritu ya no harán falta. Pero la Escritura enseña claramente que la plena madurez o “perfección” no se alcanzará hasta que Cristo regrese (ver 1 Juan 3:2-3 y Efesios 5:27).
No obstante, si se quiere significar una forma menor de madurez, esta interpretación enfrenta dificultades insalvables. Por ejemplo, no puede satisfacer las necesidades del versículo 12. ¿Quién en la Iglesia hoy pudiera decir que ve a Jesucristo cara a cara? O ¿quién afirmaría que conoce como es conocido por Dios? De hecho, ¿quién se atrevería a sugerir que la Iglesia ha alcanzado una madurez más allá de la que tenía en el siglo primero?
Otros intentan argumentar que “perfecto” se refiere a todo el canon de la Escritura. Cuando se escribió el último libro de la Biblia, la Iglesia tenía completa la Biblia y ya no necesitaba los dones espirituales milagrosos. Este punto de vista también tiene argumentos decisivos en contra. Primero: en ninguna parte alrededor habla Pablo de Escrituras, o de la colección de los libros de las mismas que se convirtió en la Biblia. Segundo, no

podemos decir hoy que porque tenemos la Biblia vemos a Cristo cara a cara, ni podemos decir que “conocemos como fuimos conocidos”. Al mismo tiempo, si este punto de vista fuera correcto, tendríamos que decir: “Pablo no vio más que una oscura reflexión en un espejo, pero nosotros vemos cara a cara; Pablo conoció en parte pero nosotros conocemos por completo, incluso como fuimos conocidos”. Aun cuando tengamos la Biblia completa hoy, ¿habría alguien que deseara en serio argumentar que nuestro conocimiento y experiencia de Dios son superiores a las del apóstol Pablo?

La expresión “cara a cara” (v. 12) también señala al regreso de Cristo. En el Antiguo Testamento esto significaba ver a Dios en persona. Por ejemplo, Jacob vio a Dios cara a cara mientras luchaba con el ángel del Señor (Génesis 32:30). Después que el ángel del Señor había visitado a Gedeón en el lagar, Gedeón exclamó: “He visto al ángel del Señor cara a cara” (Jueces 6:22, B.d.l.A.). Éxodo 33:11 dice: “Y acostumbraba hablar el Señor con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (B.d.l.A.). Por lo tanto, cuando Pablo usa esta expresión, se está refiriendo al momento cuando él verá a Jesús cara a cara. Ese momento sólo puede referirse a Su regreso, cuando todo ojo lo verá (Apocalipsis 1:7).

Por último, la frase “entonces conoceré como fui conocido” (v. 12) sólo puede referirse a la vuelta del Señor. Pablo no está diciendo que cuando el Señor regrese los creyentes serán omniscientes como el Señor. Más bien se trata de que conozcamos con exactitud sin deformaciones ni falsos conceptos. Al presente nuestro corazón es engañoso y perverso (Jeremías 17:9). Pero cuando el Señor vuelva, Él quitará todo rastro de pecado de nuestro corazón, para que podamos conocer tan cabalmente como somos conocidos.

¿Por qué Dios sigue otorgando dones milagrosos a la Iglesia? Como hemos visto en este capítulo, 1 Corintios 12-14 nos da seis razones que tienen tanta vigencia hoy como en el siglo primero:

1. Dios da dones milagrosos para fortalecer el cuerpo de Cristo.
2. Dios nos manda a desear con afán los dones milagrosos del Espíritu, sobre todo el de profecía.
3. Dios nos manda a no prohibir el hablar en lenguas, aun cuando ese don haya sido mal empleado.
4. La gran estima en que Pablo tiene el don de lenguas indica que el mismo es de mucho valor para cultivar la intimidad con el Señor.

5. La analogía que emplea Pablo de que la Iglesia es como un cuerpo físico indica que todos los dones espirituales son necesarios para la salud del cuerpo de Cristo.
6. La Biblia afirma específicamente que los dones milagrosos del Espíritu no cesarán hasta el regreso del Señor.

A la luz de estas seis afirmaciones específicas acerca de los dones milagrosos del Espíritu, es virtualmente imposible argumentar que Pablo o las Escrituras previeran la terminación de esos dones antes del regreso del Señor.

11
¿Por qué Dios no sana?

El 15 de enero de 1990, Duane Miller, el pastor de la Primera Iglesia Bautista de Brenham, Texas, se quedó sin voz al terminar el servicio del domingo por la mañana y no pudo predicar por la tarde. Su médico le dijo que descansara seis meses. Cuando después de esto no sé recupero, los médicos le dijeron que tenía lesionada la vaina medular de sus cuerdas vocales y que nunca recuperaría la voz. Trató de curarse con terapia vocal, pero sin resultados, así que tuvo que renunciar a su pastorado en el otoño de 1990. A principios de 1992 empezó a impartir una clase de escuela dominical en la Primera Iglesia Bautista de Houston. Se valía de un micrófono especial, pero incluso con éste, se le irritaba tanto la garganta que después de cada clase pasaba dos días sin poder apenas comer o beber.

El domingo 17 de enero de 1993, acababa de leer el Salmo 103:3 a su clase de escuela dominical: “Él es quien perdona todas tus iniquidades, Él que sana todas tus dolencias”. Se detuvo a comentar ese versículo, diciendo que hay dos puntos de vista extremos con respecto a la sanidad. Escuchemos las propias palabras de Duane:

Ya había dicho que de una parte está un grupo que cree que Dios siempre sana milagrosamente, y de la otra, está el grupo que dice que eso nunca sucede. Pero que ellos tenían que comprender que eso mete a Dios en una caja, y que Él no se deja poner en una caja.

Les dije que lo que tenían que hacer con la sanidad divina era retroceder y decir: “Yo sé que Dios sana de cuando en cuando y no puedo decir por

qué. No comprendo por qué unos se sanan y otros no, y dejar la cosa así y decir que está en las manos de Dios; y así sea".
Acababa de decir eso y empecé a leer la siguiente línea del salmo: "El que rescata del hoyo tu vida..." Y MI VOZ CAMBIO. Oí las primeras palabras y percibí en la garganta que lo que había estado sintiendo había desaparecido. Nada quedaba allí de las sensaciones que había experimentado durante tres años.
Me encantaría decir que yo sabía exactamente lo que era... y que esperaba que Dios lo hiciera y no estaba sorprendido. Pero sería mentir. Me asusté tanto que creí morir de miedo.
Me detuve, estupefacto, y pronuncié unas palabras, pensando: "¿Estoy oyendo lo que creo estar oyendo?"
Les dije que no comprendía lo que estaba pasando, pero que Dios estaba haciendo algo.
Traté de continuar con la lección, pero no pude y a nadie le importó. La gente empezó a aplaudir. Todo el mundo estaba llorando. Había alrededor de 200 personas en la clase y todas tenían lágrimas en los ojos. Alguien empezó a cantar la doxología. Otro dijo que habíamos sido testigos del poder de Dios. Le dimos las gracias a Dios por lo que había hecho y salimos de la iglesia.
Casi el mismo día, tres años después de que Duane Miller perdiera la voz, el Señor se la devolvió. El Señor no le explicó a Duane por qué perdió la voz ni por qué Él decidió devolvérsela.
En los dos últimos capítulos he tratado de explicar algunas de las razones por las que Dios sana y otorga dones milagrosos hoy en día. Pero hay ocasiones en que no puede encontrarse razón alguna para una exhibición milagrosa del poder de Dios o para la retención de ese poder. Algunas veces Dios sana sin dar razón alguna. La introducción a la historia del paralítico que fue bajado a través del techo en Capernaum sencillamente afirma que "el poder del Señor estaba con él para sanar" (Lucas 5:17).
Por otra parte, Dios puede negarse a sanar o a liberar sin una explicación. Por ejemplo, en Hechos 12, tanto Santiago como Pedro fueron echados en prisión por Herodes. Dios permitió que mataran a Santiago, pero liberó a Pedro milagrosamente. Las Escrituras no explican por qué Dios lo hizo. No se dan ni razones humanas ni divinas para resolver este misterio. La muerte de Santiago y la liberación de Pedro sencillamente sirvieron a los propósitos soberanos de Dios. En nuestros intentos de comprender por qué Dios sana y por qué no lo hace, siempre debemos tener en mente que Sus

caminos no son los nuestros (Isaías 55:8). Pero la Biblia sí nos da algunas razones muy definidas por las que el poder milagroso de Dios puede inhibirse en determinadas situaciones.

La apostasía

Cualquier cosa que aleje la presencia de Dios también hará que Él retire Su poder milagroso. Cuando el pueblo de Dios comete apostasía y vuelve la espalda a Dios para procurar otras cosas en Su lugar, Él retira Su benéfica presencia de Su pueblo. Esto puede sucederle a un individuo, a un grupo o incluso a toda una nación.
Algunos de los Salmos fueron escritos durante los períodos de apostasía en la historia de Israel. El Salmo 74 es uno de esos, y probablemente fue escrito durante la época del exilio, cuando los babilonios aplastaron a Israel y deportaron a muchos israelitas. En el versículo 1 el salmista se lamenta de que Dios ha rechazado a Su pueblo, y en los siguientes, describe la devastación que los enemigos de Israel trajeron a la nación porque ya no está protegida por el poder de Dios. Entonces cambia la naturaleza de su lamento en los versículos del nueve al once:

No vemos nuestras señales; ya no queda profeta, ni hay entre nosotros quien sepa hasta cuándo. ¿Hasta cuándo, oh Dios, blasfemará el adversario? ¿Despreciará el enemigo Tu nombre para siempre? ¿Por qué retiras Tu mano, Tu diestra? ¡Sácala de dentro de Tu seno, destrúyelos! (B.I.d.A.)
La ausencia de las señales milagrosas y del ministerio profético no era una situación normal en Israel, de acuerdo con el salmista. Era evidencia de un severo juicio divino sobre la tierra. La apostasía de los israelitas causó que Dios retrajera Su poder milagroso de la nación completa.
El Salmo 77 es similar, pero probablemente fue escrito en otra época de la historia de Israel. A mitad del salmo el autor describe el juicio de Dios a causa de la apostasía, y entonces ofrece su respuesta al juicio de Dios:
¿Rechazará el Señor para siempre, y no mostrará más Su favor? ¿Ha cesado para siempre Su misericordia? ¿Ha terminado para siempre Su promesa? ¿Ha olvidado Dios tener piedad, o ha retirado con Su ira Su compasión? Entonces dije: Este es mi dolor: que la diestra del Altísimo ha cambiado. Me acordaré de las obras del Señor; ciertamente me acordaré de Tus maravillas antiguas. Meditaré en toda Tu obra, y reflexionaré en Tus

hechos. Santo es, oh Dios, Tu camino; ¿qué dios hay grande como nuestro Dios? Tú eres el Dios que hace maravillas, has hecho conocer Tu poder entre los pueblos (Salmo 77:7-14, B.d.l.A.).
De acuerdo con el salmista, Dios estaba tan enojado con Su pueblo, que tal parecía que los fuera a rechazar para siempre. A causa de su apostasía se encontraban separados de Su favor, Su amor y compasión inalterables. La falta de Su poder y Sus milagros en la nación eran una evidencia clara de que Dios no estaba mostrando compasión hacia Su pueblo. El salmista se refiere a los milagros como “maravillas antiguas” (v. 11). Sin embargo, él no se contenta con vivir bajo esa clase de juicio.
El salmista le pide a Dios que de nuevo exhiba Su poder (Salmo 74:11). (La “diestra” de Dios se ha empleado en la Escritura para designar Su poder.) Aun cuando no estaba experimentando el poder de Dios, no se refiere a Dios como “el Dios que hacía milagros”, sino que usa el tiempo presente “Tú eres el Dios que hace maravillas” (Salmo 77:14, cursivas del autor). En otras palabras, el salmista comprende claramente que la ausencia de milagros durante su época se debía a la apostasía del pueblo, no a un cambio en la actitud de Dios hacia los milagros.
Quizás el mejor ejemplo del efecto de la apostasía se encuentra en el libro de Jueces. Este libro está escrito en un patrón cíclico. Este ciclo tiene cuatro fases. Primera, el pueblo comete apostasía. Segunda, Dios los entrega a opresores extranjeros. Tercera, el pueblo se arrepiente y clama por misericordia. Y cuarta, Dios levanta a un juez que los libera de los opresores extranjeros.
Durante el tiempo de su apostasía experimentan la ausencia de la presencia de Dios, por lo tanto, de Su poder milagroso. Sin embargo, cuando el pueblo se arrepiente y clama a Dios, Él envía a un liberador como Sansón, a través del cual fluye el poder de Dios, y el pueblo es rescatado de sus enemigos. El libro de Jueces ilustra que una de las formas más seguras de perder la presencia de Dios, y por lo tanto Su poder milagroso, es cometer apostasía.
En el Antiguo Testamento, con frecuencia la apostasía tomaba la forma de idolatría. Aunque la adoración de ídolos es todavía un problema en aquellas partes del mundo donde tienen mucha influencia religiones como el budismo y el hinduismo, en las culturas más occidentalizadas esa forma de apostasía adquiere una expresión diferente. El apóstol Pablo la llamó avaricia (Colosenses 3:5). Esta forma de idolatría está viva “y coleando” en la iglesia occidental. De hecho, algunas partes de la iglesia en

Norteamérica emplean la avaricia como una motivación poderosa para ofrendar a la obra del Señor. Algunos predicadores hablan como si Jesús hubiera sido rico y usado pantalones vaqueros de marca, y como si Él deseara que todos nosotros fuésemos ricos. De acuerdo con ellos, mientras más ofrendamos, más recibimos. Este "bautismo de avaricia" es en realidad una forma de idolatría y, si se persiste en ella, apartará la presencia de Dios y provocará que la iglesia pierda Su poder.
Podemos cometer apostasía de otros modos. Si un cristiano se entrega a la inmoralidad, comete apostasía moral. Juan dijo que: "Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad" (1 Juan 1:6). Dios no tendrá comunión con nosotros si andamos en tinieblas y, por consiguiente, perderemos tanto Su presencia como Su poder.
Por último, es posible cometer apostasía doctrinal. Parece que esto fue lo que hicieron Himeneo y Alejandro, dando lugar a que Pablo los entregara a Satanás para que aprendieran a no blasfemar (1 Timoteo 1:20). Las iglesias liberales que niegan la deidad de Jesús, su expiación vicaria, su nacimiento virginal, su resurrección corporal, su regreso corporal, el infierno, la justificación por la sola fe, la autoridad de las Escrituras, etc. no pueden ver desplegarse en medio de ellas el poder de Dios. Es muy posible que jamás puedan verse sanidades divinas o milagros entre iglesias como esas o entre sus miembros.
El poder de Dios puede permanecer en un individuo o en un grupo durante un tiempo después que hayan tomado un rumbo de apostasía. Dios le dio tiempo para arrepentirse de su inmoralidad aun a la mujer Jezabel de Tiatira, antes de juzgarla (Apocalipsis 2:21-23). Esto se debe a la bondad de Dios, una bondad que Pablo dijo era para conducir a los hijos rebeldes al arrepentimiento (Romanos 2:4). No obstante, incluso la paciencia divina puede llegar a agotarse, y cuando eso sucede, Su presencia y Su poder se apartan y empieza el juicio.

El legalismo y la fe tibia

Isaías registró uno de los más trágicos juicios que jamás cayeran sobre Israel:
Porque el Señor ha derramado sobre vosotros espíritu de sueño profundo, él ha cerrado vuestros ojos: los profetas, y ha cubierto vuestras cabezas: los videntes.

El estupor divino que Dios envió a Israel les impidió comprender por qué estaban siendo juzgados y, por lo tanto, evitó que se arrepintieran para que su juicio llegara hasta el fin. Incluso cegó los ojos de los más sensibles espiritualmente en Israel, los profetas y videntes, quienes se suponía que actuaran como atalayas para Israel. Isaías dijo que incluso si su visión del juicio sobre la nación se escribiera y se les entregara, su ceguera sería tan completa que no serían capaces de leer (Isaías 29:11-12). ¿Qué provocó que el Señor quitara de Su pueblo el ministerio de Su espíritu de revelación? Inmediatamente después de registrar este juicio, Isaías escribió:

Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado (Isaías 29:13).

El legalismo de los israelitas alejó de ellos la presencia de Dios. Mantenían una forma externa de religión, pero sus corazones se alejaban de Dios. El legalismo siempre ciega a sus adherentes en lo que respecta a la realidad espiritual. El legalismo aleja el ministerio revelador del Espíritu Santo. Piénsenlo por un momento: ¿cuántos legalistas han conocido? ¿cuántos legalistas han confesado nunca que lo eran? Jamás he escuchado a alguien enredado en legalismos confesar que era legalista. He oído a gente atrapada en la inmoralidad confesarse inmorales, pero nunca he escuchado a un legalista confesarlo. Hay algo enceguecedor en ese pecado.

Lo peor del legalismo es que aleja la presencia de Dios. Al principio de su ministerio, Isaías tuvo una visión del Señor quejándose de la multitud de sacrificios que se le hacían de un modo legalista (1:11). Escuchó al Señor exclamar: “¡No me traigáis más vana ofrenda!” (1:13). El Señor decía que no miraría a los israelitas cuando oraran, ni escucharía sus oraciones (1:15). Ni siquiera sus ayunos atraerían la atención del Señor (58:3). El legalismo sencillamente nos echa de la presencia del Señor.

Hay una buena razón para esto: el legalismo es más que seguir simplemente reglas establecidas por hombres o mantener una conducta exterior correcta mientras dejamos que nuestros corazones se alejen de Dios. Ambas cosas son formas de legalismo, pero su esencia es mucho peor que cualquiera de ellas. La esencia del legalismo es confiar en la actividad religiosa en vez de confiar en Dios. Es poner nuestra confianza

en una práctica en vez de en una Persona. Y esto nos conducirá indefectiblemente a amar la práctica más que a la Persona.
El objetivo de todo en la vida es amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, fuerza y mente. El legalismo resiste abiertamente al mayor de todos los mandamientos porque cambia nuestra atención y confianza, alejándolas de la persona de Dios y las dirige hacia la actividad religiosa. Dios no transigió con esa conducta del antiguo Israel. Jesús no la consintió entre los escribas y fariseos. Y no la tolerará entre Su pueblo hoy en día. El legalismo prevalece en la Iglesia actualmente tal como en el judaísmo del siglo primero durante el ministerio de Jesús. Los escribas y fariseos jamás conocieron el poder de Dios, ni tampoco lo conocerán los legalistas de la Iglesia de hoy.
La hermana del legalismo es la fe tibia y complaciente. El ejemplo preeminente de esto en el Nuevo Testamento es la iglesia de Laodicea. Era una de las más ricas iglesias de Asia, pero Jesús dijo que era tibia (Apocalipsis 3:16). La característica definitiva de una iglesia tibia es una actitud que dice: “Yo soy rico; y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad” (Apocalipsis 3:17) Cuando llegamos al punto en que perdemos nuestra hambre de Dios y estamos satisfechos con nuestra condición espiritual presente, nos hemos vuelto tibios. Siempre debemos estar agradecidos por todas las cosas que tenemos en Dios, pero nunca contentarnos con nuestra condición espiritual presente. Siempre tenemos que desear más de Dios, más de Su presencia, y más del carácter de Cristo formado en nosotros (Gálatas 4:19). Cuan-do dejamos de desear más, entramos en un estado de complacencia y nos convertimos en lo que Jesús llama tibios. Si permanecemos tibios, Él dice: “Te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:16). Cualquier otra cosa que “vomitaré” pueda querer decir, con seguridad incluye la pérdida de los beneficios de Su presencia y poder.
Tanto si la apostasía es por la pérdida de la pureza, el legalismo o la fe tibia, da lugar a que perdamos la intimidad con Dios y la unidad uno con el otro. La intimidad con Dios es absolutamente esencial para el ministerio. Recordemos que Jesús sólo hacía lo que veía hacer a Su Padre. En la misma forma, el ministerio de los apóstoles dependía completamente de su intimidad con Jesús, porque sin Él, ellos nada podían hacer (Juan 15:5). Por consiguiente, perder la intimidad significa perder el poder para ministrar.

El perder la intimidad con Dios conduce inevitablemente a la pérdida de la unidad entre los creyentes. La unidad descansa en el fundamento de escuchar la voz de Dios y seguir las directrices que nos dé para nuestra vida. Jesús oró por la unidad de los creyentes a fin de que el mundo supiera que el Padre lo había enviado y amaba la Iglesia (Juan 17:23). Sin unidad la Iglesia jamás tendrá credibilidad en el mundo o poder para cumplir su ministerio.

La apostasía, el legalismo y la fe tibia son graves problemas de la Iglesia de hoy. Estas cosas obstaculizan mucho el ministerio milagroso de Dios entre los creyentes contemporáneos. Sin embargo, creo que hay otro factor que es un obstáculo mayor que estos tres juntos: me refiero a la actual incredulidad rampante en la Iglesia.

La incredulidad

Cuando Jesús visitó Su pueblo natal, Nazaret, lo recibieron con incredulidad e incluso con desprecio. ¿Qué efecto tuvo eso en Su ministerio milagroso? Marcos dice que: “Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos” (Marcos 6:5-6). A algunas personas les es difícil aceptar la frase “no pudo”. El Hijo de Dios es omnipotente. ¿Cómo es posible decir que un ser omnipotente “no pudo hacer allí ningún milagro”? No obstante, hay algunas cosas que un ser perfecto y omnipotente no puede hacer. Por ejemplo: no puede mentir (Hebreos 6:18). No puede tener comunión con las tinieblas (2 Corintios 6:14; 1 Juan 1:6). ¿Está Marcos 6:5 en la misma categoría?

Mateo escribió acerca del mismo incidente, pero no dice que Jesús no pudo hacer milagros en Nazaret, sino “Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos” (Mateo 13:58, cursivas del autor). Pienso que Mateo nos ayuda a comprender lo que quiso decir Marcos. No creo que debamos interpretar el “no pudo” de Marcos en un sentido absoluto. Hay ocasiones en que Jesús hizo milagros donde parecía que no había absolutamente ninguna fe. Pienso que Mateo y Marcos nos están diciendo que, en general, Jesús no hacía milagros en una atmósfera de incredulidad. Santiago establece este principio de otra manera. Le dice a sus lectores “no tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Santiago 4:2). En otras palabras, no pedís a Dios algo que no creéis que Él os dará.

¿Recuerdan la historia que conté antes, de cuando estuve sentado alrededor de una mesa con un grupo de teólogos, quienes se reían mientras enumeraban todas las enfermedades por las cuales no orarían? Mientras ellos se reían y hacían su lista, no pude evitar acordarme de Santiago 4:2. Cuando un hombre dijo que él no pediría la sanidad de unos ojos ciegos, me vino a la mente Santiago 4:2 y pensé: ¡Adivina qué no verás nunca sanar! Aquellos hombres jamás pedirían por sanidades milagrosas, y probablemente nunca verían sanidades milagrosas. “No tenéis lo que deseáis porque no pedís”.
Si nunca ha visto sanidades verdaderamente milagrosas, pregúntese cuán a menudo ha orado por esas cosas. No me refiero a las oraciones ritualísticas donde se menciona el nombre de un enfermo ausente junto con el de otros en un culto de domingo para que Dios guíe las manos de los médicos, consuele a la familia y les permita saber que todas las cosas obran en conjunto para el bien. Esa clase de oraciones se elevan con frecuencia como una cortesía pastoral sin esperar ni anticipar en realidad que Dios hará un milagro. Cuando le pregunto cuán a menudo ora usted por una sanidad milagrosa, me refiero a con cuánta frecuencia va a una habitación de un hospital a orar por los enfermos y los que padecen para que sean curados milagrosamente. ¿Con cuánta regularidad impone sus manos sobre los enfermos de su iglesia y ora por ellos? La mayor parte de las personas con quienes hablo que nunca han visto un milagro son gente, en general, que nunca se toman el trabajo de ir e imponer sus manos sobre los enfermos orando con fe. A la inversa, todavía no he encontrado a alguien que regularmente impone sus manos sobre los enfermos para orar con fe, y que no haya visto algunas sanidades milagrosas.
Lo que me sorprende hoy no es cuán poco sana Dios entre las iglesias evangélicas conservadoras, sino que llegue a sanar algo. Tan grande es la parte de la Iglesia que está del todo imbuida de incredulidad, que estoy realmente sorprendido de que alguien se sane alguna vez.
La mayoría de los seminarios con que me relaciono no les enseñan a sus estudiantes que la voluntad de Dios es sanar. Muchos en realidad les enseñan que Dios no sana de forma notable y algunos llegan a enseñar que es malo desear milagros. Los graduados de estos seminarios están convirtiéndose en los pastores de las iglesias de Norteamérica. Ellos están enseñando en sus iglesias lo mismo que aprendieron en el seminario. Con estos antecedentes, ¿es sorprendente que una parte importante de la Iglesia de hoy experimente muy poco del poder milagroso de Dios?

Aunque ya no soy profesor de seminario, todavía me invitan a dictar conferencias en aulas de seminarios y otros sitios académicos. En mis viajes encuentro muchos profesores de seminarios y líderes de iglesias. Estoy encontrando que menos de estos líderes están dispuestos a defender la posición de que los dones del Espíritu desaparecieron con los apóstoles. De hecho, a menudo los escucho decir: “Estoy abierto a los dones del Espíritu y a que Dios haga milagros”. Con frecuencia la gente dice esto como si pensaran que hay algo noble en eso de estar “abierto”. Pero el estar abierto no cuenta mucho con Dios. Una persona que sencillamente está abierta, sigue siendo una persona que todavía no cree.

Si alguien que no era cristiano muriera mientras estaba abierto a la posibilidad de que Jesús pudiera haber muerto en la cruz por sus pecados, esa persona iría de todos modos al infierno. Lo que trae las bendiciones de Dios no es el estar abierto, sino el creer y procurar lo que Él prometió. Jesús nunca dijo: “Benditos los que están abiertos”.

¿Le entregaría su dinero a un corredor de bolsa que dijera que estaba abierto a conseguir una ganancia con sus ahorros de toda la vida? El solamente estar abierto no sirve de mucho. Por supuesto que en muchos casos es mejor que ser hostil, pero un estado de apertura no va a hacernos avanzar en las cosas espirituales. Pablo no nos dijo que estuviéramos abiertos a los dones espirituales; sino que nos exhortó a procurarlos con diligencia (1 Corintios 12:31; 14:1, 39). En el siglo primero, la gente procuraba a Jesús y a los apóstoles para conseguir sanidad y milagros. Les llevaban sus enfermos, esperando verlos libres tanto de sus enfermedades físicas como de los demonios. No creo que la Iglesia de hoy verá extenderse las sanidades y milagros hasta que de nuevo tenga hambre de estas cosas.

El valor redentor del sufrimiento

La mayor parte de las veces en que el Nuevo Testamento habla de sufrimiento no se está refiriendo a soportar una enfermedad física, sino más bien a una persecución por causa de la justicia. Sin embargo, sigo convencido de que algunas veces hay una bendición divina en algunas enfermedades físicas. En estos casos Dios no sana una condición o no concede un milagro por el cual oramos, sino que en lugar de eso nos da la gracia para soportar la condición desagradable.

Nadie sabe en realidad cuál era “el aguijón en la carne’’ de Pablo. Puede haber sido una enfermedad, o también algún tipo de persecución de la que estaba siendo objeto. Cualquiera que fuese, Dios decidió no quitársela. Y Pablo dice:

Respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Corintios 12:8-10).

Pablo encontró gracia redentora cuando por Cristo soportó los sufrimientos que no le fueron ahorrados.

Pedro expresa el valor “refinador” del sufrimiento de modo diferente. Y escribe:

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo (1 Pedro 1:6-7).

Pedro dice cuatro cosas que deben darnos un gran consuelo cuando quiera que Dios no conteste nuestras oraciones quitando el sufrimiento. Primera, nos dice que el sufrimiento es por “ahora”. Segunda, nos dice que es “por un poco de tiempo”. A la luz de la eternidad todo sufrimiento valdrá tanto como un suspiro. Tercera, Pedro dice que todo sufrimiento nos llega sólo “si es necesario”. Por último, el resultado de todo nuestro sufrimiento es comparado a un proceso de refinamiento —"probado con fuego"— en el cual se templa nuestro carácter. Esto da lugar a alabanza, gloria y honra para el Señor Jesucristo. Cuando soportamos sin paliativos el sufrimiento, manteniendo inalterable nuestro amor y nuestra confianza en el Señor Jesucristo, eso incluso nos configura más a Su imagen y le proporciona gran gloria a Él. Así que si tenemos confianza en Dios para sanar, y le pedimos que sane pero no lo hace, puede muy bien ser que Él esté permitiendo que le demos gloria a Su Hijo, mediante nuestro sufrimiento. Si esa es Su intención, también nos concederá la gracia para soportar la aflicción.

Es preciso hacer una advertencia. Cometeríamos un error enorme si presumimos que el sufrimiento redentor es lo mismo que el juicio de Dios

que merece nuestro pecado o la disciplina con que nos corrige por nuestro pecado. Cuando Pedro emplea la frase “si es necesario”, no se está refiriendo a juicio. Dios puede permitir que suframos por diversas razones que no incluyen el juicio por nuestro pecado. Dios consideraba a Job el hombre más recto e irreprochable de la tierra, y sin embargo Dios permitió que Job sufriera espantosamente. Es cierto que este sufrimiento tuvo un efecto refinador en el carácter de Job, pero la Biblia de ninguna manera nos permite que consideremos los sufrimientos de Job como el juicio de Dios sobre él. Con demasiada frecuencia encuentro a muchos hijos de Dios que equivocadamente creen que sus aflicciones son evidencia del juicio de Dios sobre ellos.

Yo sí creo que Dios puede enviamos juicios catastróficos sobre nuestras vidas por nuestro pecado (ver 1 Corintios 5:1-5). No obstante, pienso que Él lo hace únicamente por actos importantes de rebelión de nuestra parte. Si no estamos en rebelión contra nuestro Señor, y de todas formas estamos sufriendo, no permitamos que el diablo nos atormente con pensamientos condenatorios de juicio.

Lo que yo acostumbro a hacer es orar para que los sufrimientos cesen o se alivien a menos que el Señor específicamente me diga que no tiene intenciones de suprimirlos. En ese caso deseo confiar en Él como el amoroso Padre que es y soportar el sufrimiento que Él ha permitido que me aflija con amor y confianza en mi corazón. Trato de rechazar todos los pensamientos condenatorios que “el acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12:10) se apresura a acumular sobre mí, pues de otra forma se reduciría mucho el efecto refinador que Dios intenta que ese sufrimiento tenga sobre mí.

Oportunidad soberana y misterios soberanos

A principios de este capítulo mencioné que hay veces en que Dios decide no dar ninguna razón en absoluto de por qué Él sana o por qué no lo hace. Cuando Jesús estaba en el estanque de Betesda, solamente sanó a un paralítico (Juan 5:1 -5), aunque muchos enfermos yacían alrededor del estanque. No se nos dice por qué la voluntad del Padre fue sanar a una sola persona y permitir que todos los otros enfermos siguieran sufriendo.

Una vez fui a orar por un bebito que había nacido sin cerebro. Sólo tenía desarrollada una pequeña parte del cerebelo. El bebito había nacido en una familia cristiana que ya había perdido trágicamente dos hijos. Cuando

me pidieron que entrara en la unidad de cuidados intensivos y orara por el pequeñín, pensé que mi fe aumentaba en mi corazón. Recordé una muy famosa sanidad documentada médicamente de un bebé nacido en Vancouver, Columbia Británica, con unas condiciones casi idénticas. El padre del niño, Paddy Duclow, me describió la sanidad, que dejó perplejos a los médicos de Vancouver y convirtió a su hijo en un fenómeno médico de esa ciudad. Estaba pensando en esa sanidad cuando entré en la unidad de cuidado intensivo para orar por el bebito.

Me asombré cuando vi al bebé. ¡Era hermosísimo! Parecía muy saludable y normal. Los pastores de la familia y yo oramos por el niño, y aunque no sentimos la divina presencia de Dios, pensamos que había una buena probabilidad de que el niño sanara. En vez de eso, el bebé murió al día siguiente. Cuando regresé a casa, a mi propia ciudad, me encontré que el Señor había sanado de una enfermedad venérea a una mujer que no parecía muy arrepentida. Sentí que me encolerizaba. Le pregunté a Dios por qué sanaba a una mujer que no lo merecía y permitía que muriera un inocente bebecito.

Fue como si el Señor me contestara: "Así que ¿quién merece sanar? ¿Serás tú quien decida cómo debo dispensar Mi misericordia?" Aquella reprimenda fue suficiente para mí. Dios no me explicó por qué murió el bebé y por qué sanó a la mujer, pero sí me recordó que Él es el verdadero soberano y no tiene que darle explicaciones a nadie.

Estoy seguro de que hay otros factores que influyen en la realización o la falta de milagros. Estoy seguro de que hay mareas altas y bajas en los derramamientos de las sanidades milagrosas, tal como las ha habido en los avivamientos en la historia. En todas las épocas ha habido siempre gente salvada y gente sanada, pero hay épocas de derramamientos de gracia soberanos cuando estas cosas suceden en abundancia. La Iglesia no ha estado en un avivamiento constante, sino más bien ha experimentado períodos de avivamiento seguidos de otros de tibieza durante los últimos dos mil años. Algunas partes de la Iglesia nunca han experimentado avivamientos. Por ejemplo, con la excepción de la población aborigen, los australianos jamás han experimentado un avivamiento. Por supuesto que estaríamos equivocados si de esto sacáramos la conclusión de que Dios ya no da avivamientos. Esto sencillamente ilustra que hay mareas altas y bajas en la historia de los avivamientos.

Además de las mareas altas y bajas en el tiempo que Dios determina y el valor redentor del sufrimiento, estoy seguro de que hay otros factores bíblicos que influyen en la frecuencia de los milagros. Pero con seguridad los principales factores humanos que inhiben el derramamiento del poder milagroso de Dios, son los mencionados en este capítulo: la apostasía en todas sus formas, el legalismo y la fe tibia y la incredulidad.

A propósito, cualquier iglesia—carismática, pentecostal, Tercera Ola, no carismática o anticarismática— puede incurrir en las tres razones negativas que he dado para explicar en parte por qué Dios puede dejar de sanar (o sea, la apostasía, el legalismo y la fe tibia, y la incredulidad). Incluso una iglesia con una fuerte creencia teórica en la sanidad divina puede en la práctica estar llena de incredulidad cuando llega el momento de orar por sus miembros enfermos. De hecho, basado en mi experiencia personal, tendría que decir que este último fenómeno nada tiene de anormal.

No creo que esos factores negativos lleguen a vencerse nunca mediante el sencillo expediente de resistirlos. El antídoto para estos pecados es el procurar a una Persona. El Señor le dio a Salomón una promesa que todavía hoy es válida:

Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces Yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra (2 Crónicas 7:14).

Si la Iglesia siguiera ese consejo, creo que Dios nos daría cualquier cosa que le pidiéramos (presumiendo, por supuesto. que nuestra petición esté de acuerdo con la Biblia). Creo que nos daría avivamiento, milagros, revelación divina y, por sobre todo, una intimidad con Él que pocos de nosotros hemos experimentado jamás. Una de las grandes tareas de los líderes de la Iglesia de nuestra generación es hacer que la Iglesia crea esta promesa. Necesitamos desechar nuestra incredulidad y procurar al Señor ilimitado de las Escrituras.

BUSCANDO LOS DONES Y A QUIÉN LOS DA

12

Procurando los dones con diligencia

Leesa y yo tenemos una amiga muy querida que padece graves jaquecas. Hasta ahora ningún médico ha sido capaz de descubrir la causa o de curarla de ellas. Algunas veces las jaquecas la debilitan, y otras, desaparecen antes de debilitarla. Nuestra amiga es una maravillosa esposa y madre, y ama a Dios con todo su corazón. Pasa cada madrugada meditando en la Biblia y esforzándose en oración para el progreso del reino de Dios. Nos contó el otro día que esas primeras horas del día son la razón más importante de su vida.

Está convencida de que Dios la ha puesto en la tierra para esforzarse orando para que la gloria de Dios sea revelada. Ha sido tan fiel en la oración como el que más de los que yo he conocido.

Hemos orado para que el Señor sane a nuestra amiga de esas jaquecas, pero hasta ahora en realidad han empeorado. Hace poco un médico le prescribió una medicina que ha dado resultados en quitarle el dolor. El problema es que tiene que tomarla antes de irse a dormir, y la deja atontada hasta media mañana. Ahora nuestra amiga está atrapada en un dilema: si toma la medicina no puede concentrarse lo suficiente para orar o meditar de mañana, pero si no la toma, tiene que soportar graves jaquecas. Su tiempo de oración es tan importante para ella, que con frecuencia renuncia al alivio y soporta el dolor de las jaquecas a fin de continuar con su intercesión matutina.

Con frecuencia personas saludables me preguntan por qué pienso que la sanidad es tan importante. ¡Qué le pregunten a mi amiga que sufre de jaquecas por qué es importante la sanidad! Contestará que el dolor físico puede ser terrible, pero que también el modo en que ese dolor interrumpe su vida de oración es igual de frustrante, sino peor. Claro que el Señor le ha dado gracia para soportar tanto el dolor como la frustración, y ella seguirá soportándolos si no le queda otro remedio. Pero preferiría tener la gracia de la sanidad.

A los enfermos les es fácil explicar por qué es importante la sanidad. De hecho, todo el mundo en realidad cree que curarse es importante. Tenemos hospitales y médicos porque la gente cree que la sanidad es primordial. En el mundo occidental los médicos han llegado a ser tan eficientes en la curación de enfermedades y dolencias, que la gente ya no piensa que les haga falta Dios para que los sane. La sanidad divina no parece tan importante hasta que llegamos al punto en que los médicos y la medicina moderna ya no pueden ayudarnos. Cualquiera que sufra de una enfermedad crónica que la medicina moderna no puede curar o aliviar lo

suficiente, tendrá muy pronto un punto de vista diferente acerca de la importancia de la sanidad divina.
Yo he permanecido junto a una cama de hospital observando cómo un precioso bebito moría de SIDA. El médico y los hospitales habían hecho todo lo que estaba a su alcance. Notificaron a los padres que lo habían desahuciado. La iglesia de la familia les había dicho que no había esperanza y llegaron a predicar contra la sanidad divina.
No obstante, los padres del bebecito tenían la esperanza de que su iglesia estuviera equivocada. La angustia de sus rostros valía por muchos volúmenes acerca de la importancia de la sanidad divina.
No es necesario tener SIDA para comprender que la sanidad divina es importante. Ninguna de nuestras enfermedades o dolores es demasiado insignificante para presentarlos ante el Señor. Él mismo nos ordena “echar toda nuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de nosotros” (1 Pedro 5:7). Es legítimo traer ante él cualquier cosa que nos cause ansiedad. Puede ser una enfermedad o un problema crónico que los médicos no pueden curar, o quizás una enfermedad cuya cura no podemos sufragar. Cualquiera que sea, tenemos permiso divino para traerlos a Él antes que todo.
La sanidad es tan importante para nuestro Padre celestial que ordenó a los ancianos de la Iglesia que oren por los enfermos como parte de su ministerio de pastores (Santiago 5:14-16). A nuestro Padre le importa toda nuestra persona. Se preocupa por nuestro cuerpo y nuestras emociones, no sólo por nuestras mentes y voluntades. Hay una mentalidad gnóstica hoy en la mayor parte de la Iglesia, que enseña que a Dios no le interesan realmente nuestros cuerpos. El apóstol Juan no pensaba así en su época. Él mostró el cuidado de Dios por el cuerpo cuando inspirado por el Espíritu Santo escribió a Gayo: “Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma” (3 Juan 2).
La sanidad no es el único don espiritual importante. El Señor nos ordena desearlos ardientemente, en especial el profetizar (1 Corintios 12; 31; 14:1, 39). Los dones se nos dieron como instrumentos para edificar el cuerpo [de la iglesia] (1 Corintios 12:7, B.l.d.A.). Nunca podremos saber demasiado de la Palabra ni ser demasiado maduros para los dones espirituales. No conozco a nadie que haya llegado al nivel de madurez o conocimiento que alcanzó Pablo. Mas Pablo nunca pensó que hubiera sobrepasado su necesidad de los dones.

Cada uno de los dones milagrosos —así como los otros dones espirituales que no se clasifican normalmente como milagrosos— tiene contribuciones valiosas que hacer al cuerpo de Cristo. Pero esas contribuciones nunca se harán, y el crecimiento que pudieron haber proporcionado al cuerpo de la Iglesia se perderá, a menos que sus líderes aprendan cómo cultivar estos dones dentro del cuerpo.

Cómo cultivar los dones del Espíritu

A algunas personas les es difícil comprender cómo se puede cultivar o desarrollar un don que es concedido sobre-naturalmente. Esta dificultad surge de considerar los dones milagrosos como mágicos o mecánicos. Un maestro puede progresar en el don de la enseñanza, y un evangelista puede crecer en el don de evangelismo. ¿Por qué es difícil creer que alguien pueda crecer en el don de la sanidad o el de la profecía?

Lo cierto es que podemos crecer en todos y cada uno de los ejercicios y dones espirituales. Hay muchas cosas importantes que podemos hacer para cultivar los dones del Espíritu en nuestras propias vidas y en nuestras iglesias.

Primero: tenemos que estar convencidos de que la Biblia enseña que los dones son para hoy y que son importantes; de otra forma no tendremos fe para ejercerlos o para orar por ellos. Del mismo modo, tenemos que tener confianza en que los dones se otorgan a todos los cristianos (1 Pedro 4:10) y no a unos pocos especialmente dignos. Una vez que llegué a estas conclusiones, estuve en condiciones de empezar a cultivarlos dones en mi propia vida.

Tan pronto me convencí de que las Escrituras enseñaban que los dones del Espíritu eran para hoy, empecé a procurarlos con diligencia. Lo más importante que he hecho para procurar los dones ha sido orar muy especialmente por los que yo sentía que el Señor deseaba darme. Aunque el Espíritu Santo distribuye los dones a cada cual según le parezca (1 Corintios 12:11), Pablo de todas formas animaba a los corintios a orar por ellos. Si uno tiene el don de lenguas, por ejemplo, Pablo dice que uno debe orar por el de interpretación (1 Corintios 14:13). No esperar pasivamente. No decir: “Dios puede darme cualquier don que desee”. Dios también puede hacernos grandes eruditos de la Biblia si lo desea, pero no conozco a ningún gran erudito de las Escrituras que haya llegado a serlo sin haber procurado diligentemente el conocimiento de la Biblia. Ni tampoco ningún

gran evangelista que haya llegado a algo sin haber procurado con diligencia el evangelismo.
Recordemos: “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Santiago 4:2). Yo oro cada día específicamente por los dones del Espíritu que deseo obren en mi vida. Por ejemplo: la sanidad es uno de los dones que deseo como norma en mi ministerio. Cada día le pido al Señor que me dé autoridad y poder en este don. Menciono en detalle las clases de enfermedades y problemas que deseo que Él sane cuando yo ore por las personas.
Después de eso, probablemente lo más valioso que haya hecho al procurar los dones espirituales, es que he intentado emplearlos con regularidad. Muy a menudo esto implica un riesgo, y sobre todo el riesgo de hacer el papel de tonto. Casi tan pronto como empecé a pedirle a Dios que me diera un ministerio de sanidad, comencé a orar por los enfermos. La mayor parte de los enfermos por los que oré al principio no se sanaron. Cuando empecé a dar palabra de sabiduría en público, también pasé mis apuros. Pero no hay otro modo de crecer en algo, si no es practicando de continuo y arriesgándose. El único atleta campeón que veremos, es el fracasado que no se dio por vencido. El único buen discípulo que veremos alguna vez, es uno deficiente que no se rindió. Cuando los discípulos siguieron a Jesús por primera vez, eran increíblemente torpes y nada prometedores. Sin embargo, los once que no desertaron se convirtieron en los líderes de la Iglesia. Pienso que los dones espirituales son como la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30). Si no nos arriesgamos, nuestro don no aumentará, y si no crece, el Señor no estará complacido con nosotros.
La tercera cosa que he encontrado beneficioso es, sin lugar a dudas, el estudio de los dones. La Escritura tiene grandes cosas que decir acerca de los dones espirituales, tanto como numerosos ejemplos de ministerios sobrenaturales. La Biblia nos ofrece muchos principios concernientes al ministerio de los milagros. He leído y continúo leyendo gran cantidad de libros que tratan con el ministerio de los dones del Espíritu, así como la biografía de cristianos que fueron usados poderosamente en los ministerios sobrenaturales.
Otra cosa que me ha ayudado mucho en mi esfuerzo por alcanzar los dones espirituales, es mi amistad con personas que tienen los dones mucho más desarrollados que yo. La Biblia dice: “Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo” (Proverbios 27:17). Siempre estaré en deuda con amigos como John Wimber y Paul Cain,

quienes me “aguzaron” en lo que respecta a los dones espirituales. Las amistades son un asunto mucho más serio de lo que la mayoría de la gente cree. Seremos como nuestros amigos (Proverbios 13:20). Por eso es tan importante cultivar la amistad de las personas que uno admira y a quienes desea parecerse.

También ayuda el estar en una atmósfera favorable, no hostil, cuando uno empieza a practicar los dones del Espíritu. Si la Iglesia donde asistimos no cree en el don de lenguas, el servicio del domingo por la mañana no es lugar para empezar a practicar ese don. Uno de los medios que más ayudan, más favorables para comenzar a aprender de los dones del Espíritu, son los pequeños grupos de diez a veinte personas que se reúnen en los hogares. Lo reducido del grupo hace posible conocerse entre sí bastante bien y sentir un grado de seguridad. Es mucho más fácil tratar de dar profecía frente a veinte personas que uno conoce y quiere, que frente a quinientas que pueden ser desconocidas, un domingo por la mañana. En un medio informal como un grupo en un hogar, es mucho más fácil hablar del ministerio que intentamos desarrollar esa noche y analizar los resultados, que en un medio mucho mayor y más formal.

Otra gran ayuda son las conferencias sobre los dones del Espíritu. En la conferencia ideal habrá muchos conferencistas sobre distintos temas, que gozan de una amplia experiencia en los dones espirituales milagrosos. Habrá poder de sanidad y revelación en esa conferencia para que los participantes puedan ver de primera mano cómo funcionan estos dones. La conferencia ideal de esta clase es una cuyo propósito sea entrenar en los dones del Espíritu a los participantes. En esta clase de conferencias uno tiene oportunidad de practicar ejerciendo los dones espirituales, en vez de limitarse a mirar a un individuo ungido usar su don.

Deseemos buscar los dones espirituales por razones correctas. Hace años, mientras me ejercitaba corriendo por la orilla de un río, oraba al Señor para que liberara grandes dones de sanidad en mi ministerio. En tanto oraba muy específicamente, escuché una voz que brotó dentro de mi mente diciendo: “¿Para qué quieres esos dones?” Inmediatamente reconocí que esa era la voz del Señor, y me ofendí. Entre otras cosas, mi búsqueda de los dones me había costado perder amistades muy queridas. Yo procuraba los dones del Espíritu por Dios. ¿Por qué había de preguntarme eso Él? Pero poco a poco me di cuenta de que un Ser omnisciente no pregunta algo para informarse. Me había hecho la pregunta por mi bien, no para llenar lagunas en Su conocimiento personal acerca de mi psicología. En

tanto meditaba lenta y dolorosamente en aquella pregunta, empezaron a surgir motivos impuros en mi solicitud. Comprendí que todavía había mucha carnalidad en mi deseo de tener los dones del Espíritu.
Una de las mayores misericordias que Dios puede otorgar a Sus hijos es mostrarles sus pecados. No puede uno arrepentirse del pecado si no lo ve. Cuando la luz divina revela nuestras tinieblas, podemos arrepentimos, confesar y recibir Su perdón (1 Juan 1:9). Sin el ministerio revelador del Espíritu Santo, no podemos entender los motivos de nuestro corazón (Jeremías 17:9-10). Todo esto tiene suma importancia en nuestra búsqueda de los dones espirituales, porque nuestros motivos son un factor primordial en la liberación del poder en nuestras vidas.
Recordemos qué movió a Jesús para sanar y hacer milagros: probar que Él era el Hijo de Dios, demostrar que el Evangelio era verdad, dar gloria a Dios, mostrar compasión por los que sufren, abrir puertas al evangelismo, etc. Cuando nos mueven Sus mismos motivos, Él puede confiarnos Su poder. Por eso, mientras oro por la concesión de dones espirituales en mi vida, también pido que me permita compartir los mismos sentimientos y motivos del Señor.
Y por último, mientras uno aprende a usar dones espirituales, debe tener paciencia. No debe menospreciar los comienzos modestos. Agradecer todo lo que aprenda y cada respuesta que el Señor dé a sus oraciones. Dar gracias incluso por la frustración que siente cuando las cosas parecen ir muy lentas. Si persiste en su búsqueda del Señor y de Sus dones, recibirá más de lo que nunca soñó pedir.
Las personas que quieren más de Dios y más de los dones del Espíritu casi siempre sienten que las cosas van muy despacio. Casi siempre temen quedarse atrás. Pero si uno realmente quiere más de Dios y de Sus dones, eso es señal de que la misericordia de Dios lo cubre a uno. Esos deseos los puso nuestro Padre celestial en su corazón, y Él no lo ha llevado a uno hasta ese punto para entonces dejarlo abandonado o insatisfecho. La santa frustración que se siente está destinada a arrastrarlo hacia adelante. Él quiere que uno agradezca lo que tiene, pero nunca que se contente con el nivel de intimidad divina alcanzado. Como el apóstol Pablo, Él quiere empujarlo a “conocerle a Él, el poder de Su resurrección y la participación en Sus padecimientos, llegando a ser como Él en Su muerte” (Filipenses. 3:10, B.l.d.A.).

Poner la confianza en Cristo

Si uno quiere realmente sentir el sobrenatural ministerio del Espíritu Santo, quizás lo más importante que puedo recomendar es poner la confianza en el poder, la sabiduría y la bondad de Cristo no en la propia devoción o tradiciones. El poder de hacer milagros no sale de la propia devoción, sino que fue comprado con la sangre del Hijo de Dios. Después que Jesús había sanado a todos los enfermos en Capernaum, Mateo dice que esto fue hecho: “para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mateo 8:17). Mateo citó a Isaías 53, ese gran capítulo del Antiguo Testamento que describe la muerte vicaria de Jesús en la cruz, en lugar de los pecadores. Mateo nos enseña así que el poder para sanar sólo puede encontrarse en un lugar: en la cruz de Cristo.

No podemos nunca tratar de convencer a Dios para que sane a alguien porque esa persona se lo merece. Nadie es sanado porque se lo merezca. Somos sanados sólo por la bondad del Hijo de Dios, expresada en Su sacrificio por nosotros. Nunca cometamos el error de pensar que cuando uno ora por alguien es la propia devoción o el poder de la propia santidad personal lo que producirá la sanidad a esa persona. Recordemos que después que Pedro fue usado para sanar al cojo que se sentaba a la puerta del templo, le dijo a la asombrada multitud de mirones: “Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿O por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a Su Hijo Jesús” (Hechos 3:12-13). Es preciso poner la confianza en Cristo y no en la propia bondad o en la bondad de aquéllos por quienes se ora.

Nunca debemos descansar en fórmulas o en tradiciones. Los siete hijos de Esceva, un judío jefe de sacerdotes, pensaron que habían descubierto la fórmula precisa para echar fuera demonios. Un día le dijeron a un hombre poseído por demonios: “Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo” (Hechos 19:13). Emplearon el nombre apropiado, “Jesús”. Incluso se refirieron al Jesús debido, “el que predica Pablo”. Y también dijeron las palabras correctas: "Os conjuro”. De acuerdo con la fórmula, lo estaban haciendo todo bien, pero el demonio no salió. En lugar de eso, el endemoniado saltó sobre ellos y los dominó a los siete, ¡y tuvieron que huir desnudos y heridos! Tenían la fórmula justa, pero no tenían la relación correcta. El poder divino no va en las palabras, sino en una relación

personal (Juan 5:19; 15:5). No podemos andar por ahí simplemente diciendo las palabras justas y gritando las órdenes apropiadas, y esperar resultados. Jesús tenía que ser guiado por Su Padre, y nosotros también.
Tengo que recordarme este principio todo el tiempo. A veces el Señor me conduce a orar de cierto modo o hacer cierta cosa, y da magníficos resultados para sanar a alguien o para echar fuera un demonio. Tengo tendencia a convertir esa oración que tuvo éxito en una fórmula. Pienso que si funcionó antes, volverá a obrar. Es demasiado fácil poner nuestra confianza en fórmulas o en nuestro modo tradicional de hacer las cosas. Parece mucho más seguro que tratar de escuchar a nuestro Padre celestial para que nos dé instrucciones precisas paso a paso. Sin embargo, Aquél que tuvo el ministerio más sobrenatural dijo: “No puede el Hijo hacer nada por Sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” (Juan 5:19). Nuestro modelo debe ser Jesús, no nuestras fórmulas o nuestras tradiciones.
Hay otra forma en que la tradición puede funcionar en contra nuestra. Un amigo mío, el doctor Ralph Neighbour, Jr., escribió un libro con uno de los mejores títulos que he visto jamás: The Seven Last Words of the Church: “We've Never Done It That Way Before’’ (Las últimas siete Palabras de la Iglesia: “Nunca antes lo hemos hecho así”). Lo que el doctor Neighbour quiere decir es que por hacernos esclavos de la tradición, podemos perder la guianza del Espíritu Santo en la actualidad. Si Dios hablaba en serio cuando dijo: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos” (Isaías 55:8), entonces perderemos la guianza de Dios por confiar constantemente en nuestros razonamientos, nuestras interpretaciones y nuestras tradiciones.
Es muy grande la porción de la Iglesia que teme probar algo nuevo o diferente de sus tradiciones. Temen ser engañados. Tienen miedo de la infiltración de la Nueva Era. De hecho, les atemoriza cualquier cosa que no concuerde casi exactamente con la forma en que han estado haciendo las cosas durante los últimos cincuenta años. Es demasiado grande la parte de la Iglesia que cree más en la habilidad de Satanás para engañamos, que en la habilidad de Jesucristo para guiarnos.
No quiero que me interpreten mal: sí creo que varios movimientos de la Nueva Era constituyen una grave amenaza para la Iglesia. Pero hay una amenaza mucho mayor que la Nueva Era para la vida y el poder de la Iglesia: El legalismo, el fariseísmo y el ser esclavos de la tradición son amenazas mucho mayores dentro de la Iglesia que cualquier cosa que pudiera atacarnos desde fuera. Ese tradicionalismo ciego le succiona la

misma vida a la Iglesia y persigue cualquier obra nueva que el Espíritu Santo quiera establecer entre nosotros.
Por consiguiente, es absolutamente imperativo que creamos en la habilidad del Señor para guiarnos, no en la de Satanás para engañarnos. Y tenemos que poner nuestra confianza en el poder de la sangre de Cristo, no en nuestra devoción o nuestras tradiciones.

Para identificar nuestros dones

Identificar nuestros dones espirituales no es ni de lejos tan difícil como algunos pudieran imaginar. Hay muchas claves para descubrir los dones. La clave más obvia y práctica es nuestro grado de éxito en varios ensayos en el ministerio. Las áreas en que tengamos más éxito serán, casi con seguridad, aquéllas en que estaremos dotados. Si repetidas veces fallamos al tratar de enseñar, pero tenemos éxito en los intentos de evangelizar, eso puede indicar que tenemos el don de evangelización y no el de enseñanza. Normalmente uno tendrá que ministrar en varias áreas antes de que pueda determinar cuáles son los dones que tiene.
También he observado que nuestras inclinaciones con frecuencia indican los dones que tenemos o los que el Señor desea otorgarnos. Cuando empecé a desear el ser usado en un ministerio de sanidad, no tenía en mi pasado evidencia alguna de que el Señor me hubiese ungido de ese modo. Cuando comencé a orar al Señor que me empleara para sanar y comencé a orar por otras personas para que sanaran, descubrí que éste era uno de los dones que el Señor deseaba otorgarme.
Hay que recordar que no debemos permanecer pasivos con respecto a nuestros dones espirituales. No decir: “El Señor puede darme los dones que desee, así que yo esperaré por Él”. Desde el punto de vista teológico, por supuesto que eso está correcto, pero con frecuencia se vuelve una excusa para la pasividad. Recordemos que Pablo nos dice que deseemos ardientemente los dones espirituales (1 Corintios 12:31; 14:1, 39). Dice también que podemos orar por ellos (1 Corintios 14:13). Convirtamos nuestros deseos en oraciones y pronto sabremos cuáles dones desea otorgarnos el Señor.
También puede ser importante el consejo de otros. Siempre es posible que nos engañemos en lo que respecta a nuestros dones. Tengo un amigo que posee un estupendo don de evangelismo. Mas está ignorándolo y tratando de convertirse en maestro. No creo que tenga el don de la enseñanza, al igual que otros que lo conocen bien. En casos como éste, el consejo de

otros, sobre todo el de amigos sinceros, puede salvarnos de muchos desengaños y ahorrarnos esfuerzos inútiles.

Por último, los dones pueden ser otorgados mediante la imposición de manos con profecía. En el Nuevo Testamento los apóstoles podían hacerlo, como Pablo hizo por Timoteo (2 Timoteo 1:6). Pero los apóstoles no eran los únicos que podían impartir dones espirituales. Pablo exhorta a Timoteo: “No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio” (1 Timoteo 4:14). Timoteo había recibido un don espiritual mediante la imposición de las manos de Pablo y de los ancianos.

He visto suceder esto muchas veces durante los últimos años. Después que John Wimber oró por mí hace varios años, noté de inmediato un aumento, tanto en palabras de ciencia como en sanidades, cada vez que oraba por las personas. He visto suceder esto en numerosas ocasiones cuando Paul Cain ha orado por las personas para que reciban varios dones espirituales. No creo que esto sea automático. Debe hacerse bajo la guía del Espíritu Santo o nada sucederá.

Podemos identificar nuestros dones espirituales, por lo menos, en cuatro formas: mediante nuestro éxito o fracaso cuando tratamos de ministrar con distintos dones; analizando nuestros deseos; mediante el consejo de otros; y a través de la impartición profética de los dones espirituales.

Cuando nos encontramos en una transición

Virtualmente cada semana me encuentro con gente o recibo llamadas de personas que se encuentran en transición. Han formado parte de una iglesia o de una tradición religiosa que ha rechazado el uso contemporáneo de los dones milagrosos pero, por varias razones, en ese momento ellos encuentran que creen en estos dones y desean procurarlos. Con frecuencia esta tradición viene acompañada de un gran conflicto: se dividen las iglesias, se rompen amistades de toda una vida, se distancian las parejas casadas, se intercambian acusaciones insultantes, y cosas así. He estado en ambas partes en este asunto, y sé que mucho de este conflicto no es necesario o inevitable.

Tomemos el peor caso: Uno forma parte de un grupo que no cree en los dones milagrosos del Espíritu e incluso es hostil a quienes creen en ellos. Y de pronto uno se encuentra arrastrado hacia los dones del Espíritu y convencido de que son para el presente. ¿Qué hacer en ese caso? Lo

primero que la mayoría de la gente hace, es dar por sentado que puesto que Dios los está cambiando a ellos, también está cambiando su iglesia o su grupo. Esto pudiera ser cierto o no, pero está claro que no hay por qué suponerlo. Esto es crucial sobre todo cuando uno es el pastor de una iglesia que ha sido hostil a quienes practican los dones del Espíritu. Lo primero que uno debe pedirle a Dios que le muestre, es si Él está cambiándolo a uno sólo o a uno y a su iglesia. No debe suponer cándidamente que puesto que Él lo está cambiando a uno, también cambiará a la iglesia.

No me interpreten mal. Yo sí creo que en última instancia Dios sí quiere cambiar al mundo entero. Creo que en lo que dure mi vida, la mayoría de la iglesia creerá en los dones espirituales y los practicará. Todas las evidencias estadísticas actuales acerca del crecimiento de la Iglesia, indican que se está moviendo rápida e inexorablemente hacia los dones milagrosos del Espíritu. La Iglesia está regresando a su herencia del siglo primero. Estoy convencido por completo de que hasta que la Iglesia entera abrace los dones del Espíritu, estaremos perdiendo una importante proporción de nuestra efectividad.

Sin embargo, Dios también tiene su propia agenda-calendario para todos nosotros. Él no llamó al apóstol Pablo cuando llamó al apóstol Juan. Dios Padre responderá a la oración elevada por Su Hijo como sumo sacerdote para que la Iglesia pueda ser “perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17:23). Un día la Iglesia estará unificada en lo que respecta al tema de los dones milagrosos del Espíritu. Ese asunto quedó zanjado cuando el Señor Jesucristo pronunció Su oración como sumo sacerdote. El momento de esa unidad ya ha sido fijado en el cielo, pero nosotros no sabemos cómo va a funcionar en cada individuo. Por lo tanto, debemos darle a todo el mundo libertad para escuchar la voz del Señor que les habla en este asunto. Nunca presumir que el cambio automático de uno implique el cambio de aquéllos a quienes uno ministra o con quienes tiene amistad.

Si uno es el pastor de una iglesia que no desea procurar los dones del Espíritu, pero el Señor lo está conduciendo a uno a buscarlos, lo más probable es que tenga que renunciar a su cargo de pastor. Es absolutamente crucial que en esta situación uno escuche al Señor. Si Él le dice que cambiará la iglesia, uno debe permanecer en ella y permitir que Él lo guíe en esos cambios. Pero a esas alturas es mucho más importante

permitir que el Señor lo cambie a uno, no que cambie a la iglesia. Si Él no va a cambiar la iglesia, y uno en efecto renuncia, Él ya le ha preparado otro lugar. No obstante, puede que Él no lo lleve a uno a ese lugar inmediatamente.

Uno de mis condiscípulos en el seminario pastoreó una iglesia con mucho éxito durante diez años. Durante su ministerio la iglesia creció muchísimo. Cuando él se convenció de que los dones del Espíritu eran para hoy en día, supo que el Señor no cambiaría su iglesia en aquel momento. Renunció y ha estado trabajando en un empleo secular durante dos años. Él y su esposa se unieron a otra iglesia que cree en los dones y los practica. De cuando en cuando enseña y predica en esa iglesia, así como en otras. Ha sido muy difícil para mi amigo y su esposa estar fuera del ministerio profesional durante los dos últimos años. Sin embargo, ahora parece que Dios los conducirá de nuevo al ministerio a tiempo completo. Al mirar atrás a esos dos años, ambos me dicen que agradecen esos dos años que han tenido para aprender de los dones del Espíritu sin la presión de dirigir una iglesia. Dios tiene muchos modos diferentes de conducirnos a todos a la misma meta.

Algunas veces, cuando uno se ha pasado mucho tiempo rechazando los dones del Espíritu y llega a creer en ellos, casi siente que ha nacido de nuevo. Piensa que tiene una nueva Biblia. Con eso quiero decir que para uno, los Evangelios y Hechos cobran una nueva vida que jamás habían tenido. Cosas que uno había relegado al primer siglo, ahora se convierten en posibilidades para la Iglesia de hoy. Es un despertar maravilloso, pero como otros despertares, el propio entusiasmo puede hacer mucho daño, al igual que mucho bien. Permítaseme aconsejar acerca de muchas cosas que no deben hacerse en ese momento.

Si nuestro pastor y nuestros diáconos y ancianos no ven con buenos ojos nuestro cambio, hay que resistir la tentación de calificarlos. Así como la de presionarlos. En lugar de eso, hay que orar por el pastor y los líderes de la iglesia. Orar porque Dios bendiga ricamente sus ministerios y para que oigan con exactitud la voz del Espíritu Santo. No presuponer que al oír al Espíritu Santo, seguirán nuestros pasos. Puede ser que Dios los haya puesto a ellos en otro calendario distinto al nuestro.

Los pastores tienen ya suficientes críticas y presiones negativas sin añadir las nuestras. He sido pastor durante gran parte de mi vida adulta, y sé lo difícil que es. Pocas personas en realidad creen que uno es incapaz de equivocarse y lo seguirán ciegamente dondequiera. En lugar de eso, la

mayor parte del tiempo hay alguien enojado con uno por creer que se ha propasado, en tanto que otro está encolerizado porque considera que uno se ha quedado atrás. Recordemos cuánta misericordia ha mostrado Dios con nosotros y demostremos una poca de esa misericordia con nuestro pastor y con los líderes.
Por sobre todo, jamás unirse a un grupo en nuestra iglesia que esté contra el pastor y los líderes. Es mucho mejor para uno dejar la iglesia y los amigos, que rebelarse contra la estructura de autoridad que Dios ha colocado sobre uno. Si el Señor desea cambiar esa estructura de autoridad, puede hacerlo perfectamente sin que ayudemos a otra gente a dar un golpe de Estado impío.
Durante nuestro período de transición, aunque no nos unamos a un golpe impío, es probable que algunos de nuestros amigos interpreten mal nuestra actitud, que piensen que estamos adoptando una actitud de que “somos más santos que los demás”, y nos acusen de participar en reuniones secretas con la “élite espiritual" de la iglesia. Algunos pueden llegar incluso a decir que somos un instrumento escogido por Satanás para causar tensión en la iglesia. Cuando nos lancen acusaciones injustas, es natural ponerse a la defensiva. Cuando nos acusan injustamente porque estamos procurando algo que uno piensa que está correcto, es natural adoptar un complejo de mártir inocente. Existe la tendencia a pensar que uno y los otros que piensan igual, son los únicos que en realidad están interesados en la verdad y los únicos listos a sacrificarse por lo que creen. Los que están del otro lado de la cerca perciben esa actitud inmediatamente, y eso sólo intensifica el conflicto.
Salomón dio un gran consejo acerca de contestar las cosas desagradables que la gente dice de uno: “Tampoco apliques tu corazón a todas las cosas que se hablan, para que no oigas a tu siervo cuando dice mal de ti; porque tu corazón sabe que tú también dijiste mal de otros muchas veces" (Eclesiastés 7:21-22). La verdad es que todos hemos hablado mal de nuestros amigos cuando no hemos estado de acuerdo con Dios, y la verdad es que la mayor parte de las veces no lo decíamos con mala intención.
He atravesado uno de estos conflictos que describo. He dicho cosas desagradables de otros y a otros, y también han dicho cosas desagradables de mí. Pero cuando llegó el momento de separarnos, y tuve que mirarle a los ojos a mis queridos amigos y colaboradores, nos abrazamos y lloramos. No queríamos decir lo que dijimos. De veras no era

nuestra intención. ¡Cuánto hubiese deseado seguir el consejo que ahora les estoy dando! La causa de Cristo nunca avanzará si los cristianos se atacan unos a otros.

Uno de los regaños más elocuentes que jamás he encontrado en este sentido está en el prefacio del Obispo Burnet a la obra clásica The Life of God in the Soul of Man (La vida de Dios en el alma del hombre), escrita por Henry Scougal a finales del siglo diecisiete. He aquí lo que escribió Burnet:

Es difícil imaginarse algo más irresponsable, que ver a una asociación de hombres, que profesan una religión cuyo mayor y principal precepto sea el amor mutuo, el dominio propio, la indulgencia, la gentileza de espíritu y la compasión hacia toda clase de personas, y que están de acuerdo en todas las partes esenciales de su doctrina, y difieren sólo en algunas cosas menos materiales y más discutibles, pero que mantienen esas diferencias con un celo tan desproporcionado al valor de ellas, que persiguen a todos los que disienten de ellos con toda la violencia posible; o si quieren se proponen usar la fuerza, con toda la amargura del espíritu. Tienen que haber dejado estupefacto a cualquier observador imparcial, y. provocado grandes prejuicios contra su religión, por estar hecha de contradicciones: predicando amor, pero entregándose a todos los actos de odio.

En alguna parte alguien tiene que detener esto. Alguien tiene que dejar de devolver el insulto con la ofensa, la rudeza con la crueldad. ¿Por qué no pensarlo mejor y decidir que no importa lo que se diga de uno, no se va a responder igual? Y jamás olvidar que inmediatamente después que Pablo le dijo a sus lectores que “procuraran los dones mejores”, añadió: “Si (...) no tengo amor, nada soy” (1 Corintios 13:3).

13
Una pasión por Dios

Una de las tareas más placenteras que yo tenía como profesor del seminario era la de enseñar el libro de los Salmos. Me encanta meditar acerca del texto de Hebreos sobre los Salmos y tratar de develar el significado de intrincados giros del lenguaje. A pesar de eso, por mucho que yo amaba los Salmos, había dos cosas que me “molestaban” cada vez que meditaba en los Salmos en aquella época. Me turbaba la apasionada búsqueda de Dios que hacía el salmista. Permítanseme varios ejemplos de la clase de pasión que me intranquilizaba:

Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios? (42:1-2).

Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas (63:1).

Una cosa he pedido al Señor, y ésa buscaré; que habite yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor, y para meditar en Su templo (27:4, B.I.d.A.).

Se anticiparon mis ojos a las vigilias de la noche, para meditar en tus mandatos (119:148).

Cuando C. S. Lewis intentó describir este fenómenos en los Salmos, rehusó llamarlo “el amor de Dios’’ porque pensó que eso daría lugar a confusiones. En vez de eso, se refirió a la pasión del salmista como “apetito por Dios”. Lewis pensó que algunas personas podrían pensar que la expresión “apetito por Dios” era demasiado cruda. Personalmente pienso que es demasiado suave para lo que encontramos en los Salmos. Preferiría la expresión hambre de Dios o pasión por Dios. Los hagiógrafos de los Salmos tenían un ansia por la presencia de Dios que era abrumadora... y que me molestaba.

Me intranquilizaba porque yo empecé mi vida cristiana con al menos parte de esa ansia. Cuando yo tenía diecisiete años de edad, como nuevo convertido, me acuerdo que permanecía despierto por la noche después que todos se habían acostado en casa, para poder hablar con Dios sin interrupciones ni distracciones. Recuerdo haber corrido al buzón para recibir mi último paquete de los versículos de los Navegantes para memorizarlos y después seguir despierto hasta las 3:00 o 4:00 de la madrugada, meditando acerca de esos versículos y memorizando cada uno de ellos.

Nadie me obligaba a hacer eso. Lo hacía porque sentía hambre de Dios. Pero para cuando me convertí en profesor de seminario y enseñaba esas cosas en los Salmos, ya no permanecía despierto hasta tarde por la noche para memorizar la Biblia. No podía decir como el salmista que “mis ojos se anticiparon a las vigilias de la noche para meditar en Tus mandatos” (Salmo 119:148). No digo que jamás haya sentido la presencia de Dios durante esos últimos años. Disfruté de momentos tiernos con el Señor, pero no pude decir como el salmista que mi alma estuviera constantemente “sedienta” de Dios. Me sentía culpable cada vez que leía o enseñaba uno de esos pasajes como los citados.

La segunda cosa que me molestaba en los Salmos era la emoción del salmista. No sólo mostraban un regocijo intenso en el Señor, sino que también llamaba a otros a sentir ese júbilo como si fuera de suponer que formara parte de la norma de cada creyente. Una cosa es que el salmista dijere algo como: "Alégrese Israel en su Hacedor; los hijos de Sion se gocen en su Rey" (Salmo 149:2). Algo así podía ser comprendido. Pero el salmista no se detenía allí: proseguía explicando lo que él quería decir con "alégrese en su Hacedor". En el siguiente versículo exhorta al pueblo a "alaben su nombre con danza; con pandero y arpa a él canten" (Salmo 149:3).

¿Danza?

Sí, el salmista dijo que hemos de alabar a Dios con danza. El regocijo del salmista era tan grande que para expresarlo adecuadamente necesitaba todo el cuerpo, no le bastaba su voz.

Esta no era una forma poco usual de expresar intenso gozo en el Señor. María, David y la hija de Jefté estaban tan llenos de gozo en el Señor que todos danzaron ante Él. No estoy tratando de imponer el criterio de danzar en nuestros servicios en la iglesia hoy; lo que hago es ilustrar el punto de que el gozo del Señor era tan grande en estos santos, que no pudieron dejar de danzar.

El gozo es precisamente una de las emociones que he encontrado una y otra vez en los Salmos. Los salmistas podían también expresar una casi ilimitada congoja o tristeza por sus pecados o por la ausencia de la presencia del Señor.

Escuchemos otra vez al autor del Salmo 42:

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Dios? Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios? (42:2-3)

Cualquiera que haya leído los Salmos sabe que los salmistas eran capaces de grandes extremos emocionales. Y no me gustaba esta característica de los Salmos. No me molestaba la exhibición de emociones en un partido de fútbol o alguna otra competencia deportiva, pero me parecía fuera de lugar en el marco religioso.

Al comentar la ausencia de emoción en la adoración de su denominación, C.S.Lewis dijo: "Nos preocupa demasiado el buen gusto". Me parecía que la emoción en la religión era de mal gusto. Me disgustaban las emociones y desconfiaba de ellas. Los débiles eran sensibleros; los fuertes no lo eran.

Hasta el día de hoy recuerdo vivamente el cuadro en mi mente de uno de mis hijos que lloraba cuando tenía siete años. No lloraba porque se hubiera lastimado, sino porque lo habían herido en sus sentimientos. Cuando lo vi llorar, sentí repulsión. Yo consideraba que esas lágrimas eran señal de debilidad y no me gustaba verlas en mi hijo.

Me encantaba decir que vivía por la Palabra de Dios y no por mis sentimientos. Había predicado tantos sermones sobre este tema que había llegado a considerar antagónicos los sentimientos y la Palabra de Dios.

Lo que me turbaba de los Salmos era que no demostraban tener mi punto de vista en cuanto a las emociones. Los salmistas parecían dar rienda suelta a sus sentimientos. No les daba vergüenza mostrar su hambre apasionada por Dios, el intenso regocijo que sentían en Su presencia, y las lágrimas que derramaban por sus pecados o por Su ausencia. Me preocupaba que mi experiencia no fuera como la de ellos, y no podía encontrar un método satisfactorio para justificar su conducta. ¿Se suponía que su comportamiento fuera la norma? ¿Por qué el mío era tan distinto?

Aunque no soy psicólogo, pienso que sé por qué las emociones llegaron a hacerme desconfiar y disgustarme tanto. Mi aversión a los sentimientos venía de una combinación de un trauma de la niñez y un sistema teológico que yo había adoptado pocos años después de convertirme.

Cuando era un niño, yo admiraba a mi padre más que a ningún otro hombre; más que a ningún héroe del cine o la televisión. Lo consideraba como increíblemente inteligente. Parecía tener una respuesta para toda pregunta que yo le hacía. También me parecía físicamente muy poderoso. Había peleado en la Segunda Guerra Mundial, y aun después de haber sido herido por fragmentos de una granada que se le incrustaron en la espalda, siguió peleando durante dos días. Para mi joven mente él era el más hombre de los hombres en todas las formas.

Un día, poco después de haber cumplido yo doce años, el resto de la familia estaba lejos de la casa cuando mi papá entró en la cocina, vertió whisky en su café, y con la mezcla diluyó barbitúricos. Garrapateó una nota de una página, y fue al salón donde puso en el fonógrafo una triste pieza de piano titulada “La última cita”. Ajustó el fonógrafo para que tocara el disco una y otra vez. Escuchó muchas veces la pieza y tomó una de las armas que tenía y dio fin a su depresión y confusión.

Mi papá dejó una viuda de treinta y cuatro años con instrucción de 11 grado y cuatro niños que criar. Yo era el mayor con doce años; mi hermana

era la menor con tres. De ese trauma saqué en conclusión que yo iba a ser fuerte, y que nunca iba a dejar que me hicieran sufrir así otra vez.
Mi abuelo materno murió ese mismo año de un ataque cardíaco. De repente me quedé como el hombre de la familia, y tomé una resolución estoica que no dejó espacio para las emociones.
Cinco años después, a los diecisiete, me convertí maravillosa y completamente. Pienso que hubiera podido hacer las paces con mis emociones e incluso abrazarlas, si no hubiera sido por un sistema teológico que adopté unos pocos años más tarde.

Justificando nuestra falta de apasionamiento

Ya he confesado que había un abismo entre mi experiencia con Dios y la experiencia con Dios de los salmistas. Si fuera totalmente sincero tendría que admitir que mi experiencia no era sólo diferente de la de los salmistas, sino también de la de todo gran héroe de la Biblia. Todos ellos parecían mostrar una continuada pasión por Dios que yo había perdido.
Tenía que lograr una de dos cosas: de alguna manera tenía que recuperar esa pasión, o tenía que encontrar una buena excusa por no sentir ya esa pasión. Adopté entonces un sistema teológico que me dio una excusa para no sentir esa pasión por Dios.
En resumen he aquí el sistema: Los sentimientos son engañosos y no se debe confiar en ellos. De hecho, se debe desconfiar de todas las cosas subjetivas. La Biblia es algo objetivo, y por lo tanto, sólo puede confiarse en ella. La Biblia nos dice que el mayor de los mandamientos es amar a Dios y a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:36- 40). Este amor no es primordialmente un sentimiento. En vez de eso, es en realidad obediencia a los mandamientos de Dios. Después de todo, Jesús dijo esto explícitamente en Juan 14:15, 21 y 23:
Si me amáis, guardad mis mandamientos... El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama... El que me ama, mi palabra guardará.
Yo interpreté que los sentimientos no importaban siempre que obedeciéramos al Señor. Los sentimientos adecuados vendrían como consecuencia de los actos correctos, pero incluso si no lo hacían, lo importante era obedecer los mandamientos de Dios. Puesto que la Biblia es el registro objetivo de los mandamientos de Dios, debe ser sencillo decir

si estamos obedeciendo los mandamientos de Dios y, por lo tanto, si lo amamos.
Este fue el sistema que yo había adoptado y predicado durante años. Este sistema me mantenía atado a una versión anémica del cristianismo y me ofrecía una salida muy conveniente para justificar mi falta de hambre por Dios.
Permítaseme ilustrar por qué ésta es una versión defectuosa no sólo del cristianismo del Nuevo Testamento sino también del amor.
A lo largo de los años muchos hombres, tanto del seminario como de mi iglesia, me confesaron la atracción que sentían por la pornografía. Muchos de estos hombres habían resistido con éxito a la tentación de corromperse con libros o películas pornográficas. Sin embargo, estaban preocupados porque en el fondo de sus corazones sentían que todavía deseaban mirar pornografía. Había una indeseada inclinación o atadura emocional en sus corazones hacia la pornografía. Yo acostumbraba a decirles que no se preocuparan por eso en tanto no cedieran a la tentación. Después de todo, se supone que los sentimientos correctos sigan a los actos correctos, por lo que sus sentimientos cambiarían muy pronto. No obstante, a veces sus sentimientos no cambiaron. Algunas veces perduraron por años.
De acuerdo con mi sistema, esos sentimientos no tenían en realidad importancia en tanto los hombres fueran obedientes. Sin embargo, mirado desde la perspectiva de sus esposas, ¿estaban ellas satisfechas con que sus esposos ansiaran mirar los cuerpos de otras mujeres? Aun cuando algunos de estos esposos no habían cedido al pecado de la pornografía, sus esposas se sentían traicionadas y heridas por el hecho de que sus esposos lo estuvieran deseando.
Todo esposo y esposa sabe que ésta es una forma defectuosa de cristianismo. ¿Es esto lo mejor que Dios tiene para nosotros? ¿Resistir al pecado con la disciplina de nuestra voluntad, pero estar encadenado al pecado en nuestro corazón?
En otras ocasiones he asesorado a parejas en que el esposo era un proveedor fiel y amable para su esposa, pero había perdido su pasión por ella. Ya no sentía por ella lo que había sentido durante su noviazgo y primeros años de matrimonio. Había estado haciendo las cosas bien hechas, pero los sentimientos ya no existían. ¿Qué esposa se sentiría satisfecha con semejante amor?
Yo había adoptado una forma de cristianismo que separaba radicalmente la obediencia y los sentimientos. La obediencia sin emoción es nada más

que disciplina o fuerza de voluntad. No es amor. No se puede separar la pasión del amor y todavía tener amor. El verdadero amor se manifiesta no sólo en hechos, sino también en sentimientos. El afecto y la pasión son aspectos indispensables del amor por Dios.
El objetivo de la vida cristiana no es sencillamente obediencia externa a los mandamientos escritos de Dios. El objetivo de la vida cristiana es obedecer a Dios de corazón (Romanos 6:17; Efesios 6:6). Nadie puede obedecer a Dios de corazón a menos que tenga grabados los mandamientos del Señor en ese corazón. Esta es la gran diferencia entre el santo del Antiguo Testamento y el creyente del Nuevo Testamento. Por tener nosotros acceso al ministerio del Espíritu Santo, Él graba los mandamientos de Dios en nuestros corazones (Jeremías 31:33; Hebreos 10:16). No debemos contentarnos con la obediencia externa. Tenemos que odiar lo que Dios odia y amar lo que Dios ama.
Yo defendía un sistema que en realidad justificaba los sentimientos tibios hacia Dios y sus hijos. Pero Jesús había dicho a los laodiceos: “Por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:16).
En 1746 Jonathan Edwards publicó un libro, The Religious Affections (La devoción religiosa), en el cual argumentaba que “la verdadera religión tiene que consistir mucho en los afectos”. Edwards veía que una de las principales obras de Satanás era propagar y establecer un convencimiento de que en cuanto a la religión, todos los afectos y emociones no deben tenerse en cuenta en absoluto, sino más bien guardarse de ellos, como una tendencia perniciosa. Él sabe que éste es el modo de convertir toda religión en una mera formalidad desprovista de vida, y de apagar con efectividad el poder de la devoción y de todo lo que sea espiritual, y de echar fuera todo verdadero cristianismo.

Edwards prosigue diciendo,

Como no hay religión verdadera donde no haya otra cosa que sentimiento, asimismo no hay religión verdadera donde no haya devoción religiosa (...) Si las grandes cosas de la religión se entienden correctamente, afectarán el corazón (...) Esta forma de menospreciar toda devoción religiosa es, con mucho, el modo de endurecer los corazones de los hombres, de animarlos a ser estúpidos y faltos de sensibilidad, de mantenerlos en un estado de muerte espiritual a lo largo de toda su vida y de conducirlos al final a la muerte eterna.

Edwards se tomó gran trabajo para probar con las Escrituras que el verdadero cristianismo es una religión de sentimientos al igual que de voluntad. Demostró que las Escrituras dan mucho valor al "temor, esperanza, amor, odio, deseo, gozo, tristeza, gratitud, compasión y celo". No podemos amar a Dios y obedecerlo sin estas santas emociones.

Dejarse seducir

La ironía es que casi todo el mundo empieza la vida cristiana con un apasionado amor y anhelo por Jesús. A lo largo del camino muchos de nosotros pierde esa pasión, pero no tiene por qué permanecer perdida... a menos que nuestra teología diga que es normal vivir la vida cristiana sin la pasión por Jesús.

Cuando me convertí a los diecisiete, no tenía antecedentes religiosos o de iglesia de clase alguna. Inmediatamente me enamoré del Señor Jesús. Empecé a devorar Su Palabra. Hablaba con Él a todas horas. Les testificaba a todos mis amigos no cristianos una y otra vez. Era tan celoso en esto que perdí a todos mis amigos menos dos. Esta pérdida no me afectó mucho porque estaba tan enamorado de Jesús que en realidad era lo único que me importaba. Finalmente perdí mi primer amor y adopté una teología que justificaba esa pérdida. Sin embargo, no fue mi teología lo que dio lugar a esa pérdida. Fue otra cosa.

Después de un año, la pasión original que tenía por el Señor Jesús empezó a desvanecerse un poco. No puedo señalar el día o la hora en que sucedió, ni puedo dar una razón para ello, pero definitivamente algo era distinto. La pasión que al principio yo había sentido por Jesús, fue transformándose sutil pero seguramente a mi denominación. Yo amaba mi denominación. En nuestra iglesia hablábamos mucho de nuestra denominación y de cuán orgullosos estábamos de ella. Se me hizo difícil comprender por qué todos los verdaderos cristianos no deseaban formar parte de mi denominación. También recuerdo haber pensado que mi Iglesia era la mejor de toda la denominación.

No pienso que haya amado demasiado mi denominación ni mi iglesia. El problema era que yo amaba a Jesús muy poco en relación con mi iglesia. Este engaño tiene lugar tan lentamente y es tan sutil que es casi imposible verlo mientras uno está cayendo en la trampa. Al final me arrepentí de haber puesto a mi iglesia antes que a Jesús, y aquella pasión original por Él empezó a volver.

Me sedujo otra vez mi antigua búsqueda del amor del Señor Jesús. Sucedió así.

En el proceso de entrenarme teológicamente y convertirme en un profesor de seminario, desarrollé una intensa pasión por estudiar la Palabra de Dios. Me encontré amando la Biblia más de lo que amaba a su Autor. Quedé atrapado en esa trampa por más años de los que quisiera recordar.

Sin darme cuenta de ello, empecé a pensar que la esencia de la vida cristiana era el estudio o el conocimiento de la Biblia. C. S. Lewis alude a mi error así: “Uno a veces (no a menudo) se alegra de no ser un gran teólogo; es fácil confundir eso con ser un buen cristiano”. Esta es una trampa en que es fácil caer cuando uno vive en una comunidad académica, cuyos principales objetivos son enseñar las Escrituras y entrenar a otros para enseñarlas a su vez.

Me tomó mucho tiempo aprender que conocer la Biblia no es lo mismo que conocer a Dios, que amar la Biblia no es igual que amar a Dios, y que leer la Biblia no es lo mismo que escuchar a Dios. Los fariseos conocían la Biblia, la amaban y la leían, pero ni conocían, ni amaban, ni escuchaban a Dios.

Un día Jesús les dijo:

También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí (Juan 5:37-40, cursivas del autor).

Estos hombres dedicaban horas cada día a estudiar las Escrituras, y sin embargo el Hijo de Dios decía que ellos jamás habían escuchado la voz de Su Padre en ningún momento. ¡Es posible leer la Biblia todos los días de nuestra vida y nunca escuchar la voz de Dios!

La ironía de todo esto era que yo había predicado muchos sermones acerca de la importancia de hacer lo que dice la Biblia, no solamente saberlo. No obstante, la mayoría de mis esfuerzos y tiempo los empleaba en comprender la Biblia y la teología ortodoxa en vez de seguir al Hijo de Dios y procurar parecerme a Él. No tenía idea de la profundidad del engaño que me tenía atado.

He aquí algunos síntomas evidentes en las vidas de quienes han puesto la Biblia antes que Jesús: hablan más de la Biblia que de Jesús. Para ellos es más importante sostener una doctrina correcta que llevar una vida correcta. Esto significa que la prueba decisiva para ser admitido en esos grupos es

lo que uno cree, no cómo actúa. Sus líderes pueden ser ásperos y autoritarios. Los pecados de orgullo, arrogancia y crueldad religiosa con frecuencia se excusan o se pasan por alto. Para esas personas es más importante predicar la Palabra que ser ejemplo de ella.

No me gusta tener que admitirlo, pero todas esas características se cumplían en mi vida cuando puse la Biblia por encima del Señor Jesús. El problema no era que yo amara demasiado la Biblia, sino que amaba demasiado poco a Jesús comparado con ella.

A algunas personas les seduce hacer que el comportamiento moral externo y el deber sean la esencia de la vida cristiana. Quienes hacen esto terminarán con la misma clase de santurronería que caracterizaba a los fariseos. Observemos lo que Jesús dijo a aquéllos culpables de este pecado:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, más por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad (Mateo 23:23-28).

Si la esencia de la vida cristiana se vuelve conformidad con las reglas, siempre terminaremos en la santurronería.

Siempre me había gustado pensar que estaba libre de legalismos y de presunción. De hecho, siempre me sentí muy satisfecho de mí mismo como un “santo no conformista”. Pero a pesar de esta ilusión, había sido seducido al legalismo y el engreimiento muchas veces en mí andar con el Señor.

Déjenme contarles cómo el Señor me lo mostró.

En el proceso de abandonar mi iglesia en Fort Worth y dejar mi empleo como profesor en el seminario, empecé a pasar por un avivamiento personal en mi amor por el Señor Jesús. Para cuando nos habíamos mudado a Anaheim, California, para ser parte del personal en la Vineyard

Christian Fellowship, me sentía más unido al Señor de lo que había estado en los días inmediatamente posteriores a mi conversión.

Un día en el otoño de 1988, mientras conducía mi auto hasta mi oficina en la iglesia, noté que sentía una alegría inusitada. Revisé mentalmente los últimos acontecimientos de mi vida y no pude encontrar una razón que justificara el gozo que estaba sintiendo ese día. No esperaba unas vacaciones ni un viaje. No poseía nada nuevo que me alegrara, ni victorias espirituales recientes que pudieran causar aquella alegría en mi vida. Sencillamente me sentía gozoso al dirigirme a trabajar un día cualquiera. Empecé a preguntarle al Señor por qué sentía aquel regocijo.

Mientras hacía un examen de mi vida, me percaté de que estaba más cerca del Señor de lo que había estado en mucho tiempo. Oraba más que nunca antes y lo estaba disfrutando de verdad. Estaba meditando en las Escrituras más asiduamente y por más tiempo que nunca antes. Siempre había estudiado la Biblia para dar conferencias y predicar sermones, pero en ese momento había algo nuevo en la calidad del tiempo que le estaba dedicando a meditar para mí solo beneficio personal. Me estaba entregando a la gente de una forma en que jamás lo había hecho antes en mi ministerio, Y por primera vez en mi vida estaba empezando a ayunar de forma regular.

(Una de las ventajas de ser un cesacionista es que una vez que se tiene esa categoría de “cosas que dejaron de existir a fines del primer siglo”, se está en libertad de meter en esa categoría todo lo que no le gusta a uno. Yo puse allí no solamente los dones sino también el ayuno.)

Sin darme cuenta de ello, había empezado a felicitarme por mi andar con el Señor, por mi constancia y mi disciplina. En ese momento el Señor me habló tan claramente como si fuera con una voz audible. Me dijo: “No te alegres de tu dedicación al Señor Jesús; regocíjate en el mismo Señor Jesús. Si te regocijas en tu devoción a Jesús, eso te conducirá a la presunción”.

Con esa revelación recibí una visión divina de mi vida. Vi períodos en que estaba acercándome al Señor y cómo se interrumpía aquel acercamiento cuando empezaba a alegrarme de mi dedicación al Señor.

Unos días después el Señor me mostró dónde estaba esa verdad en las Escrituras. Está en la parábola del fariseo y el publicano en Lucas 18:9-14. En esa parábola el fariseo oró: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que

gano”. La oración del fariseo demuestra que en realidad él se regocijaba de su dedicación a Dios en vez de regocijarse en Dios. Si no se rectifica, eso siempre conduce a la presunción, y la presunción provocará que despreciemos a los demás (ver Lucas 18:9).

Algunas personas se engañan y ponen los dones espirituales antes que el Señor Jesús. Esto parece ser lo que sucedía a los corintios. A otros les engañan las emociones. Se esfuerzan para conseguir cierto nivel de sensaciones más que en seguir al Señor Jesús. A esta clase de personas se las conduce muy fácilmente a los excesos emocionales, las extravagancias y los fraudes.

Hay otro engaño todavía más sutil. El estilo de adoración de la iglesia ha venido experimentando cambios importantes. En muchas de las iglesias de hoy la gente está usando la música de adoración tradicional menos frecuentemente y optando por una forma de música más moderna. En vez de dos o tres himnos cantados al principio del servicio y que se consideran como parte de los “preliminares", muchas iglesias han extendido el tiempo de adoración con música. En mi opinión la mayor parte de esto está bien, pero incluso en eso veo gente engañada: algunos se dedican en realidad a adorar la adoración en vez de adorar al Señor Jesús.

He encontrado gente que llegan a poner la vida cristiana antes que Jesús. He conocido feligreses, incluso seminaristas, que se habían convertido a un modo de vida, pero no a Jesucristo. Amaban la vida cristiana, les gustaba la confraternidad, ir a la iglesia, ir a las reuniones, dar para las causas dignas, el estímulo que viene de leer la Biblia, y aun orar. Es posible hacer todas estas cosas sin haber confiado en que Jesús perdona nuestros pecados y nos da vida eterna. He visto conducir a Cristo a seminaristas en el cuarto año de estudios bíblicos. He visto diáconos venir a confiar en Cristo después de años de servicio fiel en una iglesia conservadora.

Lo que quiero decir es que es posible anteponer casi cualquier cosa buena en el lugar de Jesucristo sin darse cuenta de lo que se está haciendo. Podemos colocar la Biblia y sus mandamientos por encima del Señor. Podemos anteponer los dones espirituales e incluso varias clases de adoración antes que el Señor. Podemos poner varias formas del ministerio testificar, cuidar de los pobres, orar por los enfermos por encima del Señor. Es posible dejarse engañar por todas estas cosas.

No debemos igualar a Jesús con ninguna de estas cosas buenas. Jesús no es una doctrina, ni una teología, ni un principio abstracto, ni un ministerio,

ni una iglesia, ni una denominación, ni una actividad, ni siquiera una forma de vida. Jesús es una persona, una persona real. Y Él pide que lo pongamos por encima de todas esas cosas buenas. Ninguna de estas cosas murió por nosotros; el Hijo de Dios, sí. Ninguna de estas cosas controla nuestro destino; el Hijo de Dios, sí. En cualquier momento en que uno empiece a dedicar más atención a una de estas cosas o a procurar una de ellas más de lo que procura acercarse al Hijo de Dios, eso se convertirá en un ídolo en su vida para alejarlo de Él. Así es fácil confundir el amar estas cosas buenas con amar a Jesús. Es fácil confundir la dedicación hacia esas cosas buenas con la dedicación a Dios.
Debemos cuidar y cultivar una pasión por Dios más que ninguna otra cosa, o la perderemos. He comprobado que casi cualquier cosa buena en mi vida está lista para competir por mi tiempo e intimidad con Dios. La esencia de todo en la vida es amar a Dios y después amar a Su pueblo (Mateo 22:36-40).

Un amor apasionado

Con frecuencia hablo de “pasión” por Jesús en vez de amor por Jesús porque la palabra amor ha perdido su significado bíblico en muchos círculos religiosos hoy en día. Como dije antes, hay un intento persistente de los teólogos y predicadores populares a definir el amor primordialmente en términos de deber, sin referencia alguna a su calidad emocional. Un amor a Dios desprovisto de emoción es un producto ficticio creado por las mentes de los maestros modernos. La Biblia jamás define el amor de esa manera.
Me gusta el término pasión porque hace hincapié en el amor como emoción. La pasión puede definirse como “cualquier clase de sentimiento por el cual la mente queda poderosamente afectada o conmovida”. La pasión es un sentimiento que impulsa a actuar a la mente y a la voluntad. El término pasión cubre una enorme gama de sentimientos adecuados para amar a Dios. Me refiero a cosas como deseo, anhelo, celo, afecto, ansia, hambre, etc. Todos estos sentimientos son característicos de quien está profundamente enamorado.
Deseo que estos sentimientos apasionados caractericen mi relación con el Señor Jesús. Claro que deseo ser perfectamente obediente al Señor, más deseo que esa obediencia provenga de un apasionado amor por Él. Deseo obedecer a Jesús, mas no por disciplina o deber, o porque espero alguna

recompensa o temo algún castigo. Deseo servirlo sencillamente por el gozo de ser capaz de complacer a Aquél a quien amo tanto. Si lo que nos impulsa a procurar a Jesús es en última instancia la disciplina, al final abandonaremos esa búsqueda. Pero un hombre o una mujer enamorados no se rendirán jamás. Esa es la naturaleza del amor (Cantares 8:6-7). Deseo que mi vida se caracterice por un irrestricto amor por el Hijo de Dios. ¿Es esto posible o sólo un deseo fantástico? He oído a algunos enseñar que al principio de nuestra relación con Dios es normal sentir un amor apasionado por Él, y que después de poco tiempo es normal que esa pasión sea reemplazada por una sensación de deber y disciplina más confiable. ¡Hasta he escuchado a algunos maestros decir que el apaciguamiento de la pasión es una señal de madurez espiritual! Pienso que la Biblia presenta el cuadro exactamente opuesto.
Pensemos en esas citas de los Salmos al principio de este capítulo. Los salmistas no habían perdido su pasión por Dios. Estaban llenos de hambre y de anhelo por Él. Empleaban las más vividas metáforas para expresar su ansia por Dios. Tal “como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por Dios el alma del salmista (Salmo 42:1-2). David dijo que su más cara oración era estar en la casa del Señor todos los días de su vida simplemente ’’para contemplar la hermosura del Señor y para meditar en Su templo" (Salmo 27:4). Si los santos del Antiguo Testamento sentían un amor apasionado por Dios, ¿cuánto más no debían sentir los santos del Nuevo Testamento, quienes viven a la luz de la cruz y el poder del Espíritu Santo?
Pero si hemos perdido esa pasión ¿cómo podemos recuperarla? ¿Y cómo se relaciona nuestra pasión por Dios con nuestra experiencia personal de Su poder? Examinaremos esas cuestiones en el capítulo final.

14
Desarrollando la pasión y el poder

Un día Jesús llegó al pueblo de Betania y decidió quedarse en casa de María, la hermana de Marta y Lázaro (Lucas 10:38-42). María tenía tal ansia y amor por el Señor que se sentó a Sus pies, bebiéndose todas Sus palabras. Era la hora de la cena, pero prefirió escuchar a Jesús en vez de comer.
De acuerdo con las reglas normales de hospitalidad en el antiguo Cercano Oriente, María era responsable, junto con su hermana Marta, de servir una

comida a Jesús y a sus discípulos. Pero para ella era mucho más importante escucharlo y estar con Él, que servirlo. Su afecto por el Señor vencía las reglas normales de la etiqueta. Estoy seguro de que si Jesús le hubiera dicho a María que fuese a ayudar a su hermana Marta, ella lo hubiera obedecido inmediatamente. Pero de ninguna manera se habría apartado de Su presencia a menos que Él se lo ordenara.

Cuando Marta trató de que el Señor regañara a María por no ayudarla a preparar la comida, Jesús no sólo se negó a ello, sino que la alabó. María Lo había escogido a Él, aun por encima del servicio a Él, y el Señor dijo que ella había escogido la mejor parte, que nunca le sería quitada.

Con frecuencia los predicadores emplean este incidente como un argumento de la necesidad de estudiar la Biblia. Pero María no estaba estudiando la Biblia, sino que estaba sentada a los pies de Quien para ella ocupaba el primer lugar, escuchando con atención todo lo que decía.

La profunda pasión de María por el Señor también se observó seis días antes de la última Pascua de Jesús. Él sabía que le quedaban sólo seis días de vida antes de la cruz. ¿Dónde piensan ustedes que decidió pasar estos últimos seis días? Él hizo caso omiso de toda la gente y los lugares “políticamente correctos” de Jerusalén, y fue al pueblo de Betania, a unas dos millas al sureste de Jerusalén. Escogió el hogar de Lázaro, Marta y María. ¿Por qué? Porque éste era el lugar que Su Padre celestial había escogido desde antes de la fundación del mundo para que Su Hijo fuera ungido a fin de ser enterrado.

¿A quién concedería Dios el honor de ungir a Su Hijo?

Sucedió así:

María entró a mediados de la cena con una libra de perfume de nardo puro, que valía por lo menos el equivalente a un año de salario. Entonces “malgastó” aquel perfume caro, derramándolo en los pies de Jesús. Enseguida se zafó el pelo y lo usó para enjugar los pies del Señor con su cabello (Juan 12:1-3).

Esta era una conducta extraordinaria. También sumamente impropia. María interrumpió la cena, se acercó a un huésped varón, se zafó el pelo a la manera de una mujer inmoral, e hizo una labor de esclavos. ¿Qué la llevó a humillarse y transgredir los límites del decoro? ¿Qué la impulsó a un despilfarro tan exorbitante?

Esto: ella reconocía la grandeza de Jesús, y sabía que Él merecía todos los despilfarros que ella podía derramar sobre Él. Era digno de la más profunda humillación que ella pudiera sufrir por Él. A María la impulsaba

una santa pasión por el Hijo de Dios. Despilfarró aquel perfume sobre Jesús y por Él hubiera malgastado toda su vida entera si Él le hubiera dado la oportunidad. El regalo era excesivo, pero el regalo reflejaba únicamente lo desmedido de sus sentimientos por Cristo.
Tanto Juan como Lucas nos pintan "esas escenas" de María porque nos presentan su vida como un modelo que debemos copiar. ¿Cómo copiamos una vida así? ¿Cómo desarrollamos la misma pasión y devoción que María tenía por Jesús?

Para desarrollar una pasión por Jesús

Los pasos para desarrollar una pasión por Jesús son tres.
El primero es obvio. Nadie puede amar o sentir una pasión por alguien a quien no conoce. Al igual que María, tenemos que tomarnos el tiempo para llegar a conocer a Jesús. Mientras más tiempo estemos sentados a Sus pies y lo escuchemos, mejor lo conoceremos. Y cuanto más lo conozcamos, más lo amaremos.
Cada uno de nosotros tiene que dedicar un tiempo cada día para orar y para meditar en la Biblia. No podemos permitir que este tiempo se convierta en algo mecánico o ritual.
Debemos recordar que se puede leer la Biblia como un fariseo y jamás escuchar la voz de Dios (Juan 5:37). Es posible dejar que nuestro tiempo de oración degenere hasta convertirse en el acto de leer ante Dios nuestra lista de compras.
En nuestro tiempo regular de orar y meditar, debemos tener presente que el propósito de ello es encontrarnos con una Persona real. Esta Persona habla, guía, alienta, revela y condena. Se enoja y perdona. Somos capaces de entristecerlo o de regocijarlo. Estas son las cosas que la Escritura nos dice acerca de este Dios a quien nos acercamos para orar.
No debemos presumir que por ser capaces de leer podemos entrar en Su presencia. Una lectura mecánica de la Biblia o una oración ritual no nos llevarán a la presencia de Dios. El salmista le pedía a Dios: "Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu Ley" (Salmo 119:18). Él sabía que sin la presencia de Dios para iluminar la Palabra, él nunca podría "ver las maravillas". Pide la presencia de Dios, no la supongas. Llega a Su Palabra deseando encontrarte y hablar con una Persona. Escucha mientras oras y meditas.

Todos sabemos estas cosas. Nos las enseñaron desde que nos convertimos. El problema no es que no las sepamos; es que no las hacemos. Cuando yo era el pastor de una iglesia de la Biblia, mi principal exhortación a los feligreses era que leyeran la Palabra y oraran. La confesión que me hacían la mayor parte de las veces aquéllos a quienes aconsejaba, era que no tenían el hábito de leer y orar de forma regular.

Ya llevo casi diez años viajando constantemente por el cuerpo de Cristo. Tendría que decir que la mayoría de los pastores y miembros de la Iglesia que me encuentro no dedican habitualmente un tiempo para orar y meditar en la Biblia. He encontrado este problema en todas las ramas de la Iglesia.

Los cristianos con quienes hablo creen que la Palabra y la oración son importantes, y en realidad desean meditar y orar, pero simplemente no lo hacen. En la mayoría de los casos no se debe a fallas morales en sus vidas. Más bien dejan de encontrarse con el Señor por una sencilla falla mecánica: dejan de planificar un tiempo para pasarlo con Él.

La gente tiende a vivir con la ilusión de que siempre tendrá tiempo de orar y meditar en la Palabra. Esa es una de las mentiras en que el diablo tiene más éxito. Él sabe que si puede mantenemos alejados de la presencia de Dios, nos derrotará. Aunque poseamos enormes conocimientos bíblicos, eso sólo nos hará alardear con vanidad de nuestro ingenio, lastimando a los demás, a menos que vayamos constantemente a la presencia de Dios. Incluso cuando estamos ungidos con dones espirituales poderosos, si no vamos a Su presencia regularmente, podemos desencadenar un desastre en la iglesia. Jamás aumentará nuestra pasión por el Hijo de Dios, ni le seremos de provecho para servirlo, si no acudimos a Su presencia de forma consistente.

No hay un solo héroe bíblico que no acudiera a la presencia de Dios con regularidad. Sigamos el ejemplo de Josué y meditemos en la Palabra día y noche (Josué 1:5-9). Imitemos a Pablo y oremos constantemente (1 Tesalonicenses 5:17). Emulemos a María y sentémonos a los pies de Jesús (Lucas 10:39). A fin de poder copiar estos ejemplos, tenemos que hacernos el hábito de reservarle un tiempo cada día, o nunca acudiremos a la presencia de Dios regularmente. Si no hacemos este hábito de encontrarnos con una Persona, esa Persona jamás nos defraudará.

He aquí la segunda clave para desarrollar una pasión por el Señor Jesús. En toda relación se levantan de tiempo en tiempo barreras causadas por malentendidos y a veces por equivocaciones. En nuestra relación con el Señor sucede lo mismo. Cada vez que pecamos, levantamos una barrera

entre Él y nosotros. La culpa del pecado puede mantenemos alejados de la presencia del Señor. Así sucede también en nuestras relaciones con nuestros iguales. Cuando lastimo a alguien a quien amo, no puedo disfrutar en realidad su compañía hasta que se haya aclarado esa ofensa.
Hay una sola cosa que elimina la barrera entre Dios y sus hijos desobedientes. Esa es la sangre de Su Hijo:
Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:7-9).
La culpa del pecado desaparece de nosotros cada vez que confesamos ese pecado, confiando en el poder de la sangre de Jesucristo para perdonarnos y limpiamos.
Esta es otra verdad que se nos enseñó desde nuestra conversión. Sin embargo, encuentro muchos cristianos doblegados bajo la culpa del pecado y parecen vivir más tiempo bajo condenación que en la libertad de Cristo. Mucha gente me dice que confiesa sus pecados y no “se sienten” perdonados. No es suficiente decir algunas palabras acerca de nuestro pecado; tenemos que confiar en el poder de la sangre de Jesús para perdonarnos. Nunca seremos lo suficientemente santos o disciplinados para llegar a la presencia de Dios y ser perdonados sin la sangre de Su Hijo. Lo único que el Padre nos ha dado para borrar el pecado y la culpa es la sangre de Su Hijo. Nuestras buenas obras, nuestras vidas transformadas y las mejores intenciones jamás borrarán la culpa del pecado.
Hay otra cosa más que es absolutamente esencial si queremos llegar a sentir la pasión consumidora por el Hijo de Dios. La mayor parte de mi vida cristiana he seguido cometiendo el mismo error una y otra vez: sigo confiando en mi disciplina, en mis buenas intenciones, en mi conocimiento de la Biblia para producir el amor a Dios. Pero siempre termino en legalismo y autosuficiencia cuando pongo por delante mi confianza en estas cosas.
Un día el Señor interrumpió todo esto cuando un amigo mío muy querido, Mike Bickle, me dijo que nunca se había recuperado del shock que le produjo el Señor cuando le dijo: “Si alguna vez alcanzas el éxito en la vida cristiana, no será porque seas un buen seguidor, sino porque Mi Hijo es un buen líder. Pon tu confianza en Su habilidad para dirigirte, no en tu

habilidad para seguirlo". Aquella revelación divina me llegó al corazón. Comprendí por qué la presunción y el legalismo eran capaces de atrincherarse constantemente en mi vida.
Por favor, no me interpreten mal en este punto. No digo que no necesitemos disciplina, ni conocimiento de la Biblia, o una conducta santa; sí que los necesitamos. Ni tampoco estoy diciendo que debemos permanecer pasivos y dejar que sea Dios quien lo haga todo. Estoy hablando acerca de nuestra actitud y nuestra confianza. Tenemos que hacer lo correcto, pero jamás poner nuestra confianza en nuestra habilidad para hacerlo. Nuestros corazones se inclinan al engaño de un modo increíble (Jeremías 17:9), y nuestros pies son igualmente proclives a salirse del sendero de la rectitud (Romanos 3:10-18). A la luz de esto, ¿cómo podemos confiar en algún momento en nuestra capacidad de seguir a Jesús?
He llegado al punto de mi vida en que comprendo que si alguna vez desarrollo mi pasión por el Hijo de Dios, no será porque yo lo haya ganado, sino porque Él me lo ha dado como Su mayor y más benevolente don. Después de todo, ¿no es de ese modo como llegan a nosotros las cosas más importantes, como regalos? Santiago dice: "No tenéis lo que deseáis porque no pedís" (Santiago 4:2). Los más grandes dones que Dios tiene para damos son nuestros con sólo pedirlos. Podemos obtener de Él cualquier cosa que estemos dispuestos a conseguir orando. Le animo a que emplee más tiempo en pedirle a Dios que le conceda la pasión por el Hijo de Dios del que emplea en pedirle cualquier otra cosa.
Una oración ha hecho más para generar la pasión por el Señor en mi corazón que ninguna otra cosa que yo haya hecho nunca antes. Esta oración se encuentra en la que es quizás la más grandiosa oración en toda la Biblia. Me refiero a la oración sacerdotal que pronuncia el Señor Jesús en Juan 17.
He convertido el último versículo de esa oración en mi propia oración personal:
Les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos (Juan 17:26).
Jesús decía que Él había declarado el nombre del Padre a Sus discípulos; o sea, les mostró cómo es el Padre. Lo hizo por un propósito predominante: Él quería que Sus discípulos lo amaran como Su Padre celestial lo amaba. Deseaba que Sus discípulos sintieran el amor que Su Padre tenía por Él.

Leí este versículo muchas veces antes de comprenderlo.

La primera vez que comprendí en realidad lo que Jesús estaba diciendo, lo encontré muy difícil de creer. ¿Cómo puedo yo amar a Jesús en la misma forma que Dios Padre ama a Su propio Hijo? Por supuesto, no hay quien pueda amar a alguien hasta el mismo grado o cantidad que Dios los ama. Pero por otro lado, tampoco podemos ser tan santos como Dios. Y sin embargo Dios nos dice: "Seréis santos porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo" (Levítico 19:2, B.d.I.A.). Es mediante el poder de Su Espíritu en nosotros que podemos andar en santidad. Por ese mismo poder, podemos vivir nuestras vidas con una pasión devoradora por nuestro Señor.

El Padre ama al Hijo más que a ninguna otra persona o cosa. Está dedicado a Su Hijo. Jamás aparta Sus ojos de Él. Todo lo que el Padre hace, lo hace por el Hijo. Jesús oró para que nos impulsara esa misma pasión santa.

He parafraseado Juan 17:26 a fin de orar así: "Padre, concédeme poder del Espíritu Santo para amar al Hijo de Dios como Tú lo amas". Oro así por la mañana cuando me levanto; repito esa oración durante el día cuando mi mente se detiene en neutral; y la repito cuando me duermo por la noche. Esa oración ha cautivado mi corazón. Cuando la pronuncio, estoy confesándole a Dios que si Él no me concede una obra del Espíritu Santo en mi vida, nunca podré adquirir la pasión por el Hijo de Dios. Estoy confesándole que mi devoción, mi disciplina, mi conocimiento de la Palabra, aunque buenos todos, son insuficientes para producir la pasión por el Hijo de Dios. Yo puedo cambiar de opinión, pero únicamente el Espíritu Santo puede cambiar mi corazón. El amor divino sólo puede ser impartido divinamente.

Si uno empieza a pronunciar esa oración regularmente, la pasión por el Hijo de Dios comenzará a brotar en el corazón de uno. Puede tomar meses, incluso años antes de que uno se dé cuenta de una diferencia significativa. De hecho, probablemente nunca será uno capaz de identificar el día o la hora en que empezó a sentirse consumido de pasión por el Hijo de Dios, pero otros sí lo notarán. Dirán que uno ha cambiado; que parece diferente. Dirán que hay una bondad, una gentileza en uno que nunca antes habían notado. Hay algo contagioso en nuestro amor por el Hijo de Dios que no parecía haber estado antes allí, y querrán saber qué ha estado uno haciendo.

No permanezcan pasivos en lo relativo a adquirir una pasión por el Hijo de Dios. Conviértanlo en el objetivo de su vida. Pongan los ojos en el Hijo de

Dios y déjenlos ahí (Hebreos 12:2), y llegarán a verse cada vez más parecidos a Él. Verán cómo se enamoran de Él mientras le piden a Dios día tras día que los consuma con la pasión por Su glorioso Hijo. Y esa pasión, mientras empieza a ocupar sus corazones, vencerá mil pecados en sus vidas. Empezarán a amar lo que Él ama y odiar lo que Él odia.

La pasión y el poder

¿Qué tiene que ver esta conversación acerca de la pasión con el poder y los dones milagrosos del Espíritu? Sencillamente esto: el amor apasionado por Dios es la clave del poder. Los apóstoles del Señor Jesucristo eran famosos por su poder milagroso. El secreto de su poder está basado en su llamado:

Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios (Marcos 3:13-15).

En la versión de Marcos del llamado de los apóstoles, Jesús designó a los doce con tres propósitos: (1) para que estuviesen con Él, (2) para que Él pudiera enviarlos a predicar, y (3) para que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y echar fuera demonios. El orden de estos propósitos es muy significativo. Antes de que intentaran ministrar para Jesús al predicar y echar fuera demonios, estaban llamados a que “estuviesen con Él”. A partir de esa experiencia íntima de estar con Jesús, Él les dio poder para predicar y echar fuera demonios.

Las personas más poderosas de la tierra son aquellas que estuvieron con Jesús (ver Hechos 4:13). La intimidad con Jesús, “el estar con Él”, siempre produce pasión por Él. Piensen en las personas más poderosas en las Escrituras. Gente como Moisés, Daniel, Pedro, Juan y Pablo eran poderosos en milagros, o en revelación, o en ambos. Eran también personas que estaban consumidas por la pasión hacia Dios.

Como hemos visto, sin embargo, la pasión y el poder no están limitadas a los profetas del Antiguo Testamento y a los apóstoles del Nuevo. Consideremos otro episodio más de la vida de María.

Cuando Lázaro, el hermano de María, murió, Jesús vino a su casa cuatro días después. Marta fue la primera en recibirlo. Ella le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto” (Juan 11:32). Jesús responde a Marta dándole una de las más grandes enseñanzas teológicas

en toda la Escritura: Yo soy la resurrección y la vida (Juan 11:25, cursivas del autor).
Cuando María va a Su encuentro unos momentos después, le dice igual que Marta: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano” (Juan 11:32). Sin embargo, cuando María dijo estas palabras, Jesús lloró. Entonces se dirigió a la tumba y levantó al hermano de María de entre los muertos* Una persona como Marta podía conseguir de Jesús una gran verdad teológica. Pero una persona como María pudo quebrantar Su corazón y moverlo a resucitar a alguien.
La gente que tiene la pasión de María por el Señor Jesús puede moverlo en una forma que otros no pueden. La pasión por Jesús le dio a María acceso al poder de Jesús.
Permítaseme ilustrar con un dramático ejemplo contemporáneo lo que quiero decir:
En mayo de 1985 Mahesh Chavda, un evangelista ampliamente conocido por sus sanidades y milagros, se enfrentó a un horrible dilema. Su hijo Aarón acababa de nacer prematuramente cuatro meses antes de fecha. Los doctores no le dieron a Mahesh y a su esposa Bonnie esperanza alguna de que el pequeñuelo sobreviviera. La muerte era cierta e inminente. El médico dijo que aun cuando sobreviviese, no había oportunidad de que su cerebro se desarrollara normalmente y que sería para siempre un “vegetal”.
Casi un año antes Mahesh había dado su palabra de que celebraría diversas cruzadas en África. Su esposa e hijito estaban en el hospital, y él estaba comprometido a viajar al África. Él sentía que el Señor le estaba diciendo que fuera al África y cumpliera su palabra. Pero sus emociones le decían que se quedara. ¿Cómo podía dejar a Bonnie para enterrar al niño ella sola?
Bonnie persuadió a Mashesh para que fuera: —Tu deber es ir cuando el Señor te ha llamado a ir —le dijo—. No importa que estés tú aquí o no, sino que el Señor esté aquí. Y yo sé que Él está aquí. Si Aarón sobrevive será por la intervención de Dios, no porque tú te quedes en casa.
Mahesh dejó a Bonnie y se dirigió hacia la unidad de cuidados intensivos donde su minúsculo hijito yacía luchando por su vida. En aquel momento Aarón pesaba una libra y tres onzas. Mahesh deslizó su mano debajo de Aarón. Era tan diminuto que cabía fácilmente en la palma de la mano de su padre. Mahesh observó a Aarón inhalar con dificultad cada dolorosa aspiración con sus pulmones parcialmente formados. Entonces lo ungió

con aceite y oró por él. Finalmente, miró a su hijito y dijo: —Aarón, parece que no podré volver a verte otra vez. Quiero que sepas que tu papito te ama. Pero Jesús te ama todavía más que yo. Si nunca más volviera a verte aquí en la tierra, sé que te veré en el cielo—. Con aquel adiós se dio vuelta y se dirigió al aeropuerto.

Semanas después, cuando Mahesh había terminado las cruzadas en Zambia, pudo finalmente hablar con Bonnie por teléfono, pero sólo una vez. Milagrosamente Aarón todavía se aferraba a la vida. Mahesh tomó el avión para Zaire y aterrizó en su ciudad capital, Kinshasa, el domingo 9 de junio de 1985.

Mahesh no conocía a los organizadores locales de la cruzada en Kinshasa, y no había recibido noticias de los preparativos para las reuniones. Esperaba una pequeña multitud de entre 700 a 800 personas. A la reunión de líderes el lunes por la mañana asistieron 2,300 personas. Al final de la reunión, una anciana con el cuerpo cubierto de tumores cancerosos quedó sana instantáneamente frente a todo el mundo. Los tumores habían desaparecido por completo.

La noticia de esta sanidad milagrosa se esparció como un fuego forestal en una sequía de agosto. ¡Esa noche 100,000 personas fueron a la reunión! Acudieron con toda enfermedad imaginable, algunos traídos en camilla. Esa noche tanta gente quedó sana que incluso las brujas y hechiceros que habían venido para interrumpir la reunión se convirtieron, se arrepintieron públicamente y declararon su fe en Jesús. Para el miércoles 12 de junio la muchedumbre de la mañana había aumentado a 30,000.

Esa mañana Mulamba Manikai estaba de pie en medio del gentío, y aunque tenía el corazón destrozado, escuchaba con atención a Mahesh. A diferencia de la mayoría de sus vecinos de la calle Lumbi en el sector Mikondo de Kinshasa, Mulamba y su familia eran cristianos. Cuando Mulamba había regresado a casa de la reunión del martes, encontró a su hijo de seis años, Katshinyi, paralizado y en coma. Mulamba y su hermano mayor, Kuamba, llevaron al niñito al puesto médico de la compañía de Mulamba. Allí le diagnosticaron malaria cerebral, y le dijeron a Mulamba que lo llevara a la Clínica Mikondo para que lo trataran.

A las 4 de la madrugada del miércoles, cuando estaban llegando a la Clínica Mikondo, el niñito de seis años tuvo un espasmo y dejó de respirar. Después su corazón dejó de latir y murió en brazos de su padre. Dentro de la clínica un médico trató de revivirlo con una inyección, pero fue inútil y el doctor le dijo a Mulamba: —Tu hijo está muerto. No puedo hacer nada por

él. Tienes que llevarlo al Hospital Mama Yemo en Kinshasa y conseguir un certificado de defunción para enterrarlo.

Cuando llegaron con el cuerpecito al hospital, de nuevo el niño fue declarado muerto. Mulamba dejó el cuerpo de su hijo en el hospital con Kuamba para ir a pedir dinero prestado a fin de pagar por el permiso para enterrarlo.

Cuando salió a la calle, Mulamba empezó a orar al Señor para que levantara a su hijo de los muertos si eso le daba gloria a Dios. Mientras recordaba la historia de cuando Pedro levantó a Dorcas de los muertos, Mulamba escuchó a Dios hablarle así: "¿Por qué lloras? Mi siervo está en esta ciudad. Ve a verlo".

Mulamba sabía que el Señor se refería a Mahesh. Corrió a la Plaza Kasavubu donde Mahesh estaba predicando a 30,000 personas. Mahesh estaba terminando su mensaje. Exactamente a las 12:00 del mediodía, ocho horas después de que Katshinyi muriera, Mahesh dio un paso atrás, alejándose del micrófono.

De repente, Mahesh sintió como si Dios se lo hubiera llevado hacia otro plano. Ya no percibía a la muchedumbre. Estaba rodeado de silencio. La suave voz del Espíritu Santo le habló clara e inequívocamente: "Hay aquí un hombre cuyo hijo murió esta mañana. Invítalo a venir al frente. Quiero hacer algo maravilloso por él". Mahesh repitió esas palabras exactas a la audiencia.

Mulamba corrió hacia adelante gritando: "¡Soy yo! ¡Soy yo!" Inmediatamente Mahesh colocó sus manos sobre la cabeza de Mulamba y oró: "Señor Jesús, en Tu nombre ato los poderes de las tinieblas y la muerte que están obrando en el hijo de este hombre, y te pido que envíes a tu Espíritu de resurrección para que lo traigan de nuevo a la vida".

La multitud se disolvió en tanto que Mulamba regresaba corriendo al hospital.

He aquí lo que sucedió en el hospital a las 12:00 del mediodía del 12 de junio de 1985, mientras Mahesh oraba sobre Mulamba en la Plaza Kasavubu. Allá en el Hospital Mama Yemo, Kuamba tenía el cuerpo del hijo de su hermano en sus brazos. Al mediodía sintió que el cuerpo se movía, y el niño estornudó. Katshinyi se sentó y pidió de comer. Entonces empezó a llamar a su padre. Dios lo había traído de entre los muertos.

No hace falta decir que el hospital estaba conmocionado. Mulamba entró en la habitación mientras Katshinyi clamaba por él. Mulamba agarró a su hijo y empezó a gritar alabanzas a Dios en la habitación de hospital que

sólo unos minutos antes había servido de morgue para el cuerpo inanimado de su hijo.
La noticia de este grandioso milagro se esparció por toda la ciudad, y ese fin de semana más de 200,000 personas acudieron por la noche a escuchar el Evangelio. Muchos fueron salvos y quedaron sanados.
Yo he visto una copia del certificado de defunción de Kalshinyi Manikai con su sello oficial y firmado por Iwanga Embum. Un escéptico pudiera aducir que la muerte de Katshinyi fue un error de diagnóstico y que él estaba solamente en coma. Sin embargo, esto no explicaría la sincronización de la revelación (que el hijo de un hombre presente allí había muerto y que Dios haría algo por él) dada a Mahesh ocho horas después, y la simultánea recuperación del niño.
Conozco personalmente a Mahesh Chavda, y estoy convencido de su integridad y de la validez de su ministerio. Pero también lo están treinta mil residentes de Kinshasa, Zaire, quienes presenciaron los sucesos milagrosos del 12 de junio de 1985.
Kuamba, el hermano de Mulamba, se convirtió en cristiano después de ser testigo del poder de Dios esa mañana. La familia Manikai todavía vive en el número 26 de la calle Lumbi en Kinshasa.
Dios recompensó a Mahesh por su fidelidad de dos maneras: Primero, le permitió participar en una milagrosa resurrección. Segundo, Dios recordó al pequeñín Aarón y lo sanó por completo. Hoy en día Aarón Chavda es un saludable niño normal de ocho años de edad.
La madurez espiritual no consiste en poseer vastas cantidades de conocimiento bíblico o los más poderosos dones espirituales. La gente carnal puede tener ambas cosas. La madurez espiritual es compartir el amor de Dios y discernir Su voz. Es amar lo que Dios ama y odiar lo que Él odia. Los cristianos espiritualmente maduros aman a Dios y a Su pueblo apasionadamente, y odian cualquier cosa que los aleja de Dios. Únicamente en el contexto de semejante amor conseguirán los conocimientos bíblicos y los dones del Espíritu sus propósitos divinos. El poder del Espíritu puede fluir sin obstáculos a través del amor apasionado por Dios y sus hijos.
Entre las mujeres de la Biblia, pienso que María es la que ejemplifica mejor esta pasión por el Hijo de Dios. Entre los hombres, tendría que ser el apóstol Juan, llamado “el discípulo a quien Jesús amaba”. La “Living Bible” se refiere a Juan como “el amigo más íntimo de Jesús” (Juan 13:23). Esa es una gran traducción. Juan fue siempre uno de los tres discípulos a

quienes se permitía conocer las “interioridades”. Pero de los tres, él fue el más cercano a Jesús, y todo el mundo lo sabía.
En la última Cena, Jesús asombró a todos los discípulos cuando les dijo que uno de ellos lo iba a traicionar. Ellos se morían de curiosidad por saber cuál de ellos era, pero ninguno se atrevía a preguntarle a Jesús —ni siquiera Pedro—. Así que Pedro se volvió a Juan y le dijo “Pregúntale tú”. Pedro sabía lo que todo el que estaba sentado a aquella mesa sabía, que Juan podía conseguir de Jesús cosas que ninguno de los demás podía. Sin un momento de vacilación Juan se volvió a Jesús y puso su cabeza en el pecho de Jesús y le preguntó: “¿Quién es, Señor?” Jesús contestó a Juan en seguida dándole el pedazo de pan a Judas. Como vemos, Juan de verdad era el mejor amigo de Jesús.
Al día siguiente Jesús estaba colgado de una cruz y mirando a un universo del cual parecía haber desaparecido hasta el último vestigio de Dios. Todos menos uno de sus discípulos le habían abandonado. Sólo Juan y cuatro mujeres estaban parados al pie de la cruz. Jesús miró hacia abajo y vio a Su madre. ¿Quién se haría cargo de ella ahora? ¿Sus hermanos? ¿Los apóstoles? No, todos lo habían abandonado. Entonces miró a Juan. Es como si hubiera dicho para Sí, “Juan, eres el único que tengo. Ningún otro se ocupará de mi madre”. Con tierno amor Jesús le dijo a María: “Mujer, he aquí a tu hijo”. Entonces le dijo a su mejor amigo: “He aquí a tu madre”.
Juan era realmente el mejor amigo de Jesús. Pero Juan no tiene que ser el único que sea su mejor amigo.
Todos nosotros pasamos una breve hora sobre la tierra, y después estamos de pie ante el Señor a dar cuenta de nuestras vidas. ¿Por qué no ser como María y escoger la mejor parte, lo necesario, para que podamos estar de pie ante Él confiados ese día? ¿Por qué no ser como Juan y hacer de Jesús nuestro mejor amigo? El corazón de Jesús es lo bastante grande para acomodar muchos más amigos y muchas más Marías.
¿Por qué conformarse con menos?

Epílogo

Escuchando hablar a Dios hoy

Kevin Forest se convirtió en cristiano poco después de su graduación en la escuela secundaria. Su “pasado” no era bueno. Había nacido en un clima

inmoral, y varias formas de inmoralidad sexual lo habían esclavizado en una u otra época. Durante casi un año después de su conversión se las arregló para mantenerse lejos de la fornicación. Entonces recayó en esa atadura.
Por esa época conoció a Regina y se casó con ella. En muchos casos el matrimonio detiene el comportamiento inmoral, pero no dio resultado en el caso de Kevin. Aun después de su matrimonio él continuó su vida fornicaria; pero Regina no se enteró.
Comenzaron una familia. Le nacieron un hijo y una hija, pero Kevin continuó con sus adulterios. Regina supo de una aventura. Eso le destrozó el corazón, pero perdonó a Kevin. Por su parte, él mintió acerca de sus otras aventuras, prometió ser fiel, y reanudó sus prácticas adúlteras.
Entonces en 1986 su hijita de dos años, Haylie, murió de un tumor cerebral. El dolor de Kevin se convirtió en cólera contra el Señor. ¿Por qué Dios se llevaba a su bebita? ¿Para castigarlo por sus pecados? Pero ni siquiera la pérdida de su hija pudo traer a Kevin al arrepentimiento. Seguía llevando una doble vida. La que todos veían era la de un fiel esposo y padre que iba a la iglesia. Pero en secreto estaba enredado en adulterios.
Mientras Kevin se hundía cada vez más hondo en las tinieblas, Regina se acercaba más y más al Señor. Kevin empezó a despreciarla por esa intimidad con Dios.
En julio de 1989 los Forests vivían en Santa María, California, y asistían a la Vineyard Christian Fellowship. Con ayuda divina Regina se enteró de una pequeña parte de la infidelidad de Kevin. Después de la primera confrontación, Regina llamó a sus pastores, Carl Tuttle y Ralph Kucera, para que les ayudaran. La esposa de Cari, Sonja, fue a casa de los Forests a fin de consolar a Regina, mientras Kevin terminaba en la casa de Ralph y Linda Kucera.
Kevin tenía en mente dos alternativas: se mataba o se escapaba y adoptaba una nueva identidad. Los pastores llegaron cerca de utilizar la fuerza física para refrenarlo.
Paul Cain estaba en la ciudad esa semana para hablar en una conferencia que la Vineyard estaba patrocinando. La noche en que explotó el asunto entre Kevin y Regina, el Señor le dio a Paul una visión de los Forests. Cuando se despertó a la mañana siguiente, llamó a Carl Tuttle y le dijo:
—Hay un problema doméstico en tu iglesia.
—Así es —dijo Carl.
—El nombre de ella es Regina. ¿Cómo se llama él? —preguntó Paul.

—Kevin.
—Escucha, Carl, ese muchacho quiere escapar. No se lo permitas. Asegúrate de que esté en la reunión de esta noche. Puede que el Señor haga algo por él —y Paul colgó.
Tanto Kevin como Regina fueron a la iglesia aquella noche, pero no se sentaron juntos. Cuando terminó su mensaje, Paul pidió que Kevin se pusiera de pie. Un hombre se levantó en seguida, pero no era Kevin Forest. Paul le dijo:
—No, tú no eres el Kevin que yo vi en la visión. Hay otro Kevin aquí.
Entonces lentamente Kevin Forest se puso en pie.
—Kevin, no quiero abochornarte, pero tu matrimonio está en peligro —dijo Paul—. Anoche tuve una visión de ti y de Regina —ese es el nombre de tu esposa, ¿no?— No quiero avergonzarte. Quiero restaurarte. El Señor dice que tu esposa es 'justa', pero Satanás te ha conducido a pecar. Ha tratado de destruirte. Él tiene un derecho sobre tu vida. Tienes veintiocho años y el diablo planea matarte antes de que cumplas treinta. No ha sido capaz de matarte todavía, pero ha matado a tu bebita. Satanás mató a tu bebita, no Dios.
Kevin sintió como si el corazón se le partiera en dos cuando Paul dijo eso. Él había estado enojado con Dios por la muerte de Haylie, pero no había sido Dios quien se llevó a Haylie. La convivencia de Kevin con el mal le había dado al diablo una apertura para hacerle daño a su familia.
—Satanás quiere matarte porque él sabe lo que Dios tiene para ti y para Regina.
— ¿Dónde está tu esposa? —le preguntó Paul.
—Aquí está Regina.
Paul miró a Regina y le habló como un padre.
—Regina, por favor, confía en lo que voy a decirte. Tienes que perdonarle a este hombre todas las cosas que se descubrieron y revelaron.
Entonces Paul les pidió a los dos que pasaran al frente de la iglesia y se pararan delante de él.
—Regina, tienes que ser justa. Tu enemigo es Satanás. Anoche el Señor me mostró que tu bebita murió y tu hermano murió. [El hermano de Regina había muerto tres meses antes de que su hija Haylie muriera.] Este es un ataque resuelto del diablo. El devorador está a tu puerta ahora, pero el Señor dice que vuestras vidas y matrimonio serán restaurados.
«La única forma de escapar de este ataque es el perdón total y hacer de nuevo vuestros votos sagrados. El Señor dice que ese es el único camino

para escapar. Anoche fue la noche oscura del alma, pero las cosas pudieran ser peores. El Señor me mostró que tienes dos hijos que te necesitan. Kevin, por el amor de Dios, ¡Arrepiéntete esta noche!
«El Señor va a ayudarte —Kevin, mírame— a partir de esta noche porque tú te has arrepentido. Y Regina, tendrás que perdonar a este hombre, porque el Señor dijo que después de la medianoche de hoy tu esposo nunca más se llamará 'Kevin', sino que se llamará 'St. John'».
Ese resultó haber sido su segundo nombre.
Alabemos al Señor por eso: "Señor, yo pronuncio una bendición sobre cada matrimonio roto, cada vida enferma o estropeada aquí. Oro para que Tú los sanes del cáncer de ese matrimonio.
«Yo los pronuncio de nuevo marido y mujer. Deseo que se reúnan otra vez el nuevo St. John y Regina. Amén.
« ¡Quiero que den gracias al Señor por esto!»
Lo que acabo de relatar no se acerca adecuadamente a describir lo que tuvo lugar en la iglesia esa noche. La gente estaba sobrecogida por la presencia del Señor. Muchos lloraban sin poder controlarse. Algunos, temerosos de que sus propios pecados fueran revelados a continuación, habían empezado a arrepentirse. Otros estaban adorando al Señor por su tierna misericordia y poder omnisciente.
Había una autoridad y un poder en las palabras que Paul dijo esa noche, que no pueden recogerse en un relato escrito. El único nombre que él supo por medios naturales fue el de Kevin. Todo lo demás —todos los otros nombres, sucesos y la restauración del matrimonio— fueron revelados a Paul por el Señor.
Este es una de las razones para que las palabras tuvieran semejante impacto divino. Los presentes en la sala comprendieron que ellas eran verdaderamente palabras proféticas. Estas palabras proféticas hicieron lo que el apóstol Pablo dijo que harían: hicieron que la gente cayera sobre sus rostros y declararan que Dios estaba entre ellos (1 Corintios 14:24-25).
Al día siguiente Paul Cain le dijo al pastor Tuttle que doce otros matrimonios de su iglesia tenían problemas serios, y que el Señor usaría el arrepentimiento de Kevin y el perdón de Regina para sanar esos matrimonios. Dos semanas después, Kevin y Regina renovaron sus votos nupciales el domingo por la mañana ante toda la iglesia. Después Carl Tuttle dijo a la iglesia que allí había otros matrimonios en peligro, y que el Señor también los ayudaría si estaban dispuestos a arrepentirse y perdonar como los Forests habían hecho. Doce parejas se levantaron y se

acercaron al altar de la iglesia para que oraran por ellos, para arrepentirse y perdonarse mutuamente. Hasta donde Cari sabe, todos estos doce matrimonios siguen bien.

Hoy en día Kevin responde por “John”. El Señor les ha dado a John y a Regina dos preciosas hijas en lugar de la que Satanás mató. No sólo se salvó el matrimonio Forest, sino que también sus vidas cambiaron por completo por la gracia que se les concedió en la noche del 5 de julio de 1989. Hoy pastorean, como líderes muy capaces, grupos de personas de la iglesia en sus hogares.

El poder satánico que la inmoralidad sexual tenía sobre John quedó roto esa noche, y él descubrió el poder de la sangre del Hijo de Dios para limpiar, restaurar y liberar. El diablo había convencido a Kevin Forest de que sólo tenía dos alternativas: escapar o suicidarse. El ministerio profético del Espíritu Santo le dio otra opción mejor.

La transición más difícil para mí en mi peregrinaje no fue aceptar que la Escritura enseña que Dios sana y hace milagros hoy mediante creyentes dotados. Lo que yo más me resistía a aceptar, lo que más miedo me daba, y que tomó más tiempo para convencerme, fue aceptar que Dios todavía habla hoy.

Por supuesto que todavía habla por medio de las Escrituras, pero no me refiero a eso. Me refiero a las otras formas en que Dios habla, aparte de la Biblia, aunque jamás contradiciéndola.

La Biblia misma nos dice que en diversas épocas Dios habló con voz audible, con una voz que escuchaba sólo una persona en un grupo, con frases inaudibles en la mente que eran tan claras como la voz audible, con impresiones, con visiones, en sueños, por las circunstancias, por la naturaleza, mediante ángeles, y de varios otros modos. Pero ¿enseña la Biblia que El todavía habla de estas formas, o eran estos modos de comunicación una clase de recurso momentáneo, temporal, hasta que recibiéramos la Biblia completa?

Los problemas relacionados con el creer que Dios todavía habla en todas estas formas, parecían abrumadores para mí. Primero, y lo más repulsivo para mí, era la subjetividad que implicaba la mayor parte de estas diversas formas de comunicación.

Tomemos los sueños, por ejemplo. ¿Cómo puede siquiera saberse si el sueño vino de Dios? ¿Y si la fuente de ese sueño fue una mala digestión de lo comido la noche anterior? Aun si uno decide que el sueño era de Dios, ¿cómo pudiera interpretarse? ¿Ofrecen las Escrituras las reglas para

interpretar los sueños? Incluso si uno está seguro de que el sueño viene de Dios y sabe lo que significa, ¿cómo saber cuánta importancia darle? ¿Tendría la misma autoridad que la Biblia, que una visión, una impresión, una voz audible, y demás?
Si es cierto que siempre hay cuatro voces compitiendo por nuestra atención: la voz de Dios, la del diablo, la de otros y la propia nuestra, ¿dónde enseña la Biblia cómo discernir cuál es cuál? ¿Cómo puede uno tener la certeza, o es imposible tenerla?
La subjetividad que implicaba tratar de decidir todo esto no hacía muy plausible que Dios continuara hablando en estas formas después de habernos dado Su clara, objetiva e infalible Palabra.
Segundo, ¿por qué habría Él de necesitar emplear estos medios subjetivos después de habernos dado la Biblia? O como me dijo alguien una vez: “¿Para qué necesitamos todas esas otras cosas ahora que tenemos la Biblia?” ¿No enseñaba la Biblia que ella sola era todo lo que el cristiano necesitaba a fin de estar “enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:17)?
Tercero, y esto era lo que más me asustaba, si admitía que Dios todavía hablaba además de la Biblia, ¿no estaría agregándole algo al canon de la Escritura? Teóricamente, ¿qué impedía que alguien escribiera nuevos libros de la Biblia? O se suponía que yo imaginara que Dios hablaba de dos modos distintos: uno, para la Biblia que era infalible, y otro, ¡para revelación privada que contenía errores!
Sin embargo, la Biblia enseña que Dios no puede mentir (Hebreos 6:19). Si aceptaba que Dios todavía estaba hablando, parecía inevitable que la autoridad de la Biblia estaba en entredicho.
Cuarto, estaba el factor del abuso: “El Señor me dijo que te dijera....” Si creemos que Dios todavía habla, ¿no estaremos abriéndole la puerta a gente manipuladora y dominante? Si desobedecemos a alguien que dice: “Dios me dijo que te dijera...” ¿sería como desobedecer a alguno de los profetas bíblicos?
Quinto, parecía haber textos decisivos en la Escritura opuestos a la idea de que Dios está hablando todavía. Hebreos 1:1-2 parece decir que los profetas eran parte de un modo inferior de revelación en el pasado, pero ahora, en estos últimos días, son superados porque Dios nos ha hablado a través de Su Hijo. Una posible interpretación de Efesios 2:20 es que la profecía era un don básico que ya no se otorgaba después que las bases habían sido colocadas.

Finalmente, parecía haber una diferencia radical entre la profecía de la Biblia y la contemporánea. Lo que estaba sucediendo en la iglesia bajo el nombre de profecía no podía compararse ni de lejos con las profecías de un Isaías o un Jeremías. Uno de mis amigos de hecho escuchó la siguiente profecía cuando visitaba una iglesia rural carismática. Un hombre se puso en pie y dijo: “Así dice el Señor: No puedo culparlos por estar asustados; a veces yo mismo me asusto”. Aunque la profecía contemporánea no descendiera a este nivel, parecía demasiado diferente a la profecía bíblica para tomarla en serio.

Estas eran las tensiones contra las cuales luchaba cuando por primera vez comencé a estudiar el asunto con una mente abierta. Había tantos problemas asociados con el que Dios hablara —y ni siquiera mencioné todos los problemas relacionados con las lenguas y su interpretación— que me preguntaba cómo podría alguna vez encontrarles solución.

Hoy en día, después de años de experiencia práctica e intenso estudio acerca del tema de que Dios hable, estoy convencido de que Dios sí habla de veras aparte de la Biblia, aunque jamás la contradice. Y habla a todos Sus hijos, no sólo a las personas dotadas especialmente de profecía. Y nos hablará a todos con detalles asombrosos.

Estoy convencido de que esto es lo que la Biblia enseña, la cual tiene respuestas muy claras y satisfactorias para todos los problemas que me parecían tan abrumadores cuando por primera vez empecé a estudiar este asunto.

Sé que el diablo está dando revelación demoníaca y ocultista hoy en día. Algunas de sus actividades más falaces y exitosas tienen lugar en el movimiento de la Nueva Era. Muchos cristianos parecen temerosos de que si ellos “se abren” a escuchar la voz de Dios, serán engañados por los demonios de la Nueva Era. De hecho, una parte demasiado grande de la Iglesia tiene más confianza en la habilidad de Satanás para engañarnos que en la habilidad de Dios para hablarnos y dirigirnos.

Hay una gran diferencia entre la voz de Dios y la de Satanás, y hay muchas salvaguardias bíblicas para mantener al cristiano sincero al margen de confundir las dos. Más aún, sí es posible creer que Dios todavía habla hoy sin disminuir en lo más mínimo, al nivel teórico o práctico, la autoridad de la infalible Biblia de Dios.

Empecé a escribir un capítulo acerca de escuchar la voz de Dios para incluirlo en este libro. Deseaba tratar con los problemas prácticos y teóricos relacionados con el ministerio revelador contemporáneo del Espíritu Santo.

El capítulo se convirtió muy pronto en dos, y después en tres, y entonces me percaté de que había empezado a escribir otro libro. Ahora estoy en el proceso de escribirlo. Para aquéllos a quienes ha ayudado este libro, espero que el que viene les parezca digno de haberlo esperado.

APENDICES

Apéndice A

Otras razones por las que Dios sana y obra milagros

Cuando empecé a estudiar cada uno de los milagros y sanidades que aparecen en los Evangelios y el Libro de los Hechos, descubrí que hay muchas otras razones para esas sanidades y milagros. Los ejemplos que siguen no pretenden ser exhaustivos. Pero confirman el hecho de que los milagros sí estaban destinados a continuar a lo largo de toda la era de la Iglesia.

Dios sana porque se lo piden. Algunas veces la Biblia no da otra razón para las sanidades de Jesús que la sencilla de que se lo pidieron así. Para ilustrar esta afirmación citaremos la vez en que le trajeron a Jesús un hombre sordo que apenas podía hablar, en la región de Decápolis. El texto nos dice simplemente que “le rogaron que le pusiera la mano encima” (Marcos 7:32). Jesús lo sanó tanto de su sordera como de su dificultad al hablar sencillamente porque se lo pidieron. No se da otra explicación en el texto. No se menciona la fe, la compasión de Jesús o la gloria de Dios.

Más tarde en Betsaida le trajeron a Jesús un ciego, y el texto dice que “le rogaron que le tocase” (Marcos 8:22). También esta vez Jesús sanó al hombre, pero no se da razón para la sanidad en el contexto... excepto que se lo pidieron. Aparentemente en algunas ocasiones una sencilla petición es suficiente para motivar a Dios para sanar. Esto debe animarnos a sentirnos libres de hacer nuestras peticiones de sanidades y milagros a nuestro Padre celestial.

Sin embargo, algunas personas nos dicen hoy que está mal —que incluso es pecado— el desear señales y maravillas. Se basan para eso en lo afirmado por Jesús en Mateo 12:39: “La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás”.

Pero ¿pecamos en realidad si pedimos a Dios un milagro? Si un ser querido nuestro se está muriendo y los médicos han descartado toda esperanza, ¿es realmente pecado si le pedimos a Dios un milagro de sanidad para nuestro ser querido? Si uno tiene un amigo a quien le hemos testificado durante años y ha persistido en rechazar el Evangelio, ¿es en realidad pecado e incredulidad pedirle a Dios que haga un milagro físico en presencia del amigo para que éste pueda creer? ¿Es realmente pecado que una iglesia ore para que se produzca un derramamiento del Espíritu Santo con señales y maravillas en su ciudad, a fin de que mucha gente pueda acercarse a Cristo por la fe? Parece que algunas personas piensan que éste es un deseo pecaminoso que proviene de un corazón incrédulo.

Sin embargo, cuando lo examinamos más de cerca, esta supuesta reserva hacia el valor de los milagros no se encuentra en Jesús sino en la mente de algunos escritores modernos. En dos ocasiones diferentes Jesús condenó a quienes le pedían una señal como "generación mala y adúltera". La primera solicitud por una señal (Mateo 12:38) se presenta inmediatamente después de que Jesús ha sanado a un hombre poseído por un demonio que era ciego y mudo (Mateo 12:22). La segunda petición (Mateo 16:1) viene a continuación de que Jesús alimentara milagrosamente a cuatro mil personas (Mateo 15:32-39). Es decir, que en ambas ocasiones los escribientes del Evangelio tienen cuidado de mostrar que cuando le piden una señal a Jesús, acaba de dar dos señales asombrosas.

También es importante notar quiénes le piden a Jesús las señales. En Mateo 12:38, son los fariseos. En Mateo 16:4, son los fariseos y los saduceos. Este solo hecho es suficiente para demostrarnos que la petición no era sincera. ¿Qué clase de señal podían desear esos líderes religiosos que fuese más impresionante que la sanidad de un hombre poseído por un demonio, que era mudo y ciego, o la más impresionante todavía de alimentar a cuatro mil personas? En el pasaje paralelo al de Mateo 12:38, Lucas deja bien claro que los fariseos le estaban pidiendo a Jesús una señal del cielo para probarlo (Lucas 11:16). Lo mismo sucede con la segunda petición (Mateo 16:1; Marcos 8:11). Podemos comprender que los fariseos pudieran desear una señal para probar a Jesús, pero ¿por qué pedirla del cielo?

Dios sana para quitar impedimentos al ministerio. Después que Jesús había salido de la sinagoga en Capernaum, fue a la casa de Pedro. Encontró que la suegra de Pedro yacía enferma con fiebre. Él "la tomó de

la mano y la levantó; e inmediatamente le dejó la fiebre” (Marcos 1:31). Tan pronto como quedó sana, Marcos dice que “ella les servía” (Marcos 1:31). En este caso la dolencia era un impedimento para que ella le sirviera al Señor, así que Jesús la sanó. En otras ocasiones el Señor no decide quitar un obstáculo al ministerio sanando, sino más bien da gracia para soportar el impedimento y servir de todos modos (2 Corintios 12:7; 1 Timoteo 5:23). Si una enfermedad es un impedimento para su servicio al Señor Jesús, la Biblia le da permiso total para pedirle que se lo quite.

Dios hace milagros a fin de enseñarnos. Los teólogos llaman a éste el propósito pedagógico de los milagros (del término griego paideuo, “criar, educar”). Eso era lo que Juan tenía en mente cuando llamó “señales” a los milagros de Jesús. Una señal es algo que indica, más allá de sí mismo, hacia algo mayor. Por supuesto que todos los milagros de Jesús nos han enseñado algo acerca de Su naturaleza y Su ministerio. También nos enseñan algo acerca de la naturaleza del reino. Cuando Jesús convirtió el agua en vino, por ejemplo, no sólo estaba demostrando Su poder sobre la naturaleza; estaba mostrándonos una característica común de Su reino. En Su reino lo ordinario pudiera convertirse en extraordinario. El hecho de que el mayordomo comentara específicamente que el mejor vino se había guardado para el final, puede decirnos también algo acerca de la forma en que el reino culminará.

Jesús mismo no dudó en sacar lecciones de Sus milagros. Cuando maldijo la higuera, por lo que se secó, Sus apóstoles le preguntaron el significado de esto. Él empleó ese milagro para demostrar el poder de la fe y el poder de orar creyendo (Mateo 21:18-22). No creo que las cosas sean muy diferentes hoy en día. Creo que cada milagro o respuesta a la oración que el Señor nos da hoy, también tiene una función de enseñanza. Si nos tomamos el tiempo de meditar en Sus obras de hoy, y pedimos la iluminación del Espíritu Santo, Sus milagros, sanidades y respuestas especiales nos enseñarían algo más allá de los propios milagros.

Dios hace milagros para traer a la gente a la salvación. Los teólogos se refieren a esto como los propósitos soteriológicos (del griego soteria) de Dios. Los propósitos soteriológicos de Dios pueden dividirse en tres categorías. Dios hace milagros para conducir a la gente al arrepentimiento. Él también hace milagros para abrir las puertas al evangelismo. Y, finalmente, hace milagros para autenticar a Su Hijo y el mensaje del Evangelio.

Los milagros pueden conducir a las personas al arrepentimiento. Cuando Jesús condujo a Pedro, a Santiago y a Juan a una captura milagrosa de pescado, Pedro “cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8). Este milagro sirvió para convencer a Pedro de su pecaminosidad y lo condujo al arrepentimiento. Jesús dijo que esto es lo que debió haber ocurrido en las ciudades donde Él había hecho la mayor parte de Sus milagros (Mateo 11:20-24). Jesús hizo una declaración similar por los líderes religiosos: “Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (Juan 15:24). Los milagros de Jesús debían haber conducido a los líderes religiosos al arrepentimiento, pero en lugar de eso, endurecieron sus corazones y su pecado se hizo aún mayor.

Los milagros abren las puertas para el evangelismo. Muchas veces los Evangelios registran que después de un milagro, la noticia de ese milagro se esparció por la tierra. Eso provocó que la gente se preguntara quién era Él y tratara de escucharlo por sí misma (Mateo 9:26, 31; Marcos 5:20; Lucas 5:15; Juan 4:30, 42; 6:2, 12:9-11,17-19). Esto mismo sucedió en el ministerio de Felipe: “Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía” (Hechos 8:6). De la misma forma el Señor usó a Pedro para levantar al paralítico Eneas, y Lucas nos cuenta que “le vieron todos los que habitaban en Lida y en Sarón, los cuales se convirtieron al Señor” (Hechos 9:35). La misma respuesta hubo cuando Pedro fue usado para levantar a Dorcas de los muertos: “Esto fue notorio en toda Jope, y muchos creyeron en el Señor” (Hechos 9:42).

El Nuevo Testamento enseña que los milagros atraen una multitud. No garantizan la fe, pero consiguen una audiencia que escuche predicar el Evangelio.

¿Qué creen que sucedería a los asistentes a su iglesia si durante los próximos seis meses el Señor sanara un paralítico y quizás una víctima de SIDA durante sus servicios o en uno de sus grupos en los hogares? Probablemente se cuadruplicaría la asistencia a la iglesia. Estoy seguro de que mucha gente acudiría por razones indebidas; algunas, por entretenerse, igual que van al circo. Estoy seguro de que también atraería a un grupo de ortodoxos vigilantes de los cultos, que habiéndose enterado de los milagros ocurridos, acudirían para desaprobar que hubieran tenido lugar milagros, o si no, para probar que los milagros los había hecho el

diablo. Pero en un aspecto no importaría por qué acudían los incrédulos, mientras el Evangelio se predicara con claridad y poder, porque entonces ellos estarían en posición de quedar bajo el poder de convicción del Espíritu Santo y ser salvos.
Los milagros también certifican la autenticidad de Jesucristo y del mensaje del Evangelio. Ya hemos argumentado la naturaleza de la autenticación en el capítulo 8. En ese capítulo llegué a la conclusión de que Dios autentificó a Jesús y el mensaje acerca de Jesús, pero no autentificó a los apóstoles. También llegué a la conclusión en mi estudio de las Escrituras de que Dios no tenía que autenticar a Jesús ni el mensaje acerca de Jesús con milagros a fin de que la gente creyera en Su Hijo. Juan el Bautista no hizo milagros (Juan 10:41), y no obstante, por medio de él muchos fueron llevados al arrepentimiento. Todo el pueblo lo creía un profeta. Hoy en día también florecen numerosos cultos y religiones mundiales a pesar de no haber comenzado con milagro alguno. Así que, aunque Dios no necesita hacer milagros con el propósito de certificar la autenticidad, por pura bondad los hace.
Jesús mismo apela directamente al valor autenticador de los milagros, y le dice a Sus discípulos: “Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras” (Juan 14:11). En un increíble despliegue de gracia, Jesús está diciendo: “Si no pueden creer mis palabras, creed en la evidencia de mis milagros”.
Y los milagros de Jesús sí que producían fe. Después de levantar a Lázaro, Juan escribe: “Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él” (Juan 11:45; 12:11).
Esto no es decir que los milagros siempre conducen a la fe. Algunas veces conducen al endurecimiento del corazón. Por ejemplo, en un grupo la resurrección de Lázaro produjo fe, pero en otro, produjo algo muy diferente: cuando los fariseos escucharon que Jesús había levantado a Lázaro de entre los muertos, no pusieron en duda aquel milagro u otros milagros de Jesús (Juan 11:46-47). Incluso reconocieron que si Jesús continuaba haciendo milagros todo el mundo creería en Él (Juan 11:48). Pero en lugar de creer en El ellos mismos, conspiraron para encontrar un medio de matarlo (Juan 11:49-53). También deseaban matar a Lázaro a fin de hacer desaparecer toda evidencia de este milagro (Juan 12:10-11).
Mucha gente no tiene dificultad en creer que los milagros pudieran tener una función autenticadora hoy en día... en China o África o algún otro

remoto lugar del Tercer Mundo. Pero si los milagros pudieran tener un valor autenticador en lugares lejanos, ¿por qué no también en el mundo occidental? Si tuvieron una función autenticadora en tiempos del Nuevo Testamento, ¿por qué no habrían de tenerla hoy? ¿Por qué poner una limitación geográfica o cronológica en el valor autenticador de los milagros? Alguien pudiera decir: “En el mundo occidental tenemos la Biblia, y en China o África, no. Y en el tiempo de los Evangelios y del Libro de los Hechos, tampoco la tenían”. Yo respondería que eso no es del todo verdad, porque al mismo tiempo que ocurrían los sucesos del Libro de los Hechos, la Iglesia también estaba recibiendo las cartas de Pablo. Así que mientras se escribían los mismos sucesos del Libro de los Hechos, la Iglesia tenía en su poder algunas de las Epístolas y quizás alguno de los Evangelios también.

Más aun cuando ése no fuera el caso, el argumento todavía no tendría valor. Porque tal como hemos visto antes, los milagros no respaldan las Escrituras, sino que son éstas las que respaldan los milagros. En ninguna parte de la Biblia dice que la Escritura se dio para reemplazar la necesidad de confirmación milagrosa del mensaje del Evangelio. La naturaleza humana no ha cambiado en los últimos dos mil años. Si los milagros de Jesús, los apóstoles y otros sirvieron para autenticar el mensaje del Evangelio en el siglo primero, los milagros también servirían los mismos propósitos en el siglo veinte.

Los milagros manifiestan el reino de Dios. ¿Quién podría imaginar un reino mesiánico sin milagros y sanidades? El Antiguo Testamento profetizó que el Mesías nos traería un reino donde habría tanto sanidades espirituales como físicas. Isaías escribió:

Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas; en la morada de chacales, en su guarida, será lugar de cañas y juncos (Isaías 35:6-7).

Y también,

El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertar a los cautivos y liberación a los prisioneros (Isaías 61:1, B.d.l.A.).

La venida del reino mesiánico significaba que el Espíritu Santo sería derramado sobre todo el pueblo, sin distinción de edad, sexo o posición

económica (Joel 2:28-29). De acuerdo con la profecía de Joel, el derramamiento del Espíritu provocaría una abundancia de sueños, visiones y profecías. A diferencia del período del Antiguo Testamento, en el cual sólo unos pocos profetizaban u obraban milagros en una generación, estos fenómenos milagrosos se esparcirían abundantemente a todo el pueblo de Dios con la venida del reino.

Estos fenómenos milagrosos no eran simples señales del reino de Dios; eran parte esencial del mismo. El reino de Dios significa el gobierno de Dios y de Su Cristo. Cuando Jesús vino, el reino de Dios vino. Dios empezó a regir de un modo nuevo y más decisivo.

Por ejemplo, Jesús trajo una autoridad sobre los demonios de la que nunca antes se había tenido noticia (ver Marcos 1:27). Jesús mismo dijo: “Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mateo 12:28). Después de todo, hubiera sido una afirmación muy hueca proclamar que el reino de Dios había venido y no ser capaz de echar fuera los enemigos demoníacos del reino de Dios. El poder de echar fuera demonios no es una sencilla señal de que el reino está aquí, sino una parte esencial del reino de Dios. Porque Jesús vino a destruir las obras del diablo (1 Juan 3:8).

Entre otras cosas, Satanás emplea poder sobrenatural para cegar las mentes de los incrédulos (2 Corintios 4:4-6), para mantener a la gente atada por miedo a la muerte (Hebreos 2:14-15), para provocar enfermedades físicas (Lucas 13:11; Mateo 9:32; 12:22), para causar enfermedades mentales (Lucas 8:26-39), y en última instancia, para hacer que los demonios entren y moren en una persona (Mateo 12:45); ver Judas en Juan 13:27). Estas son algunas de las obras del diablo que Jesús vino a destruir. El poder humano solo no puede destruir las obras de Satanás.

Cuando la fuente de la enfermedad de una persona es el poder demoníaco, no hay tratamiento médico que pueda curarla. La mujer a quien Jesús encontró en la sinagoga, que había estado encorvada durante dieciocho años y no podía enderezarse, podía haber ido a los mejores cirujanos sin haberse sanado porque, en un final, su enfermedad era demoníaca (Lucas 13:10-17). Sólo un milagro de Dios podía sanar a esta mujer. El poder para sanarla no era sólo una señal de que el reino estaba aquí; era una parte esencial del dominio del reino, sin el cual no hubiera podido afirmarse la autoridad del reino, y esta obra del diablo en particular no podía haber sido destruida. Sin el poder milagroso para liberar a

aquéllos atados por Satanás, toda conversación acerca del reino no es más que habladuría vacía.
Otra evidencia que demuestra que los cronistas del Nuevo Testamento consideraban esos milagros como parte esencial del reino es la continua estrecha relación entre la predicación del reino y los milagros que tenían lugar. Así sucedía en el ministerio de Jesús:
Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo, y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó (Mateo 4:23-24; ver también Mateo 9:35).
Jesús no se contentó con predicar acerca del reino; también mostró como es el reino con obras poderosas.
Lo mismo puede decirse de los apóstoles. Cuando Jesús los envió a proclamar el reino, también les dio autoridad sobre los demonios y todas las enfermedades (Mateo 10:1,7-8; Lucas 9:1-2). En este contexto, Jesús considera que tanto los demonios como las enfermedades son enemigos de Su reino. Los apóstoles vencieron tanto a los demonios como a las enfermedades al proclamar el reino y emplear su autoridad delegada para hacer milagros.
También suceden milagros en los ministerios de quienes no son apóstoles, cuando los mismos proclaman el reino de Dios. Los setenta enviados por Jesús proclaman el reino de Dios y sanan a los enfermos (Lucas 10:9, 17). Felipe proclama el reino de Dios a los samaritanos y también obra milagros (Hechos 8:6-7, 12).
Esto concuerda perfectamente cuando recordamos que el reino de Dios significa el gobierno de Dios. Dios rige sobre nuestros espíritus y nuestros cuerpos y sobre aquellas fuerzas del mal que pueden herir tanto nuestros espíritus como nuestros cuerpos. Todo lo que Satanás puede herir, Cristo lo puede sanar. Los milagros y el reino de Dios están unidos de forma inseparable.
Dios sana por razones soberanas. Ya mencioné esto varias veces en el capítulo 11, pero el asunto merece repetirse. Hay muchas sanidades en el Nuevo Testamento donde no se dan explicaciones para ellas. No podemos encontrar evidencia de que aquéllos sanados tuvieran fe, ni de que la tuvieran quienes los traían, ni se afirma que sea por la gloria de Dios o por la misericordia del Señor. En resumen. Él sanó sencillamente porque

deseaba hacerlo. Esto sucede sobre todo en un grupo de milagros que tuvieron lugar en sábado (Mateo 12:9-13; Marcos 3:1-5; Lucas 6:6-10; 14:1-4; Juan 5:1-9). Y también está la curación de la oreja de Malco (Lucas 22:50-51), donde Jesús rehúsa aceptar las consecuencias del acto precipitado de Pedro.

Hoy en día hay veces en que el Señor sana a alguien que jamás podríamos esperar que Él sanara, o lo hace de un modo que nos sorprende y no da razones para ello. A la inversa, hay ocasiones en que podríamos esperar que Él sanara y no lo hace, y tampoco da razones para ello. Todo esto apunta al hecho de que Dios es verdaderamente soberano y que no nos revela todas sus razones.

Nuestro examen de las diversas razones para las sanidades y milagros debían aclarar que el ministerio de sanidad del Nuevo Testamento es mucho más complejo de lo que algunos autores nos han conducido a creer. Sí, Dios sí sanó para autenticar el ministerio de Jesús y el mensaje del Evangelio, pero ésta no era la única razón para que Él sanara. Él tuvo otras razones de salvación para Sus milagros, como la de conducir a la gente al arrepentimiento y a abrir sus puertas al Evangelio. Sanaba simplemente porque la gente se lo pedía. Sanaba para quitar obstáculos al ministerio y al servicio. Sanaba para enseñarnos cómo era Dios y la naturaleza de Su reino. Sanaba y hacía milagros para que se manifestara Su reino. Y finalmente, sanaba por razones soberanas sin dar razón alguna para ello, excepto que Él es Dios.

Apéndice B

¿Cesaron los dones milagrosos al desaparecer los apóstoles?

Benjamín Breckinridge Warfield, profesor del Seminario de Princeton, popularizó el argumento de que los dones milagrosos del Espíritu les fueron otorgados solamente a unos pocos, o sea, a los apóstoles, a Esteban y a Felipe. El propósito de estos dones, de acuerdo con Warfield, era autenticar a los apóstoles como maestros de la doctrina dignos de confianza. Por lo tanto, cuando los apóstoles murieron, necesariamente desaparecieron los dones.

Warfield escribió en 1918:

Está muy claro por el relato del Nuevo Testamento, que los extraordinarios carismas (después de los mismos primeros días de la Iglesia) no pertenecían a todos los cristianos, sino que eran dones sobrenaturales para unos pocos.

Estos dones no pertenecían a los cristianos primitivos como tales, ni tampoco a la Iglesia Apostólica o a la era apostólica por sí mismas; estaban claramente destinados para autenticar a los apóstoles. Eran parte de las credenciales de los apóstoles como los agentes autorizados de Dios para fundar la Iglesia. Sus funciones, por lo tanto, estaban limitadas claramente a la Iglesia Apostólica, y por necesidad, desaparecieron con ella.

Todavía hoy los modernos descendientes teológicos de Warfield siguen argumentando esencialmente lo mismo. Escuchemos cómo Peter Masters formula este argumento, diciendo:

Cada ejemplo de sanidad (por medio de una persona) en el Libro de Hechos lo lleva a cabo un apóstol, o un delegado de un apóstol, y si nos guiamos estrictamente por el relato bíblico, los únicos “delegados” que estuvieron relacionados con la sanidad fueron Esteban, Felipe y posiblemente Bernabé, si Hechos 14:3 lo incluyera. (A continuación comentaremos la posibilidad hipotética de que hubiese otros también.) Fuera de este grupo selecto, ni en Hechos ni en las epístolas se relatan en verdad actividades de sanidades “milagrosas”...

En estos días de confusión carismática necesitamos llamar constantemente la atención hacia los textos que prueban que esas señales y prodigios fueron peculiaridades de los apóstoles, y que no se concedieron en general. (Cursivas del autor).

A primera vista, tanto la afirmación de Warfield como el argumento de Masters parecen convincentes. Sin embargo, examinados con más detenimiento, ambos argumentos caen por su propio peso.

¿ESTABAN LIMITADOS LOS DONES SOBRENATURALES A UNOS POCOS?

Ya mencioné antes en esta obra lo que expondré a continuación, pero merece la pena que lo repita: La primera dificultad con el argumento de que únicamente los apóstoles y sus íntimos colaboradores hacían señales y milagros, es que el mismo ignora una excepción insuperable: Todo el mundo admite que Esteban y Felipe hicieron señales y maravillas. Todos

admiten que los apóstoles impusieron sus manos sobre Esteban y Felipe. Y aunque Hechos 6:6 no dice que Esteban y Felipe recibieron poderes milagrosos cuando los apóstoles impusieron sus manos sobre ellos, yo estaría dispuesto a conceder eso con tal de esclarecer el asunto.

En cada caso en que el libro de los Hechos emplea la expresión "señales y prodigios" se refiere a una abundancia de milagros hechos por aquellos que están predicando a Jesús. ¿Quiénes se enfrascan en un ministerio de señales y prodigios en el libro de los Hechos? Lucas nos dice dos veces que los apóstoles estaban haciendo "muchas señales y prodigios" (Hechos 2:43; 5:12). Cuando nos describe en detalle los milagros apostólicos, sólo nos menciona los milagros obrados mediante Pedro o Pablo. Los únicos otros ejemplos específicos de un ministerio de señales y prodigios son los de Esteban y Felipe.

¿Por qué Lucas escoge a dos apóstoles y a dos que no lo son para ilustrar el ministerio de señales y prodigios? Sin duda había muchos relatos de señales y prodigios hechos por otros apóstoles, pero Lucas ha pasado por alto estos relatos porque no se ajustan a sus propósitos. Si Lucas hubiera deseado realmente enseñarnos que el ministerio de señales y prodigios, así como el ministerio de los dones milagrosos del Espíritu, eran claramente apostólicos, ¿no se hubiese concentrado en los milagros realizados por otros apóstoles? Si esa hubiera sido su intención, por supuesto que hubiese suprimido los relatos acerca de Esteban y Felipe, y los habría sustituido con los relatos sobre las sanidades apostólicas.

Si como sostienen Warfield y sus descendientes teológicos, el propósito primordial de las señales y prodigios hubiera sido autenticar a los apóstoles, ¿por qué hicieron señales y prodigios Esteban y Felipe? Si contestan que es porque los apóstoles impusieron sus manos sobre ellos y porque ellos eran íntimos colaboradores de los apóstoles, todavía sigue sin respuesta la pregunta. ¿Por qué los apóstoles impusieron sus manos sobre ellos para darles el poder de hacer señales y prodigios? Si las señales y prodigios estaban destinados a autenticar a los apóstoles, no existe razón alguna para que Esteban y Felipe hicieran milagros. Si se permitía que cualquiera que no fuese apóstol hiciera señales y prodigios, en realidad se debilitaba su valor como instrumento para autenticar el ministerio de los apóstoles. En esto existe una grave inconsecuencia para la cual no he encontrado una respuesta ni remotamente satisfactoria entre los que enseñan el cesacionismo.

Sin embargo, estos autores tienen problemas mucho más profundos que el de ignorar la excepción que descalifica su interpretación. Todos los que argumentan lo mismo que Masters están empleando un método defectuoso para interpretar la literatura narrativa de la Biblia, un método que puede garantizarse conducirá inevitablemente a conclusiones erróneas.

Permítaseme ilustrar lo que quiero decir.

Incluso si fuera verdad que pudiésemos encontrar sólo unas pocas personas en el libro de los Hechos que en realidad mostraban dones espirituales, eso no significaría que únicamente unos pocos en el Nuevo Testamento recibieron dones sobrenaturales. La literatura narrativa de la Biblia sólo cuenta la historia de unos pocos. El libro de los Hechos, por ejemplo, tiene como protagonista a Pedro en los primeros doce capítulos, con muy pequeñas intervenciones de Juan y algunos papeles más extensos desempeñados por Esteban y Felipe. A partir del capítulo trece hasta el final del libro, el protagonista es Pablo. La literatura narrativa de la Biblia es la historia de personas especiales, individuos que desempeñan papeles significativos en la historia redentora de Dios. La mayoría abrumadora de los ejemplos bíblicos, tanto de ministerios devotos como de devoción apasionada, están sacados de las vidas de los pocos personajes muy especiales y excepcionales que se volvieron prominentes en la historia de la salvación. Por consiguiente, es imposible justificar lógica o bíblicamente un principio hermenéutico (1) que está primordialmente basado en la observación de que sólo unos pocos en la Biblia poseen o hacen ciertas cosas, y (2) el cual funciona para justificar la cesación de estas cosas.

Por ejemplo, Pablo es el único verdadero fundador de Iglesias en el Nuevo Testamento, y la mayoría de los apóstoles parecen haberse quedado en Jerusalén más bien que haber salido a fundar iglesias. ¿Significa esto que sólo unos pocos estaban destinados a fundar iglesias, y que cuando murió Pablo, también murió la fundación de iglesias? Aunque la observación es correcta, la conclusión es falsa, porque contradice los mandamientos del Nuevo Testamento de evangelizar y discipular al mundo (ver Mateo 28:18-20; Lucas 24:47; y Hechos 1:8). Por consiguiente, el hecho de que sólo unos pocos posean o hagan ciertas cosas, nada tiene que ver en sí mismo con el determinar si tales cosas estaban destinadas a ser temporales o permanentes en la vida de la Iglesia.

A los lectores cristianos la Escritura nos pone ejemplos de la vida de gente muy especial para que los imitemos (ver Hebreos 11:4; 12:3; 1 Corintios

4:16-17; 11:1; Filipenses 3:17; 4:9; y 1 Tesalonicenses 1:6). Sin embargo, los intérpretes modernos que no han tenido experiencias milagrosas, adoptan un método de interpretación antisobrenatural en lo concerniente a este asunto. Leen en el libro de los Hechos relatos acerca de los apóstoles, Esteban, Felipe, Agabo y otros, y suponen que en la experiencia cristiana contemporánea no debe imitarse la guianza divina y los milagros asociados con sus vidas. A nivel teórico esta suposición puede ser verdad o no, pero si quiere ser convincente necesita estar fundamentada sobre afirmaciones claras de la Escritura, no en la simple observación de que sólo algunas personas llevaron a cabo milagros en el Nuevo Testamento.

En el libro de los Hechos sólo se mencionan por sus nombres cinco personas que hacen señales y prodigios: Pedro, Pablo, Bernabé, Esteban y Felipe. ¿Podemos sacar por eso la conclusión de que eran ellos los únicos que obraban milagros y maravillas? No, porque se nos dice que los otros apóstoles también hacían señales y prodigios, aunque no se les mencione por su nombre (Hechos 2:43; 5:12). ¿Es correcto sacar de eso la conclusión de que únicamente los apóstoles hacían señales y prodigios? No, porque tenemos los ejemplos de Esteban y Felipe para contradecir esta conclusión, y lo que es más importante, carecemos de una afirmación específica —en Hechos o en cualquier otro lugar— de que el ministerio de señales y prodigios estaba limitado a los apóstoles. O en otras palabras, los ejemplos históricos, como los encontrados en la literatura narrativa, deben interpretarse mediante afirmaciones claras de la misma Escritura, no por nuestra propia experiencia o por lo que nos parece lógico a nosotros como lectores.

Cuando observamos las Escrituras, encontramos que la afirmación de Warfield de que sólo unos pocos recibieron los dones sobrenaturales, es completamente falsa. Master fue más cauteloso en su afirmación y dijo:

Cada ejemplo de sanidad (por mediación de una persona) en el Libro de Hechos, la lleva a cabo un apóstol o uno de sus delegados, y si nos regimos estrictamente por el relato bíblico los únicos tres “delegados” relacionados con la sanidad fueron Esteban, Felipe y posiblemente Bernabé. Hechos 14:3 lo incluye a él.(cursivas del autor)

Masters limita su argumento a los ejemplos específicos de sanidades en Hechos. Dependiendo de cómo consideremos el ministerio de Ananías en Hechos Capítulo 9, la afirmación de Masters está expuesta a crítica, porque Ananías fue usado para sanar la ceguera provocada por causas divinas en Pablo (Hechos 9:17-18). Más incluso si la afirmación de Masters

acerca de Hechos fuera verdad, es tan sólo una observación relativa a la sanidad en el libro de Hechos, no acerca de otros fenómenos milagrosos o del resto del Nuevo Testamento, y la conclusión que él saca de su interpretación de la evidencia en Hechos, la contradice el resto del Nuevo Testamento.

EXAMEN DE LAS SEÑALES, PRODIGIOS Y MILAGROS

A continuación hacemos un breve examen de las apariciones de señales y prodigios en el Nuevo Testamento, y de los dones milagrosos del Espíritu. Recordemos que la razón por la que Warfield y otros desean argumentar que los dones sobrenaturales son dados únicamente a unos pocos, es porque consideran que su propósito es autenticar a los apóstoles. Por consiguiente, cada ejemplo de estos dones otorgados fuera del círculo de los apóstoles, contradice la teoría de que los dones estaban destinados a unos pocos y eran para autenticar a los apóstoles.

En Lucas 10:9 Jesús otorga autoridad a los setenta y dos para sanar a los enfermos en su misión predicadora. En el versículo diecisiete regresan llenos de gozo diciendo: "Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre". Jesús reconoce en los versículos diecinueve y veinte que Él les ha dado poderes especiales sobre los demonios. Para contemporizar estoy dispuesto a conceder que ésta pudiera haber sido una misión temporal y unos poderes temporales. Pero todavía es una excepción tremenda a la teoría de que sólo unos pocos recibieron dones milagrosos, y de que además eran sólo para autenticar a los apóstoles. ¿Por qué había de dar autoridad Jesús a los setenta y dos, para que sanaran y echaran fuera demonios, si Su propósito era que sólo unos pocos hicieran milagros y únicamente con la intención de autenticar a los apóstoles?

También está el hombre anónimo de Marcos 9:38-39 que fue tema de conversación entre Juan y Jesús:

Juan le respondió diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía. Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí.

Este es un caso en extremo interesante. Aquí tenemos a un hombre anónimo en los Evangelios, quien estaba haciendo algo que hasta ese momento sólo Jesús y los apóstoles habían tenido el poder de hacer: echar fuera demonios. Y sin embargo ni Jesús ni los apóstoles habían impuesto

sus manos sobre este hombre, ni le habían reconocido como un miembro oficial del grupo apostólico. ¿Por qué Marcos incluye esta historia? ¿Qué está tratando de decirnos? Esta es en realidad una excepción muy significativa de la teoría de que únicamente los apóstoles y sus delegados hacían milagros y sólo con el propósito de autenticar el ministerio apostólico. Así que, aun en los Evangelios, el ministerio de lo milagroso no está limitado a los doce apóstoles ni caracteriza la autenticidad de éstos.

Cuando volvemos al libro de los Hechos, descubrimos que mucha gente ejerce diversos dones milagrosos del Espíritu Santo. Por ejemplo, hay muchas personas que hablan en lenguas:

1. Los ciento veinte (Hechos 2)
2. Los samaritanos (casi con certeza hablaban en lenguas, porque en Hechos 8:18 dice que Simón “vio” que los samaritanos recibían el Espíritu Santo.)
3. Cornelio y los gentiles que estaban con él (Hechos 10:45-46)
4. Los doce discípulos de Éfeso (Hechos 19:6)

Hay también muchas personas mencionadas en Hechos que habían recibido el don de profecía:

1. El profeta Agabo (Hechos 11:28 ; 21:10-11)
2. Los discípulos que estaban en Antioquía en Hechos 13:1
3. Los profetas Judas y Silas (Hechos 15:32)
4. Los discípulos en Tiro quienes “decían a Pablo por el Espíritu, que no subiese a Jerusalén” (Hechos 21:4)
5. Las cuatro hijas doncellas de Felipe el evangelista, quienes profetizaban (Hechos 21:9)
6. Ananías (Hechos 9:10-18)

Cuando a esta lista se añaden Esteban y Felipe, tenemos una impresionante variedad de figuras que no son apóstoles y sin embargo reciben y ejercen dones milagrosos en un libro que está casi exclusivamente dedicado a los ministerios de Pedro y Pablo.

Ananías es uno de los más interesantes ejemplos de personajes no apostólicos que tiene un ministerio milagroso. Su relativa oscuridad lo hace todavía más interesante. Lo único que sabemos de él es que era “un varón piadoso según la Ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que allí moraban” (Hechos 22:12).

Al ministrarle a Saúl, Ananías ejerció tanto un don de sanidad como uno de profecía (Hechos 9:10-18). Pero más todavía, fue de manos de Ananías que Saúl fue lleno con el Espíritu Santo (Hechos 9:17). Dios utilizó a

Ananías, un individuo que no era apóstol, ¡para derramar el Espíritu Santo sobre un apóstol! Es probable que el apóstol Pablo haya recibido sus “poderes de obrar milagros” al mismo tiempo, porque no sólo recibió el Espíritu Santo en esta ocasión, sino que también fue lleno con el Espíritu Santo cuando Ananías impuso sus manos sobre él (Hechos 9:17).
En el libro de los Hechos encontramos tantas excepciones a la idea de que sólo unos pocos recibían los dones sobrenaturales y que éstos eran exclusivamente para autenticar a los apóstoles, que nos vemos forzados a descartar esta teoría.
Masters desea sacar una conclusión acerca de la sanidad basada en su observación de que solamente los apóstoles y otros tres se relacionan como sanadores en el libro de los Hechos. Sin embargo, esta conclusión no está justificada. Primero, él limita sus ejemplos únicamente al don milagroso de la sanidad, e incluso en éste, Ananías (Hechos 9:10-18) es una excepción a su conclusión, porque fue usado para sanar a Pablo. Pero lo que es más importante: el libro de Hechos abunda en otros dones milagrosos. Ya he mencionado los ejemplos de las lenguas y la profecía en el libro de los Hechos que suceden a personas que no son apóstoles. Si Masters desea argumentar que los dones milagrosos han cesado porque estaban vinculados exclusivamente a los apóstoles, no puede limitar sus conclusiones a un don. Ni tampoco puede limitar sus observaciones únicamente al libro de los Hechos. Cuando examinamos el resto del Nuevo Testamento, encontramos que la evidencia de milagros, sanidades y otros dones milagrosos del Espíritu, es mucho más amplia que en el libro de los Hechos.
En la iglesia de Corinto estaban operando todos los dones del Espíritu (1 Corintios 12:7-10). Algunos han argumentado que 1 Corintios 12:8-10 contiene una relación de los dones dados a toda la Iglesia y no los que estaban en realidad presentes en la iglesia de Corinto. Su objetivo al afirmar esto es sugerir que solamente los apóstoles y unos pocos más disfrutaban de los dones milagrosos. A ellos les gustaría que creyéramos que el cristiano corintio promedio sólo tenía los dones no milagrosos. Pablo contradice directamente esta sugerencia cuando les dice a los corintios que a ellos no les faltaba ninguno de los dones espirituales (charismata) (1 Corintios 1:7). La descripción en 1 Corintios 14:26 donde están presentes las lenguas y la profecía en el culto normal de adoración corintio, también contradice esta interpretación. El don de profecía también se manifestaba en Roma (Romanos 12:6), Tesalónica (1 Tesalonicenses 5:20), y Éfeso

(Efesios 4:11). El modo informal en que Pablo menciona los milagros en Gálatas 3:5 sugiere que los milagros eran comunes entre las iglesias gálatas.

LA FUNCIÓN DE LOS APÓSTOLES EN LA ADJUDICACIÓN DE LOS DONES ESPIRITUALES

Warfield argumentaba que solamente en las dos ocasiones iniciales del descenso del Espíritu en Pentecostés y en la casa de Cornelio, se registra que los dones se concedan sin la imposición de las manos de los apóstoles. No hay ocasión registrada en que se hayan conferido por la imposición de las manos de otro que no sea un apóstol.

Es preciso señalar que este argumento no se basa en una afirmación específica de la Escritura acerca de la concesión de los dones del Espíritu. En última instancia es un argumento basado en el silencio. Ya Warfield ha consignado una excepción importante a su teoría, o sea, el caso de Cornelio. Esta es una excepción significativa porque Pedro estaba presente. Si de veras es necesario recibir los dones espirituales mediante la imposición de las manos de los apóstoles, ¿por qué Pedro no tuvo que imponerle sus manos a Cornelio?

Hay otras excepciones por el estilo. En el libro de los Hechos aparece mucha gente que tiene el don de profecía, y tampoco hay registro escrito de que un apóstol le haya impuesto las manos. Me refiero a Agabo (Hechos 11:28; 21:10-11), Las personas de Hechos 13:1, los profetas Judas y Silas (Hechos 15:32), y las cuatro hijas doncellas de Felipe que profetizaban (Hechos 21:9). No hay evidencia en el libro de los Hechos de que alguno de los apóstoles le haya impuesto las manos a alguna de estas personas a fin de que éstas recibieran los dones milagrosos que ejercían. También está el caso de Ananías, quien impuso las manos sobre un apóstol para que éste recibiera el Espíritu Santo y fuera lleno del Espíritu, tal como mencionamos antes. Fuera del libro de los Hechos encontramos evidencias similares. Por ejemplo, Timoteo es un individuo que recibió uno de los dones mediante la imposición de las manos de los ancianos (1 Timoteo 4:14).

Edward Gross formula el argumento de Warfield de un modo ligeramente diferente cuando escribe:

Tanto las afirmaciones directas como las implicaciones de las Escrituras respaldan la enseñanza de que los dones milagrosos fueron otorgados sólo

por mediación de un apóstol. La conclusión, por lo tanto, es que cuando los apóstoles murieron, los dones milagrosos dejaron de ser concedidos. El uno dependía del otro.

Mientras que Warfield argumentaba que los dones se concedían sólo mediante la "imposición de las manos de los apóstoles", Gross lo modifica con "sólo por mediación de un apóstol". De esta forma Gross puede afirmar que Cornelio y sus amigos recibieron el don de lenguas "por mediación de" Pedro, aun cuando éste no impuso sus manos sobre ellos.

Para Gross el texto más importante es Hechos 8:5-19. Este es el relato de la conversión de los samaritanos. Felipe hizo grandes señales entre los samaritanos y les predicó a Cristo, por lo que muchos se convirtieron, pero no recibieron el Espíritu Santo en ese momento. Este es el único lugar, después de Pentecostés, donde está claro que alguien cree en el Señor Jesús y no recibe inmediatamente el bautismo del Espíritu Santo. Los samaritanos no recibieron el Espíritu Santo hasta que Pedro y Juan descendieron desde Jerusalén y oraron por ellos. ¿Por qué esa demora en darle el Espíritu Santo a los samaritanos?

Gross contesta la pregunta de la siguiente forma:

Felipe obraba milagros (Hechos 7, 13). Así que ¿por qué no habría de conceder estas señales a los samaritanos mediante la oración en el nombre de Jesucristo? La respuesta simple y obvia es: Felipe no era un apóstol. Felipe pudo predicar y hacer milagros; pero la voluntad de Dios era que solamente los apóstoles pudieran otorgar dones milagrosos.

Gross tiene razón. La respuesta que él da es simple, pero es demasiado simple. El asunto no concierne primordialmente a la concesión de dones milagrosos, sino al otorgamiento del Espíritu Santo. Examinemos la evaluación que el profesor Turner hace de la posición que adopta Gross:

Decir que en Hechos 8:14-17 los samaritanos "todos recibieron el poder de obrar señales por la imposición de las manos de los apóstoles", y que esto era paradigmático, es una soberana tontería y es preciso calificarla como tal: eso pasa por alto por completo el objetivo de Lucas. Hubo ciertamente imposición de manos, y también señales — ambas al mismo tiempo y posiblemente más tarde— pero lo que Lucas quiere es destacar que los samaritanos recibieron el Espíritu tal como se había prometido en Hechos 2 (vv. 17-21,33, 38ss.) a todos; ¡y no un don especial para obrar señales que autenticaran a los apóstoles!

La respuesta de por qué se demoró el otorgamiento del Espíritu Santo a los samaritanos se encuentra mucho más probablemente en la historia de

éstos. A lo largo de su historia, ellos se negaron a someterse a la autoridad de los líderes designados por Dios en Israel. Llegaron a procurarse su propia edición sectaria de los primeros cinco libros de la Biblia, y se negaron a someterse al liderazgo designado por Dios. Al demorar el don del Espíritu hasta que los apóstoles pudiesen imponerles las manos, Dios estaba corrigiendo este problema de una vez y para siempre. Los samaritanos debían aprender que de ahí en adelante tendrían que someterse al liderazgo de los apóstoles de Jerusalén, ya que se habían negado siempre a reconocer la autoridad de Jerusalén y se habían procurado sus propios lugares de adoración; ese problema se corregía para siempre.

No se trataba sólo de los dones milagrosos. Era la concesión del Espíritu Santo y la sumisión a la autoridad apostólica. El ejemplo de Hechos 8:5-19 no tiene la sola explicación dada por Gross, sino que exige otra más exhaustiva.

Existen otros dos obstáculos insuperables para la teoría de Gross de que “los dones milagrosos fueron concedidos sólo por medio de un apóstol”. La iglesia de Roma no había sido fundada por un apóstol ni siquiera visitada por uno, hasta donde el relato bíblico nos permite saber. Sin embargo, a pesar de la falta de presencia apostólica, el don de profecía funcionaba allí (Romanos 12:6-8). Si los dones milagrosos sólo podían recibirse por medio de un apóstol, ¿cómo lo adquirió la iglesia de Roma? Todo lo que Gross puede decir acerca de la presencia de ese don en Roma es: “Pudiera haber sido conferida por los apóstoles a los líderes romanos, mientras que todavía estaban en Jerusalén, poco después de su conversión al cristianismo”.

Siempre podemos sugerir una explicación de esta clase cuando los hechos contradicen nuestra teoría. También es posible, por ejemplo, que Pedro hubiese visitado Roma, y que la Escritura no mencionara esta visita. La explicación de Gross acerca de cómo llegó el don de profecía a la iglesia de Roma no explica nada en realidad. Es buscar una salida a un ejemplo que echa por tierra su teoría. No se puede fundamentar una teología sobre lo que “pudo haber sido”, ni en la carencia de información. Si uno se contenta con basar su teología en ejemplos en vez de en afirmaciones claras de la Biblia, entonces tendrá que aceptar ejemplos contrarios también.

Gross argumenta que “las afirmaciones directas (...) de la Escritura” respaldan su teoría. Pero jamás presenta una simple afirmación directa de

la Biblia que enseñe que los dones milagrosos eran concedidos "tan sólo mediante un apóstol". De hecho, no hay una afirmación clara en la Escritura que enseñe que los dones espirituales sólo podían obtenerse por medio de un apóstol. En la iglesia de Roma tenemos una indudable excepción a semejante regla; una excepción de tal magnitud que socava toda la regla. Y tampoco es la iglesia de Roma la única excepción. En 1 Timoteo 4:14 hay otra inequívoca excepción a la regla de Gross. Pablo escribe: "No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio". A Timoteo se le había concedido un carisma mediante el don sobrenatural de profecía y la imposición de las manos de los ancianos, no de las manos de Pablo. En otro momento, Timoteo recibió un don a través de la imposición de las manos de Pablo (2 Timoteo 1:6). Alegar que 1 Timoteo 4:14 y 2 Timoteo 1:6 se refieren al mismo incidente no es verosímil porque no hay evidencia que justifique semejante afirmación.

LA SUPUESTA PÉRDIDA DEL DON DE SANIDAD DE PABLO

El fracaso de Pablo en sanar a Epafrodito (Filipenses 2:25-27), Timoteo (1 Timoteo 5:23), y Trófimo (2 Timoteo 4:20) le indica a alguna gente que su don de sanidad tenía que haber cesado antes del fin de su vida. Geisler piensa que otras indicaciones en la Biblia garantizan esta conclusión. Él cree que la Escritura que trata del "primer período" de la Iglesia, de A.D. 33 al 60, abunda en milagros, mientras que la Escritura que trata del "período posterior", de A.D. 60 al 67, no contiene alusiones a las lenguas, sanidades, exorcismos o resurrecciones. Para ilustrar su punto de vista Geisler presenta este ejemplo específico: "El mismo apóstol que echó fuera un demonio a una orden (Hechos 15) [sic] sólo puede esperar que Himeneo y Fileto se arrepientan y 'escapen del lazo del diablo', en que están cautivos a voluntad de él" (2 Timoteo 2:26).
Primero que todo, el ejemplo de Himeneo citado por Geisler escasamente significa que Pablo perdiera su capacidad de echar fuera un demonio. ¿Quién puede creer seriamente que el más eminente de todos los apóstoles perdiera su autoridad para echar fuera demonios antes del fin de su vida? En el caso de Himeneo, Pablo ha entregado a este hombre a Satanás por sus enseñanzas blasfemas (1 Timoteo 1:20). La Biblia nada

dice acerca de que Pablo intentara o siquiera deseara echar un demonio fuera de Himeneo. Y nunca los apóstoles habían acostumbrado en el Nuevo Testamento a echar demonios fuera de los heréticos y falsos maestros. Lo que ellos acostumbraban, y su consejo a la iglesia, era evitar a esa clase de gente (Tito 2:9-11 ; 2 Juan 10-11). Para que el ejemplo de Geisler tuviera alguna credibilidad, él hubiese tenido que demostrar que Pablo había intentado echar el demonio fuera de Himeneo y no pudiera hacerlo. Esto nos conduce al problema cardinal, no sólo de este ejemplo específico, sino de todo el argumento relativo a la falta de lo sobrenatural en las últimas epístolas de Pablo.

El argumento de Geisler nada tiene de convincente, porque se basa en la falta de información. Geisler argumenta que "desde Efesios a 2 Timoteo no se hace mención de lenguas, sanidades, exorcismos o levantamiento de entre los muertos" Por lo tanto, basado en que estas cosas no se mencionan, él saca la conclusión de que no deben haber sucedido durante el período de estas epístolas (aproximadamente desde A.D. 60 al 68). Para creer que el argumento de Geisler esté en lo cierto, él tiene que demostrar que si los dones milagrosos hubieran existido todavía, Pablo hubiese tenido que mencionarlos en estas epístolas.

Yo podía usar la misma metodología de Geisler para "probar" que Pablo había perdido su don de celibato para el A.D. 60 al 67. Pablo se refiere a su celibato como un carisma (1 Corintios 7:7), y es evidente que lo tenía en gran estima. Sin embargo, no lo menciona en sus últimas epístolas (desde Efesios hasta 2 Timoteo). ¿Estaría yo justificado en sacar la conclusión de que ya él no tenía el don del celibato? Por supuesto que no. Yo primero tendría que probar que él debía haberlo mencionado si todavía lo tenía. De la misma forma, Pablo no menciona éxito alguno que haya tenido en el evangelismo personal durante aquel lapso desde Efesios hasta 2 Timoteo. ¿Tendríamos por eso que concluir que sus dones evangelísticos habían cesado? Espero que a estas alturas ustedes hayan comprendido la invalidez de un argumento basado en el silencio para probar cosa alguna en la Biblia.

Pero en el argumento de Geisler hay algo mucho más equivocado que el hecho de estar basado en el silencio. En última instancia, Geisler está comparando manzanas con naranjas. Está comparando literatura narrativa con literatura didáctica. Por definición, estos dos tipos de literatura tratan de dos temas muy diferentes. El libro de los Hechos está compuesto de relatos, en tanto que las Epístolas tratan de problemas particulares en

iglesias individuales. Uno de los propósitos del libro de los Hechos es demostrar la obra continuadora de Jesús en Su milagroso ministerio de poder. Por supuesto que el libro de los Hechos estará lleno de relatos de hechos milagrosos, mientras que las Epístolas, por lo general, mencionarán estas cosas sólo cuando las mismas son la fuente de un problema, como en Corinto.
Pablo estaba en prisión cuando escribió Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón. Por eso se les llama las Epístolas de la prisión. Es obvio que no estarían llenas de narraciones acerca de su ministerio de obrar milagros, ni de su ministerio evangelístico: ¡está en prisión! Sus últimas tres cartas al final de su vida a Timoteo y Tito se concentran en consejos a estos jóvenes acerca de cómo deben pastorear el rebaño que tienen a su cargo. No está escribiéndoles para contarles sus logros. ¿Por qué debemos esperar que les cuente a Timoteo y a Tito los milagros que ha hecho en su vida, cuando ellos mismos los han presenciado numerosas veces?
Hay otro problema con la observación de Geisler de las últimas porciones de la Escritura. Deja de mencionar que las visiones más gráficas y la revelación profética más explícita no viene en el libro de los Hechos. Vienen unos treinta años después de la muerte de Pablo. Me refiero a las visiones y profecías que recibió el apóstol Juan alrededor de A.D. 95, que están registradas en el libro de Apocalipsis. Por consiguiente, los carismas reveladores estaban funcionando todavía con gran fuerza treinta años después de que Geisler dice que habían cesado.
No obstante, hubo tres asociados íntimos de un apóstol famoso por su don de sanidad que no fueron sanados. ¿Cómo podemos explicar esto? Primero que todo, es imposible explicar la falta de sanidad de estos hombres con la pérdida del don de sanidad de Pablo. ¿Por qué? Porque nadie puede dar una razón bíblica por la cual Pablo debiera haber perdido su don de sanidad seis o siete años antes del fin de su vida.
¿Por qué había de retirar Dios el don de sanidad de Pablo? Ningún cesacionista puede dar una razón de peso para este retiro. El cesacionista cree que los dones de sanidad autenticaban a los apóstoles y su ministerio, especialmente su ministerio de escribir la Biblia. Basados en esta teoría, ¿es que Pablo ya no necesitaba autenticación divina? Esto significaría que las cartas escritas al final de su vida no tienen la misma autenticación milagrosa que las otras tenían. ¿Y qué me dicen de su ministerio evangelístico? ¿Ya no necesitaba autenticación divina para su ministerio evangelístico durante los años posteriores a ser liberado después de su

primera prisión en Roma (A.D. 63-65)? En realidad, el retiro del don de sanidad en Pablo ¿no demostraría que Dios le estaba retirando Su aprobación, puesto que de acuerdo con la teoría cesacionista, los dones milagrosos estaban destinados a demostrar la aprobación de Dios hacia los apóstoles?

Hay otra inconsecuencia más en la teoría de Geisler. ¿Por qué le dejó Dios a Pablo el don de profecía y el de revelación (para escribir la Biblia) y le quitó el don de sanidad? Él sigue haciendo afirmaciones proféticas en su última carta (ver 2 Timoteo 4:6-8 donde Pablo predice su muerte y futura recompensa; ver también sus afirmaciones proféticas acerca de Alejandro 4:14). ¿Por qué había de quitarle Dios la sanidad y los milagros pero dejarle la profecía y la revelación?

Es mucho más sencillo creer que el apóstol Pablo oró por esos tres hombres y Dios simplemente dijo “No”. Puesto que ya está demostrado que ni Jesús ni los apóstoles pudieron sanar a voluntad, ¿por qué no presumir sencillamente que Dios, por sus propios propósitos soberanos, decidió no sanar a estos tres hombres mediante el don de sanidad de Pablo? Esto es mucho más fácil de creer que la teoría de que para el A.D. 60, siete u ocho años antes del final de su vida, Dios le había retirado el don de sanidad al más eminente de Sus apóstoles.

¿ENSEÑAN LAS ESCRITURAS QUE EL APOSTOLADO HA CESADO?

Muchos cesacionistas asumen que el apostolado es uno de los carismas. Entonces tratan de probar por la Escritura que el apostolado ha cesado, y en consecuencia sacan la conclusión de que por lo menos un don espiritual era temporal. Esta conclusión deja abierta la posibilidad de que otros dones sean temporales.

Otros, como hemos visto, van más allá de esta conclusión y consideran que los apóstoles tienen que haber desaparecido por necesidad puesto que los dones espirituales milagrosos han cesado. Declaran que los dones milagrosos se otorgaron sólo a los apóstoles y a sus asociados íntimos, que únicamente los apóstoles podían impartirlos, y que estaban destinados sólo al propósito específico de autenticar a los apóstoles.

No obstante, la desaparición de los apóstoles (concediendo que en realidad hayan desaparecido) puede tener poca importancia en el tema de si los dones milagrosos del Espíritu han cesado o no. En realidad hay

mucha gente que cree que los dones del Espíritu se están otorgando en la actualidad, aunque también piensan que la Escritura enseña que los apóstoles desaparecieron al final del siglo primero. Ellos, así como otros, se ponen nerviosos cuando la conversación gira hacia la posibilidad de que haya apóstoles hoy en día.
Su preocupación gira alrededor de dos temas: los apóstoles escribieron la Biblia, y tuvieron una autoridad tan grande que desobedecerlos era igual que desobedecer a Dios. Nadie — al menos nadie que yo conozca— desea abrir la posibilidad de que alguien añada algo a las Escrituras. Ciertamente yo tampoco. Y es difícil imaginar a alguien en la Iglesia contemporánea que tenga el carácter para soportar la autoridad que le fue dada a los apóstoles. Conoce usted a algún líder de la iglesia que lo haga todo por el bien del Evangelio? (1 Corintios 9:23). ¿O un líder para quien el vivir sencillamente signifique Cristo? (Filipenses 1:21). Esta clase de temas nos hace como es natural mantener una reserva para identificar a alguien hoy como un apóstol en el mismo sentido en que Pablo y los Doce lo fueron. Más antes de que saquemos una conclusión apresurada, hay muchos temas que debemos examinar.

¿Es el apostolado un don espiritual?

Muchos escritores dan por sentado que el apostolado es un don espiritual. Pero esa presunción no ha sido probada. Pablo mismo no llama don espiritual al apostolado, ni en 1 Corintios 12 ni en Efesios 4:11. Lo que quiero decir es que él nunca emplea el término carisma al apostolado, ni tampoco habla del apostolado en la misma forma en que habla de los otros dones espirituales. Si el apostolado no es un don espiritual en el mismo sentido en que la sanidad o los milagros lo son, ¿qué es entonces?
Los apóstoles no fueron mencionados en la lista de carismas milagrosos en 1 Corintios 12:8-10. Pablo no menciona a los apóstoles hasta su lista concluyente que empieza en 1 de Corintios 12:28. Fee señala: “no es sorprendente que Pablo enumerara a los ‘apóstoles’ primero. La sorpresa es que ellos estuvieran en esa lista después de todo, y que él los enumerara en plural”. Es difícil considerar a un apóstol como aun “don espiritual” como la sanidad, los milagros, la enseñanza y otros. Sin embargo, técnicamente la lista que empieza en el versículo 28 no es sólo una lista de dones espirituales. Los primeros tres de la lista no son dones, sino personas que representan ministerios: apóstoles, profetas y maestros.

Los que siguen en la lista son los que tienen dones: los que hacen milagros, los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que hablan lenguas. La mezcla en esta lista de personas y dones espirituales probablemente estaba destinada a indicar que la amplia diversidad del cuerpo —desde apóstoles hasta el don de lenguas pasando por todo lo demás— había sido concebida por Dios, y por lo tanto, comisionada por Él. En el sentido estricto de la palabra, Pablo no ha llamado “dones espirituales” a los apóstoles.
Es virtualmente imposible definir el “don” del apostolado en la misma forma en que pueden definirse otros dones. Es fácil concebir que alguien ejerza el don de profecía sin ser profeta. Lo mismo puede decirse de todos los otros dones. Pero ¿cómo puede alguien acudir a una reunión de una asamblea local y ejercer el don del apostolado en esa reunión sin ser realmente un apóstol? Un apóstol en una asamblea puede enseñar, o profetizar, o sanar, o guiar, o administrar. Pero ¿qué podría significar ejercer el don del apostolado? Sencillamente no podemos pensar en el apostolado separado de los apóstoles históricos. En el Nuevo Testamento un apóstol no es un don espiritual, sino una persona a quien Dios ha dado una comisión y un ministerio.

¿Quiénes fueron los apóstoles del Nuevo Testamento?

Los primeros a quienes se llamó apóstoles en el Nuevo Testamento fueron los doce discípulos originales de Jesús (Mateo 10:2). Cuando Judas desertó de este grupo al traicionar a Jesús, se escogió a Matías echando suertes para ocupar el lugar de Judas (Hechos 1:21-26). Este grupo de doce es único y no podía ampliarse más allá de doce. Los doce originales fueron específicamente llamados y designados para esta tarea por el mismo Señor durante Su ministerio terrenal (Marcos 3:13ss.). Incluso Matías fue escogido por el Señor de modo divino (Hechos 1:24). El requisito para pertenecer al grupo de los doce originales era haber estado con Jesús desde el bautismo de Juan y haber sido testigo presencial de Su resurrección (Hechos 1:21 ss.). Los nombres de estos doce están inscritos en las doce piedras que sirven de cimiento a la muralla de la Nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:14). Por consiguiente, estos doce constituyen un círculo cerrado al cual no era posible añadir otro después de la inclusión de Matías.
Sin embargo, había otros apóstoles, aunque nunca se contaron como parte de “los Doce”. Es obvio que el Nuevo Testamento tenía por apóstoles tanto

a Pablo como a Bernabé (Hechos 14:4, 14). Pablo llama muy claramente apóstol a Jacobo, el hermano del Señor (Gálatas 1:19, 1 Corintios 15:7), y Jacobo también aparece, junto con Pedro, como uno de los principales líderes de la iglesia durante el concilio en Jerusalén (Hechos 15:13-19).
¿Hay otros apóstoles? Es posible que Pablo también se refiera a Silas como a un apóstol (1 Tesalonicenses 2:7). Romanos 16:7 pudiera también indicar que Andrónico y Junias eran apóstoles, pero hay muchas dificultades interpretativas en este pasaje que nos impiden estar seguros de su significado. Finalmente la frase "todos los apóstoles" en 1 Corintios 15:7 puede referirse a un número no especificado de apóstoles además de "los Doce" ya mencionados en 1 Corintios 15:5.
Para resumir todo esto, el Nuevo Testamento enseña con claridad que habían quince apóstoles: los Doce más Pablo, Bernabé y Jacobo. Muy posiblemente Silas era un decimosexto apóstol. Quizás debieran añadirse a esta lista Andrónico, Junias y otros apóstoles no mencionados (1 Corintios 15:7). El hecho de que hubiera falsos apóstoles (2 Corintios 11:13) indica que no había podido fijarse el número de los apóstoles en tiempos del Nuevo Testamento, o si no, estos hombres no hubieran podido hacerse pasar por tales.

Los requisitos para el apostolado en el Nuevo Testamento

En esta sección no estoy refiriéndome a los requisitos para pertenecer a "los Doce". Ya hemos visto que ese era un círculo único que no admitía adiciones después de Matías. Aquí nos ocupamos de aquellos que se convirtieron en apóstoles después de los Doce. Aun cuando los Doce tengan un lugar único en la historia de la redención, el Nuevo Testamento no nos enseña que este segundo grupo de apóstoles tuviera menos autoridad que los Doce. No obstante, los requisitos para pertenecer a este segundo grupo de apóstoles son ligeramente diferentes que los de los Doce originales, porque estos hombres no estuvieron con el Señor Jesús desde el principio de Su ministerio, a partir del bautismo de Juan.
En lo que sigue dependeremos básicamente de la descripción que hace Pablo de su propio apostolado. Pablo expone los requisitos y características del apostolado. Debemos tener cuidado de no confundirlos. Por un lado, mucha gente pudiera tener ciertas características comunes con los apóstoles, pero eso no los hace apóstoles. Los apóstoles hacen

señales y maravillas (Hechos 2:43), por ejemplo, pero igual hacen Esteban y Felipe (Hechos 6:8; 8:6), que no son considerados apóstoles.
Si confundimos los requisitos del apostolado con las características del mismo, podríamos multiplicar indefinidamente la lista de los requisitos. También cabe la posibilidad de que excluyéramos algunos verdaderos apóstoles de la lista. Por ejemplo, si decimos que escribir la Biblia es un requisito para el apostolado, tendríamos que excluir todos aquellos apóstoles que no escribieron la Biblia.
Pablo expone tres requisitos para el apostolado: el primero y más importante de ellos es que el mismo Señor Jesucristo los llamase y comisionase (Gálatas 1:1; Romanos 1:1, 5; 1 Corintios 1:1 ; 2 Corintios 1:1). En 1 Corintios 9:1 -2 se exponen los otros dos requisitos:
¿No soy apóstol? ¿No soy libre? ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor?
Si para otros no soy apóstol, para vosotros ciertamente lo soy; porque el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor.
El segundo requisito que Pablo expone muy claramente es que un apóstol tiene que haber visto al Señor Jesucristo. En el caso de Pablo este requisito se cumplió en el camino de Damasco, cuando vio al Cristo resucitado (Hechos 9:1-9). El tercer requisito quizás no lo sea, sino una característica o prueba de apostolado. Aquí estoy hablando de cuando les recuerda a los corintios que ellos eran el sello de su apostolado. En otras palabras, Pablo está refiriéndose a la efectividad de su ministerio, específicamente en el fundar iglesias.
En seguida se hace evidente que el solo requisito único del apostolado es el personal llamamiento y comisión del Señor Jesucristo. Otros han visto al Señor resucitado (1 Corintios 15:6 menciona más de quinientos que habían visto al Señor resucitado), pero esto no los convirtió en apóstoles. De la misma forma, otros tenían ministerios efectivos y aun fundaban iglesias (como el ministerio de Felipe en Samaria), pero esto no los hizo apóstoles. Entonces la base del apostolado es que el Señor Jesucristo los haya llamado y comisionado personalmente.

Las características del apostolado del Nuevo Testamento

Hay cinco características que Pablo recalca tan a menudo en sus escritos, que tenemos que relacionarlas como características definitivas de un apóstol. No obstante, otros pueden compartir estas características sin ser

apóstoles, pero sería difícil imaginar uno que no las tuviese. El primero en esta lista es el sufrimiento de un apóstol. Los textos más importantes aquí son 1 Corintios4:9-13; 2 Corintios 4:7-12; 6:3-10; 11:23-33; y Gálatas 6:17. En 2 Corintios 4:7 se expone el propósito teológico tras este sufrimiento:
Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.
Entonces el sufrimiento de los apóstoles no es accidental, sino que muestra una intención divina. Dios exponía públicamente su debilidad permitiendo que sufrieran y fueran perseguidos. Permitía que fuesen incomprendidos y parecieran desprotegidos (padecían hambre, frío y desnudez), para que nadie pudiera poner su confianza en los "vasos de barro" sino más bien en el poder de Dios para usar esos vasos terrenales. Una y otra vez el Señor exhibe a los apóstoles como meros hombres y como hombres débiles (2 Corintios 12:9-10) para que la gloria le sea atribuida a Dios por la excelsa grandeza de Su poder y no a los hombres por la grandeza del suyo. De acuerdo con el Nuevo Testamento es imposible concebir a un apóstol que no estuviera íntimamente familiarizado con el sufrimiento y la persecución.
Hoy en día hay quienes en la Iglesia declaran ser apóstoles, pero no parecen querer tener parte en el sufrimiento apostólico. No sólo viven espléndidas vidas de muelle derroche, sino que aceptan y animan un increíble respeto deferente que les rinden los cristianos comunes del cuerpo de Cristo. En la práctica se sitúan por encima de la reprensión o crítica de sus hermanos cristianos, como si eso fuera parte de su llamamiento apostólico. También enseñan que Dios quiere que los cristianos vivan en la riqueza y la comodidad; en todo caso, con muy poco sufrimiento.
Una segunda característica es la especial revelación para los misterios divinos concedida a los apóstoles. Tienen revelación divina en el misterio de Cristo (Efesios 3:1-6), en el misterio de la santidad (1 Timoteo 3:16), en el misterio de la conversión de Israel (Romanos 11:25-32), y Pablo incluso tuvo visiones y escuchó revelaciones que no le fue permitido repetir en la tierra (2 Corintios 12:1-4, 7). Pero la revelación acerca de los misterios divinos no pertenece únicamente a los apóstoles. Los profetas también tienen revelaciones relativas a los misterios divinos (Efesios 3:5).
Una tercera característica del ministerio apostólico es la presencia de señales y maravillas mientras ellos proclaman al Señor Jesucristo. Jesús prometió a los apóstoles que ellos serían investidos con poder de lo alto

(Lucas 24:49; Hechos 1:8). Esto se cumplió en los Doce (Hechos 2:43; 5:12) y en el ministerio de los apóstoles que vinieron después de los Doce (examinar los milagros hechos por medio de Bernabé y Pablo en Hechos 14:3 y 15:12 y mediante Pablo solo en Romanos 15:9 y 2 Corintios 12:12). Repetimos, aunque ésta es una característica del ministerio apostólico, no es únicamente apostólica, porque Esteban y Felipe hicieron señales y maravillas también.

Una cuarta característica es la integridad inmaculada de los apóstoles (1 Corintios 1:12; 2:17; 4:2; 7:2). Claro está que otros también pueden tener una integridad intachable sin ser apóstoles, pero ¿quién podría imaginar a un apóstol que no tenga una integridad inmaculada?

La última característica es la autoridad apostólica. Los Doce recibieron autoridad sobre los demonios y toda enfermedad (Mateo 10:1; Marcos 3:15; 6:7; Lucas 9:1). Pero esta autoridad no era únicamente de los apóstoles, pues les fue concedida también a los setenta cuando Jesús los envió a predicar (Lucas 10:19). Y el hombre anónimo mencionado en Marcos 9:38-41, parece haber tenido autoridad sobre los demonios.

Algunas veces no se comprende correctamente la naturaleza de la autoridad apostólica. Con frecuencia la gente considera que esta autoridad es en primer lugar sobre los creyentes para guiar sus vidas y decidir cosas por ellos. Cuando en el Nuevo Testamento se menciona la autoridad relacionada con los apóstoles, es primordialmente sobre las fuerzas opuestas al reino. Por supuesto que es cierto que Ananías y Safira cayeron muertos mientras Pedro les echaba en cara su pecado (Hechos 5:1-11). Pero ¿tenía realmente Pedro autoridad para matar a creyentes pecadores? No lo creo. Pienso que es más posible que Dios le mostró el pecado de estos dos y lo que Él les haría.

Pablo también tenía autoridad para impartir dones espirituales. Él le aconsejó a Timoteo que avivara el fuego del don de Dios que estaba en él por la imposición de la manos de Pablo (2 Timoteo 1:6; Romanos 1:11). Más incluso esto no es únicamente apostólico, porque los ancianos también tienen poder para impartir dones espirituales (1 Timoteo 4:14).

Pablo declaró que a él le había sido concedida autoridad para edificar y no para destruir (2 Corintios 10:8; 13:10). La idea de edificar probablemente se refiere al papel de fundar que tienen los apóstoles para establecer la Iglesia del siglo primero (Efesios 2:20). Está claro que la intención de Pablo era recalcar el aspecto positivo de su autoridad: la autoridad de edificar. Pero la referencia a “vuestra destrucción’’ no fue una simple amenaza vana

o un giro del lenguaje. Pablo tenía la autoridad de entregar a miembros de la iglesia en las manos de Satanás en casos especiales (1 Corintios 5:5; 1 Timoteo 1:20). Pablo advirtió a los corintios que si ellos no cambiaban su actitud, él tendría que ir a ellos “con vara” (1 Corintios 4:18-21). Hay un tono ominoso en estas palabras. Pablo estaba declarando sin ambages un poder divino para traer juicio sobre la iglesia de Corinto si ellos no se arrepentían.

Esta clase de autoridad ¿es únicamente para los apóstoles? No lo creo, porque la Escritura nada dice que sea exclusiva de los apóstoles. Es concebible que Dios emplee a alguien hoy para dar palabra profética de juicio sobre un individuo, una iglesia, una ciudad o una nación. En realidad conozco muchos casos de cristianos a quienes se advirtió de que si no se arrepentían, morirían. Y sé de dos casos en que los advertidos murieron, tal como las profecías sobre ellos predijeron.

Quizás alguien pudiera objetar que no he incluido en mi lista la capacidad de escribir la Biblia como parte de la autoridad apostólica. La razón para no hacerlo es que no todos los apóstoles escribieron la Biblia, en realidad sólo tres de los Doce lo hicieron —Mateo, Juan y Pedro—. Y algunos que no eran apóstoles sí lo hicieron. De hecho, ni siquiera sabemos quién escribió el libro de Hebreos, aunque sea parte de la Escritura. Esto no quiere decir que yo crea que alguien pueda escribir otra vez la Biblia hoy en día. No creo que exista alguien con esa capacidad ahora. Pienso que nuestra Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento, está completa y es suficiente, y que jamás tendrá otra añadidura. También estoy personalmente convencido de que la Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la infalible Palabra de Dios. Sin embargo, para salvaguardar la Biblia de cualquier posterior añadidura, no es necesario proclamar que ya no hay apóstoles, puesto que no está claro que Dios hubiera concebido la autoría como una prueba de canonicidad.

Los argumentos de que la función de apóstol ha cesado MacArthur relaciona seis razones por las que considera que la función de apóstol ha cesado:

1. La Iglesia fue fundada sobre los apóstoles.
2. Los apóstoles fueron testigos de la resurrección.
3. Fueron escogidos personalmente por Jesucristo.
4. Fueron autenticados por señales milagrosas.
5. Tenían autoridad absoluta.
6. Poseen un eterno y único lugar de honor.

Lo primero que hay que señalar acerca dé estos argumentos, es que ni MacArthur ni ningún otro, pueden mostrar un texto específico de la Biblia que diga que la función de apóstol ha cesado o que cesaría durante la era de la Iglesia. Todos estos argumentos se basan en deducciones teológicas, no en afirmaciones específicas de la Escritura. Ninguno de estos argumentos, ni los pasajes empleados para respaldarlos, enseñan que el Señor no pudo dar apóstoles adicionales a la Iglesia después de Pablo, Bernabé y quizás otros en el siglo primero.

Respuesta al número 1: El hecho de que los apóstoles tuvieran un papel fundamental en el establecimiento de la Iglesia (Efesios 2:20) no significa que el Señor no pudiera, o no deseara, dar más apóstoles. Alguien tenía que fundar la Iglesia. ¿Argüiríamos que sólo porque fundaron la Iglesia su ministerio tenía que ser temporal? El director fundador de una compañía o corporación siempre será único en el sentido de que la fundó, pero eso no significa que la compañía no tendrá directores o presidentes después de él.

Por otra parte, Efesios 4:11-13 pudiera indicar que el propósito de Dios es que haya apóstoles hasta el regreso de Jesús. La Iglesia recibió cinco ministerios: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros (v. 11). ¿Por qué? Pablo dice que estos ministerios le fueron dados para equipar a los creyentes a fin de que puedan llevar a cabo la obra del ministerio (v. 12). ¿Hasta cuándo se supone que se extienda esta situación? Pablo contesta esta pregunta en el versículo 13:

Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:13, cursivas mías).

La única referencia que he encontrado en los escritos de Pablo que específicamente menciona la “duración” del ministerio de los apóstoles, es el “hasta” de Efesios 4:13. Si se toma literalmente, eso podría significar que la Iglesia tendría apóstoles hasta que alcanzara la madurez descrita en el versículo 13.

Sin embargo, sé que hay otras interpretaciones de Efesios 4:11-13. Estoy pensando tratar en detalle esas y otras de Efesios 2:20 en mi próxima obra. Mi punto de vista presente es simplemente este: no tenemos una afirmación específica de las Escrituras al efecto de que sólo habría “una” generación de apóstoles. Pero sí tenemos una afirmación específica diciendo que tendremos apóstoles al menos hasta que la Iglesia llegue a la madurez. Al presente es difícil imaginar que la Iglesia haya llegado el nivel de madurez descrito en el versículo 13.

Respuesta al número 2: Es cierto que un apóstol tenía que ser testigo de la resurrección. En el caso de Pablo esto se cumplió después que Jesús había ascendido al cielo. El Señor se le apareció en el camino de Damasco (Hechos 9:1-9). Más tarde, Pablo en su testimonio se refiere a esto como “una visión celestial” (Hechos 26:19). En otra parte, Lucas emplea esta palabra para las visiones angélicas (Lucas 1:22; 24:23). ¿Qué impide que el Señor aparezca a otros del mismo modo? No conozco ninguna razón bíblica para que el Señor no haya —o no pudiera— aparecer a otros en Su Iglesia.

Respuesta al número 3: ¿Qué impide que el Señor escoja y comisione personalmente a otros para que sean apóstoles? Si lo hizo con Pablo, Jacobo. Bernabé y muy posiblemente Silas, ¿por qué no podría hacerlo hoy? MacArthur escribe: “Cuando las epístolas pastorales sientan principios para un liderazgo perdurable en la Iglesia, se refieren a los ancianos y diáconos. Nunca mencionan a apóstoles”. De nuevo este es un argumento fundamentado en el silencio. ¿Por qué habían de mencionar el apostolado las epístolas pastorales? Los ancianos, diáconos y apóstoles existían codo con codo en la Iglesia del Nuevo Testamento. La Iglesia necesitaba reglas para regir la selección de los ancianos y diáconos, porque Jesús le había dejado esa selección. Pero la Iglesia jamás escogió a sus apóstoles: Jesús mismo lo hizo personalmente. ¿Por qué había de escribirle Pablo a Timoteo o a Tito para darles reglas de cómo escoger o elegir apóstoles?

Respuesta al número 4: Ya he demostrado que los apóstoles no eran autenticados por señales y maravillas. Seguro que hicieron señales y prodigios, pero estas señales y prodigios no los autenticaron; más bien autenticaron al Señor Jesús y el mensaje relativo a Él. No hay una razón bíblica —de cierto ningún texto específico— que impida que Jesús le otorgara un derramamiento de señales y prodigios a Su Iglesia en este siglo, o si viene a mano, en cualquier otro siglo. Y como hemos visto, el ministerio de señales y prodigios no es una característica exclusiva de la función apostólica. También otros hacen señales y prodigios.

Respuesta al número 5: No creo que MacArthur, u otros, estén en lo cierto cuando dicen que los apóstoles tenían “autoridad absoluta”. MacArthur escribe: “Cuando los apóstoles hablaban, no había discusión”. Esto sencillamente no es cierto. La hipocresía de Pedro fue tan grande en Antioquía que incluso Bernabé fue arrastrado por ella, junto con muchos otros judíos cristianos, por lo que Pablo tuvo que oponerse a Pedro ante

todo el grupo (Gálatas 2:11 -21). En otra ocasión, Pablo y Bernabé no pudieron convencer a los creyentes judíos de Judea, de que la circuncisión era innecesaria. Hizo falta un concilio de la iglesia de Jerusalén para arreglar el asunto (Hechos 15:1-35).

Existe una tendencia entre algunos autores protestantes de casi deificar a los apóstoles. Gross sostiene que un apóstol “no enseñaba nada contradictorio con la Palabra de Dios (Gálatas 1:8, 9". Pero Pedro sí enseñó algo contrario a la Palabra. Pablo dijo que cuando Pedro llegó a Antioquía, su ejemplo condujo a muchos a la hipocresía. Esa era ciertamente una forma de enseñanza, y Pablo tuvo que oponerse a ella. No creo que los apóstoles cometieran jamás un error escribiendo bajo la inspiración del Espíritu Santo, pero no vivían bajo la constante inspiración del Espíritu Santo. Como lo demuestra el ejemplo de Pedro, eran capaces de pecar en cosas importantes, tal como cualquier otro creyente de la Iglesia.

La doctrina de la inspiración se extiende exclusivamente a las porciones de la Palabra de Dios escrita que le fue dada a cada uno de los apóstoles. La doctrina de la inspiración no se extiende a sus otras interpretaciones u opiniones. Considero que MacArthur, Gross y otros han ido mucho más allá de lo que la Biblia enseña acerca de la autoridad de los apóstoles. Lo han hecho, estoy seguro, a fin de preservar la singularidad de los apóstoles, y en última instancia, la autoridad única de la Palabra. Pero no se protege ni se honra la Palabra cuando vamos más allá de lo que dice y reclamamos para ella algo que ella misma no reclama.

También pudiera señalar que la Escritura sí enseña que antes de que Cristo regrese, el Señor comisionará a dos testigos que tendrán mayor poder y autoridad del que los apóstoles jamás disfrutaron. Me refiero a lo que Apocalipsis 11:3-6 profetiza:

Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra. Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera. Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran.

A estos dos hombres se les llama “testigos” como a los apóstoles (Hechos 1:8). También profetizan. Disfrutarán de una protección y una autoridad

que ni siquiera los apóstoles tuvieron: serán capaces de matar a cualquiera que desee dañarlos. Y tendrán un ministerio de señales y milagros mayor que cualquier profeta del Antiguo Testamento o cualquier apóstol del Nuevo. No obstante, ni su capacidad para profetizar, ni su autoridad, ni su ministerio de señales y prodigios, pondrán en peligro, en modo alguno, la autoridad única del canon de la Escritura. Esto demuestra que Dios podría dar apóstoles en cualquier momento de la historia (o quienes tuvieran más poder y autoridad que los apóstoles) sin violar Su Palabra o el Evangelio.

Me parece irónico que algunos que insisten más en la cesación de los apóstoles tienen, de hecho, sus propios apóstoles modernos. Sólo por citar un ejemplo, acabo de pasar muchas horas discutiendo diferencias teológicas con un hombre que está completamente comprometido con la Teología de la Reforma. A él le preocupaba mucho mi creencia de que Dios todavía nos está hablando hoy, de que nos dará sueños, visiones, palabras de sabiduría, guianza, advertencias y demás. Él considera que todo eso pone en peligro la autoridad única de la Biblia. Piensa que eso contradice el clamor de la Reforma por una sola Escritura y la doctrina de la Reforma de la suficiencia de la Biblia.

Cuando discutíamos nuestras diferencias sobre este punto, yo iba citando la Escritura como mi razón para creer que Dios habla todavía. En lugar de responderme basándose en la Biblia, él citaba constantemente escritos teológicos del período de la Reforma. Siguió así durante la mayor parte de nuestra conversación. De hecho, no creo exagerar si digo que este hombre estaba más familiarizado con los escritos de Calvino y los calvinistas que con la literatura de la Biblia.

Mientras lo escuchaba hablar, era evidente para mí que tenía más confianza práctica en la interpretación de la Biblia que hizo Calvino, que en los verdaderos escritos de Pablo. A nivel práctico, para él Calvino era una autoridad mayor que incluso el apóstol Pablo. A nivel teórico él jamás lo hubiera admitido, y aun se habría sentido muy ofendido si me hubiese atrevido a sugerirlo. Pero no puedo evitar creer que a nivel práctico es así.

Esto no es insólito. He visto cómo otros también tienen más confianza citando sus tradiciones teológicas que citando y argumentando de textos bíblicos específicos. En efecto, esto les da a quienes originaron esas tradiciones —tanto si es Calvino, Lutero o algún otro— igual y hasta mayor autoridad que a los escritos apostólicos de la Biblia. Puede ser que Calvino no sea un apóstol para algunos, pero yo sí puedo citarle a algunos para quienes él es el apóstol.

Respuesta al número 6: El argumento de MacArthur de que los "apóstoles tienen un lugar de honor único y eterno" está respaldado por Apocalipsis 21:14, donde dice que los nombres de los doce apóstoles están inscritos en los doce cimientos de las murallas de la nueva ciudad. Pero el argumento no toma en consideración a Pablo, a Bernabé u otros potenciales apóstoles del Nuevo Testamento después de los Doce. Todo el mundo admite que los Doce gozan de un lugar único en la historia de la salvación. No se trata de eso. Pero después de los Doce, Dios consideró apropiado añadir al menos otros tres y posiblemente más. Si Él pudo añadir tres o cuatro más durante la vida de los Doce, ¿por qué no pudo agregar otros después del siglo primero? La Escritura no enseña que los apóstoles hayan cesado.

Yo creo que los doce apóstoles fueron únicos y formaron un círculo cerrado. Sin embargo, la adición de Pablo, Bernabé, Jacobo y posiblemente otros, abre la posibilidad de que Dios dé apóstoles adicionales en cualquier momento de la historia. Ningún texto específico de la Biblia impide que Jesús se aparezca a otros y les confiera una misión apostólica. En el futuro Él dará dos testigos a la Iglesia quienes tendrán un poder mucho mayor aun que el de los apóstoles del siglo primero (Apocalipsis 11: 3-6), y esto no pondrá en peligro la autoridad de la Biblia. Si al final de la historia de la Iglesia el Señor le dará dos testigos, quienes tendrán mayor autoridad y poder que los apóstoles del Nuevo Testamento, ¿por qué no podría dar más apóstoles a la Iglesia antes de la época de los dos testigos?

No conozco a nadie hoy a quien desearía llamar apóstol en el mismo sentido que llamaría apóstol a Pablo. A pesar de eso, no deseo excluir esta posibilidad, porque no creo que la Escritura lo excluya.

Incluso si los apóstoles han cesado, eso no prueba nada con respecto al ministerio de señales y prodigios o de los dones milagrosos del Espíritu. Es así porque ni las señales y prodigios ni los dones milagrosos del Espíritu estuvieron limitados a los apóstoles. Ni por ejemplo ni por afirmación de la Escritura puede alguien probar que los dones milagrosos del Espíritu estuvieran limitados a unos pocos. Lo cierto es lo contrario. El intento de probar que los dones milagrosos fueron impartidos exclusivamente mediante los apóstoles, no tiene bases bíblicas, sino que más bien es una ilusión nacida del prejuicio teológico. Quizás el peor ejemplo de esta clase de prejuicio es el intento de probar que el apóstol Pablo perdió su don de

sanidad alrededor de A.D. 60, más de siete u ocho años antes de la terminación de su ministerio.
Por consiguiente, el intento de vincular la alegada cesación de los dones con la desaparición de los apóstoles es fútil en ambos niveles del argumento. Además, no puede probarse bíblicamente que los apóstoles han cesado, y por otra parte, no puede probarse que las señales y prodigios, ni los dones milagrosos del Espíritu estuvieron vinculados exclusivamente a los apóstoles.

Apéndice C

¿Hubo solamente tres períodos de milagros?

John MacArthur es un proponente moderno del punto de vista de que no hubo más que tres períodos de milagros en el registro bíblico. Él plantea el argumento de la siguiente forma:
La mayor parte de los milagros bíblicos tuvieron lugar en tres períodos relativamente breves de la historia de la Biblia: en los días de Moisés y Josué, durante los ministerios de Elías y Eliseo, y en tiempos de Cristo y los apóstoles...
Aparte de estos tres lapsos, los únicos acontecimientos sobrenaturales registrados en la Escritura fueron incidentes aislados. En los días de Isaías, por ejemplo, el Señor derrotó sobrenaturalmente al ejército de Senaquerib (2 Reyes 19:35-36), después sanó a Ezequías e hizo retroceder la sombra del sol (20:1-11).
En los días de Daniel, Dios preservó a Sadrac, Mesac y Abednego en el horno de fuego (Daniel 3:20-26). A pesar de esto, la mayoría de los sucesos sobrenaturales como esos, no caracterizaron los tratos de Dios con su pueblo (...) Todos los tres períodos de milagros fueron los tiempos en que Dios dio Su revelación escrita—la Escritura— en grandes cantidades. Quienes hacían los milagros eran esencialmente los mismos que anunciaban una era de revelación. Moisés escribió los primeros cinco libros de la Escritura.
Elías y Eliseo iniciaron la era profética. Los apóstoles escribieron casi todo el Nuevo Testamento.
Hay muchas dificultades con este argumento, y parece que la mayoría de los cesacionistas ya no lo usan. La primera está en el supuesto propósito

de los tres períodos de milagros. La razón para cada período de milagros de acuerdo a la teoría es que servían para autenticar la revelación escrita que Dios estaba dando en ese tiempo. En el caso de Moisés y Josué, y en el de Cristo y los apóstoles, sí se estaba dando revelación escrita. Pero en el de Elías y Eliseo, no se estaba dando revelación escrita. La primera revelación profética escrita no llega hasta la época de Isaías, Miqueas y Amós, casi cien años después de la desaparición de Elías y más de cincuenta años después de la muerte de Eliseo.

La idea de que los milagros eran comunes sólo en la época de Moisés y Josué, y de Elías y Eliseo, también queda contradicha por una afirmación específica de la Escritura. Jeremías declaró:

Tú hiciste señales y portentos en tierra de Egipto hasta este día, y en Israel, y entre los hombres; y te has hecho nombre, como se ve en el día de hoy (Jeremías 32:20).

Si se ha de tomar literalmente la afirmación de Jeremías, él ve muy claramente las señales y prodigios que tienen lugar en su propia época (su ministerio empezó en 626 A.C. y terminó poco después de 586 A.C.) tanto en Israel como en otras naciones.

Hay otra inconsecuencia en esta teoría. MacArthur declara que Elías y Eliseo iniciaron la era profética. Esto es inexacto. Quien inicia la era profética es Samuel. Él fue el profeta de quien se dijo que Dios estaba con él y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras (1 Samuel 3: 19-21). Más aún, en la época de Samuel había ya grupos de profetas profetizando (1 Samuel 10:5). Si la teoría que presenta MacArthur fuera correcta, el período de Samuel hubiera sido iniciado por una abundancia de milagros.

Por último, no discuto que está claro que la era del Nuevo Testamento fue una época de nuevas revelaciones, pero MacArthur comete un error evidente cuando declara que "los apóstoles escribieron casi todo el Nuevo Testamento". Marcos, Lucas y Judas no fueron apóstoles, y Hebreos es anónimo. Estos libros constituyen aproximadamente cuarenta y dos por ciento del Nuevo Testamento.

Otra falla de la teoría es que hay sencillamente demasiados acontecimientos sobrenaturales que tienen lugar fuera de estos tres períodos para que la teoría tenga sentido. Una rápida revisión del Antiguo Testamento nos revelará cuán a menudo suceden milagros. Ni siquiera miraremos los libros desde Éxodo hasta Josué, porque éstos tratan con el período de Moisés y Josué, ni consideraremos ningún hecho sobrenatural

ocurrido desde 1 Reyes 17 hasta 2 Reyes 13 (ni 2 Crónicas 17-24), porque estos libros tratan del período de Elías y Eliseo.

Sólo por pasar el rato, hagamos como si esas porciones de la Escritura hubieran sido eliminadas de nuestras Biblias. Esto significaría, por supuesto, que no tendríamos las diez plagas que el Señor echó sobre Egipto. También nos faltaría la apertura del Mar Rojo y la ascensión de Elías al cielo en un carro de fuego.

¿Qué clases de milagros y hechos sobrenaturales nos quedarían? De acuerdo con MacArthur, nuestra nueva Biblia estaría bien expurgada de lo sobrenatural, y todo lo que encontraríamos sería unos pocos "incidentes aislados" de sucesos sobrenaturales. Ustedes pueden ser jueces de cuán acertada es esta teoría mientras examinan los acontecimientos que aparecen en la tabla siguiente:

Escritura	**Descripción**
Génesis	
1-3	La creación del mundo y la caída del hombre
5:24	El rapto de Enoc
6:2ss	Los hijos de Dios (seres angélicos/demoníacos) se unieron a las hijas de los hombres
6:9-8:19	El Diluvio Universal de Noé
11:1ss	La confusión de las lenguas en la Torre de Babel
12:1-3	El llamado sobrenatural de Abraham
Escritura	Descripción
12:17	La plaga en el palacio del Faraón
15:12-21	El trance de Abraham, el horno humeante y la antorcha de fuego.
16:7	El ángel del Señor se aparece a Agar
17: 1ss.	El Señor se aparece a Abraham

18:1	El Señor y Sus ángeles se aparecen a Abraham y comparten una comida con él
19:11	Los ángeles ciegan a los hombres de Sodoma —
19:23ss.	El Señor destruye Sodoma y Gomorra
19:26	La esposa de Lot se convierte en estatua de sal
20:3	Dios advierte a Abimelec en sueños que no toque a Sara
20:17-18	Dios sana a Abimelec y a su casa y abre las matrices cerradas por causa de Sara
21:1 ss.	Sara concibe milagrosamente a Isaac
21:15ss.	Dios salva sobrenaturalmente las vidas de
22:11	El ángel del Señor impide que Abraham sacrifique a Isaac
24:12ss.	El criado de Abraham es guiado sobrenaturalmente hacia Rebeca
25:21	Rebeca concibe sobrenaturalmente gemelos
25:23	El Señor le habla a Rebeca respecto al destino de los gemelos que tiene en su vientre
26:2	El Señor se aparece a Isaac

Escritura	Descripción
26:24	El Señor se aparece otra vez a Isaac
28:12ss.	El Señor se aparece a Jacob
31:3	El Señor habla a Jacob
32:1	Los ángeles del Señor se aparecen a Jacob

32:24	Jacob lucha toda la noche con el ángel del Señor
35:9	El Señor se aparece a Jacob y lo bendice
37:5ss.	Los sueños de José
38:7ss.	El Señor mata a Er y a Onán
40:1 ss.	José interpreta los sueños del copero y el panadero
41: lss.	José interpreta los sueños del Faraón
Jueces	
2:1-5	El ángel del Señor aparece a todo Israel
3:9ss.	El Espíritu del Señor levantó a Otoniel para que liberara a Israel
3:31	Samgar mata 600 filisteos con una aguijada de bueyes
4:4ss.	Débora profetiza a Barac
6:11	El ángel del Señor se aparece a Gedeón
6:36	El milagro del vellón de Gedeón
7:lss.	El Señor envía un pánico divino contra los madianitas para que Gedeón pueda derrotarlos con sólo 300 hombres
11:29ss.	El Espíritu del Señor viene sobre Jefté para que libere a Israel de los amonitas
Escritura	Descripción
13:3ss.	El ángel del Señor se aparece a Manoa y su esposa
14-16	Las hazañas sobrenaturales de Sansón
1 Samuel	

1:19ss.	Ana concibe sobrenaturalmente a Samuel
3: Iss.	El Señor se aparece a Samuel por primera vez
3:19-21	El Señor no deja caer a tierra ninguna de las palabras de Samuel
5:1-5	La destrucción del ídolo Dagón
5:6ss.	El Señor hiere a los filisteos con tumores
6:19ss.	El Señor mata a hombres de Bet-semes
9-10	El ministerio profético de Samuel con Saúl
10:20ss.	Saúl escogido a suerte para ser rey de Israel
11:6ss.	El Espíritu del Señor viene sobre Saúl para que libere a Israel de los amonitas
16:1 ss.	El ministerio profético de Samuel con David
16:13	El Espíritu del Señor viene sobre David
16:14	El Espíritu de Dios abandona a Saúl
18:10-11	Un espíritu malo provoca que Saúl trate de matar a David
19:9-10	Otra vez un espíritu malo hace que Saúl trate de matar a David
19:20ss.	Tres veces el Espíritu del Señor cae sobre los mensajeros de Saúl y éstos profetizan
19:22ss.	El Espíritu del Señor viene sobre Saúl y éste profetiza

Escritura	Descripción
23:4,10-12; 30:8	El Señor dirige repetidamente a David de modo sobrenatural
28:12ss.	Samuel aparece de entre los muertos a Saúl
2 Samuel	
2:1	El Señor dirige a David de modo sobrenatural
5:19	El Señor guía a David de manera sobrenatural
5:23-24	El Señor aconseja a David de forma sobrenatural
6:7	El Señor mata a Uza
7:5ss.	Natán profetiza a David
12:1 ss.	Natán descubre el pecado de David
12:15ss.	El Señor mata al hijo de David
12:25	Natán profetiza con respecto a Salomón
21:1	El Señor explica a David la causa de la hambruna
24:11	El Señor habla a David por medio de Gad y mata 70,000 israelitas
1 Reyes	
3:3ss.	El Señor se aparece a Salomón y le concede gran sabiduría

8:10ss.	La gloria del Señor llena el Templo
9:2ss.	El Señor se aparece a Salomón por segunda vez
11:11ss.	El Señor le dice a Salomón que le quitará el reino
11:29ss.	El profeta Ahías le dice a Jeroboam que el Señor le ha dado las tribus de Israel

Escritura	Descripción
13: 1ss.	Un varón de Dios profetiza el nacimiento de Josías
l3:20ss.	Un viejo profeta profetiza la muerte del varón de Dios
14:5	El Señor impide que la mujer de Jeroboam engañe al profeta Ahías
16:1ss.	Jehú profetiza juicio contra Baasa
2 Reyes	
15:5	El Señor hiere a Azarías con lepra
19:20ss.	Isaías profetiza a Ezequías con respecto a Senaquerib
19:35	El ángel del Señor mata 185,000 asirios
20:5ss.	Isaías profetiza a Ezequías que el Señor añadirá 15 años a su vida
20:10ss.	El Señor hace que el sol retroceda diez grados en el reloj de Acaz
20:16ss.	Isaías profetiza juicio a Ezequías
21:10ss.	El Señor anuncia juicio sobre Judá mediante sus profetas
22:14ss.	La profetiza Huida anuncia juicio sobre Judá pero bendiciones para Josías
1 Crónicas	

12:18	El Espíritu Santo vino sobre Amasai para profetizarle a David
21:1	Satanás incita a David a hacer un censo de Israel
21:16	David ve al ángel del Señor
21:20	Omán ve al mismo ángel
Escritura	Descripción
21:26	El Señor hace descender fuego del cielo sobre el altar de David
2 Crónicas	
7:1	Baja fuego del cielo y consume las ofrendas de Salomón
11:2	Semaías profetiza al Rey Roboam que no ataque a Israel
12:5	Semaías profetiza contra Roboam
12:7	Semaías profetiza otra vez a Roboam que Dios tendrá alguna misericordia con él
13:15ss.	Dios libera a Judá de forma sobrenatural
13:20	El Señor mata a Jeroboam
14:12ss.	El Señor libera sobrenaturalmente a Judá de los etíopes
15:1ss.	Azarías profetiza al rey Asa
16:7ss.	Hanani el vidente profetiza juicio sobre el rey Asa
25:7ss.	Un varón de Dios profetiza a Amasias que no lleve al ejército de Israel a la batalla con él
25:15ss.	Un profeta anuncia juicio sobre Amasias por su idolatría
28:9ss.	Obed profetiza juicio contra el ejército israelita si se niegan a liberar a los cautivos de Judá
Esdras	

5:1	Hageo y Zacarías profetizan a los judíos que están en Judá
Escritura	Descripción
Job	
1-2	Persecución satánica sobrenatural de Job con el permiso de Dios
38:42	Conversación de Dios con Job y restauración de la fortuna de éste
Daniel	
2:1ss.	Dios revela sobrenaturalmente a Daniel el sueño de Nabucodonosor y su interpretación
3: 1ss.	Los tres amigos de Daniel caminan dentro del horno de fuego con el Cristo preencarnado y son preservados
4:19-27	Daniel interpreta el segundo sueño de Nabucodonosor
4:28ss.	Dios aflige a Nabucodonosor con locura
5:5ss.	Sobrenaturalmente aparece una mano y escribe el juicio de Belsasar en la pared
5:17ss.	Daniel interpreta lo escrito
6:1ss.	Daniel es protegido sobrenaturalmente en el foso de los leones
7-12	Se le conceden a Daniel visiones sobrenaturales acerca de los últimos días y la visita de un ángel

Un vistazo superficial a la tabla anterior demostrará que ni MacArthur ni ningún otro, puede eliminar del Antiguo Testamento la abundancia de acontecimientos sobrenaturales, tratando de apiñarlos todos en dos breves períodos de tiempo. Los hechos sobrenaturales están uniformemente esparcidos por todo el Antiguo Testamento.

¿De qué eventos sobrenaturales hablamos aquí? La tabla anterior puede ser resumida de la forma siguiente:

1. Muchas apariciones del Señor a individuos

2. Muchas apariciones de ángeles a individuos y aun a grupos de gente
3. Rescates sobrenaturales de individuos
4. Liberaciones sobrenaturales de grupos e incluso de la nación entera
5. Otorgamiento sobrenatural de:
a. fuerza sobrehumana
b. comprensión profética y expresiones proféticas a personas que no son profetas
c. guianza y dirección sobrenaturales en multitud de formas
6. Juicios sobrenaturales:
a. la destrucción de individuos
b. la destrucción de ejércitos
c. la destrucción de ciudades
d. la destrucción de la tierra
e. otros juicios sobrenaturales, como enfermedad, ceguera, locura y plagas
7. Sueños, trances y visiones sobrenaturales
8. Interpretación sobrenatural de lo anterior
9. Hijos concebidos de modo sobrenatural
10. Sanidades sobrenaturales
11. Actuación recíproca sobrenatural entre hombres y demonios
12. Señales cósmicas, como la de la luz del sol retrocediendo diez grados, fuego que cae del cielo, y otras.
13. Ministerio profético continuó desde los tiempos de Samuel hasta el final del Antiguo Testamento

Estas son las clases de cosas que suceden a todo lo largo del período del Antiguo Testamento. Ni tampoco es esto todo lo que sucede durante ese período. Con excepción de Daniel, ni siquiera he examinado cualquiera de los otros libros proféticos. Por ejemplo, he omitido cosas como la visión de Isaías en el año en que murió el rey Uzías, cuando Isaías fue llevado al cielo y comisionado para su ministerio profético (Isaías 6:1-13). Ni tampoco comenté las extrañas visiones y peripecias que experimentó Ezequiel ciento cuarenta años después. Debemos recordar que los profetas canónicos existieron en Israel hasta el tiempo de Malaquías (aproximadamente del 450 al 400 A.C.) Así que, por lo menos desde los tiempos de Samuel hasta Malaquías, hay un constante ministerio profético para Israel. El ministerio profético es, por supuesto, uno sobrenatural.

El libro de Daniel es devastador para la teoría de MacArthur de que lo sobrenatural está confinado básicamente en los períodos de Moisés y Josué, y de Elías y Eliseo. Daniel ministró desde el 605 hasta por lo menos el 539 A.C., mucho más allá de la era de Elías y Eliseo. Y a pesar de eso, el libro de Daniel contiene, proporcionalmente, más hechos sobrenaturales que los libros de Éxodo y de Josué (los que tratan de los ministerios de Moisés y Josué) y de 1 Reyes hasta 2 Reyes 13 (los libros que tratan de los ministerios de Elías y Eliseo). ¡Cada capítulo de Daniel relata acontecimientos sobrenaturales!

Exceptuando el libro de Daniel —y posiblemente el de Génesis— los períodos de Moisés y Josué, y de Elías y Eliseo, muestran la mayor concentración de milagros del período del Antiguo Testamento. No obstante, como lo demuestra la tabla anterior, usted no puede encontrar un período de la historia de Israel donde los hechos sobrenaturales no fuesen comunes entre el pueblo de Dios.

MacArthur discutiría el significado de esta tabla. Es capaz de hacerlo por un ardid semántico: él define un milagro como "un hecho extraordinario llevado a cabo por Dios mediante un agente humano, un evento que no puede ser explicado por fuerzas naturales". Para esta definición no ofrece respaldo bíblico; en vez de eso, recurre a la Teología Sistemática de A.H. Strong para hallar respaldo. Pero yo sostengo que él no puede definir los milagros de este modo usando la Escritura. El vocabulario milagroso del Antiguo y el Nuevo Testamento sencillamente no se lo permitiría.

Al definir un milagro como algo que tiene que ocurrir "mediante un agente humano", es capaz de invalidar como milagros cosas como una visitación angélica, juicios cataclismos o señales cósmicas. Esto nos impediría llamar milagro a la liberación de Pedro de la prisión por medio de un ángel en Hechos 12, ni podríamos llamar milagro al terremoto de Hechos 16, ni tampoco sería milagro el haberse rasgado el velo del Templo tras la crucifixión de Cristo (Mateo 27:51). Cuando Jesucristo fue crucificado, Dios levantó muchos santos de sus tumbas (Mateo 27:52), más como no hubo un "agente humano" en ello, MacArthur no nos permitiría llamarlo milagro en la misma forma en que él llama milagros otras resurrecciones del Nuevo Testamento. Pero lo más absurdo de todo es que según la opinión de MacArthur, no podríamos llamar milagrosa la resurrección de Jesucristo.

¿Cómo hemos de calificar estas cosas entonces? ¿Cómo hemos de llamar a los otros fenómenos de la Escritura que son sobrenaturales pero no fueron ocasionados por agentes humanos directos? MacArthur no nos dice

cómo alude la Biblia a estos acontecimientos. Pero sí nos dice que en la Escritura los milagros también se nombran como "señales y maravillas".

Es cierto que la frase "señales y maravillas" se refiere a milagros hechos mediante agentes humanos, pero también es verdad que "señales y maravillas" o la sola palabra "señales" puede aludir a milagros hechos sin un agente humano. Por ejemplo, Pedro se refiere a Jesús como varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él (Hechos 2:22). Pero tres versículos antes de éste, Pedro también cita la profecía de Joel en la cual Dios dice: "Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto" (Hechos 2:19-20, cursivas del autor). Aquí señales y prodigios se refieren a juicio cataclismos sobrenaturales sobre la tierra, hechos sin agente humano alguno.

Dios también hizo muchas cosas milagrosas sin agentes humanos, durante la permanencia de Israel por cuarenta años en el desierto. Por ejemplo, les condujo por medio de una columna de fuego por la noche y una nube durante el día; los alimentó con maná; les envió plagas para disciplinarlos, y mucho más. Esteban se refiere a todas estas cosas como señales y prodigios de Dios (Hechos 7:36). Cuando Daniel fue arrojado dentro del foso de los leones, Dios envió un ángel para librar a Daniel (Daniel 6:22). Después, el rey Darío alaba a Dios por su liberación y se refiere a ella como a uno de los prodigios y señales de Dios (Daniel 6:27). Por consiguiente, la definición de MacArthur de lo que es un milagro, no se sostiene a la luz de la Escritura.

Sin embargo, MacArthur pudo calificar sencillamente las clases de milagros. Pudo alegar que los milagros hechos por agentes humanos son raros fuera de esos dos períodos del Antiguo Testamento que tratan de Moisés y Josué, y de Elías y Eliseo. Aun así, su opinión tampoco sería válida.

MacArthur no desea aceptar como normativo ninguno de los acontecimientos de la tabla anterior. Por ejemplo, a partir del libro de Samuel, hay una corriente ininterrumpida de palabras proféticas de orientación, juicio, bendición, advertencia y promesa. Son regulares las visiones, sueños, apariciones angélicas, teofanías, aflicciones y enfermedades divinas, pánico causado por Dios a los enemigos, altares que se quiebran, fuerza sobrenatural otorgada a jueces, y mucho más.

Algunas de estas cosas se hacen mediante un agente humano, y otras son de origen puramente divino.
MacArthur no quiere admitir que alguna de estas cosas siguen sucediendo hoy. Pero las Escrituras nos enseñan que estos mismos acontecimientos sobrenaturales son una parte normal de la vida del Antiguo Testamento. Esto no es decir que son hechos cotidianos, pero suceden con alguna regularidad en virtualmente cada generación de creyentes en el Antiguo Testamento.
Esto nos conduce a otro punto.
Cuando los fenómenos sobrenaturales ocurren, ¿cuál es la actitud de los hagiógrafos de la Escritura hacia su ausencia? Cuando está ausente lo sobrenatural en el Antiguo Testamento, los escribientes de la Biblia no lo consideran normal para el pueblo de Dios sino más bien lo toman como una señal de juicio.
Por ejemplo, el Salmo 74 comienza así: "¿Por qué, oh Dios, nos has desechado para siempre? ¿Por qué se ha encendido tu furor contra las ovejas de tu prado?" (v. 1). Y después de describir el juicio bajo el cual ha caído Israel, el salmista se lamenta: "No vemos ya nuestras señales; no hay más profeta, ni entre nosotros hay quien sepa hasta cuándo" (v. 9) El salmista toma la ausencia de señales y profetas como un juicio de Dios.
Hay un lamento similar en el Salmo 77:7-10. Sin embargo, se niega a aceptar la ausencia de los hechos sobrenaturales del Señor como condiciones normales de vida para el pueblo de Dios. Su respuesta a este dilema es recordar las obras sobrenaturales del pasado (v. 11). El término "me acordaré" muy probablemente significa conmemorar o ensalzar estas obras. Entonces alude al Señor como el Dios que hace milagros (v. 14). No dice "el Dios que hacía milagros", sino "el Dios que hace milagros. Emplea un tiempo presente para la expresión hace milagros. Quiere decir que Dios todavía hace milagros. El hecho de que Israel no los estuviera experimentando era una señal de juicio, no una señal de que Dios ya no los estaba haciendo.
Los profetas se expresan del mismo modo. Uno de los peores juicios que Dios pudo pronunciar sobre Jerusalén lo registró Isaías: "Porque el Señor ha derramado sobre vosotros espíritu de sueño profundo, Él ha cerrado vuestros ojos: los profetas, y ha cubierto vuestras cabezas: los videntes" (Isaías. 29:10, B.d.l.A.) El carecer del beneficio del ministerio de los profetas y videntes era considerado como un juicio desastroso del Señor en el Antiguo Testamento.

Aparentemente MacArthur nos haría creer que en el intermedio de sus alegados períodos de milagros del Antiguo Testamento, la vida del creyente consistía básicamente en estudios bíblicos regulares y oración, con poca o ninguna evidencia de lo sobrenatural. Esta concepción sencillamente no encaja en el cuadro que nos han dado los escribientes del Antiguo Testamento.

Pero aun cuando encajara, el argumento de MacArthur todavía carecería de validez. Incluso si MacArthur pudiera probar que todos los acontecimientos sobrenaturales de la Biblia estaban confinados a estos tres períodos de la Escritura: el de Moisés y Josué, el de Elías y Eliseo, y el de Cristo y los apóstoles, esto todavía no significaría que las Escrituras enseñan que los milagros terminaron con Cristo y los apóstoles. MacArthur todavía tendría que probar que la Biblia realmente enseña que los milagros terminarían con este tercer período.

La Biblia finaliza con el principio del reino de Cristo, un inicio que está acompañado de milagros y fenómenos sobrenaturales. El único registro divinamente inspirado que tenemos de la vida de la Iglesia es uno en el cual los milagros y la guianza sobrenatural son relativamente comunes. El reino de Cristo empieza con milagros. Incluso si hubiera habido sólo dos períodos de milagros en el Antiguo Testamento, eso no probaría que el reino de Cristo tendría únicamente un breve período de milagros. Todas las cosas han cambiado con la llegada de Cristo y Su reino. Ahora todas las cosas son posibles para el que cree.

Los dones de sanidad se otorgan a toda la Iglesia, y los ancianos de la Iglesia deben tener un ministerio de sanidad regular (Santiago 5:14-16). Tanto si hubo uno, cuatro o cinco períodos de milagros en el Antiguo Testamento, eso nada tiene que ver para determinar si el reino de Cristo está destinado a tener milagros como norma de vida en la Iglesia. Esto tiene que determinarse sobre la base de declaraciones específicas en el Nuevo Testamento. En ausencia de estas declaraciones específicas, el argumento de MacArthur se derrumba bajo el peso de todos los milagros desde Génesis hasta Apocalipsis.